

Ba Jin FAMILY



Sinopsis

Chengdú, China Central, 1919. Los tres hermanos Gao, Juexin, Juemin y Juehui, viven conforme a las tradiciones que ha seguido su familia durante siglos; cuatro generaciones de la familia conviven ahora bajo el mismo techo, lo que supone un especial motivo de orgullo para el abuelo Gao, el patriarca del clan.

En la gran casa familiar, los mayores continúan su vida indolente como si nada fuese a cambiar: como si las tropas del general Zhang, que en las puertas de la ciudad preparan un nuevo ataque, no pudieran alcanzarlos; como si los aires nuevos traídos por libros y revistas no fueran a transformar su existencia.

Los tres hermanos Gao están de acuerdo en que las viejas tradiciones —los matrimonios concertados, los ritos obsoletos, que las mujeres tengan que vendarse los pies o llevar el pelo largo...— carecen de sentido, pero no todos tendrán la fuerza necesaria para rebelarse.

Publicada por primera vez en 1931, Familia retrata la desintegración de la China feudal a comienzos del siglo XX y está considerada como una de las obras fundamentales de la literatura china contemporánea.

BA JIN

FAMILIA

Traducción de Eulàlia Jardí

1

EL viento soplaba con tanta fuerza que los copos de nieve revoloteaban en el aire como trozos de guata, sin llegar al suelo. A ambos lados de la calle se habían formado caminos blancos al pie de los muros que rodeaban las casas y parecía que el cemento de en medio de la calle estuviera engastado en la nieve. Los transeúntes y los porteadores de palanquines luchaban en vano contra el vendaval. El cielo estaba completamente blanco. Había nieve por doquier: encima de los paraguas y los sombreros de paja de los porteadores, y en el rostro de los viandantes. El viento orientaba los paraguas a su antojo. Aullaba colérico y violento, y con el sonido de los pasos sobre la nieve formaba una especie de ruido extraño que laceraba los oídos de la gente y parecía advertir que la primavera no llegaría nunca.

Atardecía y las farolas todavía estaban apagadas. Las formas se diluían en la penumbra del crepúsculo. Todo era agua y lodo. El aire era glacial. El deseo de regresar a la calidez del hogar era el único acicate de la gente.

—Hermano tercero, ¡date prisa!

Quien decía esto era un joven de diecinueve años que con una mano sujetaba el paraguas y con la otra levantaba los bajos de su túnica, mirando hacia atrás, con la cara enrojecida por el frío y las gafas de montura dorada en la punta de la nariz. El que iba rezagado, de la misma estatura y vestido igual que él, era más joven, un poco más delgado y tenía una mirada extraordinariamente brillante.

—No me atosigues, ya voy... Hoy has sido el mejor, tienes un

inglés muy fluido, tu doctor Livesey queda muy bien —dijo entusiasmado, apretando el paso, salpicándose los pantalones de fango.

—No exageres, simplemente soy más atrevido que tú —dijo riendo Juemin mientras se detenía para que Juehui lo alcanzara—. Ayer declamaste muy bien el Perro Negro; no entiendo por qué no te sale bien en el escenario. ¡Si hoy no te hubiera ayudado el señor Zhu, no habrías terminado de decir tu parte!

Juehui contestó nervioso:

—Yo tampoco lo entiendo, cuando salgo a escena me empieza a latir muy fuerte el corazón, noto todos los ojos clavados en mí y ya no recuerdo ni una palabra.

Una ráfaga de viento hizo voltear los paraguas y Juehui sujetó el suyo con fuerza. Las huellas se superponían encima de la nieve y las recientes borraban las anteriores.

—Me gustaría decirlo todo sin dejarme ni una palabra —prosiguió—, pero en cuanto abro la boca se me olvida el texto. Ni siquiera logro recordar las frases que mejor me sabía, y para poder continuar tengo que esperar a que el señor Zhu me apunte un par de palabras... No sé qué pasará el día de la función. ¡Si no me sale nada, se me caerá la cara de vergüenza!

El rostro inocente del chico tenía una expresión preocupada.

Ahora el sonido de los pasos en la nieve era más delicado y ligero.

—Hermano tercero, no sufras —dijo Juemin tratando de apaciguarlo—, ensaya un par de veces más y lo recordarás todo perfectamente. Solo tienes que actuar con determinación... Además, si te digo la verdad, la adaptación que ha hecho el señor Zhu de *La isla del tesoro*⁴ no es demasiado buena, y por lo tanto no debemos esperar demasiado.

Juehui no decía nada. Agradecía aquellas palabras, pero seguía preocupado pensando cómo actuar bien y conseguir los elogios del público y de su hermano.

Sintió que poco a poco se sumergía en otro mundo. De repente, todo lo que le rodeaba se había transformado. Tenía delante la taberna Almirante Benbow, donde se hospedaba su viejo amigo Billy. Él, el Perro Negro, había perdido dos dedos y, tras largas peripecias, había encontrado por fin el escondrijo de Billy. En su fuero interno se mezclaban el deseo de venganza y un miedo inexplicable. Pensaba en cómo encararse con él, qué decirle y cómo reprenderle por haber roto las reglas del juego al ocultar el tesoro. Entonces el inglés le salía de manera espontánea.

Cuando volvió en sí exclamó alborozado:

—Hermano segundo, ¡ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó Juemin sorprendido.

—Acabo de entender el secreto —dijo Juehui con una sonrisa complacida—. Tengo que *ser* el Perro Negro. Si lo soy las palabras me salen sin pensar. No es necesario ningún esfuerzo.

—¡Interpretar es exactamente eso! —contestó Juemin—. Y ahora que lo has descubierto, seguro que te saldrá bien. Nieva poco, cerremos los paraguas que con este viento cuesta manejarlos.

Agitó el paraguas para que cayera la nieve y lo cerró. Juehui también cerró el suyo. Los dos hermanos caminaban el uno al lado del otro, con el paraguas al hombro. Había dejado de nevar y el viento iba perdiendo fuerza gradualmente. Encima de los muros y los tejados una gran capa de nieve blanca iluminaba la penumbra del crepúsculo. Las lucecitas de las tiendas se reflejaban en el negro lacado de las puertas de las casas señoriales. En aquel atardecer tan gélido era lo único que proporcionaba un poco de

claridad a las solitarias calles.

—¿Tienes frío, hermano tercero? —preguntó Juemin preocupado.

—No, estoy bien. Hablando ni lo noto.

—Entonces ¿por qué estás temblando?

—Porque estoy nervioso. Siempre me pasa lo mismo cuando pienso en la función. ¡Tengo tantas ganas de que salga bien! ¿Te parezco un niño?

—¡Qué va! Yo también quiero que me salga bien. Como todos. Por eso, en los ensayos, cualquier elogio del maestro, por pequeño que sea, me alegra.

—Sí, es verdad.

El hermano menor se acercó al mayor. Los dos caminaban sin pensar en el frío, ni en la nieve, ni en la noche.

—Hermano segundo, eres una buena persona —dijo Juehui mirando el rostro de Juemin.

Este volvió la cabeza y se encontró con la mirada luminosa de su hermano. Sonrió y dijo pausadamente: —Tú también. —Echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que ya llegaban—. Vamos, ya estamos en casa.

Juehui asintió con la cabeza y los dos apretaron el paso. Entraron en una calle más tranquila. Las farolas ya estaban encendidas. Dentro de las pantallas de cristal, la luz parecía aún más triste en medio de aquel frío, y las pálidas sombras de los postes que las sostenían yacían solitarias en la nieve.

Los transeúntes se apresuraban, dejando sobre la nieve huellas que se resistían a desaparecer, que no desaparecían hasta que se les superponían las siguientes. Entonces proferían un suspiro humilde y eran aniquiladas por las nuevas. El suelo estaba lleno de agujeros oscuros de todos los tamaños.

Las grandes puertas negras de las casas señoriales se alineaban, silenciosas, en medio de aquel frío glacial. A ambos lados de cada puerta yacían los leones de piedra, protectores del hogar. Cuando las puertas se abrían, los interiores eran como inmensas y oscuras fauces; no se podía ver nada de lo que había dentro.

Las casas habían sobrevivido al tiempo y a sus propietarios, cada una con sus secretos. Cuando la laca negra de las puertas se desconchaba, volvían a pintarlas; a pesar de los cambios, los secretos del interior jamás traspasaban el umbral.

A mitad de la calle los dos hermanos se detuvieron delante de la puerta de la casa más grande. Se limpiaron las suelas de los zapatos en el escalón de piedra, se sacudieron la nieve de la ropa y entraron con grandes zancadas. El ruido de sus pasos desapareció enseguida en la oscuridad más absoluta, y el zaguán volvió a sumirse en el silencio.

La casa era como las demás de aquella calle: los leones en la puerta, los farolillos de papel rojo colgados en los aleros del tejadillo del portal de entrada, el par de jarrones cuadrados al pie de los escalones, y las dos placas verticales de madera lacada roja que, con caligrafía de estilo antiguo, expresaban buenos augurios. A continuación, una puerta de dos hojas se abría hacia el interior, y encima de cada una de ellas estaban sujetos los dibujos coloreados de los dos dioses de las puertas.

2

SEGUÍA haciendo frío, pero el viento había cesado. Era ya de noche, pero la noche no había traído la oscuridad. El cielo era gris y la tierra, de color pizarra. El gran patio interior de la casa estaba completamente nevado. Lo recorría un camino de piedra con ciruelos plantados a ambos lados en cuyas ramas se amontonaba la nieve.

Juemin iba delante, y acababa de subir los escalones que conducían a las estancias del ala izquierda cuando se oyó la voz de una mujer joven procedente de una de las ventanas del pabellón central.

—Segundo amo joven, tercer amo joven, ¡ya han llegado! Es la hora de la cena. Por favor, dense prisa: ¡hay invitados!

Era la criada Mingfeng. Mingfeng, que tenía diecisiete años, llevaba el cabello recogido en una trenza y una bata de algodón azul sobre su esbelto cuerpo. Tenía el rostro ovalado y elegante y, cuando sonreía, se le formaban dos pequeños hoyuelos en las mejillas. Miraba con candidez a los dos hermanos. Juehui sonreía detrás de ella.

—De acuerdo, dejamos los paraguas y entramos —dijo Juemin cruzando la puerta sin mirarla siquiera.

—¿Quiénes son los invitados, Mingfeng? —preguntó Juehui, que se había quedado en el umbral.

—La tía mayor y la prima Qin. ¡Anda! ¡Entre! —Dio media vuelta y se dirigió al salón principal.

Juehui se quedó unos instantes, embelesado, contemplando cómo desaparecía la sombra de Mingfeng. Después fue a su

habitación. Juemin, que salía, le preguntó: —¿Qué le decías a Mingfeng? Vamos, espabílate de una vez, que ya deben de haber terminado de cenar.

—Voy contigo. No me he mojado, no hace falta que me cambie de ropa.

Arrojó el paraguas al suelo y se fue con su hermano.

—¡Mira que eres dejado! Te lo repito continuamente y no me haces caso. Como suele decirse: más fácil es desviar el curso de un río o mover una montaña que cambiar el carácter de una persona.

Y Juemin fue a recoger del suelo el paraguas de su hermano, lo abrió y lo dejó bien colocado.

—¿Qué quieres que le haga? Soy así —replicó Juehui—. Y, mira, me metías prisa y ahora llegaremos tarde por tu culpa.

—¡Siempre queriendo tener la razón! ¡Eres incorregible! —contestó el otro riendo.

Juehui se marchó con su hermano. La imagen de la chica, que aún no se había quitado de la cabeza, se desvaneció al entrar en el salón y ver otros rostros. Había seis personas sentadas alrededor de la mesa: en un extremo, la madrastra Zhou y la tía Zhang; a la izquierda, la prima Qin y la cuñada Li Ruijue; en el otro extremo, el hermano mayor, Juexin, y la hermana pequeña, Shuhua; a la derecha, los asientos estaban vacíos.

—¿Por qué llegáis tan tarde? Si no fuera porque la tía ha venido a jugar, habríamos terminado de cenar hace rato —les reprendió cariñosamente su madrastra mientras les servían la comida.

—El señor Zhu nos ha hecho ensayar toda la obra y no hemos podido volver hasta ahora —contestó Juemin.

—Sigue nevando y hace mucho frío. ¿Habéis vuelto en palanquín? —preguntó preocupada la tía Zhang.

—No, hemos venido andando. Nunca vamos en palanquín —se apresuró a contestar Juehui.

—El hermano tercero no quiere que la gente diga que va en palanquín: es un humanista —terció el hermano mayor, Juexin, provocando las risas de todos.

—No hacía demasiado frío y el viento había amainado. Hemos ido charlando por el camino, ha sido un paseo muy agradable —respondió amablemente el hermano tercero a la tía.

—Primo segundo mayor, ahora que habláis del ensayo, ¿cuándo será la representación? —preguntó Qin a Juemin.

Qin era unos meses menor que Juemin y por eso lo llamaba «primo segundo mayor»; en realidad, el nombre de ella era Zhang Yunhua, pero todos, en la familia Gao, la llamaban por su sobrenombre. Era la más bonita y la más lista de todas las parientes de la familia. Estudiaba el tercer curso en la Escuela Normal Femenina Provincial.

—Probablemente será en primavera, a principios del próximo semestre. Ya solo queda una semana para que este se acabe. ¿Y vosotras? ¿Cuándo empezáis las vacaciones? —le preguntó Juemin.

—Ya las hemos empezado. Como hay poco presupuesto, las han adelantado —contestó Qin dejando el bol sobre la mesa.

—Los presupuestos de educación se han transferido al ejército. En todas las escuelas pasa lo mismo. Pero la nuestra es diferente porque el director firmó un contrato con los profesores extranjeros y está obligado a pagarles el sueldo tanto si hay clase como si no. Además, al parecer nuestro director tiene muy buena relación con el gobernador y en la escuela no falta el dinero —explicó el chico.

Dejó el bol y los palillos en la mesa. Mingfeng enroscó una

toallita húmeda y se la dio para que se limpiara la cara.

—Mientras podáis seguir en la escuela, no habrá problema —intervino Juexin.

—¿De qué escuela estáis hablando? Lo he olvidado —preguntó la tía Zhang a Qin.

—Mi madre no anda demasiado bien de memoria —dijo Qin de buen humor—. Madre, es la Escuela de Lenguas Extranjeras. Hace un tiempo te hablé de ella.

—Tienes razón, me estoy haciendo vieja y no recuerdo las cosas, hoy incluso he dejado pasar una buena jugada —contestó riéndose.

Cuando todos hubieron acabado de cenar, la madrastra Zhou dijo a la tía Zhang:

—Hermana mayor, podríamos ir a mi habitación.

Las dos se levantaron de la mesa y, acto seguido, los demás hicieron lo mismo. Juemin se acercó a Qin, que iba detrás de todos, y le dijo en voz baja: —Prima Qin, el próximo curso en nuestra escuela admitirán a chicas.

Qin lo miró sorprendida. Se le iluminó la cara y los ojos le brillaban como si acabara de oír una gran noticia.

—¿De verdad? —preguntó un poco desconfiada, temiendo que su primo bromeara.

—¡Claro que sí! ¿Cuándo te he mentado yo? —le dijo Juemin, y miró hacia donde estaba Juehui—. Si no me crees, pregúntaselo al hermano tercero.

—No es que no te crea, pero es que es una noticia completamente inesperada —contestó Qin entusiasmada.

—Pues sí. Pero la cuestión es si llegarán a hacerlo. En la provincia de Sichuan todavía hay gente muy conservadora, y tienen mucho poder. Seguro que se opondrán. Chicos y chicas

juntos en una escuela, ¡ni soñarlo! —exclamó Juehui con fingida indignación.

—Eso no tiene tanta importancia. Solo depende del director —dijo Juemin—. Ha dicho que si no se matricula ninguna chica, le dirá a su esposa que sea la primera en apuntarse.

—¡No! ¡Yo seré la primera que se matricule! —lo interrumpió Qin impetuosamente.

La tía Zhang llamó desde dentro:

—Qin, ¿por qué no vienes?, ¿qué estáis haciendo ahí fuera?

—Diles a la madrastra y a tu madre que vienes a nuestra habitación y te lo explico todo —le dijo en voz baja Juemin.

Qin entró y susurró unas palabras al oído de su madre. La tía Zhang asintió sonriendo: —De acuerdo, pero no tardes mucho.

Cuando Qin cruzó el umbral y oyó el repiqueteo de las fichas de *mahjong* sobre la mesa, supo que su madre jugaría por lo menos cuatro partidas.

3

—**E**STE semestre hemos acabado de leer *La isla del tesoro* y el próximo semestre leeremos *Resurrección*, de Tolstói —explicaba con orgullo Juemin a Qin mientras se dirigían hacia la habitación —; y el nuevo profesor de literatura china será Wu Youling. En el último número de *Nueva Juventud*⁵ ha publicado un artículo titulado «Ritos antropófagos».

—Ya sé quién es Wu Youling, el hombre que «ha destruido de un manotazo la barraca de Confucio». ¡Qué suerte tenéis! —exclamó Qin admirada—. Nuestros profesores de literatura son funcionarios de la antigua dinastía Qing y sus lecturas son del tipo *Los mejores textos de la literatura clásica*. Y en inglés aún leemos textos del manual de Chambers. ¡Las antiguallas de siempre!... Ojalá abran pronto la matrícula femenina en vuestra escuela.

—¿Qué tiene de malo el manual de Chambers? ¿No acaban de publicar una traducción al chino hecha por Lin Qinnan con el título de *Cuentos divertidos de los poetas*? —dijo Juehui desde atrás haciendo mofa.

—Primo tercero —protestó Qin—, ¿ya empiezas con tus burlas? ¡Estamos hablando en serio!

—De acuerdo, no volveré a abrir la boca —dijo Juehui riendo—. Podéis seguir hablando.

Dejó que Juemin y Qin entraran en la habitación y se quedó en la puerta. Del salón y de las habitaciones de delante llegaba la claridad de los candiles, y de las habitaciones de la izquierda el ruido de las fichas del *mahjong*. Se oían voces por doquier. ¡El patio interior era tan bonito y puro con la nieve! Juehui alzó los

ojos y contempló el cielo. Se sentía ligero. Le apetecía gritar y reír. Movi6 los brazos recorriendo el espacio vacío que había a su alrededor. Su cuerpo estaba libre, sin ataduras. Entonces entró en escena y empezó a ser el Perro Negro. Dio un puñetazo en la mesa y pidió vino a voces al tabernero. Se había identificado tanto con el personaje que de repente gritó: —¡Trae té, Mingfeng! ¡Tres tazas!

Al cabo de un momento apareció la chica con dos tazas de té.

—¿Solo traes dos? ¡He dicho bien claro que trajeras tres! —le recriminó en voz alta.

Mingfeng se le acercó asustada; le temblaban las manos y se le salpicaban de té. Levantó la cabeza para mirarlo y le dijo con una sonrisa de disculpa: —Solo tengo dos manos.

—¿Y por qué no lo sirves en una bandeja? —le preguntó riendo—. De acuerdo, sirve a la prima Qin y al segundo amo joven.

Se apartó hacia la izquierda y le dejó paso, apoyándose en el marco de la puerta.

Al oír los pasos de Mingfeng que volvía, Juehui se puso en medio de la puerta. Ella le dijo en voz baja: —Tercer amo joven, déjeme pasar.

No sabía si la había oído o no, pero en cualquier caso él fingió que no. Ella se lo repitió y añadió que la señora la reclamaba, pero él seguía en medio del paso sin inmutarse.

—¡Mingfeng!... ¡Mingfeng!... —gritaba la madrastra desde su habitación.

—Deje que me vaya, la señora me reclama —insistía nerviosa —, la señora se enfadará.

—¿Y qué, si se enfada? —dijo Juehui con aparente indiferencia —. Le dices que yo te he retenido aquí para otra cosa.

—La señora no me creerá. Y si se enfada, cuando se marchen

las invitadas seguro que me regaña.

Hablaba tan bajo que no se la oía.

De pronto la voz de una joven, la de Shuhua, llamaba a gritos:

—¡Mingfeng! ¡Mingfeng! ¡La señora quiere que vengas a cargar las pipas de agua!

Al final Juehui se apartó y la dejó pasar. Shuhua ya venía a buscarla.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué nunca contestas cuando te llamo?

—Estaba sirviendo té al tercer amo joven —contestó cabizbaja.

—¡Servir té no lleva tanto tiempo! Y que yo sepa no eres muda. ¿Por qué no me has contestado?

Shuhua aún no había cumplido catorce años, pero trataba a la servidumbre con las maneras de una persona adulta.

—¡Anda! ¡Espabílate de una vez! Que la señora te va a reñir.

Shuhua volvió al salón y Mingfeng la siguió en silencio. Las palabras de su hermana habían dolido a Juehui. Se sentía avergonzado de ser el causante de la bronca que había recibido la chica. Detestaba los modales de Shuhua. Hubiera querido salir en defensa de Mingfeng, pero algo se lo impedía. Se quedó inmóvil en la penumbra, observándolo todo como si no tuviera nada que ver. Cuando se hubieron ido pensó en el bello rostro de la chica. Siempre con aquella expresión dócil, sin rencor ni reproche en la mirada. Era como el mar, que lo engulle todo en silencio. Le llegaron las voces de la demás chicas de la casa y se le apareció el rostro de Qin, también bello, pero enérgico y decidido. Eran dos suertes diferentes, dos destinos opuestos. Comparaba sus rostros y, aunque le gustaba más el primero, el segundo traslucía más felicidad. El de Mingfeng tenía una expresión de súplica conmovedora. Le hubiera gustado consolarla, poder ofrecerle

algo, pero no tenía nada que darle. Pensaba en el futuro de la chica, que estaba decidido desde el día en que nació. A todas las de su categoría les esperaba lo mismo, y ella no sería una excepción. Juehui se rebelaba contra los designios del destino, deseaba cambiarlo. Se le ocurrió una idea descabellada que lo hizo sonreír. «No es posible, estas cosas no pasan nunca», se dijo, «pero ¿y si pasase?» Sus pensamientos iban y venían sin cesar. «¡Es un sueño!»; un sueño precioso, y se negaba a abandonarlo. «Si sus circunstancias fueran como las de Qin, no habría ningún impedimento», y volvió a sonreír diciéndose: «¡Vaya quimera! Esto no es amor, es solo un juego». La expresión dulce de Mingfeng iba desvaneciéndose y aparecía el rostro de Qin, rebelde e impetuoso, que también se desvanecía. «¿Cómo puede un hombre pensar en formar una familia sin haber sometido a los *xiong nu*?». ⁶ De pronto le parecía apropiado este viejo refrán, que nunca le había gustado, y empezó a decirse en voz alta, exaltado: —¡Los enemigos no son los *xiong nu*!

No se trataba de tomar las armas e ir al campo de batalla a batirse con el enemigo, sino que lo que necesitaba para ser todo un hombre era abandonar el hogar y llevar a cabo una empresa extraordinaria. Pero, de hecho, no tenía ni idea de qué tipo de empresa se trataba.

Gritando y excitado por el descubrimiento, entró en la habitación.

—Mira, el hermano tercero ya está delirando de nuevo —dijo riéndose Juemin, que estaba de pie, al lado del escritorio, hablando con Qin.

Qin lo miró y, dirigiéndose a Juemin, dijo también riendo:

—¿No lo sabes? ¡Es un héroe!

—Quizá sea el Perro Negro —y los dos rieron a carcajadas.

Molesto por las burlas, Juehui replicó:

—En todo caso, el Perro Negro es mejor que el doctor Livesey, que es un señor honorable.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Juemin, sorprendido y divertido—. ¿No serás tú también un señor honorable en el día de mañana?

—¡Claro que sí! —contestó Juehui irónicamente—. ¿Lo tendremos que ser porque lo es el abuelo y lo fue nuestro padre? —y calló esperando la respuesta de Juemin.

Este, que solo pretendía divertirse un poco, al ver que su hermano se había molestado intentó decir algo para apaciguarlo, pero no se le ocurrió nada. Qin, que estaba a su lado, tampoco sabía qué decir.

—¡Ya estoy harto de esta vida! —Juehui iba exaltándose—. ¿Por qué nuestro hermano mayor se pasa el día lamentándose y quejándose? ¿No será porque ya no puede soportar la vida de persona respetable, porque no puede soportar las tonterías de esta familia? ¡Nuestra familia, que todavía no llega a las cinco generaciones bajo el mismo techo!⁷ De momento somos cuatro y ya se hacen evidentes las luchas, a veces disimuladas y otras manifiestas, para arañar más patrimonio.

Estaba tan furioso que se le hizo un nudo en la garganta y no podía hablar. Lo que le indignaba no era su hermano, sino toda la situación. Además, había otro motivo: no podía acercarse a la chica que le gustaba. Entre ellos se alzaba un muro alto e impenetrable: el de la familia de los señores.

Al ver el rostro enrojecido y la mirada furibunda de su hermano, Juemin se le acercó, le dio la mano y luego lo abrazó diciéndole: —No quiero burlarme de ti. Tienes razón, yo sufro tanto como tú. Hemos de mantenernos siempre unidos.

Pero ignoraba que el dulce rostro de Mingfeng también ocupaba los pensamientos de Juehui.

Las palabras de Juemin disiparon un poco la ira de Juehui, que asintió en silencio con la cabeza. Qin se levantó y le dijo conmovida: —Primo tercero, yo tampoco quiero reírme de ti. Siempre estaré de vuestra parte. Piensa que yo aún tengo que luchar más, mi situación es mucho más compleja.

Los dos hermanos se la quedaron mirando: en los preciosos ojos de Qin había una expresión melancólica y vibrante al mismo tiempo. No mostraban su actitud animosa de siempre, sino una expresión que revelaba su agitación interior. Desde luego, la situación de Qin era más complicada que la de ellos. Aquella tristeza, inusual en ella, los afectaba. Lo habrían dado todo para que se hicieran realidad los sueños de su prima, pero no podían hacer nada.

—Prima Qin, no te preocupes, te ayudaremos. No sufras, siempre he creído que querer es poder. ¿Recuerdas cuando queríamos entrar en la escuela y el abuelo se oponía? Al final lo conseguimos —dijo Juemin.

Qin retrocedió un par de pasos; con una mano encima del escritorio y la otra en la cabeza, los miraba ausente.

—El hermano segundo tiene razón, no te preocupes —insistió Juehui—; no sufras y estudia mucho inglés. Si consigues entrar en la Escuela de Lenguas Extranjeras, todo se arreglará.

—Ojalá fuera así. A mi madre le parece bien, pero le da miedo la oposición de la abuela. Y además está convencida de que nuestros parientes lo criticarán. En vuestra casa, aparte de vosotros dos, todos los demás también lo verán mal.

—¿Y qué tiene que ver con ellos? Que estudies o no es cosa tuya y, además, tú no eres de nuestra casa —replicó Juehui, entre

sorprendido y enojado.

—No sabéis lo que tuvo que aguantar mi madre cuando entré en la escuela de chicas: que si una chica de mi edad no podía ir sola cada día por la calle exponiéndose a cualquier cosa, que si no era propio de una mujer... La quinta tía lo criticó mucho. A mí no me importa, pero mi madre sufrió. Aunque también tiene ideas anticuadas, es más inteligente que las demás. Me quiere y por eso procura no hacer caso de lo que dice la gente, no porque crea que sea correcto que vaya a la escuela... Haber conseguido ir a la escuela ya es mucho, pero ir a una de chicos y chicas... ¿pensáis que alguien en la familia lo encontraría bien?

Con el cuerpo en tensión, Qin miraba a Juemin esperando una respuesta.

—El hermano mayor no está en contra —dijo Juemin.

—¿Y eso qué importa? La tía mayor sí, y la cuarta y la quinta tendrán motivo suficiente para criticar.

—¿Y qué importa lo que digan ellas? —exclamó Juehui—. Se pasan el día sin hacer nada más que comer y criticar a todo el mundo. Y si no tienen nada que decir de alguien, se lo inventan. No hay manera de hacerlas callar. Que digan lo que quieran.

—El hermano tercero tiene toda la razón —terció acaloradamente Juemin.

—¡Ya está decidido! —La mirada de Qin brilló de repente, había recuperado su expresión vital y resuelta de siempre—. El triunfo de toda revolución requiere algunas víctimas, y yo seré una de ellas.

—Seguro que las cosas cambiarán con tu decisión —le dijo Juemin conmovido.

Ella sonrió dulcemente y contestó con determinación:

—Da igual si triunfo o no; tengo que intentarlo.

Los dos hermanos la contemplaban admirados. Sonó el reloj de la habitación: eran las nueve. Qin se retocó el cabello y dijo: —Tengo que irme, las cuatro partidas ya deben de haber terminado. —Se dirigió a la puerta y, volviendo la cabeza, sonrió a la vez que les decía—: Si tenéis tiempo, venid a casa a pasar un rato, ahora tengo todo el día libre.

—De acuerdo —dijeron los dos al unísono, y la acompañaron hasta la puerta. Esperaron a que entrara en el salón y volvieron a la habitación.

—Realmente es una chica valiente —dijo Juemin absorto en sus pensamientos—. Me cuesta creer que una mujer tan fuerte también sufra.

—Todos tenemos problemas, yo también tengo mis penas —dijo Juehui a media voz.

—¿Tú también? ¿Y eso? —preguntó su hermano, atónito.

Juehui enrojeció y se apresuró a justificarse:

—Nada, tonterías.

Juemin no le dijo nada más, pero se lo quedó mirado con curiosidad.

—¡El palanquín de la señora tía! —gritó fuera la voz clara de Mingfeng.

—¡Traed el palanquín de la señora tía! —repitió Yuancheng, un criado de mediana edad.

Al cabo de poco se abrió la entrada principal y aparecieron dos portadores con un palanquín rojo, que dejaron al pie de los escalones del salón.

En la calle, el gong, grave y solemne, anunciaba la segunda noche.

4

ERA noche cerrada. La oscuridad se había adueñado de la residencia de los Gao. El gemido de los candiles apagándose se oía por toda la casa. Los momentos de alegría habían quedado atrás y reinaba la tristeza. En el lecho, todos se quitaban la máscara y hacían balance de la jornada. Abrían el corazón y todos los rincones secretos del alma. Los satisfechos se dormían plácidamente, pero los decepcionados lloraban con amargura su mala suerte dentro de la tibia cama. En el mundo tan solo existían esas dos clases de personas.

En el cuarto de las criadas un candil apenas iluminaba la estancia. El quejido de su pábilo lo entenebrecía todo aún más. En las dos camas de la derecha, Zhangsao, criada de la madrastra Zhou, y Hesao, niñera del nieto, ambas en la treintena, roncaban ruidosamente. A la izquierda, en otra cama, dormía la anciana Huangma, de cabello gris, y, en otra más pequeña, Mingfeng observaba sin cesar la luz de la vela. Aunque trabajaba todo el día sin tregua y le convenía conciliar el sueño pronto, esperaba a que todos los habitantes de la casa se durmieran para disfrutar de unos momentos de libertad. Apreciaba tanto aquellos instantes que no podía renunciar a ellos y se resistía a dormirse. En aquel reducto inaccesible nadie la molestaba, no le llegaban las órdenes, ni los gritos que resonaban de la mañana a la noche. Ella, que, como los demás, llevaba la máscara durante el día, por la noche se la quitaba y abría su corazón.

«Ya llevo aquí siete años», desde hacía unos días era el primer pensamiento que le venía a la cabeza. ¡Era mucho tiempo! A

menudo se extrañaba de que la vida durante esos años hubiera sido tan monótona. A pesar de las lágrimas que derramaba y de los improperios que soportaba, todos los días eran iguales. Los gritos y los llantos formaban parte de su cotidianidad. Estaba convencida de que eran inevitables y los aguantaba, aunque los odiaba. Creía que en la vida todo estaba dirigido por una fuerza superior y omnisciente que predestinaba a las personas. No solo ella lo creía, los demás también.

No obstante, en su corazón había algo que la inquietaba. Ni ella misma sabía exactamente de qué se trataba, pero ya hacía un tiempo que había empezado a agitarla y a despertársele un anhelo desconocido.

«Siete años, pronto serán ocho»; se lamentaba de su mala suerte y de la de todas las chicas de su condición. «¿Y no sabía yo cómo acabaría todo cuando hablaba con la señorita mayor sobre el futuro?» Ante Mingfeng se abría un inmenso y oscuro desierto. «Si todavía tuviera a la señorita mayor, que se preocupaba por mí y me enseñó a leer y escribir. Pero está muerta. Qué lástima que las personas buenas vivan poco.» Se le llenaban los ojos de lágrimas. «¿Cuánto tiempo más viviré así?», se preguntaba amargamente.

Recordó el pasado. La pesadilla comenzó siete años atrás, un día que también nevaba, una mujer de expresión malvada la había sacado de la casa donde acababa de morir su madre y la había entregado a los Gao. Entonces empezaron las órdenes, los llantos y los gritos en que se había convertido su vida.

Al igual que a las otras chicas de su condición, solo le quedaban los sueños bonitos que duran un instante y luego se desvanecen. Soñaba con juguetes y preciosos vestidos, manjares sabrosos y edredones envolventes, como los de las señoritas, pero

el día siguiente traía las amarguras del anterior, nada nuevo. «El destino, todo está marcado por el destino.» Se aferraba a esta idea para consolarse de los malos tratos. «¡Ojalá mi destino fuera como el de las señoritas!» Y volvía a entregarse a las fantasías: conocería a un hombre bueno y apuesto y vivirían felices. «¡Imposible! Vaya tontería», se reprochaba, «eso nunca ocurrirá», y la sonrisa le desaparecía de la cara. Conocía perfectamente su destino. Llegado el momento, la señora le diría: «Ya basta», y un pequeño palanquín se la llevaría para casarse con el hombre que la señora habría elegido. Aunque aún no lo conocía, estaba convencida de que sería un hombre mayor. En casa del marido llevaría una vida dura, trabajaría para él, le daría hijos y quizás, diez o veinte días después de dar a luz, volvería a servir a casa de los señores. ¿Acaso no había sucedido así con Xier, la criada de la quinta señora? Un destino así era como no tener destino. Sintió un escalofrío. Recordó que cuando Xier volvió casada, después de cambiar la trenza por el moño, a menudo la oía llorar a solas en el jardín. Un día le explicó cómo la había maltratado su marido. Quizás a ella le sucedería lo mismo. «Mejor morir, como la señorita mayor», pensaba con amargura.

Estaba envuelta en la tiniebla. La luz de la vela parpadeaba. De la cama de enfrente llegaban los ronquidos de Zhangsao y Hesao. Mingfeng se levantó perezosamente, tiró el pábilo quemado y en la estancia aumentó la claridad. También su ánimo se recuperó. Miró la cama que tenía delante. El grueso cuerpo de Zhangsao estaba completamente envuelto por la ropa de cama, solo se le veía un mechón de cabello y una mejilla. «¡Cómo duerme!», pensó esbozando una sonrisa. Pero ni siquiera aquella sonrisa consiguió aliviarle la opresión que sentía en el corazón.

De la oscuridad que invadía el cuarto empezaron a surgir unos

rostros estremecedores que se le iban acercando. Algunos se encolerizaban y la reprendían. Se tapó los ojos atemorizada y se echó en la cama.

El viento azotaba la ventana y sacudía el papel que la cubría. El frío atravesaba el papel. La luz de la vela se agitaba, trémula. El frío se le metió por la manga de la camisa y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo; apretó los puños y miró a su alrededor.

«No me amenes con decírselo a la cuarta señora», oyó que decía Hesao de pronto. Mingfeng levantó la cabeza y la miró asustada, pero la otra se giró, escondió la cabeza y no dijo nada más. «Está soñando», suspiró Mingfeng mientras, abatida, se desabrochaba los botones de la bata y se quedaba en camisa. Dos pequeños bultos de carne tierna y suave le sobresalían del pecho.

«Ya soy mayor. ¿Qué será de mí?», pensó melancólica. De repente se le apareció el rostro de un hombre joven que parecía sonreírle. Un sentimiento cálido le invadió el corazón cuando creyó reconocerlo. Deseaba que la tomara de la mano, quizás él la salvaría de aquella vida. Pero el rostro se fue elevando despacio, hasta desaparecer por completo. Lo que habían visto sus ojos era el polvo que caía del techo, y su mirada esperanzada se perdió allí. Una ráfaga de viento gélido que le golpeó el pecho la despertó de aquel sueño. Se frotó los ojos y se dijo: «Estoy soñando». Completamente aturdida, miró de nuevo a su alrededor, se quitó los pantalones de algodón, colocó encima de la cama toda la ropa que se había quitado y se metió bajo el edredón.

Dos palabras le rondaban la cabeza sin cesar y le golpeaban el corazón: «Triste destino». La señorita mayor las decía a menudo.

Se puso a llorar sin hacer ruido para no despertar a las demás. La luz del candil se apagaba poco a poco. Afuera, el viento aullaba.

EL sonido grave del gong en la quietud de la noche redoblaba la tristeza de las calles nevadas; los porteadores de palanquines avanzaban despacio, como si temieran perder aquel compañero que los seguía solemnemente, pero un par de calles más abajo los abandonó en una esquina y se volvió un lamento lejano en sus oídos. Zhangsheng, un criado de unos cuarenta años, llevaba un farol colgando de los hombros para guiar a los dos palanquines. Caminaba con las espaldas encogidas y de vez en cuando rompía aquel imponente silencio con un par de estornudos. Los porteadores marchaban penosamente, el frío los envolvía, la nieve les congelaba los pies, cubiertos tan solo por unas zapatillas de esparto, pero ya estaban acostumbrados: pisaban la nieve de manera disciplinada, y solo a veces se enderezaban o se llevaban una mano a la boca para calentársela con el aliento.

La madre de la prima Qin, la tía Zhang, sonreía ensimismada en el palanquín posterior. Aunque aún no había cumplido cuarenta y tres años, su cuerpo ya daba muestras de acercarse a la vejez. Había jugado doce partidas de *mahjong* y se sentía exhausta. Iba tan aturdida que ni siquiera se daba cuenta de que el viento agitaba las cortinas del palanquín. Por el contrario, Qin se había desvelado del todo. Estaba a punto de producirse el primer acontecimiento importante de su vida. Lo tenía allí mismo, delante suyo. Se sentía feliz, pero asustada al mismo tiempo. Ella tampoco prestaba atención a lo que la rodeaba. Estaba enfrascada en sus pensamientos cuando el palanquín atravesó la entrada y se detuvo delante del salón principal de la casa. Como de costumbre,

acompañó a su madre a sus aposentos para estar presente mientras la criada Lisao la desvestía.

—No entiendo cómo puedo estar tan cansada —dijo suspirando la tía Zhang mientras dejaba la vieja bata de seda de Huzhou encima de la silla.

—Hoy has jugado mucho, madre —dijo Qin sonriendo, sentada delante de ella—. Has hecho un gran esfuerzo de concentración. ¡Y eso que todavía te han quedado doce fichas!

—Siempre me dices lo mismo. ¿Qué pretendes que haga a mi edad? Si no jugara, tu vieja madre se pasaría el día rezando,; y no quiero.

—Yo no he dicho que no juegues, solo he dicho que hoy han sido demasiadas partidas —replicó Qin.

Se dio cuenta de que Lisao seguía allí, cabizbaja, de pie delante del armario.

—Eso es todo. Vete a dormir, Lisao.

La criada asintió y dio media vuelta para retirarse cuando la tía Zhang le preguntó: —¿Hay té preparado?

—Sí, señora, en el *wu geng ji*⁸ —respondió Lisao, mientras salía de la habitación.

La tía Zhang reanudó la conversación:

—¿Qué decías? ¡Ah, sí! Que he jugado más de la cuenta. A mí también me lo parece pero no tengo nada más que hacer en todo el día, una vida así no tiene ningún interés, es demasiado larga y, además, soy un engorro.

Entrecerró lo ojos y cruzó las manos en el regazo. Parecía dormida. La habitación estaba en silencio, solo se oía el tictac del reloj de péndulo. Qin deseaba hablar de cosas importantes con su madre, pero al ver que cerraba los ojos comprendió que no era el momento. Se levantó de la silla para despertarla y acompañarla a

la cama. Entonces la tía Zhang abrió los ojos y dijo: —Tráeme una taza de té.

Qin fue a la mesilla, cogió la tetera del *wu geng ji* y llenó despacio una taza con té fuerte y aromático. Se la llevó a su madre y la dejó encima de un escabel.

—Madre, el té.

Se quedó de pie a su lado, mirándola nerviosa. Se daba cuenta de que había llegado el momento de hablar, pero tenía miedo.

—Madre. —Qin no sabía por dónde empezar.

—¿Qué pasa? —preguntó la tía Zhang.

—Madre —repitió Qin bajando la mirada y jugando con los bajos del vestido—, los primos me han dicho que el próximo curso admitirán chicas en su escuela. Y a mí me gustaría ir.

—¿Qué dices? ¡Una escuela de chicos que admite chicas! ¿Y que quieres ir? —preguntó la tía Zhang dudando de si lo había entendido bien.

—Sí —respondió Qin en voz baja. Y continuó—: No es tan raro, la Universidad de Pekín ha admitido a tres chicas y en Nankín y en Shanghai también hay aulas mixtas.

—¡Pero cómo ha cambiado el mundo! ¡No había bastante con las escuela femeninas sino que ahora, además, los chicos y las chicas tienen que estudiar juntos! —exclamó la tía Zhang—. En mi juventud nunca hubiera imaginado algo así.

Las palabras de la madre fueron como un jarro de agua fría. Qin se quedó helada, pero no desesperó y, recobrando poco a poco el coraje, continuó: —Madre, ¿cómo puedes pretender que todo sea igual? ¡Han pasado más de veinte años! El mundo ha cambiado. Si los hombres y las mujeres somos iguales, ¿por qué no puedo ir a la misma escuela que un chico?

La madre la interrumpió riéndose:

—No puedo discutir contigo, has aprendido mucho estos últimos años. Puedes sacar suficientes argumentos de tus libros para rebatirme y decirme que soy una vieja anticuada.

Qin también se rio pero continuó insistiendo:

—Madre, respóndeme. Siempre has confiado en mí. Siempre has estado a mi lado.

La tía Zhang respondió cariñosamente:

—No me da miedo el qué dirán, confío en ti. Pero esto ya es demasiado. Tu abuela será la primera en oponerse. Además, a nuestros parientes tampoco les gustará.

—¿No acabas de decirme que no te preocupa lo que puedan decir? —replicó Qin—. ¿La abuela? Vive en un monasterio budista y apenas viene a casa dos o tres veces al mes. Además, los últimos meses ha dejado de venir alguna vez. ¿Y qué quieres que diga? ¡Ella no se mete en nada! La única que tiene que decidir eres tú, como cuando decidiste que fuera a la escuela. Y si alguien murmura, lo ignoraremos.

La tía Zhang guardó silencio un momento y luego, desmoralizada, dijo: —Antes era muy valiente, pero me estoy haciendo vieja y no quiero oír reproches de la familia. Me gustaría pasar los últimos años de mi vida en paz, sin problemas. Como madre, intento ser considerada. Tu padre murió demasiado pronto, solo te tengo a ti, tuve que asumir toda la responsabilidad; no quise vendarte los pies, y dejé que fueras a casa del abuelo a estudiar con tus primos, y cuando quisiste ir a la escuela te llevé. Mira la cuarta prima de la quinta tía, le vendaron los pies cuando era muy pequeña sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Y la tercera prima de la tía mayor tampoco pudo aprender a leer. En el fondo, estoy de acuerdo contigo.

Quería continuar hablando, pero el cansancio se lo impedía.

Miró a Qin apesadumbrada y, viendo que su hija estaba a punto de llorar, le dijo dulcemente: —Hijita, ve a dormir. Aún es pronto para hablar de todo esto. Cuando llegue el otoño volveremos a hablar y veremos qué solución encontramos.

Qin salió desilusionada, atravesó la salita central de la casa y fue a su habitación. Se sentía decepcionada, aunque no le guardaba rencor a su madre. Al contrario, le estaba agradecida y la respetaba.

La habitación le pareció solitaria. Los sueños de Qin se habían desvanecido. El retrato de su padre colgado en la pared aún la entristecía más. Dejó la falda sobre la cama, fue al escritorio, atizó el candil y se sentó. Los caracteres del título de *Nueva Juventud* le llamaron la atención. Empezó a hojear la revista leyendo frases al azar: «Mis ideas son lo más importante, estoy sola, soy una persona como tú...», «debo hacerlo yo sola...», «no puedo confiar en lo que dice la mayoría...», «debo pensar en mí, solucionarlo por mí misma». Eran frases de *Casa de muñecas*, de Ibsen.

Aquellas palabras fueron una revelación. Comprendió que su situación no era tan desesperada y que su triunfo solo dependía de su esfuerzo. Si aquel deseo se hacía realidad, habría sido gracias a ella y no a los demás. Sintió que el desaliento y la tristeza se desvanecían. Alegre, tomó la pluma y se puso a escribir una carta: *Querida Qianru: Los primos me han dicho hoy que el próximo otoño la Escuela de Lenguas Extranjeras abrirá la matrícula para chicas. He decidido apuntarme. ¿Qué opinas? ¿Podríamos ir juntas? Espero que no te importe lo que digan los demás. Es necesario que luchemos para abrir camino a las hermanas que vienen detrás de nosotras y conseguir que tengan una vida mejor. Me gustaría que vinieras a casa, tengo que contarte muchas cosas. Mi madre estará encantada de que vengas.* YUAN HUA

Releyó la carta, puso la fecha y añadió los signos de puntuación según el nuevo estilo. Su madre pensaba que las cartas escritas en *bai hua*⁹ resultaban demasiado largas y, además, de una insoportable vulgaridad, pero a Qin últimamente le gustaba escribir así. Y lo hacía con esmero, utilizando de manera correcta ciertas partículas de la lengua oral. Para conseguirlo, examinaba con detenimiento las cartas que enviaban los lectores a *Nueva Juventud*.

JUEMIN llamaba hermano mayor a Gao Juexin. Él y sus dos hermanos eran hijos de los mismos padres y los tres vivían en la misma casa, pero la situación familiar de Juexin era muy distinta: como descendiente primogénito de la rama principal, su futuro estaba trazado desde el día de su nacimiento. Apuesto y de carácter afable, desde la niñez había dado muestras de su inteligencia y había crecido con el cuidado amoroso de sus padres y la estima de su preceptor. Todos le auguraban un brillante porvenir y el padre y la madre, en privado, se felicitaban por haber tenido un hijo como él. En la escuela secundaria fue un alumno aventajado que gozó de la admiración y el respeto de sus compañeros. Fue el primero de su promoción al terminar los cuatro años de estudios y, como le gustaba mucho la química, había planeado ir a la universidad, a Pekín o a Shanghai, y después a Alemania a fin de perfeccionar sus conocimientos.

Su buena estrella empezó a darle la espalda cuando, justo al terminar el cuarto curso, su madre murió y su padre volvió a casarse con una mujer más joven, prima de la difunta. Aunque la pérdida de la madre le dejó una profunda cicatriz, le quedaba la ilusión de una carrera prometedora y el cariño de una persona que lo entendía y lo consolaba: su prima.

Con una crueldad implacable, la suerte lo abandonó del todo la noche que, al volver a casa después de celebrar su graduación con unos amigos, su padre lo llamó a su habitación y le dijo:

—Ahora que has terminado los estudios creo que deberías casarte. Tu abuelo desea un bisnieto y a mí me gustaría poder

abrazar a un nieto pronto. Ya tienes edad de formar una familia; encontrarte una esposa me quitaría un peso de encima. Durante los años que fui funcionario ahorré lo suficiente para no tener que preocuparnos por nada, pero ahora no me encuentro demasiado bien y necesito reposo. Tendrías que ayudarme a gobernar la casa y para ello no puedes prescindir de una esposa. Ya he hablado con la familia Li. La ceremonia de los esponsales será el día 13 del mes que viene, una fecha de buen augurio; está decidido. Te casarás este año.

Juexin no se esperaba aquella noticia, le parecía increíble, pero no dijo nada. Sin mostrar signo alguno de disconformidad, mantenía la cabeza inclinada para manifestar la aceptación de los designios del progenitor mientras este le hablaba afectuosamente. Cuando se fue a su habitación, cerró la puerta y escondió la cabeza entre la ropa de la cama para ahogar los llantos de desesperación.

Había oído decir algo de su matrimonio con Li, pero no había hecho demasiado caso. Su buena presencia y sus dotes para el estudio lo convertían en un buen partido, de modo que eran muchos los padres con hijas casaderas que se interesaban por él. Los casamenteros —tan honorables como los señores que los enviaban— frecuentaban últimamente la casa de los Gao, y el padre y la madrastra estuvieron considerando todas las propuestas hasta que, al final, se quedaron con dos candidatas. Tanto la una como la otra eran ideales para desposarse con Juexin, y como el padre y la madrastra no acababan de decidirse, decidieron echarlo a suertes. El padre escribió el nombre de las candidatas en dos papelillos de color rojo e hizo una bola con cada uno de ellos. Con las bolitas de papel entre las manos se puso delante del altar de los antepasados, rezó una plegaria y, acto seguido, desplegó uno de los papeles. Así se decidió que Li fuera la

futura esposa.

Juexin soñaba con compartir el mañana con una prima materna de la familia Qian, y el matrimonio entre los dos había sido un tema frecuente en las conversaciones familiares. No obstante, su padre había escogido una chica desconocida y había decidido que se casaría ese mismo año. Su futuro profesional se había desvanecido y, además, tenía que casarse. Era un golpe muy duro: su futuro se había frustrado; su sueño se había hecho trizas. Lloró amargamente con la cabeza hundida en la cama, pero no se rebeló contra la voluntad del padre, ni siquiera le reprochó lo que le había hecho.

El día de los esponsales actuó como una marioneta y se dejó felicitar y lisonjear por todo el mundo como si fuera un objeto precioso. Era el protagonista. Cumplió con su deber sin experimentar emoción alguna y, por la noche, fatigado de tanta celebración, se olvidó de todo y se quedó profundamente dormido.

A partir de entonces dejó de lado la química y todo lo que había aprendido en la escuela secundaria. Guardó los libros y no volvió a tocarlos. Su único objetivo era distraerse: jugaba al *mahjong*, iba al teatro, bebía o atendía, sin tomar ninguna iniciativa, a los preparativos para la boda que su padre disponía.

La boda se celebró al cabo de medio año. Con la intención de dar más solemnidad al acto, el padre y el abuelo mandaron construir un escenario en la casa para la ceremonia. Las cosas no fueron tan sencillas como Juexin imaginaba. Durante los tres días previos a la boda tuvo que volver a representar su papel, recibiendo los agasajos y los cumplidos de todo el mundo. La fiesta lo dejó exhausto, pero esta vez, cuando los invitados se marcharon, no pudo olvidarse de todo ni abandonarse al sueño. A

su lado tenía una esposa que no conocía y tuvo que seguir representando su papel.

Se había casado. Su abuelo ya tenía una mujer para su nieto, y su padre, la nuera que deseaba. Los demás en la familia estaban contentos y él tampoco se sentía mal del todo. Su esposa era solícita y afectuosa, y su aspecto no era muy distinto del que él hubiera deseado. Relativamente conforme con su situación, parecía haber olvidado su amor frustrado y su carrera profesional truncada. Satisfecho con el amor que le profesaba su esposa, se le veía contento en su compañía.

Así transcurrió un mes, hasta que un día, al atardecer, su padre lo llamó de nuevo a su habitación y le dijo:

—Ahora que ya tienes una familia, debes ganarte la vida para evitar los chismorreos de la gente. Te he mantenido y te he procurado una esposa, ya he cumplido con mi deber de padre. Es necesario que los dos dependáis económicamente de tu trabajo. En casa, claro, hay suficiente dinero para que continúes los estudios, pero ya tienes esposa y no puedes dejar la casa. No estaría bien que tuvieras ventajas sobre los demás. Además, el abuelo no aprobaría que te marcharas a estudiar fuera, ni estaría bien visto que te quedaras en casa sin hacer nada. Te he encontrado un empleo en la Compañía Xi Chu. El sueldo no es demasiado alto, pero es suficiente para vuestros gastos y, si trabajas bien, irás ascendiendo de categoría. Mañana te acompañaré allí. Nuestra familia es accionista de la compañía y yo, además, soy miembro del Consejo de Administración. Todos son amigos míos y te ayudarán.

Mientras su padre le hablaba, Juexin escuchaba y asentía. Lo atormentaba un único pensamiento: «Todo ha terminado». Su corazón encerraba muchas palabras que no decía.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, su padre le dio algunos consejos sobre la manera de tratar a la gente y de comportarse en el trabajo. A continuación, dos palanquines los llevaron hasta la empresa. En las oficinas estaban el administrador Huang, un cuarentón jorobado y con bigote; el contable Chen, que tenía cara de vieja; el larguirucho cajero Wang y dos o tres empleados más. El administrador le hizo algunas preguntas, que Juexin respondió como si recitara una lección. Aunque lo trataron con mucha amabilidad, se sentía extraño, se daba cuenta de que no era como ellos. Hasta entonces nunca había tratado con gente de aquel nivel.

Su padre se marchó y lo dejó allí, solo y abandonado, como en un isla desierta. Además, no tenía nada que hacer. Estuvo sentado en un despacho durante más de dos horas, mano sobre mano, observando al administrador, que hablaba con las visitas, hasta que de repente este se acordó de él y le dijo afectuosamente: — Hoy no hay trabajo, si el hijo del amigo lo desea, puede marcharse.

Juexin llamó a un palanquín y volvió a casa como un reo recién indultado. Por el camino no dejaba de atosigar al porteador para que se diera prisa, en aquel momento se sentía la persona más feliz del mundo. Una vez en casa, fue primero a ver al abuelo y a escuchar sus recomendaciones y luego las del padre. Después se retiró a su habitación, donde su esposa le preguntó por el trabajo y le dio ánimos. Al día siguiente, a las diez de la mañana, después de desayunar, volvió a la oficina hasta las cuatro de la tarde. Aquel día ya tuvo un despacho propio y empezó a trabajar siguiendo las indicaciones que le dieron el administrador y sus compañeros.

Así, con diecinueve años, había empezado su vida laboral. Poco a poco fue habituándose a la empresa. La primera vez que cobró los treinta y dos yuanes de salario se sintió alegre y triste al

mismo tiempo; alegre porque los había ganado con su esfuerzo, y triste porque aquel dinero era el precio que había pagado por olvidar su carrera.

Su existencia era soportable. En el trabajo, cada mes recibía la paga sin experimentar emoción alguna. En casa, los días transcurrían sin sobresaltos; soportaba caras largas, escuchaba conversaciones aburridas y se ocupaba de tediosos asuntos, pero la familia no le importunaba demasiado y les dejaban en paz a su esposa y a él.

No había transcurrido ni medio año cuando un hecho desafortunado volvió a trastocarle la vida: una epidemia se llevó a su padre y tuvo que asumir todas las responsabilidades familiares: velar por la madrastra, las dos hermanas y los dos hermanos, que todavía iban a la escuela. Solo tenía veinte años. Nunca hubiera podido imaginarse que su situación podría ser aún más dura.

Con el paso del tiempo el dolor fue mitigándose. Junto al padre enterró sus recuerdos y su juventud, y asumió las nuevas obligaciones con resignación. Al principio soportó la carga familiar sin demasiados problemas, pero poco a poco sintió que le lanzaban dardos invisibles por todos lados. Podía esquivar algunos, pero otros lo alcanzaban de lleno. Descubrió la cara oculta de aquella familia honorable que, tras una máscara de respetabilidad y educación, escondía odios y mezquindades. A pesar de que había dejado atrás sus ilusiones juveniles, todavía conservaba los ideales de justicia e intentaba actuar con ecuanimidad. Con todo, sus esfuerzos eran vanos y solo le traían problemas y enemigos. La familia estaba formada por cuatro ramas. En realidad, su abuelo había tenido cinco hijos, pero el segundo había muerto muy joven. Con los familiares de la tercera rama era con quien Juexin tenía más proximidad. Con los tíos

cuarto y quinto la relación no era tan buena, y la cuarta tía, que siempre desconfiaba de la madrastra, le creaba muchos problemas porque indisponía a la quinta contra la madrastra. Ellas dos eran las artífices de la mayoría de chismes que circulaban sobre Juexin y su familia.

Los esfuerzos de Juexin por mantener apaciguado a todo el mundo le fatigaban y además resultaban estériles. Se preguntaba qué sentido tenían aquellos conflictos constantes. A las tías cuarta y quinta se añadía la vieja concubina del abuelo. ¿Merecían la pena los esfuerzos que hacía si no lograba apaciguarlas? Al final encontró la forma de vivir en paz o, mejor dicho, la forma de vivir en paz con la familia, y consistía en hacer todo lo posible por evitarse problemas: se desembarazaba de ellas con buenas palabras, se mostraba exageradamente respetuoso, se dejaba ganar en el juego, les hacía pequeños recados... En definitiva, sacrificaba una parte de su tiempo a cambio de tranquilidad.

Poco después de la muerte del padre, Shurong, la hermana mayor, murió de tuberculosis. Aunque su muerte le entristeció todavía más, Juexin se vio aliviado de una de sus cargas familiares.

Al cabo de poco tiempo nació su primer hijo. Juexin se sintió profundamente agradecido a su esposa: el hijo le trajo una inmensa felicidad, no podía desear nada más. Hasta aquel momento su vida se reducía a cargar con las obligaciones que le había legado su padre, pero de pronto tenía un hijo, un ser de su carne y su sangre. Podía criarlo, educarlo, y hacer realidad en él sus ambiciones. La felicidad de aquella criatura sería la suya. Sus sacrificios no habían sido en vano.

Dos años después del nacimiento de su hijo tuvo lugar el movimiento del 4 de mayo.¹⁰ Los periódicos difundieron los hechos, que se propagaron como un reguero de pólvora y

despertaron en Juexin su aletargado entusiasmo juvenil. Tanto él como sus dos hermanos leían con avidez las noticias que llegaban de Pekín y las de las huelgas de los comerciantes de Shanghai y de Nanquín que tuvieron lugar a principios de junio. Los periódicos locales reproducían artículos de *Nueva Juventud* y de *Crítica Semanal*. En la Librería Nacional e Internacional compraron el último número de la primera y dos o tres ejemplares de la segunda, cuyos artículos vehementes y apasionados les atraían con una fuerza irresistible y les reafirmaban en sus convicciones sin dejarles suficiente tiempo para la reflexión. Llegaban a sus manos todas las publicaciones del momento: *Nueva Juventud*, *Nueva Ola*, *Crítica Semanal*, *La Joven China*... Cada noche, los hermanos las leían devotamente sin dejarse ni una columna. Discutían a menudo sobre lo que habían leído. Las ideas de Juemin y Juehui eran más progresistas que las del hermano mayor, a quien tildaban de seguidor de la filosofía de la reverencia de Liu Bannong.¹¹ Juexin decía que le gustaba la doctrina de la no resistencia de Tolstói, aunque no había leído el texto original y solo conocía del autor ruso el relato «Iván el tonto».¹²

Las teorías de la reverencia y de la no resistencia permitían a Juexin conciliar el espíritu de *Nueva Juventud* con su realidad familiar. Le servían de justificación ante sí mismo y a la vez hacían que se sintiera partícipe de las corrientes de pensamiento modernas. De hecho, se había convertido en un hombre de doble personalidad: en el trabajo y en casa se comportaba según las costumbres tradicionales, y cuando estaba con sus hermanos era un hombre de ideas avanzadas. Sus hermanos le echaban en cara ese desdoblamiento, pero a él no parecía importarle demasiado y seguía alternando la lectura de las nuevas ideas con la vida cotidiana tradicional.

Entretanto, su hijo iba creciendo. Empezó a andar y a decir sus primeras palabras. Era una criatura encantadora e inteligente. Juexin depositó en él todo su afecto. «Hará todo lo que yo no he podido hacer», pensaba. No quiso contratar a un ama de cría pues prefirió que se encargara su mujer. Aquello fue un verdadero escándalo en la familia, pues jamás nadie había hecho algo así. Hubo muchos comentarios maliciosos de parientes y conocidos, pero Juexin, convencido de que aquello era lo mejor para su hijo, contaba con el apoyo de su esposa, quien confiaba plenamente en sus métodos.

Por la noche, la mujer y el hijo eran los primeros en acostarse. Al cabo de un rato, Juexin iba a contemplar aquella carita candorosa que dormía en brazos de su madre. Se olvidaba de sí mismo y, con un amor infinito, se inclinaba para besarla y le decía al oído las palabras más dulces que se le ocurrían.

No sabía que él, años atrás, de niño, había oído las mismas palabras de boca de sus padres.

7

LOS domingos por la tarde Juexin acostumbraba a ir a las oficinas de la empresa, abiertas aquel día de la semana.

Acababa de tomarse un té cuando entraron Juemin y Juehui, que solían ir a verle muchos domingos después de pasar por la Librería Nacional e Internacional para comprar las últimas novedades. De entre los negocios que tenía la empresa en aquel recinto comercial, había una pequeña central eléctrica que suministraba la corriente al centro y a las tiendas de las calles cercanas. El recinto era muy grande, con establecimientos de todo tipo. Las oficinas administrativas estaban allí mismo. La Librería Nacional e Internacional estaba ubicada a la izquierda de la entrada posterior del recinto. Los hermanos Gao tenían muy buena relación con la librería.

—Esta vez han llegado pocos ejemplares de *Nueva Juventud*, cuando hemos ido solo quedaba uno. Si hubiéramos pasado más tarde no habríamos encontrado ninguno —dijo Juemin, sentado en una silla delante de la ventana y mirando la revista como si fuera un tesoro.

—Le dije al señor Chen que me reservara un ejemplar de todas las publicaciones que llegan —contestó distraídamente Juexin mientras revisaba unas facturas.

—No sirve de nada reservarlas, hay mucha gente que lo hace, y la mayoría son clientes antiguos. Ha recibido tres paquetes y los ha vendido en un par de días —dijo Juehui, impaciente por empezar a leer la revista.

—Pronto llegarán más. El señor Chen ha dicho que estos tres

paquetes eran un avance —explicó Juemin. Se levantó, tomó un ejemplar de *La Joven China* de encima del escritorio y volvió a su sitio para hojearlo. Estaba sentado en una silla de la derecha. Había tres, una al lado de la otra, separadas por dos mesillas de té. La suya era la que estaba más cerca de la ventana. Entre esta y la ventana solo había la silla giratoria en la que a menudo se sentaba Juexin. Los tres hermanos estaban en un silencio que solo rompía el sonido seco e ininterrumpido de las bolas del ábaco. Los cálidos rayos del sol invernal entraban oblicuamente por la ventana, velados por el estor. Fuera se oían los pasos de los transeúntes en su ir y venir; los de unos zapatos sobre el hormigón se distinguieron cada vez más cercanos. Se oyó cómo subían los escalones y atravesaban la entrada principal de las oficinas. Al final, la cortina azul de la estancia se movió y entró un joven alto y delgaducho. Los tres jóvenes levantaron la cabeza para mirar al recién llegado y Juexin dijo sonriendo: —Jianyun...

Este, después de saludar a los hermanos, tomó el *Diario de los Ciudadanos* y se sentó al lado de Juemin. Echó un vistazo a las noticias locales y al terminar dejó el periódico sobre la mesilla de té y, mirando a Juemin, preguntó: —¿Ya estáis en las vacaciones de invierno?

—Las clases han terminado, los exámenes serán el próximo trimestre —contestó secamente Juemin, mirándolo un instante antes de sumergirse otra vez en la lectura de *La Joven China*.

—He oído que hoy la Asociación de Estudiantes hace una representación teatral en el parque Wanchun para reunir fondos para las escuelas populares. ¿Es cierto? —volvió a preguntar con amabilidad Jianyun.

Juemin lo miró y, de nuevo, le respondió con desgana:

—No sé si se hace o no, pero seguro que no se trata de la

Asociación de Estudiantes. Probablemente solo esté organizada por dos o tres escuelas.

En los últimos tiempos, Juemin no estaba al corriente de aquellas cosas. Iba a clase y volvía a casa para preparar su papel de doctor Livesey en *La isla del tesoro*.

—Así, pues, ¿no pensáis ir? Creo que van a representar *El matrimonio*¹³ y *Casa de muñecas*.¹⁴ No pinta nada mal el programa.

—Está demasiado lejos y estos días andamos tan atareados con los exámenes que no estamos para teatro —contestó Juemin sin levantar siquiera la cabeza.

—Pues a mí me gustaría ir. Las dos obras son buenas —dijo Juexin mientras hacía cuentas con el ábaco—, pero no tengo tiempo.

—Aunque quisieras ir, ya es demasiado tarde —dijo Juehui, que acababa de leer el artículo de la revista y la había dejado caer sobre el regazo.

Jianyun agachó la cabeza, abatido, tomó un periódico de la mesilla y se dispuso a hojearlo.

—Jianyun, ¿sigues dando clase en casa de los Wang? Has estado unos días sin ir. ¿No te encontrabas bien? —le preguntó preocupado Juexin al observar que no tenía buen aspecto.

—He estado resfriado. Sí, aún doy clase en casa de los Wang, a menudo coincido con la señorita Qin. —Siempre la llamaba señorita Qin, aunque ella no estuviera presente.

Jianyun era un pariente lejano de la familia Gao. Era un poco más joven que Juexin y por eso lo llamaba hermano mayor, al igual que Juemin y Juehui. Se quedó huérfano siendo muy pequeño y se había criado en casa de un tío paterno. Después de la escuela secundaria no había podido acceder a los estudios superiores y se

ganaba la vida enseñando inglés y matemáticas a dos hijos de la familia Wang, parientes de la tía Zhang. Por eso coincidía muchas veces con Qin en casa de estos.

—No tienes buen color y estás muy flaco. Tienes que cuidarte —le dijo Juexin, paternal.

—Tienes razón, hermano mayor, ya lo sé —respondió agradecido.

—¿Por qué siempre estás tan decaído? —le preguntó Juexin.

—Todos me dicen lo mismo, pero a mí no me lo parece. Quizás es porque he crecido sin padres.

Le temblaban los labios, parecía que estuviera a punto de llorar.

—Deberías hacer deporte. Estar triste no te hace ningún bien —dijo Juemin, esbozando un gesto de desaprobación con la cabeza.

No había terminado de hablar cuando se oyeron unos pasos y la voz de una mujer joven que decía: —Primo mayor...

—¡Ha venido la señorita Qin! —exclamó Jianyun, y se le iluminó la cara al instante.

—¡Adelante! —le dijo Juexin levantándose de la silla.

La cortina se abrió y entró Qin, acompañada de su madre y el criado Zhangsheng detrás, que se marchó enseguida.

Qin vestía una chaqueta de seda de color verde pálido y una falda azul marino. Debajo del flequillo perfectamente cortado se dibujaban unas cejas bien perfiladas y unos ojos engarzados a ambos lados de una nariz recta. Su mirada brillante iluminaba su rostro y toda la habitación. Las miradas de los cuatro jóvenes se dirigieron hacia ella. Qin y su madre los saludaron sonriendo. Juemin y Jianyun se levantaron para ofrecerles asiento. Juexin tocó el timbre para que les sirvieran té.

—Mingxuan, me han dicho que en La Nueva Prosperidad han llegado telas nuevas y querría comprar un par, pero no sé si merece la pena —dijo la tía Zhang dirigiéndose a Juexin.

—Sí, hay de diferentes tipos, también de popelín —afirmó Juexin.

—¿Puedes acompañarme a echarles un vistazo?

—Si la tía quiere, estaré encantado. ¿Quieren ir ahora? —preguntó Juexin, levantándose, mientras esperaba la respuesta de la tía Zhang.

Esta, alborozada, dijo:

—¿No tienes trabajo ahora mismo? Pues vamos.

Se levantó y miró a Qin interrogativamente.

—Madre, yo no voy. Te espero aquí.

—De acuerdo.

Juexin cedió el paso a la tía y salieron los dos.

—Primo tercero, ¿qué estás leyendo? —preguntó Qin mirando la revista que tenía Juehui entre las manos.

—*Nueva Juventud*, recién llegada —dijo sonriendo, complacido.

Qin se rio al ver que agarraba la revista.

—No temas. ¡No voy a quitártela!

Juemin se levantó y le señaló otra:

—Mira, aquí tienes *La Joven China*, luego no me digas que la guardo como un tesoro.

—Primero leedlas vosotros y cuando hayáis terminado me las llevaré a casa para leerlas con calma.

Juehui siguió leyendo. Al cabo de un momento preguntó a Qin:

—Prima Qin, ¿por qué estás tan contenta hoy? ¿Ya te ha dado una respuesta tu madre?

Qin, negando con la cabeza, contestó:

—Ni yo misma sé por qué estoy tan contenta. En el fondo lo que pueda decir mi madre no es tan importante, mis asuntos tengo que resolverlos yo. Soy una persona, como vosotros —declaraba mientras se levantaba y se acercaba a Juemin.

—Sí, señora —dijo este con aprobación—. ¡Estás hecha toda una mujer moderna!

—No te burles de mí —dijo Qin riendo, pero enseguida adoptó una expresión solemne y, cambiando el tono de voz, dijo—: Tengo que daros una noticia: vuestra tía Qian ha vuelto a la ciudad.

Desde luego, era una noticia inesperada.

—¿Y la prima Mei? —preguntó Juehui angustiado.

—También. No hace ni un año que se casó y ya se ha quedado viuda. Como la familia del marido no la trataba demasiado bien, volvió a vivir con su madre, y ahora han regresado otra vez.

—¿Cómo lo sabes? ¿De dónde has sacado la noticia? —preguntó Juemin, intrigado, con los ojos abiertos de par en par detrás de sus gafas de montura dorada.

—Ayer vinieron a visitarnos a casa —dijo Qin en voz baja.

—¿La prima Mei fue a veros? ¿Cómo está? —quiso saber Juemin.

—Un poco más delgada, pero más guapa que antes. Su mirada esconde muchas cosas, aunque no le hice demasiadas preguntas porque no quise remover el pasado. Estuvimos hablando de la vida y de las costumbres en Yibin y de su situación, pero no mencionamos al primo mayor. —El tono de voz de Qin se volvió más grave al preguntarle a Juemin—: ¿Y el primo mayor qué?

—Parece que la olvidó pronto, nunca habla de ella. Además, es muy feliz con su mujer —respondió Juemin.

Qin movió la cabeza con delicadeza y, un poco triste, dijo:

—La prima Mei no debe de haberlo olvidado tan fácilmente.

Solo mirándola a los ojos sé que aún se acuerda de él... Mi madre me ha dicho que no le diga nada a Juexin.

—Por nosotros no te preocupes. La prima Mei y la tía no irán a nuestra casa, así que ellos dos no tendrán ocasión de verse. El hermano mayor ya lo ha olvidado todo; las cosas han cambiado mucho en nueve años. Su mujer y él están muy bien. ¿Qué hemos de temer? —dijo Juehui.

—Es mejor no decirle nada. Si la ha olvidado, no vale la pena que se la recordemos. Pero ¿estamos seguros de que la ha olvidado? —insistió Juemin.

—Me parece bien no contarle nada de esto —dijo Qin.

Jianyun estaba sentado en un rincón de la estancia con una expresión compungida; quería intervenir en la conversación, pero no se atrevía. Miraba a Qin todo el rato, escuchando con interés lo que decía, pero ella no le prestaba atención. Comprendió perfectamente lo que la chica acababa de decir y, sin poder contenerse, espetó: —Si el hermano mayor y la prima Mei se hubieran casado, habría sido un matrimonio muy feliz.

Qin se lo quedó mirando con ternura, pero él rehuyó enseguida la mirada, aunque para él esa mirada era como una bendición. Además, ¿acaso Qin no acababa de decir lo mismo que pensaba él?

—No sé quién se interpuso entre la madrastra y la tía, qué las hizo reñir y destruyó la felicidad de Mei y de nuestro hermano —comentó Juehui indignado.

—Yo sí que lo sé, me lo explicó mi madre. Ni siquiera el primo mayor lo sabe —dijo Qin con tristeza—. De hecho, vuestro padre ya había enviado un casamentero y estaba todo arreglado. Pero parece que vuestra tía, que ya había dado su consentimiento, hizo examinar los horóscopos de Juexin y Mei. Le dijeron que sus

destinos no eran compatibles y que Mei moriría joven, y entonces se opuso a la boda. Pero en realidad había otro motivo. Una vez, ella y vuestra madrastra tuvieron un problema en el juego, y como la tía se sintió agraviada, se vengó oponiéndose al matrimonio. Vuestra madrastra apreciaba mucho a Mei. En realidad, ¿quién en la familia no la apreciaba?... Más tarde, cuando se anunció la boda del primo mayor con Li, vuestra tía se enfadó aún más y desde entonces no se hablan.

—¿Así que fue por eso? Nosotros ni siquiera sabíamos que se había llegado a convenir el matrimonio. Echábamos la culpa a nuestro padre y a la madrastra por no tener en cuenta los sentimientos de Juexin. Los juzgamos de manera equivocada —dijo Juemin.

—Sí, en aquella época todos dábamos por sentado el matrimonio. Cuando nos dijeron que Juexin se iba a casar con Li, lo sentimos por Mei y no comprendimos que el hermano mayor accediera a ello. Después, ella ya no apareció más por casa y al cabo de poco tiempo dejó la ciudad. Cuando Juexin se casó con nuestra cuñada no entendimos su actitud tan sumisa. ¡Qué ridículo! ¡Estábamos más enojados que nuestro hermano! —dijo Juehui rompiendo a reír a carcajadas.

—No sé si se puede decir que se querían, aunque tuviesen la misma edad y caracteres parecidos —añadió Juemin—. La prueba es que el hermano mayor no sufrió demasiado después de la separación.

—¡Cómo eres...! ¿Cómo puedes decir esto?

Jianyun suspiró desde su rincón.

—¿Qué te pasa, Jianyun? ¿Por qué suspiras? —le preguntó Juemin sorprendido.

—Siempre está igual —dijo Juehui, mofándose.

Jianyun no contestó. Los demás lo miraban. El joven levantó la cabeza y su mirada oscura fue a parar al rostro de Qin, pero apartó la mirada en el acto al ver que la chica lo estaba mirando. Después, negando con la cabeza, exclamó: —¡Vosotros no entendéis al hermano mayor! No lo entendéis, él no la ha olvidado. Ya hace tiempo que me di cuenta: Juexin piensa en ella a menudo.

—¿Y por qué nosotros no lo hemos notado? Jamás habla de ella. Si la quiere, ¿cómo puede parecer tan indiferente? —replicó Juemin.

—No se trata de notarlo. Yo creo que ni él mismo es consciente de ello —contestó Jianyun.

—Yo tampoco lo creo —dijo Juehui con obstinación.

—¡Ni yo! —insistió Qin—. Los sentimientos no se pueden esconder. Si la quiere, ¿cómo puede mostrarse tan impasible?

A Jianyun le cambió la cara ante la reacción de su prima. Le temblaban los labios. Agachó la cabeza y enmudeció. Qin, perpleja, le preguntó: —¿Qué te ocurre, Chen?

En el rostro de Jianyun había aparecido una sonrisa melancólica. Los demás no entendían qué le ocurría. Qin insistió: —¿No te encuentras bien, Chen? ¿Te pasa algo?

Jianyun miró a Qin angustiado. No podía hablar, tenía un nudo en la garganta. Por fin, con una gran esfuerzo, dijo: —No es nada, no es nada. Cosas que pienso... difíciles de explicar.

—¿Por qué te muestras siempre tan reservado? Nos vemos a menudo y, en cambio, pareces un extraño —le dijo Qin amablemente.

—No es reserva, es mi realidad. Me siento muy lejos de vosotros, no merezco vuestra compañía —dijo ruborizándose.

—No hables así. ¡Nosotros no queremos ni oírlo! Hablemos de

otra cosa —replicó Qin con un tono imperativo pero afectuoso.

Juemin, que permanecía en silencio escuchando atentamente la conversación entre los dos, sonrió complaciente. Juehui leía *Nueva Juventud* y no prestaba atención. La expresión de Jianyun era indefinible, era difícil saber qué se le pasaba por la cabeza. Aquel «nosotros» parecía herirle.

—Señorita Qin, ya hablaremos otro día, ahora tengo que irme, tengo cosas que hacer —dijo levantándose de golpe.

Qin lo miró perpleja sin saber qué hacer. Juemin le imploró:

—Quédate un poco más. Hablemos un poco, el hermano mayor está a punto de regresar.

—Gracias, pero debo irme... —contestó dubitativo. Se despidió haciendo un gesto con la mano y se marchó.

—¿Tiene problemas sentimentales? —preguntó Qin, preocupada, a Juemin.

—¡Vete tú a saber! —contestó este con brusquedad.

—Seguro que le pasa algo. Si no, ¿por qué está tan raro? Antes no estaba así.

—Sí, últimamente está muy extraño, parece irritado. Las cosas no le van demasiado bien.

—Me da lástima. Cada vez que nos encontramos e intento hablar con él, me rehúye. —Los dos hermanos no decían nada. Qin continuó—: Es como si tuviera miedo de que descubramos algún secreto. ¿Cómo puedes acercarte a él así? A veces tengo la sensación de que me evita.

—Probablemente se trata de un amor no correspondido, Jianyun ha nacido en una época equivocada —dijo Juemin entre carcajadas—, aunque a veces lea libros modernos —añadió.

—¿Y qué nos importa lo que haga o deje de hacer? —dijo Juehui dejando la revista—. Hoy en día hay muchas personas

como él. ¿Tenemos que perder el tiempo preocupándonos por ellas?

Los tres se quedaron en silencio un buen rato. Un rostro desconocido apareció de detrás de la cortina, miró en todas direcciones y se dijo: «El señor Gao ha salido».

De repente Qin dijo a Juemin:

—Está decidido. Lo que tengo que hacer ahora es prepararme a fondo. He pensado que podrías ayudarme a repasar el inglés. ¿Quieres?

—¡Claro! —exclamó Juemin con alegría—. Pero el tiempo...

—Cuando te vaya bien, aunque tiene que ser por la noche, de día tengo clase. Creo que no es necesario esperar a que pase Año Nuevo, cuanto antes empecemos mejor.

—De acuerdo, luego me paso por tu casa y lo hablamos. Ya vuelven —dijo Juemin al oír las voces de Juexin y la tía Zhang.

Juexin apartó las cortinas para dejar pasar a la tía y luego entró él. Zhangsheng iba detrás, cargando un paquete.

—Qin, vámonos, es tarde —dijo la tía Zhang mientras se sentaba un momento para tomar un poco de té. Al ver que Zhangsheng estaba allí esperando le ordenó—: Puedes irte a casa, llévate las compras.

Zhangsheng asintió y se marchó. Al cabo de poco tiempo, Qin y su madre también se marcharon. Juexin se despidió de ellas en la puerta de las oficinas y sus hermanos las acompañaron a la salida trasera del recinto de las galerías. Cuando estuvieron instaladas en el palanquín, regresaron a las oficinas.

LOS dos hermanos salieron por la puerta delantera del recinto. Juemin se dirigió a casa de Qin y Juehui tomó otra dirección para ir a ver a un amigo.

En un cruce de calles Juehui se encontró a su compañero Zhang Huiru, que iba tan atolondrado que no lo vio hasta que Juehui lo llamó.

—¿Qué pasa, Huiru? ¡Cómo corres!

El rostro triangular del joven miró a Juehui. Tenía la frente sudorosa y resollaba tan fuerte que apenas podía hablar.

—¡Ha pasado algo tremendo!

—¡Di!... ¿Qué ha ocurrido? —preguntó alarmado Juehui.

Cuando Huiru se hubo calmado un poco, dijo con la voz trémula de rabia: —¡Los soldados nos han atacado en el parque Wanchun!

—¿Qué? ¡Cuéntamelo! ¡Cuéntamelo! —exclamó Juehui zarandeándole el brazo izquierdo—. ¿Cómo dices? ¿El ejército ha atacado a los estudiantes? ¡Cuéntamelo con detalle!

—Voy a la escuela para informar a los compañeros. Ven conmigo y te lo explico por el camino —le propuso Zhang Huiru; su mirada estaba llena de odio.

Juehui cambió de dirección y fue con él. Estaba nervioso y se mordía los labios mientras esperaba que su compañero le contara lo que había sucedido.

—Escucha, escucha —continuó Huiru mientras caminaban—. Yo no actuaba en la representación, solo estaba allí como espectador. La cosa ha ido así: cuando empezaba la función, dos

soldados han pretendido entrar sin pagar, el compañero que vendía las entradas les ha dicho que si no pagaban no podían ver la obra, los soldados no entraban en razón y los nuestros les han dicho que se marcharan. Pues bien, al cabo de un rato han vuelto con una docena de compañeros metiendo bulla. Los han dejado pasar para evitar problemas, y una vez dentro han empezado a gritar y alborotar. Han intentado calmarlos porque no dejaban ver la función, pero los soldados han continuado incordiando. Los nuestros han tenido que intervenir para mantener el orden y los soldados han empezado a agredirles, incluso algunos han subido al escenario a hacer tonterías. El comandante de la guarnición ha enviado un pelotón, que ha disparado para reprimir el alboroto. El teatro ha sufrido desperfectos y algunos compañeros están heridos. Los soldados que habían empezado el jaleo han desaparecido, no han atrapado a ninguno. ¿Quién puede creerse que unos soldados armados no hayan podido reducir a otros que iban desarmados? Está clarísimo que todo estaba preparado...

—¡Seguro que estaba preparado! —lo interrumpió Juehui indignado—. Ya hace tiempo que las autoridades nos tienen ojeriza. Opinan que hemos hecho demasiado ruido en los últimos dos años con el boicot a los productos extranjeros¹⁵ y las manifestaciones. Quieren tenernos bajo control y han hecho todo lo posible por alentar la animadversión de los soldados hacia nosotros. Y esto es solo el principio: habrá más, seguro.

—Los que estábamos allí hemos convocado una concentración en el parque Shaocheng para ir a protestar ante el palacio del gobernador. Queremos una explicación. ¿Vienes? —preguntó Huiru mientras apretaba el paso.

—¡Claro que voy! —contestó Juehui, y fue con él hacia la escuela.

Entraron en el recinto escolar completamente enardecidos. En el campo de deportes ya había muchos estudiantes que hablaban acaloradamente, la noticia había llegado antes que ellos dos. De hecho, el compañero Huang Cunren, que representaba el papel del padre en *El matrimonio*, estaba allí contándolo. Como todos estaban enterados, Zhang Huiru no necesitó explicar nada, y Juehui y él se mezclaron con los demás hasta que se marcharon todos a la concentración.

Cuando llegaron al parque, ya había muchos estudiantes congregados. Era domingo y no había resultado fácil reunirlos porque en algunas escuelas ya habían empezado las vacaciones de invierno. Con todo, aunque el número de participantes fuera inferior que en anteriores concentraciones, había más de doscientos.

Oscurecía. El grupo empezó la marcha hacia el palacio del gobernador. Juehui observaba nervioso en todas direcciones. Había mucha gente al paso de los estudiantes: algunos los miraban con curiosidad, otros cuchicheaban entre sí y otros se apartaban, temerosos.

—¡Ya salen otra vez a controlar los productos extranjeros! Vete a saber a qué tienda le tocará hoy —dijo una voz con un acento extraño.

Juehui se volvió y vio unos ojillos maliciosos hundidos en un rostro enjuto. Quiso decirle algo a ese hombre, pero, como no estaba seguro de lo que había oído, siguió avanzando con el grupo.

Cuando llegaron al palacio del gobernador ya era de noche. Los jóvenes estaban exaltados, la oscuridad del cielo no era sino una imagen de la sociedad en la que les había tocado vivir. Su entusiasmo y sus ansias de lucha chocaban con la indiferencia de

los demás ciudadanos, que no parecían interesarse por nada.

En la plaza, un pelotón de soldados los esperaban con las bayonetas apuntando hacia sus cabezas. Miraban con desafío a los estudiantes. Estos avanzaban con ímpetu y los otros no parecían dispuestos a deponer las armas. Después de deliberar, los estudiantes decidieron enviar a ocho delegados a entrevistarse con el gobernador. Como era de esperar, estos no pudieron entrar en el edificio porque los soldados lo impidieron. Salió un oficial que dijo: —El gobernador se ha marchado a su residencia. Marchaos, por favor.

Los delegados le expusieron amablemente sus razonamientos y le preguntaron si podían hablar con el secretario, ya que no estaba el gobernador. «No es posible», respondió tajante el oficial con una expresión satisfecha, como si quisiera demostrar quién mandaba allí.

La plaza se enardeció cuando los delegados explicaron el resultado de sus gestiones.

—¡Ni hablar! ¡El gobernador tiene que recibirnos!

—¡Entremos! ¡Entremos!

—¡Si el gobernador no está, que salga el secretario!

—¡Entremos pase lo que pase!

Resonaban todo tipo de consignas. La gente se movía de un lado a otro. Algunos jóvenes avanzaban, otros se lo impedían.

—¡Compañeros, un poco de calma, tenemos que mantener el orden! —gritaba uno de los delegados.

—¡Orden! ¡Orden! —pedían los de un grupo.

—¿Qué orden? ¡Primero entremos y luego ya hablaremos! —decían los de otro.

—¡No! ¡Ellos tienen bayonetas! —replicaban otros.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Escuchemos a los delegados!

Fue haciéndose el silencio. Empezaba a caer una fina lluvia.

—Compañeros, no nos dejan entrar y el gobernador no permite que nadie salga a atendernos. ¿Qué hacemos ahora? ¿Nos marchamos o esperamos aquí? —gritaba un delegado a pleno pulmón para que le oyeran en toda la plaza.

—¡No nos iremos! —fue la respuesta unánime.

—¡Queremos que nos reciba alguien de ahí dentro! ¡Esta vez nuestras quejas han de tener una respuesta, no queremos engaños! —gritaban.

Entonces el oficial dijo a los delegados:

—Queridos estudiantes, está lloviendo. Os aconsejo que volváis a casa, yo me encargaré de que vuestras quejas lleguen al gobernador. No es bueno que estéis esperando en la intemperie.

De pronto, sus modales eran mucho más educados.

Un delegado fue a transmitir el mensaje a los estudiantes:

—¡No! ¡No! —replicó toda la plaza al unísono.

—Vamos a ver, que todo el mundo espere sin moverse de aquí. Insistiremos en nuestro propósito y no nos iremos hasta que lo logremos —propuso un delegado.

Algunos empezaron a aplaudir, y enseguida se les sumaron todos los demás. Los delegados se fueron entre aplausos. Esa vez, para sorpresa de todos, pudieron acceder al edificio.

Juehui también aplaudía con todas sus fuerzas. Tenía el pelo completamente mojado y se protegía los ojos y la frente con los puños. Aunque no podía distinguir los rostros de los compañeros que tenía al lado, sí que podía ver las bayonetas de los soldados brillando bajo la luz de las farolas que había delante del palacio del gobernador. Y podía ver la masa densa y oscura de cabezas agitándose. Indignado, quería gritar, pero una opresión en el pecho se lo impedía. El ataque de los soldados a los estudiantes

había sido un acto reprobable. Era verdad que circulaban rumores de que las autoridades querían represaliar a los estudiantes, pero nadie se hubiera podido imaginar que llegarían tan lejos. «¡Miserables! ¿Por qué nos atacan de este modo? ¿Acaso es un crimen amar a tu país? ¿Ahora resulta que la juventud honrada y sincera es la enemiga de la patria?» No podía entenderlo.

Un gong lejano anunciaba la segunda noche.

—¿Aún no hay noticias? ¿Por qué no han vuelto los delegados?
—preguntaba un joven, malhumorado.

La lluvia caía cada vez con más intensidad, la gente estaba nerviosa. Juehui empezaba a notar que el frío se le metía en el cuerpo. «¿Tan blando soy que no puedo estar bajo la lluvia?», se recriminó, y se recuperó al instante. Los compañeros que tenía alrededor, de pie, agitando los brazos y con el cabello mojado pegado a la cara, no parecían tener miedo a nada. Uno de ellos le aseguraba a otro: «No nos marcharemos hasta que no nos den una respuesta convincente. Seremos tan valientes como los estudiantes de Pekín que salen a la calle a manifestarse con todo lo necesario por si los llevan a la cárcel. ¿O es que no vamos a quedarnos toda la noche aquí protestando?». Estas palabras conmovieron tanto a Juehui que se le saltaron las lágrimas. Quiso observar al chico que las había pronunciado, pero tenía los ojos tan anegados que apenas veía nada. Aunque podría haberlas pronunciado él, se quedó tan impresionado que se olvidó de todo: de la comodidad del hogar, de su cálido lecho... Si en aquel momento aquel chico le hubiera pedido que desafiara cualquier peligro, Juehui lo habría hecho.

Sonó el gong de la tercera noche, los delegados continuaban sin salir y el frío se recrudecía. Los manifestantes empezaban a sentirse hambrientos, y la incertidumbre de la situación eternizaba

la espera.

—¿Esperar? ¿Hasta cuándo? —empezaban a preguntarse algunos. Los soldados, con las bayonetas brillando en la oscuridad, seguían con su actitud amenazadora.

—Marchémonos. Ya lo arreglaremos mañana. No tiene sentido estar esperando aquí hasta el amanecer —decían, dubitativos, los más débiles.

Casi nadie les hacía caso, la mayoría deseaba esperar hasta que clareara. Tras un tiempo de espera que se hizo eterno, Juehui oyó que alguien de delante de todo avisaba: —¡Compañeros, el secretario Zhao sale a hablar con nosotros!

—Estimados estudiantes, el gobernador ya hace rato que se ha marchado a su residencia. Yo actúo en representación suya. Lamento que hayáis estado esperando tanto tiempo —comenzó a decir el secretario con voz vibrante y acento de otra provincia—; estaba hablando con vuestros delegados y me han manifestado vuestras quejas, que mañana trasladaré al gobernador. Él encontrará la forma de solucionar todo esto y seguro que os quedaréis satisfechos. No os preocupéis. Mañana el gobernador enviará a alguien para informaros de vuestros compañeros heridos. Ya es tarde, marchaos a casa, no os vayáis a resfriar. Recordad que el gobernador siempre ha velado por vosotros. Marchaos antes de que se haga demasiado tarde. ¡No sirve de nada que os quedéis aquí!

—¿Qué dice? ¿Qué quiere decir con eso? —preguntó un compañero a Juehui.

—Dice que el gobernador lo solucionará, para persuadirnos de que nos marchemos de aquí. No se hace responsable de nada. ¡Vaya caradura! —contestó Juehui indignado.

—Yo creo que lo mejor es que nos vayamos, no sirve de nada

quedarse aquí. Dejémoslo y ya discutiremos la manera de arreglarlo. Lo último que ha dicho es verdad —dijo otro estudiante.

Desde delante, uno de los delegados se dirigió a los presentes: —Compañeros, ¿habéis oído las palabras del secretario Zhao? Ha escuchado nuestras peticiones y ha dicho que el gobernador encontrará la forma de solucionar el problema. Ya hemos conseguido un resultado, aunque sea pequeño. Creo que ya podemos volver a casa.

—¿Resultado? ¿Dónde está el resultado? —preguntaba, disconforme, un grupo de jóvenes en la oscuridad.

Pero el sector más numeroso decía:

—Ya encontraremos la solución ¡Marchémonos!

Tenían claro que, aunque pasaran allí toda la noche, no conseguirían nada más, y con el frío y la lluvia, solo desbaratarían sus fuerzas.

—De acuerdo, vámonos y mañana ya volveremos a hablar —se iban diciendo los unos a los otros.

Al final, los más de doscientos estudiantes empezaron a abandonar la plaza.

La lluvia caía sobre ellos con fuerza, como si quisiera dejarles en el cuerpo marcas imperecederas.

LAS quejas de los estudiantes no habían obtenido respuesta alguna, ni siquiera la promesa del secretario Zhao de informar sobre los heridos, así que al cabo de dos días los estudiantes iniciaron una huelga. En realidad, solo la siguió una minoría, porque los que ya habían empezado las vacaciones de invierno no se enteraron de la convocatoria.

El segundo día de huelga, los dirigentes de la Asociación de Estudiantes de la Escuela de Lenguas Extranjeras y los de la Escuela Normal difundieron un comunicado muy duro contra el gobernador. Se sucedieron algunos momentos de pánico: casi cada día se producían incidentes entre los estudiantes y los soldados que inquietaban a los demás ciudadanos. Una noche, un alumno de la Escuela Normal fue agredido por un grupo de soldados en la puerta sur de la ciudad, sin que interviniera la policía, que presenció la escena.

La gente se sumió en un estado de confusión. Las autoridades hacían la vista gorda. La promesa del secretario Zhao de que el gobernador encontraría una solución había caído en saco roto. Aquellos días el gobernador estaba demasiado ocupado celebrando el cumpleaños de su madre y seguramente se había olvidado de una cuestión tan insignificante para él. Los soldados se mostraban cada vez más arrogantes, actuaban con absoluta impunidad, sin que nadie osara protestar. A pesar de ello, los estudiantes no flaqueaban. Pusieron en marcha con mucho arrojo lo que llamaron «movimiento de defensa de la dignidad de los estudiantes», y en vez de ir a clase se dedicaron a repartir

panfletos, dar charlas y llevar a cabo otras acciones reivindicativas. La Asociación de Estudiantes telegrafió a diferentes sectores sociales pidiendo que se hiciera justicia y envió delegados a los distritos vecinos para informar de los hechos. Era necesario ponerse en contacto con los demás estudiantes del país para que difundieran lo ocurrido. En todo aquel tiempo el gobernador no dio señales de vida.

Juehui se sentía más implicado en lo que estaba ocurriendo que Juemin. Este estaba tan atareado repasando inglés con Qin que parecía no preocuparle nada más.

Una tarde que Juehui volvía a casa después de una reunión de la asociación le salió al encuentro Qiansao, la criada de la concubina Chen.

—¡Tercer amo joven! Su abuelo quiere verle, venga enseguida.

Juehui siguió a Qiansao hasta la habitación del abuelo. Este, que ya había cumplido sesenta años, estaba sentado, exánime, en una butaca de mimbre. Tenía el rostro macilento y un bigotillo ralo que le llegaba a la comisura de los labios. En la coronilla solo le quedaban unos cuantos cabellos grises. Tenía los ojos cerrados y apenas se oía un sonido que le salía de las fosas nasales.

Juehui observaba al hombre, que echaba una cabezada. Estaba de pie, delante de él, sin atreverse a decirle nada ni tampoco a irse. Se sentía incómodo, le asfixiaba la atmósfera de aquella habitación. Deseaba que el abuelo se despertara y poder irse lo antes posible. Cuanto más examinaba aquel rostro amarillento y aquel cráneo desnudo, menos miedo le daba. Siempre había tenido un aspecto severo. Respetado y temido por toda la familia, siempre tenía una expresión adusta e impenetrable. Cuando estaba con él apenas hablaban. Cada día, por la mañana y por la noche, iba a presentarle sus respetos, según dictaba la tradición. Si

el abuelo aparecía donde estaba él, dondequiera que fuera, Juehui se las ingeniaba para alejarse de él, porque su presencia le cohibía. Era una persona poco afable. Ahora, en cambio, le parecía indefenso, con el cuerpo abandonado, sin fuerza, y la boca entreabierta, por la que le salía un hilillo de saliva que iba a parar a la ropa, formándole un redondel húmedo. «Supongo que el abuelo no siempre ha sido un hombre rígido e inaccesible», se dijo convencido. Le vino a la cabeza un poema que había leído una vez en el libro de poemas de su difunta abuela: *No amo tu elegancia, sino tu naturalidad, porque el encanto es superior a la belleza. Me siento turbada al verte, esposo mío; te amo con locura.* Creía adivinar en aquellas palabras el hombre que debía de haber sido de joven el abuelo. Recordó también haber leído algunos poemas amorosos escritos por su abuelo, dedicados a otras mujeres. Eran muy antiguos, el abuelo no debía de tener ni treinta años cuando los escribió. De hecho, seguía tratando con actores de papeles femeninos. Hacía poco, él y el cuarto tío habían hecho venir uno a casa para fotografiarle. Juehui había visto con sus propios ojos al actor vistiéndose y maquillándose en el salón. Aunque aquello no era nada extraordinario en la ciudad, en los últimos tiempos los miembros de la Sociedad Confuciana habían convocado un concurso al mejor artista dramático y le habían dado el primer premio a un actor de papeles femeninos, al parecer por sus méritos artísticos. El abuelo, como hombre de letras que era, había escrito una *Obra poética de un hombre retirado del mundo* en dos volúmenes para regalar a sus amigos, además de coleccionar pintura y caligrafía. ¿Cómo podían ser compatibles aquellas cosas? La mentalidad joven de Juehui no podía entenderlo. Además, estaba la otra mujer del abuelo, siempre emperifollada, perfumada y nada graciosa, que hablaba en un

tono agudo y artificioso. Había llegado a casa, comprada tras la muerte de la abuela, para cuidar de él. Al abuelo le gustaba mucho y llevaban casi diez años juntos. Tuvieron un hijo, el sexto tío, que murió a los cinco años de edad. Pensando en la vida del abuelo y en el hecho de que le gustaran indistintamente las artes y aquella mujer, no pudo evitar sonreír. «Qué contradictorias son las personas», se dijo. Y cuanto más lo miraba, más cuenta se daba de lo poco que lo conocía. Aquel hombre era un enigma indescifrable.

De repente, el abuelo abrió los ojos y lo miró extrañado, como si no lo conociera. Le hizo un ademán para que se fuera de allí. Juehui no entendía por qué lo había hecho llamar. Quiso preguntárselo, pero desistió al ver la expresión antipática del viejo. Acababa de salir por la puerta cuando oyó su voz que le ordenaba: —Tercero, vuelve. Tengo que preguntarte algo.

Juehui regresó y se detuvo ante él.

—¿Adónde has ido? Hace mucho rato que pregunto por ti y no te encuentran —dijo con aspereza.

Juehui estaba apurado, pues no podía decirle al abuelo que volvía de una reunión de la Asociación de Estudiantes. No se le ocurría ninguna respuesta. El abuelo lo miraba de hito en hito. Se ruborizó, dudó un momento y al final respondió: —He ido a ver a un amigo.

El abuelo sonrió con suma frialdad y replicó:

—No mientas, lo sé todo. No hay clase y tú no estás nunca en casa. Vas a las reuniones de la Asociación de Estudiantes, me lo ha dicho la concubina Chen. Te han visto por la calle repartiendo octavillas... Los estudiantes gritáis demasiado, alborotáis mucho: hoy boicoteáis los productos japoneses, mañana paseáis a los comerciantes por la calle y desobedecéis la ley y la disciplina. ¿Por qué estás con ellos? Circulan muchos rumores y las autoridades

están en contra de los estudiantes. ¡Estás perdiendo el tiempo!

El abuelo le iba lanzando recriminaciones, se detenía un instante y tosía. Juehui intentaba defenderse, pero cada vez que abría la boca el abuelo no le dejaba hablar. Tuvo un ataque de tos y la concubina Chen llegó corriendo de la habitación de al lado para traer unas barritas de incienso y darle golpecitos en la espalda. Poco a poco dejó de toser y, al ver que Juehui continuaba allí, prosiguió, sulfurado: —¡No estudiáis, solo armáis jaleo! Las escuelas de hoy en día no valen nada, lo único que hacen es fabricar subversivos. Yo ya dije que no quería que fuerais, y ahora que vais no aprendéis nada. Mira a tu quinto tío: nunca ha ido a ninguna escuela extranjera y lee y escribe mejor que vosotros. Está en casa, lee y recita poesía. No como tú, que estás todo el día en la calle. Si continúas así, acabarás echando a perder tu vida.

—A nosotros no nos gustan los conflictos y en la escuela trabajamos mucho, pero esta vez había que defenderse. Nos han atacado sin ton ni son, y eso no se puede consentir.

—¡No me vengas con tonterías! Te prohíbo que salgas a la calle a partir de mañana. ¡Concubina Chen, llama a su hermano mayor! —dijo gritando; acto seguido, volvió a toser y escupió en el suelo.

—Tercer amo joven, mire qué le ha hecho al abuelo. Por favor, dígame algo para apaciguarlo un poco —dijo afectada la concubina Chen.

Juehui sabía que las palabras de aquella mujer eran falsas, pero contuvo la ira mordiéndose el labio inferior con fuerza.

—¡Concubina Chen, ve a buscar a su hermano mayor y a Keming!

Ella asintió, salió de la habitación y los dejó a solas. El abuelo no dijo nada más, parecía que se había calmado. Su mirada turbia

erraba por el aposento. Al final, se le cerraron los ojos.

Juehui se fijó en el cuerpo largo y flaco del hombre: aquella persona no era su abuelo, era el representante de una generación. Sabía que los abuelos y los nietos jamás llegarían a entenderse, pero es que además aquel viejo tenía algo que lo convertía en su enemigo. Se sentía incómodo en su presencia.

La concubina Chen entró en la estancia y, con ella, su irritante perfume. Aquellos pómulos tan pronunciados, los labios demasiado finos y las cejas pintadas de color negro sobre la cara empolvada exasperaban a Juehui. Detrás estaba el hermano mayor. Los dos hermanos intercambiaron una mirada. Juexin, que se hizo cargo de la situación, adoptó un ademán sereno ante el abuelo. Este abrió los ojos cuando oyó que llegaban, y al ver que Juexin había venido solo, preguntó a la concubina: —¿Y el tercer amo?

—Ha ido a la Asociación de la Abogacía.

—¡Solo se dedica a solucionar los problemas de los demás y no se ocupa de los asuntos de la familia! —se quejó el abuelo. Y, dirigiéndose a Juexin, declaró—: Te confío a tu hermano tercero. Vigílalo, no permitas que salga de casa. Tú serás el responsable si se escapa.

Juexin asintió con la cabeza fingiendo sumisión y le guiñó el ojo a Juehui.

—Bien, llévatelo, ya lo he visto bastante... —añadió sin fuerzas, y enseguida volvió a adormilarse.

Juexin hizo un gesto a Juehui y los dos salieron de la habitación. Atravesaron el salón principal en dirección al patio. Juehui respiró aliviado y en tono de guasa exclamó: —¡Al fin libre!

Juexin lo miraba. Juehui, esta vez en serio, le preguntó:

—¿Y ahora qué, hermano mayor?

—No queda más remedio que obedecer al abuelo: estos días no saldrás.

—¿Y qué voy a hacer? Fuera están pasando muchas cosas. ¿Cómo crees que voy a poder estar en casa sin salir? —dijo desesperado, dándose cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Que qué tienes que hacer? Pues lo que manda el abuelo —respondió Juexin, imperturbable. Se tratara de un problema grave o insignificante, Juexin siempre se mostraba impasible.

—¡Ya tenemos aquí tu «doctrina de la no resistencia»! Deberías hacerte cristiano. Si te pegan en la mejilla izquierda, pones la derecha —replicó Juehui, furioso. Parecía querer desahogar toda su ira en el hermano.

—¡Qué mal genio tienes! —contestó Juexin sin inmutarse—. ¿Por qué me atacas? No te sirve de nada enfadarte conmigo.

—¡Me escaparé! ¡Seguro! ¡Y pronto, ya lo verás! —iba diciendo Juehui, airado, mientras daba puntapiés.

—Y el que recibirá la reprimenda seré yo —dijo Juexin con otro tono de voz—. Ahora en serio: te aconsejo que estés unos días sin salir de casa para que el abuelo no vuelva a enfadarse... Eres demasiado impetuoso. Lo que tienes que hacer cuando el abuelo te diga algo es escuchar y dejar que hable, esperar a que termine y se calme. Después contestas con un «sí», te marchas y te olvidas de todo, como si no te hubiera dicho nada. Es mucho más sencillo, ¿no te parece? No tiene ningún sentido que le discutas nada.

Juehui levantó la cabeza y miró el cielo gris. No estaba de acuerdo con su hermano, pero no quería llevarle la contraria. Además, Juexin llevaba su parte de razón: escaparse no tenía sentido. Con todo, su corazón joven no podía soportar que entorpecieran sus planes. Su hermano parecía no conocerle. Observaba las bandadas de pájaros que atravesaban el cielo y le

asaltaban pensamientos contradictorios. A pesar de todo, le dijo a Juexin: —No saldré estos días. Pero no es por el abuelo, lo hago por ti, para no traerte problemas.

—Te lo agradezco —contestó Juexin, complacido—. De hecho, si quisieras escaparte podrías hacerlo, yo no puedo controlarte porque me paso el día en la oficina. Por suerte hoy he vuelto pronto y he podido echarle una mano. Mira, la verdad es que creo que si el abuelo quiere que te quedes es por tu bien.

—Ya lo sé —dijo Juehui sin pensar lo que decía.

Se quedó mirando a Juexin mientras se marchaba y, a continuación, con gesto triste, se acercó a las jardineras del patio. Las ramas rojas de los ciruelos empezaban a brotar, le llegaba el perfume. Rompió una ramilla y estrujó las diminutas hojas hasta que tuvo una bola húmeda entre las manos.

Algo, no sabía exactamente qué, se había roto, y se alegró. Algún día, con aquellas mismas manos destruiría el viejo sistema, y sería maravilloso. Pero de repente recordó que no podía reunirse con sus compañeros y le invadió el fastidio.

—Contradicción, contradicción —iba repitiendo. No solo eran contradictorios el abuelo y el hermano mayor: también lo era él.

10

PUEDES enjaular a un hombre, pero no su alma. Aunque Juehui no salía de casa, su corazón estaba con sus compañeros, cosa que el abuelo no había previsto. Juehui estaba al día de la revuelta porque leía con avidez todo lo que decían los periódicos. Además, recibía el semanario *Movimiento Estudiantil*, editado por la Asociación de Estudiantes, que publicaba todo tipo de artículos de opinión y noticias sobre los acontecimientos.

A medida que pasaban los días, la agitación en las calles iba decayendo. El gobernador rectificó su actitud: mandó al secretario Zhao a interesarse por los heridos, hizo un par de comunicados dirigidos a los estudiantes y envió una carta a la Asociación de Estudiantes pidiendo disculpas y garantizando su seguridad. Los periódicos dieron la noticia de que el comandante del cuartel general de la ciudad había prohibido a los soldados que agredieran a los estudiantes y, según dijo Juemin —que lo había leído en un bando colgado en la calle—, los dos soldados que habían empezado los altercados en el teatro habían sido detenidos y les esperaba un severo castigo. Las noticias iban mejorando día tras día, y Juehui estaba cada vez más nervioso por el hecho de estar encerrado. No tenía ganas ni de leer y se quedaba tendido en la cama mirando el techo.

—¡Familia! ¡A esto le llaman «la entrañable familia»! —gritó enfadado uno de aquellos días.

Juemin, a su lado, sonreía sin decir nada.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¡Claro, tú puedes salir a tus anchas! ¡Me gustaría verte en mi lugar! —exclamó Juehui,

indignándose aún más.

—¿Y a ti qué te importa de qué me río? ¿Acaso puedes prohibírmelo? —replicó Juemin.

—¡Pues sí, te lo prohíbo! —gritó dando un puntapié.

Juemin, que no quería discutir, cerró el libro que leía y se marchó sin decir nada más.

—¡Familia! ¿Qué familia? ¡Esto es la jaula estrecha!¹⁶ — exclamó Juemin dando zancadas por la habitación—. ¡Quiero marcharme! ¡Ya verán cómo me marcharé! —Y salió de la habitación.

Acababa de bajar los escalones que llevaban al patio cuando vio a la concubina Chen y a la quinta tía Shen hablando debajo de la ventana del abuelo. Se detuvo en seco, dudó un momento y, al fin, dio media vuelta en dirección a su cuarto. Desde allí fue hacia la derecha pasando por debajo de la ventana de Juexin y atravesó la puerta circular, como la luna llena, que daba al jardín. Tomó el camino de la izquierda, sinuoso y angosto, que llevaba a una gruta. Pasó por encima de esta y continuó por el sendero. Caminaba despacio. Le llegaba un perfume agradable. Tomó otro sendero que salía de la izquierda y delante de él apareció la gran mancha rosada del bosquecillo de ciruelos. Se adentró en él abriéndose paso entre el ramaje y pisando el tapiz de pétalos caídos. Vio de lejos una mancha azul que se movía y se dirigió hacia ella. Era alguien que venía por el puente de piedra y caminaba hacia allí. Reconoció la figura y la trenza: era Mingfeng. Se disponía a llamarla, pero aún no había abierto la boca cuando ella entró en el pabellón del centro del lago. Al cabo de un buen rato Mingfeng aún no había salido. Juehui se preguntaba qué hacía ahí dentro. Por fin salió, acompañada de otra chica que llevaba una chaqueta de color púrpura; a la otra le veía la trenza porque ella y Mingfeng

hablaban mirando hacia otra dirección. Fueron acercándose por la orilla del lago y entonces vio que era Qianer, la criada de la cuarta rama. Cuando ya estaban muy cerca de él, corrió a esconderse entre los ciruelos.

—Vuelve tú, no me esperes. Todavía tengo que recoger algunas ramas para la señora —decía la voz dulce de Mingfeng.

—Sí, me marcho. Mi señora es la peor de todas. Si hace un rato que no me ve empieza a refunfuñar —dijo Qianer.

Qianer volvió por el mismo camino que había tomado Juehui. Cuando este la vio desaparecer entre los árboles, fue al encuentro de Mingfeng.

—¿Qué haces aquí, Mingfeng?

Mingfeng estaba tan enfrascada cortando las ramas que no se había dado cuenta de que se acercaba alguien, y al oír aquella voz dejó caer las manos de golpe y alzó la cabeza asustada. Se sosegó al reconocerle y sonrió.

—¡Es usted!

Volvió a recoger una rama para examinarla.

—¿Quién te ha ordenado que hagas esto? ¿Por qué vienes tan pronto?

—Me lo ha ordenado la señora, son para la tía Zhang. El segundo amo joven se las llevará —contestó Mingfeng mientras se fijaba en otra rama florida que había a la izquierda.

Alargó el brazo para alcanzarla, pero no llegaba; se puso de puntillas y tampoco lo consiguió.

—Ya la recojo yo, tú eres demasiado pequeña. Dentro de un par de años ya podrás —dijo Juehui.

—Sí, por favor, arránquelas usted, pero que no lo sepa la señora...

Mingfeng se acercó a Juehui y dejó que la arrancara.

—¿Por qué te da tanto miedo la señora? No es una mala persona. ¿Te riñe a menudo? —le preguntó Juehui mientras arrancaba la rama y se la daba.

—Últimamente ya no tanto, pero todavía sufro. Siempre tengo miedo de haber hecho algo mal.

Y tomó la rama que él le ofrecía.

—Ya se sabe: «Ser esclavo no tiene remedio»... —dijo Juehui sin mala intención.

—Mira, allí hay una buena rama —dijo alegremente.

La chica levantó la cabeza.

—¿Dónde?

—¿Lo es o no? —preguntó Juehui señalando una rama de la copa del árbol.

Mingfeng miró hacia donde señalaba él: una ramilla toda en flor, en lo alto y un poco separada de las demás, tan ondulada y vigorosa que llamaba la atención.

—Lástima que esté tan alta.

—Da igual, será muy fácil arrancarla —dijo Juehui sacudiendo ligeramente el árbol—. Subiré y la alcanzaré. —Y empezó a desabrocharse los botones de la chaqueta.

—¡No se preocupe! ¡Se hará daño!

—No sufras —contestó riendo. Se quitó la chaqueta y la colgó de una rama—. Tú sujeta bien el tronco.

Primero puso un pie en cada una de las dos ramas más gruesas, luego solo en una de ellas y después alargó el brazo. No llegaba, la ramilla se movía y los pétalos caían al suelo. Mingfeng, desde abajo, le decía: —¡Vaya con cuidado!

—Tranquila.

A horcajadas sobre la rama gruesa, intentaba asir la ramilla con una mano. Entonces puso el pie sobre otra rama más alta para

probar si resistía, luego el otro y, con el cuerpo encogido, estiró el brazo hasta que consiguió arrancarla. Miró hacia abajo y vio la carita de Mingfeng: —¡Mingfeng, agárrala!

Y le tiró la ramilla. Después fue bajando despacio del árbol.

—Con estas tres ya tengo suficiente —dijo ella, risueña.

—Pues ya está, el segundo amo ya tiene sus ramillas —dijo Juehui poniéndose la chaqueta—. ¿Le has visto hace poco?

—Está en el embarcadero, leyendo —contestó Mingfeng mientras arreglaba el ramo. Después, al ver que Juehui llevaba la chaqueta mal puesta, añadió—: No se ha puesto bien la chaqueta, pare un momento y arréglesela.

Mientras Juehui se arreglaba, ella empezó a alejarse por el camino.

—¡Mingfeng!

La chica se volvió y le preguntó sonriendo:

—¿Qué quiere?

Él también le sonreía. Al no obtener respuesta, Mingfeng siguió caminando.

Juehui dio un par de pasos y volvió a llamarla. Ella se volvió de nuevo.

—¿Qué quiere?

—Ven.

Mingfeng se acercó.

—Parece que te doy miedo últimamente, apenas me hablas. ¿Qué te pasa? —le dijo bromeando mientras jugaba con una rama.

—¿Miedo? —respondió la chica, riendo también—. ¡Las personas que trabajamos todo el día no tenemos tiempo para hablar!

Y siguió andando. Juehui la detuvo con la mano.

—Sé que me tienes miedo. Dices que no tienes tiempo libre pero sí que lo tienes para hablar con Qianer. Os he visto en el pabellón del lago.

—Usted es el amo joven, yo soy una criada. ¿Cómo pretende que hablemos? —dijo con frialdad.

—¿Acaso no jugábamos juntos antes? ¡Pues ahora también! —replicó mientras la seguía.

Mingfeng lo miró, esbozó una sonrisa forzada y, agachando la cabeza, respondió: —No es lo mismo, ahora somos mayores.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Es algo malo?

—Para mí no tiene importancia, pero debería andarse con cuidado, no olvide quién es —le advirtió la chica con un deje de amargura.

—Pues si no podemos andar juntos, busquemos un sitio donde sentarnos y charlar tranquilamente. Dame el ramo —le dijo quitándoselo de las manos, sin esperar su respuesta.

Iban por un camino entre el bosquecillo de ciruelos y el lago. Mingfeng lo seguía en silencio. De vez en cuando él se daba media vuelta y le decía alguna cosa, y ella apenas respondía o sonreía. Después del bosquecillo atravesaron un terreno repleto de flores hasta que llegaron a una pequeña puerta. Una vez dentro, giraron en dirección a una gruta artificial. El paso por la gruta era recto y oscuro. Dentro se oía el murmullo del agua. A continuación subieron una veintena de escalones de piedra hasta una explanada de grava rectangular donde había una mesa y cuatro taburetes redondos de piedra. Al lado, un pino daba sombra al conjunto. Solo se oía el murmullo del agua que brotaba por una grieta en la gruta.

—Un lugar tranquilo —dijo Juehui.

Fue hasta la mesa y dejó el ramo encima. Se sacó un pañuelo

del bolsillo y lo pasó por los taburetes. Mingfeng se sentó delante de él. Entre los dos estaban las ramillas en flor. Juehui las tomó y las puso en el taburete que tenía a la derecha, y señalando el de la izquierda, le dijo: —Ven, ven a sentarte aquí. ¿Por qué te quedas tan lejos?

Mingfeng acudió, obediente. Hablaban con la mirada: lo que pensaban no se podía decir con palabras.

—Debo irme. He estado mucho tiempo en el jardín. Si la señora se entera, me regañará —dijo como volviendo en sí, y se levantó.

—No te preocupes, la señora no te dirá nada. Acabamos de llegar, todavía no hemos hablado: ¡no te dejes ir!

Juehui la retuvo por un brazo y la hizo sentar. Mingfeng no dijo nada, aunque parecía sentirse incómoda por aquella mano que la sujetaba.

—¿Por qué no dices nada? Aquí estamos solos, no hay nadie más. ¿No te gusta estar conmigo? —le preguntó burlón. Mingfeng no respondió. Juehui prosiguió—: Sé que tu corazón ya no está con nosotros. Hablaré con la señora y le diré que ya eres una mujer y que ha llegado el momento de casarte —dijo como si no le importara el destino de la chica.

Mingfeng mudó el gesto, su mirada luminosa se ensombreció, pero seguía callada. Los labios le temblaban y los ojos se le iban humedeciendo. Empezó a parpadear.

—¿De verdad? —preguntó finalmente con la cara llena de lágrimas.

Juehui se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. No había querido herirla, solo pretendía tantearla y vengarse un poco de su indiferencia. No se imaginaba que sus palabras pudieran hacerle daño. Se sentía satisfecho y arrepentido al mismo tiempo.

—¡Solo era una broma! ¿Te lo has tomado en serio? ¿Me crees tan cruel como para hacer que te vayas? —le dijo para apaciguarla.

—¿Quién sabe? Los amos, tanto los jóvenes como los mayores, son caprichosos. Cuando están de mal humor son capaces de cualquier cosa —le espetó la chica—. Yo ya sé que algún día tendré que seguir el mismo camino que Xier, pero ¿tan pronto?

—¿Por qué dices «tan pronto»? —preguntó Juehui sin entenderlo.

—Sus palabras...—masculló.

—No iba en serio. Yo no permitiría que te marcharas.

Le agarró una mano y la posó encima de sus rodillas para acariciarla.

—Pero y si a la señora se le pasa la idea por la cabeza, ¿qué pasará?

—Pues les diré que quiero casarme contigo —respondió sin pensar.

—¡No! ¡No le diga eso! —dijo aterrorizada, tapándole la boca con la mano—. La señora no lo consentiría, y todo se habría terminado. Por favor, no lo haga, esto no...

—No temas, tienes la cara empapada —dijo Juehui soltándole la mano para sacarse el pañuelo y secarle las lágrimas—. Las mujeres siempre lloráis.

—No volveré a llorar, ya lloro bastante sola. Contigo no lloraré.

—No sufras, aún somos jóvenes. Cuando llegue el momento, hablaré con la señora, seguro que encontraremos alguna solución. No te fallaré —le dijo con ternura, volviendo a agarrarle la mano.

—Ya lo sé, te conozco muy bien —respondió conmovida—. Últimamente siempre sales en mis sueños. Una noche soñé que me encontraba perdida en una montaña y me perseguían unos

lobos. Cuando estaban a punto de alcanzarme, apareció un hombre y los ahuyentó; aquel hombre eras tú. ¡Siempre apareces para salvarme!

—¿Y por qué no me lo habías contado? No me imaginaba que confiaras tanto en mí —dijo Juehui con voz temblorosa—. En casa te hacen sufrir y yo ni me había dado cuenta. Lo siento, no sé cómo disculparme...

—¿Disculparte? —preguntó Mingfeng con una sonrisa—. En toda mi vida solo he querido a tres personas: a mi madre y a la señorita mayor, que me enseñó muchas cosas. Ahora ellas ya no están aquí. Solo estás tú...

—Mingfeng, estoy avergonzado. Tengo una vida cómoda y la tuya, en cambio, es desdichada.

—No sufras, ya no es tan dura como cuando llegué hace siete años... Y si pienso en ti o te veo, todo me resulta más llevadero. Muchas veces, grito con fuerza tu nombre en mi corazón, ya que no puedo hacerlo delante de los demás.

—¡Qué lástima! Con lo inteligente que eres deberías haber ido a la escuela. Serías tan buena como la prima Qin... ¡Ojalá hubieras nacido en una familia rica o tuvieras la posición social de la prima! —exclamó lleno de resentimiento.

—No he tenido esa suerte. Lo único que deseo es que no me hagas irme. Quiero quedarme en casa cuidándote, ser tu criada, estar siempre a tu lado... Soy feliz viéndote. Si estás cerca de mí ya estoy tranquila. ¡No sabes el respeto que te tengo! Eres como la luna... que no puedo alcanzar con las manos.

—No hables así. Soy una persona normal y corriente, como tú. Más adelante nos casaremos. —A Juehui se le quebró la voz y rompió a llorar.

—Tercer amo joven, por favor, no vuelvas a hablar de eso.

Deja de mencionar el matrimonio. ¿No es mejor que yo sea tu criada? Así la señora no dirá nada y tú no tendrías ninguna obligación para conmigo. Me basta con estar cerca de ti. Tercer amo joven, por favor, no pidas más.

—¿Cómo puedes pensar así? Sería humillante dejar que fueras mi criada para siempre. ¡Nunca haría algo parecido! ¡Sería indigno!

—No chilles... —interrumpió Mingfeng agarrándole un brazo—. Escucha, hay alguien abajo.

Les llegaba una voz entremezclada con el murmullo del agua: era Juemin, que pasaba cantando.

—Es el segundo amo joven, que vuelve a casa —dijo Juehui, que se había levantado para mirar. Una sombra parduzca se alejaba entre los ciruelos—. Sí, es él —repitió, volviendo con ella.

La chica se levantó.

—Ahora sí que debo irme, ya he estado demasiado rato aquí, y es la hora del almuerzo.

—Si la señora te pregunta, dile que te he mandado hacer alguna cosa.

—De acuerdo, me voy la primera, no sea que nos vean volver juntos.

Juehui la siguió unos pasos y luego se detuvo. Se quedó observando cómo bajaba los escalones de piedra hasta que la perdió de vista. El rostro de la chica llenaba sus pensamientos.

—Mingfeng, eres tan buena, tan pura... Si tú... —se dijo en voz baja.

Volvió al taburete en el que ella había estado sentada y se sentó con los codos encima de la mesa y la cabeza entre las manos, embelesado, con la mirada perdida.

—Eres tan pura, tan pura...

Al cabo de un rato, como si despertara de un sueño, miró inquieto a su alrededor, se levantó y se marchó.

La luna era preciosa. Juehui no quería dormir, había sonado el gong que anunciaba la tercera noche y él estaba en el patio.

—Hermano tercero, ¿aún no duermes? ¡En el patio hace mucho frío! —exclamó Juemin, que había salido de la habitación.

—La luna está tan bonita que me resisto a ir a la cama.

Juemin bajó al patio con su hermano.

—¡Qué frío! —dijo tiritando, y levantó la cabeza para mirar el cielo.

No había ni una nube. La luna llena navegaba, sola y gélida, iluminando un mar sin confines. La tierra y los tejados tenían el color de la plata. Era una noche extraordinaria.

—¡Y qué luz! Es lo que llaman «luna de escarcha» —dijo Juemin mientras paseaban—. ¡Qin es muy inteligente! ¡Y valiente!... ¡Realmente buena!

Juemin solo tenía elogios para ella. Juehui guardaba silencio, sus pensamientos los ocupaba otra persona.

—¿Te gusta? ¿La quieres? —preguntó inesperadamente Juemin a su hermano pequeño.

—¡Claro que sí! —contestó sin pensar. Pero enseguida comprendió de quien le hablaba y precisó—: ¿Te refieres a la prima Qin? No... Pero me parece que tú sí que estás enamorado de ella.

—Sí. —Juemin lo agarró por el brazo—. Lo estoy y me parece que ella también. ¿Qué debo hacer?

Juehui no veía la cara de su hermano, pero notaba cómo le temblaba la mano que lo sujetaba. Sabía que el otro sufría, así que, dándole un par de pequeños golpes en la espalda, le dijo riendo: —No sufras. Te deseo mucha suerte...Yo quiero a Qin

como a una hermana. Me gustaría tenerla como cuñada.

Juemin miró la luna, aliviado.

—Eres un buen hermano. ¿Qué? ¿Te hago gracia?

—No, no me río de ti. Te comprendo. —Pero de repente cambió de tema—. ¡Escucha! ¿Qué es eso que se oye?

Una especie de lamento, liviano como un hilo de seda, impregnaba de melancolía la noche. A veces era fuerte, como si expresara un profundo dolor, y otras, imperceptible, como una tenue brisa.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Juehui.

—Es el hermano mayor, que toca la flauta. Lo oigo muchas noches —explicó Juemin.

—¿Qué le pasa? Antes no tocaba con esa tristeza.

—No lo sé, pero tengo la impresión de que sabe que ha vuelto la prima Mei y debe de ser por esto que toca con este sentimiento. Eso solo puede ser amor. Hace unos días que no duermo muy bien. Oigo la flauta y me parece como si quisiera avisarme de algo... Me da miedo. La relación que tengo con la prima Qin se parece a la que tuvieron hace años el hermano mayor y la prima Mei. Y cuando oigo la música no puedo evitar alarmarme; no quiero que sigamos el mismo camino, porque creo que yo no podría soportarlo.

La voz de Juemin era cada vez más débil y vacilante. Juehui intentó levantarle el ánimo: —No temas, no seguiréis el mismo camino, tú perteneces a otra generación.

Contempló la luna, que lo llenaba todo con su resplandor. Una fuerza irresistible le evocaba el rostro de aquella chica. «Eres tan pura que solo puedo compararte con esta luna clara y limpia», se dijo a sí mismo.

EL conflicto entre los estudiantes y los soldados estaba prácticamente zanjado. Los estudiantes de otros distritos volvían a su hogar para celebrar Año Nuevo, y muchos ya preparaban los exámenes del siguiente semestre. Como la huelga se había prolongado hasta las vacaciones, los profesores estaban atareados con las evaluaciones del semestre y los preparativos de Año Nuevo. En cuanto a los alborotos, podía decirse que la victoria de los estudiantes había sido superficial.

Juemin iba cada noche a casa de Qin a repasar inglés, mientras que Juehui continuaba encerrado en casa informándose de los acontecimientos por medio de los periódicos, aunque estos ya no decían casi nada. Al final dejó de leerlos. «¡Es como la vida de un prisionero!», maldecía a cada momento. Estaba tan malhumorado que no quería ver a nadie de la familia. Además, experimentaba la sensación de que Mingfeng le rehuía. Tenían muy pocas oportunidades de hablar a solas. Cada noche debía presentar sus respetos al abuelo, y ver su rostro cerúleo y la cara empolvada de la concubina Chen. A veces intuía muecas de burla en algunos miembros de la familia. Perdía la paciencia y, furioso, se decía: «Espera, ya llegará el día en que...», pero no daba con el final de la frase, aunque estaba convencido de que en el futuro las cosas cambiarían y que todo lo que odiaba desaparecería. Releía con deleite ejemplares de *Nueva Juventud* y *Nueva Ola*, y también el artículo «Reflexiones sobre la familia tradicional»; le parecía un modo de vengarse del enemigo, pero el gozo era pasajero: cuando dejaba la lectura y salía de la habitación, se encontraba de nuevo

inmerso en aquel ambiente que tanto le repugnaba. Fastidiado, volvía a su habitación. Así pasaba las horas. Apenas veía a Juemin, aunque compartían el mismo dormitorio; cuando este estaba en casa, se llevaba los libros al jardín para estudiar.; además, parecía tan ocupado con las lecciones de la prima Qin que Juehui no se atrevía a molestarle.

«¡Qué aburrimiento!», se lamentaba, y volvía a leer libros y revistas que aún le hastiaban más. Un día recuperó el diario personal, que había dejado de llevar hacía un tiempo, y volvió a escribir. Así relató su vida en aquellos momentos:

Día X Por la mañana he ido a presentar mis respetos al abuelo. Estaba en su gabinete hablando con el tío cuarto. Le pedía que escribiera un panegírico para celebrar los sesenta años de su viejo amigo Feng Leshan y le decía que ya había revisado la que había preparado el tío tercero. El tío cuarto ha asentido y ha salido del gabinete. Después, el abuelo, con una sonrisa dibujada en su rostro bilioso y fatigado, me ha dado un libro encuadernado con hilo y me ha dicho: «Puedes llevártelo y leer atentamente algunas composiciones». Cuando ya me iba ha entrado el tío quinto y el abuelo me ha pedido que me quedara. El tío le ha entregado sus últimos poemas y le ha rogado que les echara un vistazo. El abuelo los ha ojeado, ha alabado algunos fragmentos y luego me ha espetado: «Deberías seguir el ejemplo de tu quinto tío: aprende y escribe en casa». Le he dado la razón y me he marchado. Al pasar por delante de la puerta de la habitación contigua he visto a la concubina Chen emperifollándose y he apartado la mirada. Cuando he vuelto a mi cuarto me he sentido libre de nuevo. No sé por qué razón en la habitación del abuelo tengo la sensación de estar ante un tribunal. No pienso seguir el ejemplo del quinto tío. Es un hipócrita y se pasa el día adulando al abuelo. Leo el título del

libro que me ha dado el abuelo, Exhortación de la piedad filial y evitación de la lascivia, de Liu Zhitang, y me da dolor de cabeza. No quiero leerlo. Lo he arrojado sobre el escritorio y me he ido a pasear por el jardín. En el bosquecillo de ciruelos he visto a la cuñada con Haier, que aún no ha cumplido cuatro años, recogiendo flores. Me gusta su rostro amable y su mirada despierta. Le he dicho: «Cuñada, es muy temprano. Si quieres flores, pídele a Mingfeng que las recoja. No tienes por qué hacerlo tú». Mientras arrancaba unas ramillas me ha contestado sonriendo: «A tu hermano le gustan las flores, ¿no te has fijado que en su habitación siempre hay jarrones con flores de ciruelo? Las arranco yo misma porque quizá no le gusten las que escoja Mingfeng». Luego ha llamado a su hijo para que viniera a saludarme. Es un niño inteligente y obediente, todos le queremos mucho. Pero yo pienso: «Al hermano mayor siempre le han gustado las flores de ciruelo». La cuñada ha continuado explicándome: «Hace unos días pinté una cortina con flores de ciruelo, seguro que la has visto», y en su rostro ha aparecido una delicada nubecilla sonrosada y se le han formado dos hoyuelos en las mejillas. Habla de él con una gran ternura, ¡quiere tanto al hermano mayor! Pero a mí me invade la tristeza cuando pienso en la razón por la cual a mi hermano le gustan tanto esas flores: para él, la flor del ciruelo tiene otro significado. Si Ruijue lo supiera... «Hermano tercero, ya sé que no estás muy contento estos días sin poder salir de casa, pero ya verás como el enfado se le pasará pronto al abuelo y dentro de poco podrás volver a salir. Temo que enfermes por todo esto», me ha dicho con ternura. Yo he pensado: «Y yo estoy triste por ti, que no sabes que tu marido aún ama a otra mujer», pero jamás me atrevería a contarle nada de eso. «Debo volver a casa, quiero hervir unos huevos para tu hermano», me ha dicho. Ha

cogido el ramo y la mano de Haier y se ha ido. Se ha vuelto hacia mí y ha gritado: «Ven luego a mi habitación, jugaremos al ajedrez». Le he dicho que sí y me he quedado observando cómo se alejaba. La quiero mucho, es como una hermana mayor, pero no quiero contarle mis cosas a nadie salvo al hermano segundo, con quien tengo más confianza. El hermano segundo está enamorado de la prima Qin, me lo ha dicho. Aún no se le ha declarado. Últimamente no tiene el corazón en casa. Sufro por él porque tarde o temprano su comportamiento llamará la atención de los que siempre chismorrean, y entonces... Siempre que hablamos es de la prima Qin, como si fuera la única persona que hubiera en el mundo. Ni siquiera muestra interés por la huelga, es como si solo existiera Qin. Cuando lo veo tan ilusionado temo que pueda sufrir un desengaño. He estado bastante rato en el bosquecillo de ciruelos y él ha venido, hemos charlado un poco y después se ha marchado. Yo me he quedado allí hasta que Mingfeng me ha llamado para el almuerzo. Estos días he tenido la impresión de que Mingfeng me evitaba y no entendía el motivo. Hoy la he visto de lejos y cuando la he llamado ha dado media vuelta y se ha marchado. La he seguido y le he preguntado por qué me rehuía; se ha quedado mirándome con su mirada tan cálida y, agachando la cabeza, ha respondido: «Tengo miedo... Tengo miedo de que las señoras se enteren». Me ha impresionado. Le he levantado la cara y le he dicho: «No tengas miedo, no tienes de qué avergonzarte. Es un sentimiento muy noble», y luego he dejado que se fuera. Hasta hoy no he comprendido lo que ocurre. Después de comer he vuelto a la habitación y he leído cerca de veinte páginas de la versión inglesa de Resurrección que ha comprado el hermano segundo. De repente me he horrorizado y no he podido continuar leyendo. Parecía que la novela me reflejara, aunque yo y Nejliúdv, el

protagonista, somos muy diferentes. A menudo me pregunto cómo será el final de una familia como la nuestra. ¡Qué aburrimiento! Nuestra casa parece un desierto, una «jaula estrecha». Quiero morirme, quiero vivir. No tengo nadie con quien hablar. Me siento; el libro que me ha dejado el abuelo continúa encima de la mesa. Vuelvo a hojearlo. Todo lo que dice enseña a ser un esclavo: «Si el emperador quiere que muera el súbdito y este no muere es que no es leal, si el padre quiere que muera el hijo y este no muere es que no tiene piedad filial. De todos los vicios la lascivia ocupa el primer lugar, y de todas las virtudes, la primera es la obediencia». Cuanto más leo más me indigno, al final no puedo evitarlo y lo destrozo. Una víctima menos, pienso. En la habitación reina la monotonía, y fuera, la oscuridad. Ardo en deseos de huir, pero las tinieblas me tienen enjaulado. Me he echado en la cama y he empezado a gimotear. «Hermano tercero, ¿vienes a jugar al ajedrez?», me ha preguntado la cuñada desde la sala contigua. «Sí, voy», he contestado. En realidad no me apetecía demasiado ir, pero lo he hecho para distraerme y no contrariarla. He jugado con tanta concentración que he logrado olvidarme de todo. La cuñada juega mejor que el hermano mayor, pero peor que yo. Le he ganado dos veces. Ella siempre se lo toma con buen humor. Después ha llegado Hesao, la niñera, con Haier. La cuñada jugaba con el niño mientras hablaba conmigo. Me he fijado en las cortinas de flores de ciruelo y las he elogiado. «Cuñada, las cortinas son muy bonitas. Aunque no entiendo de pintura, esta me gusta mucho más que otras que has hecho». «No pinto muy bien, pero en esta he puesto toda mi atención porque tu hermano mayor me lo había pedido muchas veces», ha dicho, orgullosa. Luego ha añadido: «A mí también me gustan las flores de ciruelo». He aprovechado la ocasión para preguntarle: «¿Y... por qué le gustan tanto?». Ella se ha sonrojado

un poco y me ha dicho: «No te lo puedo explicar ahora, lo entenderás más adelante». «¿Qué es lo que entenderé?», he insistido. «Lo entenderás cuando te cases.» Lo he dejado estar. He mirado a mi alrededor y me he dado cuenta de que por todas partes había jarros, grandes y pequeños, llenos de flores de ciruelo. El rosa de las flores me hiere los ojos. Se me ha aparecido otro rostro triste y hermoso y he estado a punto de decirle a la cuñada: «Cuida estas flores, que tienen dividido el corazón del hermano mayor». «Hacía mucho que no pintaba, estos últimos años lo había abandonado porque he tenido que dedicarme a Haier.» Me ha parecido, por su mirada, que su pensamiento retrocedía al pasado, cuando era una hermosa joven. Aún recuerdo cuando llegó a casa; no ha cambiado demasiado, aunque ahora se muestra más natural y ya no es tan tímida. «Debe de ser muy bonito pintar. Y si es el hermano mayor el que te lo pide, aún más.» Para cambiar de tema le he preguntado: «Cuñada, ¿estás pensando en la época anterior a llegar aquí?». Ella, moviendo un poco la cabeza, ha dicho: «¡Ah, aquella vida! Ahora me parece un sueño. Todo era tan diferente... Además de mi hermano, tenía una hermana tres años mayor que yo. Pintábamos y recitábamos poesía. Entonces, nuestro padre era magistrado de Guangyuan y vivíamos en la entrada del distrito. Mi hermana y yo compartíamos habitación en el piso superior de la casa; delante de nuestra ventana había un bosquecillo de moreras. Los gritos de las urracas muy temprano nos despertaban y por la noche, si abríamos la ventana, la luz de la luna iluminaba la habitación. Nuestra madre se iba a dormir temprano, pero a nosotras nos gustaba la luz de la luna y siempre nos quedábamos despiertas hasta tarde. Nos embelesábamos contemplándola, mientras charlábamos o leíamos poesías. A veces, en plena noche, se oía el silbido lejano de algún oficial que se acercaba trayendo un

despacho. En aquella época, cuando los mensajeros se acercaban a una posta tenían que encontrar un caballo preparado para cambiarlo por el que llevaban. Entonces silbaban desde lejos para que fueran preparándose. Cuando nos despertaba uno de aquellos silbidos ya no podíamos volver a conciliar el sueño.»Mi madre criaba gusanos de seda y nosotras la ayudábamos. A menudo, de noche, tomábamos un candil y bajábamos a ver si los gusanos tenían suficientes hojas de morera. Fueron unos tiempos de un encanto especial. Poco después llegó la revolución de 1911;¹⁷ mi padre tuvo que dejar su cargo y volvimos a nuestra provincia. Entretanto, nosotros íbamos creciendo. Mi padre nos propuso, a mi hermana y a mí, pintar abanicos. Fue entonces cuando empecé a pintar. Pintábamos un abanico tras otro y los beneficios que obteníamos nos permitían comprar libros de poesía y pigmentos para pintar.»Después se casó mi hermana. Nos queríamos mucho y no deseábamos separarnos. La noche anterior a la boda la pasamos llorando. No hacía ni un año que se había casado cuando murió de parto. Dicen que su suegra no la trataba bien. A decir verdad, mi hermana tenía un carácter un poco especial, cuando vivía en casa se las tenía a menudo con mi madre. Era un poco consentida y cuando tuvo que tratar con otra familia no logró acostumbrarse. ¡Qué lejano me parece todo aquello!»A mi cuñada se le han humedecido los ojos y ha callado. Me ha dado miedo que se pusiera a llorar y no sabía qué decir. Le he preguntado: «Cuñada, ¿has tenido noticias de tu madre y tu hermano recientemente? ¿Se encuentran bien?». Me ha dicho: «Gracias, mi hermano me ha escrito hace poco diciéndome que estaban muy bien. Hasta dentro de dos o tres años no podré verlos». Hemos charlado un rato más y después le he dicho que tenía que estudiar y he vuelto a mi habitación.He estado pensando en todo lo que me

ha contado. Luego he repasado algunos fragmentos de La isla del tesoro hasta que me he hartado y he holgazaneado un buen rato. Pensaba en todo lo que me rodea: tengo que rebelarme contra esta vida agónica. A la hora de cenar, la madrastra y el hermano mayor hablaban con tanta seriedad de las maquinaciones de las tías cuarta y quinta y de la concubina Chen que no he podido evitar echarme a reír. Cuando hemos terminado de comer aún no había oscurecido. He ido a la habitación del hermano mayor y hemos discutido sobre la piedad filial. Es demasiado débil y pusilánime. Tiene ideas anticuadas. Mientras hablábamos ha venido Waner, la criada de la tercera tía, para decirle que la madre de esta quería jugar con él y ha accedido sin rechistar. Le he preguntado: «Pero ¿te apetece ir?», y simplemente ha contestado: «¿Y por qué no?», y se ha ido con Waner. Tengo dos hermanos: el mayor juega todo el tiempo para no disgustar a los demás, y el segundo se pasa el día en casa de la tía enseñando inglés a la prima Qin. Tengo que convertirme en un hombre diferente a ellos... ¡Ah, qué vida! Mi vida cotidiana se reduce a desperdiciar mi juventud. No puedo continuar sometido de esta forma, tengo que rebelarme contra la autoridad del abuelo, debo marcharme... Juehui solo describió aquel día en el diario. Al siguiente ya salió de casa.

SE acercaba Año Nuevo, la primera gran fiesta anual. Excepto los que tenían deudas, todos lo recibían calurosamente. La ciudad era un hormiguero, las calles se llenaban de gente atareada, de farolillos de papel, de tenderetes de juguetes y petardos; había ajetreo por doquier. Aunque la casa de los Gao estaba en una calle muy tranquila, también se contagiaba de la agitación reinante y todos sus habitantes se afanaban con los preparativos. Criados y señores esperaban con ilusión las gratificaciones y las alegrías de Año Nuevo. Por la noche, los cocineros preparaban los refrigerios y los pastelillos tradicionales; de día, las señoras de la casa, tanto las mayores como las jóvenes, se reunían en la habitación del abuelo y, sentadas cerca de la ventana, doblaban los falsos lingotes de papel plateado que ofrecerían a los antepasados o confeccionaban flores de papel, rojas y verdes, para colgar en las ventanas o las lámparas.

El abuelo Gao no paraba en casa; si no estaba en el teatro, estaba en casa de algún amigo. Dos o tres años antes él y unos amigos habían formado un grupo de nueve personas que se reunían en casa de uno u otro para escuchar música y gozar de la pintura y las antigüedades que coleccionaban.

En la casa, Juexin y el tío tercero, Keming, eran los encargados de dirigir a los criados en los preparativos. En el salón central se instalaban luces de colores y se colgaban de las paredes telas bordadas con raso rojo. Los retratos de los antepasados Gao, que durante el año dormían en los baúles, se colgaban por orden cronológico para que pudieran recibir las ofrendas de sus

descendientes.

Era la víspera del último día del año, cuando tenía lugar la cena de Año Nuevo en casa de los Gao. Aquella tarde, Juemin y Juehui habían ido a la oficina de Juexin. Al pasar por la librería habían comprado unas cuantas revistas y la traducción de la novela *La vigilia*,¹⁸ recién publicada.

En cuanto entraron en el edificio oyeron el ruido de las bolas del ábaco.

—¿Has salido de casa? —se sorprendió Juexin al ver a Juehui.

—Ya hace unos días que salgo. ¿No lo sabías? —contestó, sonriente.

—¿Y el abuelo qué dice? —preguntó, preocupado, sin dejar de hacer cuentas con el ábaco.

—¡No me importa en absoluto! ¡Ya no me da miedo! —respondió Juehui, tajante.

Juexin se le quedó mirando sin decir nada, arqueó las cejas y siguió contando.

—No te preocupes, ¿te crees que el abuelo se acuerda de todo? Me parece que se olvida enseguida de las cosas —terció Juemin, sentándose en una silla delante de la ventana.

Juehui tomó el ejemplar de *La vigilia* y se sentó en otra silla cerca de la pared. Empezó a hojear el libro y leyó en voz alta un párrafo al azar: —«El amor es una gran palabra, un gran sentimiento... pero ¿de qué amor hablas? ¿De qué amor? No importa, hay muchos, pero en mi opinión no hay diferencias. Si amas, ama con toda el alma.»

Juexin y Juemin levantaron la cabeza y se lo quedaron mirando, pero él continuó leyendo sin inmutarse.

—«El deseo de amor, el deseo de felicidad, ¡no existe nada más! Somos jóvenes, no somos unos extravagantes ni unos

idiotas, debemos luchar para conseguir la felicidad.»

Sintió una sacudida repentina en todo el cuerpo, estaba tan emocionado que le temblaban las manos. No podía continuar leyendo. Dejó el libro, tomó la taza y bebió varios sorbos de té seguidos. En aquel momento llegó Chen Jianyun.

—Juehui, ¿qué leías tan exaltado? —preguntó con su habitual atonía.

—Leía un libro —contestó Juehui. Volvió a abrirlo y prosiguió la lectura de aquel pasaje—: «El universo despierta en nosotros la necesidad de amor, pero no empleamos todas nuestras fuerzas en mantenerlo vivo».

La oficina quedó en silencio durante unos instantes, el ruido del ábaco también se detuvo.

—«En el mundo hay vida y hay muerte; también en el amor.»

—¿Qué significa eso? —preguntó Jianyun.

Nadie respondió. Un extraño malestar se había adueñado de la pequeña estancia. Los cuatro jóvenes, cada uno en su situación, compartían el mismo sentimiento.

—¡Vaya sociedad y vaya vida! —exclamó Juehui—. Con la vida que llevamos no hacemos más que desaprovechar la juventud.

En los últimos tiempos este pensamiento lo atormentaba día tras día. Cuando era pequeño se decía que de mayor no sería como los adultos que le rodeaban. En la época que su padre había sido magistrado de distrito, había viajado por diferentes lugares. A menudo soñaba que se encontraba en países lejanos y se veía envuelto en aventuras extraordinarias. Por aquel entonces la vida era emocionante. Al volver a su provincia y a la casa familiar todo se volvió aburrido. Eso sí, aprendió cosas nuevas de la vida. En casa había docenas de criados, entre sirvientes y porteadores de palanquines, que procedían de lugares diferentes; unidos por una

misma suerte, servían al mismo amo a cambio de un mísero salario y formaban una gran familia que debía evitar los conflictos a toda costa: enojar al amo era jugarse el pan. El destino de aquellas personas despertaba la simpatía de Juehui, quien pasaba muchas horas con ellos. Se había ganado su confianza y su afecto. A menudo permanecía largos ratos en las cuadras, echado en los catres de los porteadores, escuchando a aquellos hombres enflaquecidos que fumaban explicándose la vida. Otras veces, cerca del fuego con los sirvientes de la casa, escuchaba historias de héroes legendarios. Entonces imaginaba que de mayor sería un caballero que robaría el dinero a los ricos para dárselo a los pobres, un caballero sin hogar ni familia, un hombre y una espada viajando solos.

Después fue a la escuela y su visión del mundo cambió: los libros y los maestros le despertaron el amor por la patria y las ideas reformistas; se entusiasmó con los escritos de Liang Rengong: *El alma china* y *El huésped de la habitación Yinbing*, e incluso llegó a estar de acuerdo con el autor, que en su artículo «Sencillos consejos para ciudadanos» invitaba a dejar el pincel por la espada.

El movimiento del 4 de mayo le abrió definitivamente los ojos. Una vez superados los puntos de vista de Liang Rengong, abrazó nuevas doctrinas sociales más radicales, que llevaron a su hermano a tildarle de «humanista» porque se negaba a ir en palanquín. Por primera vez reflexionó sobre la existencia humana gracias a lecturas como «El auténtico sentido de la vida» y «Génesis del problema de la vida». Estas reflexiones, imprecisas al principio, fueron definiéndose durante la reclusión forzosa en casa. Empezó a comprender cómo era la vida y cómo debía ser una persona. Detestaba pensar que estaba malgastando la vida y

la juventud, pero cuanto más odio sentía más difícil le resultaba saltar la empalizada invisible que lo rodeaba.

«¡Maldita vida!», pensó, iracundo. Sus ojos se toparon con la mirada confundida de Juexin, giró la cabeza y se encontró con el gesto resignado de Jianyun. Juemin leía. En la estancia reinaba un silencio sepulcral. Consumido por la zozobra, exclamó: —¿Por qué no decís nada? ¡Malditos!

Los otros tres lo miraron atónitos.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó pacíficamente Juemin mientras cerraba el libro que leía—. Somos como tú, en esta vida hacemos lo que podemos.

—¡Pues por eso! —gritó otra vez—. ¡Aguantáis y no os rebeláis! ¿Cuánto tiempo más pensáis continuar así? Criticáis la familia tradicional, pero en el fondo estáis a favor de ella. Tenéis ideas modernas, pero vuestra conducta es anticuada. ¡No sois valientes! ¡Sois unos hipócritas!

Entonces se dio cuenta de que él también era contradictorio.

—Hermano tercero, cálmate. ¿Qué ganas exaltándote así? Todo llegará —le respondió de nuevo Juemin con suavidad—. ¿Qué puede hacer un hombre solo? El sistema familiar es uno de los pilares de nuestra sociedad. —Lo había leído en el libro que acababa de cerrar, y añadió—: Nosotros también tenemos nuestras penas.

Juexin miraba a Juehui con reprobación. El hermano pequeño abrió otra vez el libro y continuó leyendo en voz alta: —«¡Rechacémoslos! Mi padre ya me lo dijo: “No somos una familia poderosa, no somos nobles ni amados por la naturaleza, pero no somos mártires. Solo somos obreros. Pongámonos los mandiles de cuero, hagamos nuestro trabajo en los oscuros talleres y dejemos que el sol ilumine a los demás. ¡En esta oscura

existencia residen nuestro orgullo y nuestra felicidad!».»

«Este es mi retrato. Pero ¿dónde está mi orgullo? ¿Y mi felicidad?», pensó Jianyun.

—¿Felicidad? ¿Dónde está la felicidad? ¿Existe realmente? —preguntó Juexin.

Juehui lo miró y siguió pasando las páginas del libro hasta que llegó a una que había marcado y, de nuevo en voz alta, retomó la lectura, como si quisiera dar respuesta a su hermano.

—«Somos jóvenes, no somos unos extravagantes ni unos idiotas, debemos luchar para conseguir la felicidad.»

—Hermano tercero, por favor, no leas más —le imploró Juexin.

—¿Por qué? —le preguntó Juehui.

—Estoy triste. No soy joven, ni lo he sido nunca. No soy feliz y jamás podré serlo.

Estas palabras, que dichas por otra persona quizás hubieran estado llenas de rabia, en boca de Juexin solo rezumaban aflicción.

—¿Y porque tú no seas feliz los demás no podemos saber cómo serlo? —preguntó Juehui con antipatía. Le indignaba que su hermano se resignara ante la vida.

—No me conoces, tu destino y el mío son muy diferentes —dijo Juexin con un suspiro, mientras hacía funcionar el ábaco—. Tienes razón, me da miedo oír que alguien pueda conseguir la felicidad porque yo nunca podré. Mi vida está acabada. No me rebelo porque no quiero, he decidido convertirme en una víctima. Yo tenía muchas ilusiones, como vosotros, pero me las destrozaron. Mis deseos no se han hecho realidad. Me arrebataron la felicidad muy pronto. No culpo a los demás: asumí voluntariamente las responsabilidades de nuestro padre. No sabéis nada de mis penas... Aún recuerdo las palabras de nuestro padre cuando agonizaba. Acababa de morir la quinta hermana, a

los seis años, y la madrastra había ido a enterrarla. Completamente abatido, me agarró la mano y me dijo, llorando: «Xiner, tu madre, antes de morir, me confió seis hijos, y ahora sois uno menos; ¿no te parece que la he defraudado? Mi enfermedad no mejorará, te confío a la madrastra y a tus hermanos, cuida de ellos. Te conozco bien y sé que no me fallarás». No pude evitar romper a llorar en su presencia. El abuelo, que en aquel momento pasaba por delante de la ventana, creyó que nuestro padre había muerto y entró jadeando. Al ver la escena me regañó diciéndome que no hiciera sufrir a nuestro padre. Más tarde me llamó a su habitación y me preguntó por lo ocurrido; los dos lloramos amargamente. Aquella noche, nuestro padre me dictó sus últimas voluntades. La madrastra aguantaba la palmatoria, y nuestra hermana mayor, el tintero. Yo escribía y lloraba. Murió al día siguiente. La carga de las obligaciones familiares pasó de las espaldas de nuestro padre a las mías. Cada vez que pienso en sus palabras no puedo contener el llanto. Soy una víctima, no tengo otra opción. No me perdono la muerte de nuestra hermana mayor... —balbuceaba, y las lágrimas le resbalaban por la cara y se le metían en la boca. Apoyado en la mesa, se sostenía la cabeza con las manos. Al final se derrumbó.

Juehui hacía esfuerzos para no llorar, Jianyun se secaba los ojos con el pañuelo y Juemin escondió el rostro detrás de la revista que leía un rato antes.

El hermano mayor levantó la cabeza de la mesa, se enjugó las lágrimas y siguió hablando.

—Aún hay muchas cosas que no sabéis. Un año, nuestro padre fue enviado al distrito de Dazu como *dianshi*.¹⁹ Yo solo tenía cinco años, vosotros aún no habíais nacido. Nuestros padres nos llevaron a mí y a nuestra hermana mayor con ellos. Entonces

aquella zona no era muy segura. Cada noche, nuestro padre tenía que salir a hacer la ronda por la ciudad y volvía muy tarde; nosotros no nos dormíamos hasta que regresaba. Yo era un niño muy responsable y me quedaba charlando con nuestra madre mientras partíamos piñones y pipas de calabaza. Nuestra madre quería que yo estudiara mucho y que así se recompensaran sus sufrimientos, y me explicaba llorando lo dura que había sido su llegada a nuestra familia. Yo intentaba hacerla sonreír como podía. Le decía que estudiaría mucho, que en el futuro sería inspector de las Ocho Prefecturas y que estaría orgullosa de mí. Al cabo de unos meses el gobernador destituyó a nuestro padre y nombró a otra persona para el cargo, así que tuvimos que irnos. Nuestra madre me hablaba del disgusto de nuestro padre. En aquel momento ella estaba embarazada de nueve meses del hermano segundo y nuestro padre estaba muy preocupado por el viaje, pero no teníamos más remedio que marcharnos. Al poco de volver aquí naciste tú, Juemin.

»Al año siguiente nuestro padre, para poder acceder al cuerpo de magistrados de distrito,²⁰ tuvo que ir a Pekín a pasar el *yin jian*.²¹ Nuestra madre se quedó en casa, esperando todo el tiempo; fue entonces cuando naciste tú, Juehui. Nuestro padre tuvo que quedarse en Pekín porque fue rechazado en el *yan kan*.²² Cuando llegó la noticia el abuelo se puso de muy mal humor y algunos miembros de la familia bromearon sobre lo ocurrido. Nuestra madre lo pasó muy mal en aquella época, solo contaba conmigo y con nuestra hermana. Cada vez que llegaba una carta de nuestro padre se pasaba un par de días llorando. Por fin llegó una que decía: «Ya he pasado el *yin jian*, volveré en otoño». Nuestra madre respiró aliviada, ya estaba tranquila. De hecho, desde que entró en nuestra casa cuando se casó hasta el día que murió, nunca fue

feliz. Me quería tanto, esperaba tanto de mí... No sé cómo devolverle todo el amor que me dio. Lo habría dado todo por ella, habría renunciado a mi futuro. Tan solo os pido, por la memoria de nuestros padres, que seáis hombres de bien.

Juexin se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la cara.

—Hermano mayor, no sufras, te comprendemos —alcanzó a mascullar Juemin tapándose con la revista.

Juehui, recobrando la calma, se dijo: «¡Dejemos que el pasado permanezca enterrado! ¿De qué sirve hurgar en ello?», pero no podía dejar de pensar en todo lo que había sufrido su madre.

—Hermano tercero, el pasaje que has leído es bien cierto. No soy un mártir, ni la naturaleza me ama. Solo soy un obrero que con el mandil de cuero trabaja en su oscuro taller. —Mientras hablaba, Juexin sonreía a Juemin con tristeza—. Pero soy un trabajador que no es feliz, yo... —Entonces, inesperadamente, oyó una voz que gritaba fuera. Se le transfiguró el gesto—: ¡El abuelo! ¿Qué hacemos?

Juehui se alarmó, pero enseguida recuperó el aplomo.

—¿Y qué? No nos va a comer...

El abuelo Gao entreabrió la cortina de la puerta y entró seguido por el criado Sufu, que se quedó de pie en la entrada. Los cuatro jóvenes se levantaron para saludarle. Juemin le ofreció su silla.

—¡Ah, estáis todos aquí! —En la cara macilenta del abuelo se dibujó una sonrisa, estaba contento y les dijo afectuosamente—: Ya podéis ir volviendo, hoy es la cena de Año Nuevo. Todo el mundo tiene que estar pronto en casa. —Se había sentado en una silla de delante de la ventana pero se levantó al instante diciendo—: Xiner, tengo que comprar unas cosas, ven conmigo. —Apartó la cortina y salió seguido de Juexin y Sufu.

Cuando se hubieron ido, Juemin le dijo riendo a Juehui:

—Se ha olvidado de ti.

—Si fuera tan obediente como el hermano mayor, me hubiera quedado en casa para siempre —respondió Juehui—. De hecho, he caído en la trampa, el abuelo se olvida pronto de las cosas. Estoy absolutamente seguro de que en unos días no recordará que yo estaba encerrado en casa. Vámonos, no esperemos al hermano mayor, volverá a casa en palanquín. Marchémonos, no sea que nos topemos de nuevo con el abuelo.

—¡De acuerdo, vamos! —exclamó Juemin. Mirando a Jianyun, le preguntó—: ¿Vienes?

—Sí, voy con vosotros.

Salieron los tres. Por el camino, Juehui estaba exultante. El pasado estaba enterrado: «Soy joven, no soy un extravagante ni un idiota, debo luchar para conseguir la felicidad».

Y se alegraba de no ser el hermano mayor.

ERA noche cerrada. En el salón principal de la casa de los Gao, además de una lámpara de cien bombillas eléctricas que habían colgado para la ocasión, había otra de aceite que pendía de la viga central del techo y una de queroseno con cuatro pantallas de cristal pintado con figuras, como las del Palacio Imperial. Aquella fastuosa luminaria no solo alumbraba los cuadros y los retratos de los antepasados Gao vestidos a la moda de la dinastía Qing, sino que incluso hacía resplandecer las baldosas del suelo.

Había llegado la hora de la cena de Año Nuevo. En medio del salón, encima de dos grandes mesas redondas, reposaban, perfectamente dispuestos, los palillos de marfil, las copas, los platillos y las cucharitas de plata. Debajo de cada platillo había una tira de papel rojo con el nombre de cada comensal. Cada una de las mesas tenía tres sirvientes a su disposición: dos para servir el vino y uno para servir los platos. El resto del servicio estaba alrededor del salón esperando órdenes. Las bandejas llegaban de la cocina por el pasillo de la izquierda y eran depositadas en un trinchero iluminado por una lámpara de cuerno, también llamada lámpara barnizada, y a continuación la criada de más edad las entregaba a los criados Sufu y Zhaosheng, que las llevaban hasta las mesas.

Después de un aperitivo de hortalizas frescas y pipas de calabaza y almendras, los amos, mayores y jóvenes, obedeciendo a un gesto del abuelo, buscaron su sitio y se sentaron. En la mesa principal se sentaban los mayores, que, por orden, eran el abuelo, la concubina Chen, la madrastra Zhou, el tío tercero Keming y su

esposa Zhang, el tío cuarto y su esposa Wang, el tío quinto Keding y su esposa Shen, y, además, estaba invitada la tía Zhang. Diez personas. En la otra mesa estaban Juexin y sus hermanos, Liu Ruijue, y la prima Qin. Doce en total. Los varones llevaban el nombre Jue y eran, de la rama principal, Juexin, Juemin y Juehui; el de la tercera rama, Jueying; y los de la cuarta, Juequn y Jueshi. Las mujeres, que llevaban el nombre Shu, eran, de la rama principal, Shuhua; de la tercera rama, Shuying; de la cuarta, Shufen, y de la quinta, Shuzhen. La mayor era Shuying, de quince años, Shuzhen tenía doce y Shufen, la más pequeña, solo siete, según el calendario lunar. Aún quedaban Juren, de la tercera rama, y Juexiang y Shufang, de la cuarta, que no se sentaban a la mesa porque eran demasiado pequeños. Haichen, el hijo de Juexin, sí que estaba en el salón, porque el abuelo deseaba que las cuatro generaciones se reunieran en la cena. El pequeño Haichen estaba sentado a la mesa y le permitían que comiera en el regazo de su madre, Ruijue.

El abuelo, con la copa de vino en la mano, sonreía satisfecho al ver a su alrededor todos aquellos rostros alegres; se había hecho realidad su deseo de tener cuatro generaciones bajo un mismo techo. Ufano, bebió un buen trago de vino. Miró hacia la mesa de los jóvenes, que charlaban, reían y bebían despreocupadamente. Unos decían: «¡Bebamos!», y otros: «¡Sírveme a mí primero!», con voces claras y diáfanas. Los criados Yuancheng y Wengde iban arriba y abajo con el vino.

—¡No bebáis tanto, que os vais a emborrachar! ¡Aún queda mucha comida! —les gritó el abuelo riendo.

Levantó la copa y sorbió. Entonces todas las copas de la mesa principal se alzaron y volvieron a su lugar cuando el abuelo dejó la suya. En aquella mesa, excepto el abuelo, todos actuaban con una

contención extrema: si este tomaba los palillos, los demás los tomaban; si los dejaba, los demás también. Y cuando hablaban entre ellos lo hacían en voz baja. Presa de la alegría del momento, el abuelo les dijo: —No os cohibáis, todo el mundo debe reír y charlar. Mirad el alboroto que hay en aquella mesa, y nosotros aquí tan callados. Nadie debe estar cohibido —y levantó la copa apurando todo el vino—. ¡Mirad qué feliz estoy esta noche! —Dirigiéndose a Keding dijo—: Eres joven, no te preocupes si bebes más de la cuenta en la noche de Año Nuevo. —Y, dirigiéndose a los criados Ligui y Gaozhong, ordenó—: ¡Servid vino a la tía, a la señora y a mí!

La alegría nada habitual del abuelo contagió al resto de comensales y, poco a poco, todos fueron animándose. Kean, Keding, la tía Zhang y la concubina Chen jugaban a la morra, obligándose a beber y comer. Los rostros enrojecidos y sonrientes de la familia hacían que el abuelo se sintiera vigoroso y animado. Bebió de nuevo. El pasado le vino a la memoria. Recordó lo duro que había sido estudiar, alcanzar un rango oficial, trabajar tantos años como funcionario, reunir un patrimonio considerable, construir una casa y sacar adelante a hijos, nietos y bisnietos. Todos sabían leer y conocían los ritos. De continuar esa prosperidad, quién sabe lo que lograrían los Gao dentro de dos generaciones... Sonreía orgulloso; sin darse cuenta volvió a beber un trago y, dejando la copa, dijo: —Ya no bebo más, si me tomara dos copas más perdería la serenidad. —Y ordenó a voz en cuello —: Servid vino a la tía y a la señora.

En la mesa de los jóvenes había mucho alboroto. Los palillos no descansaban. Cuando llegaba una bandeja, al cabo de un momento estaba ya vacía del todo. Juequn y Jueshi, los más pequeños, se subían a la silla para alcanzar más fácilmente la

comida y, en lugar de los palillos, utilizaban las cucharas para conseguir más cantidad.

—Esta no es manera de comer, nosotros no podemos hacer lo mismo. Aprended de la otra mesa, no comáis tan deprisa. ¡Es la cena de Año Nuevo! —decía riéndose Li Ruijue, que acababa de dejar que la criada Hesao se llevase a Haichen.

Zhaosheng, criado de la cuarta rama, acababa de traer una fuente con orejas de mar y Jueying, que tenía trece años, ya se había llevado una a la boca, pero tras la advertencia de Li Ruijue dejó los palillos.

—La tía mayor tiene razón. Dejemos que se termine lo que queda en la fuente.

Todos dejaron los palillos riéndose a carcajadas. Juehui, que estaba sentado delante de Ruijue, se levantó y le tendió la fuente diciéndole: —Cuñada mayor, por favor, cómete las que quedan.

Ruijue se ruborizó al ver que todos la miraban y, devolviendo la fuente a Juehui, le dijo: —Muchas gracias por el gesto, pero no me gusta mucho el marisco. Cómetelas tú, por favor.

—Pues si no comes, tienes que beber —replicó Juehui.

—¡Sí, la cuñada tiene que beber! —empezaron a vociferar los demás.

Ruijue esperó a que terminaran y expuso:

—¿Y por qué tengo que hacerlo? Si vamos a beber, fijemos unas condiciones.

—Me parece bien —respondió Juehui divertido.

—¿Qué condiciones? —preguntó Qin, sentada al lado de Ruijue.

—En mi habitación tengo unas fichas, puedo pedirle a Mingfeng que las traiga —sugirió.

—No es necesario, podemos fijar unas sencillas reglas —dijo

Juemin.

—Juguemos a las flores voladoras —propuso Qin.

—¡Yo no juego! —protestó Juehun.

—Yo tampoco —añadió Shufen.

—De acuerdo: el hermano quinto y la hermana y el hermano sextos no participan. Seremos nueve —concluyó Ruijue.

Los palillos de Juehui se cayeron al suelo, el criado Yuancheng los recogió a toda prisa, los limpió y se los devolvió. Juehui intentó decir algo sobre el juego, pero se calló al ver que todos estaban de acuerdo con Qin.

—Dejad que empiece yo. Primo tercero, bebe tú antes —dijo Qin dirigiéndose a Juehui.

—¿Por qué yo? Si tú no has dicho nada aún —protestó Juehui tapando su copa con la mano.

—No te preocupes, tú bebe... Yo digo: «Los paseantes miran las flores». ¡Ya verás si no vas a ser tú el que beba!

Empezaron a contar y la palabra «flor» recayó en Juehui. Todos gritaron: —¡Tienes que beber!

—No os riais de mí, yo no bebo —dijo Juehui moviendo la cabeza.

—Eso no vale. Hermano tercero, tienes que beber. Las normas del juego son como las militares, no se pueden desobedecer —protestó Ruijue.

Juehui solo bebió un trago, pero se le alegró la cara de inmediato, y dijo a Qin adrede: —Ahora beberás tú.

—«Los días en que las flores del melocotonero y del ciruelo se abren con el viento de la primavera.» Contando a partir de Juehui la quinta era Qin, que bebió un sorbo y dijo con resignación: —«Las flores del melocotonero caen como una lluvia rosada.»

Era el turno de Shuying.

—«Te reencuentro a la caída de las flores.»

Shuhua se lo pensó un poco y dijo:

—«Cuando las flores de Shanling parezcan un bordado.»

Esta vez la palabra «flor» le tocó a Juemin, que después de beberse un trago declaró: —«El agua del lago de las flores de melocotonero tiene una profundidad de mil metros.»

Era el turno de Juexin.

—«A la vuelta de la fiesta de las flores las patas de los caballos están perfumadas.»

Ruijue tuvo que beber y después dijo:

—«El año pasado me despedí de ti entre flores.»

De nuevo Shuying enlazó su frase después de dar un trago de vino.

—«Hoy se abren las flores que empiezan un nuevo año.»

Le tocaba a Shuzen. Dio un sorbito de su copa y dijo vacilando:

—«El pastor indica de lejos la aldea Flor de albaricoque.»

Ruijue, sonriendo, dijo:

—«Viento del este sin fuerza, mil flores marchitas.»

Jueying apuró su copa y dijo:

—«Riego las flores con mis lágrimas por todo lo que ha ocurrido.»

—No, no puede ser, los versos de esta métrica no valen. Tienes que buscar otro —le corrigió Ruijue.

Shuhua, a su lado, le dijo lo mismo, pero Jueying se negaba a admitirlo. Juehui, impaciente, intervino: —No es necesario que continuemos con este juego. Parece que solo os gusten los poemas tristes que ponen a la gente de mal humor. Prefiero jugar a los trabalenguas, es más divertido.

—De acuerdo —dijo Jueying, aliviado—. Empiezo yo: soy Shi Jin, el tatuado con nueve dragones.

Ruijue orquestaba el juego; cuando cada jugador hubo decidido su personaje, preguntó: —¿Quién sabe beber?

—Cabeza de leopardo sabe beber —contestó Qin.

—Lin Chong no sabe beber —contestó enseguida Juemin, que hacía de Lin Chong.

—¿Quién sabe beber? —preguntó Qin.

—El tatuado con nueve dragones sabe beber —contestó Juemin.

—Shi Jin no sabe beber —dijo Jueying.

—¿Quién sabe beber? —preguntó Juemin.

—Xing She sabe beber —dijo Jueying.

—Wu Song sabe beber —dijo Juehui, que hacía de Wu Song.

—¿Quién sabe beber? —preguntó Jueying.

—El *qilin*²³ de jade sabe beber —respondió Juehui resollando.

—Lu Junyi no sabe beber —dijo riendo Qin mientras bebía un trago de té.

—¿Quién sabe beber? —preguntó a Qin con insistencia.

—Pequeña tempestad sabe beber —contestó riendo Qin mirando a Ruijue.

—Chai Jin no sabe beber —dijo Ruijue a toda prisa.

—¿Quién sabe beber? —preguntó Qin muerta de risa.

—La *mu yecha*²⁴ sabe beber —respondió Ruijue señalando con el dedo a Juexin.

Todos se echaron a reír. Juexin era la segunda señora Sun, la *mu yecha*; había escogido este personaje para hacer reír a los demás. Contestó alborotado: —La segunda señora Sun no sabe beber. —Y, sin esperar que Ruijue contestara, prosiguió—: Estrella inteligente sabe beber.

—Wu Yong no sabe beber —dijo Shuying a su vez.

—¿Quién sabe beber? —preguntó Juexin.

—La cuñada saber beber —contestó Shuying atolondrada.

Todos le exigieron entre carcajadas:

—¡Una prenda! ¡Una prenda!

Shuying, resignada, pidió que le trajeran una taza de vino caliente y bebió un sorbo. El juego continuó, todos hablaban cada vez más deprisa y se equivocaban también cada vez más. El que no era demasiado amante del vino lo podía sustituir por té.

Todos acabaron la cena un tanto ebrios. Qin y su madre volvieron a su casa. Juemin, Juehui, Shuying y Shuhua habían pedido a su madre que Qin se quedara, pero a la tía Zhang no le pareció bien; en casa había trabajo, adujo. Ruijue fue a su habitación para estar con Haier. Juexin, Juemin y Shuhua solo deseaban irse a dormir.

El silencio invadió la casa. Únicamente quedaban en pie los criados, que ordenaban y barrían el salón principal.

Juehui, en su habitación, excitado y con la cara enrojecida por la bebida, no podía dormir. Afuera, el retumbo de los petardos era como el de diez mil caballos al galope. Salió de su cuarto. En la entrada de la casa, los palanquines descansaban y tres o cuatro portadores estaban sentados charlando en voz baja. Permaneció un buen rato de pie delante del salón principal y después salió. Cuando atravesó la entrada solo se oía alguna explosión lejana. La atmósfera olía a azufre. Los farolillos que colgaban de los alerones del portal proyectaban una luz rojiza y mortecina. La calle estaba tranquila. Los restos de los petardos desperdigados en el suelo desprendían aire caliente. Juhui oyó unos sollozos.

—¿Quién llora? ¿Quién puede llorar en una noche tan alegre?
—se preguntó Juehui.

Miró a su alrededor. A la derecha, al lado de uno de los grandes jarrones de piedra, había una sombra imprecisa: un

pequeño mendigo gemía agachado. Al oír pasos levantó la cabeza. Juehui no le veía bien la cara, solo oía su propia respiración, nerviosa, y el llanto apagado del chiquillo. Experimentó un sentimiento desconocido. Se sacó unas monedas del bolsillo y las puso en las húmedas manos del mendigo.

—Tómalas y busca un lugar caldeado. Aquí hace frío, estás temblando. Compra algo caliente para comer.

Se volvió sin esperar la respuesta del muchacho, como si hubiera hecho algo vergonzoso. Entró en casa, atravesó el patio. En medio de la oscuridad se le aparecía la imagen de su hermano mayor que le decía burlándose: «¡Eres un humanista!». Cuando pasaba por la segunda puerta le pareció oír otra voz que le decía: «¿Te crees que con eso vas a cambiar el mundo? ¿Piensas que así liberarás al chico del frío y el hambre? ¡Hipócrita humanista!».

Horrorizado, entró en su habitación tapándose los oídos y se arrojó sobre la cama: —¡Estoy borracho! ¡Estoy borracho!

EL día siguiente era el último día del año según el calendario antiguo. Juehui se despertó cuando los rayos del sol que entraban por la ventana iluminaban ya toda la estancia. Juemin estaba de pie delante de su cama, sonriéndole: —¿Has visto cómo te fuiste a dormir anoche?

Retiró la manta que lo cubría y descubrió que iba vestido. Miró a su hermano con una sonrisa y se incorporó. El sol le dolía en los ojos, así que se los restregó con las manos. La vieja Huangma, que atendía a los dos hermanos, entró en la habitación con una palangana.

—Ayer ibais tan bebidos que ni siquiera os quitasteis la ropa para dormir. Con el frío que hace es muy fácil pillar un resfriado y esta noche os he traído algo para taparos. ¡Estabais sobre la cama durmiendo como troncos! —iba refunfuñando ella sola mientras en su cara, llena de arrugas, se dibujaba una sonrisa.

Huangma los regañaba a menudo, pero lo hacía como una madre. Ellos lo sabían y por eso la querían.

—Huangma, hablas demasiado. En la cena de Año Nuevo todo el mundo está contento, ¿qué hay de malo en beber más de la cuenta? ¡Ahora me acuerdo! Ayer estuviste todo el rato de pie a mi lado, mirándome tan severamente que no dejaste que me divirtiera. En todas las fiestas haces lo mismo. Eres más estricta que la madrastra, ¡ni ella nos controla así! —le espetó Juehui.

—¡Pues ya que la señora no os controla lo bastante, lo hago yo! —decía mientras hacía la cama—. Tengo más de cincuenta años y hace más de diez que estoy en esta casa cuidándoos. Os he

visto crecer. Aquí me aprecian y nunca me han tratado mal. Antes quería volver a mi casa, pero ya no lo tengo tan claro: he vivido muchas cosas aquí. Ya no es como antes, a menudo pienso que sería mejor irme: cuando el agua cristalina deja de correr, se enturbia y ya no es buena. Pero me resisto a dejaros. Si me marcho nadie se ocupará de vosotros. Sois dos buenos amos, como la señora, que ya no está. Si ella aún estuviera aquí estaría orgullosa de ver lo mayores que os habéis hecho. ¿Y nuestra pequeña señora, quién no la aprecia en esta casa? También debéis quererla. Creo que vuestra madre os protege desde el cielo. El día de mañana estudiaréis y haréis carrera, y entonces, incluso yo, que no soy sino una vieja sirvienta, me sentiré honrada.

—¿Y no temes que nos olvidemos de ti si llegamos a ser altos funcionarios? —le preguntó Juehui con sorna.

—No es verdad. Además, yo no pretendo ningún favor, me conformo con veros convertidos en hombres de bien —dijo ella de corazón, mirándolos con ternura.

—Huangma, ¡nosotros no te olvidaremos! —le dijo Juehui acercándosele y dándole unas palmaditas en la espalda.

Ella le sonrió y se marchó con la palangana. Cuando estaba en el umbral dio media vuelta y dijo: —Esta noche no volváis a beber.

—Un poco no hace daño —replicó Juehui, pero ella ya había salido y no le oyó.

—Es una buena persona. Hay pocas como ella entre los criados —dijo Juemin.

—He aquí tu gran descubrimiento: los criados tienen sentimientos, como los señores —le espetó Juehui.

Juemin se dio cuenta de que su hermano se burlaba de él. Se levantó para salir.

—¿Otra vez a casa de la tía? —le preguntó su hermano.

Juemin, desde la puerta, lo miró con desaprobación, pero, como de costumbre, contestó de manera cordial.

—No, me voy al jardín a pasear. ¿Vienes?

Salieron juntos hacia el jardín. Al pasar por delante de la habitación de Juexin oyeron la voz de Qianer, la criada de la cuarta rama, que llamaba al hermano mayor. No hicieron caso y siguieron su camino.

—Vayamos hacia la derecha, el abuelo está en el bosque de ciruelos —advirtió Juemin una vez que hubieron franqueado la puerta en forma de luna llena.

En aquella dirección estaba la galería cubierta. Tenía las paredes recubiertas de paramentos de mármol con ventanas que daban al salón principal. Al otro lado había una barandilla. En el exterior, una gran rocalla en medio de un patio y un parterre en el que sobrevivían heroicamente en la gélida intemperie unas peonías con las puntas de las ramas envueltas en algodón.

—Esto está bien. Aunque están secas, estas ramas no pasan frío. Deberíamos seguir su ejemplo y no hacer como la hierba que se marchita con la escarcha —comentó riendo Juehui.

—¡Otra vez con tus comentarios! —se rio a su vez Juemin—. Las peonías resisten al invierno protegidas de esta manera. Después echan hojas y flores, pero no se libran de la podadera del abuelo.

—¿Y qué? ¡Al año siguiente vuelven a florecer! —replicó Juehui vehemente.

Salieron de la galería y bajaron los escalones de piedra que conducían a otro patio. Había rocas de diferentes tamaños y formas curiosas: altas, bajas, una parecía un viejo encorvado; otra, un león rugiente; otra, una grulla blanca. Rodearon las rocas y siguieron andando. Subieron unas escaleras, delante se extendía

un bosquecillo de bambúes en medio del que discurría un caminito tan estrecho que solo permitía el paso en fila india. Se oía un murmullo de agua: era un arroyo artificial que brotaba de la rocalla. El agua era tan cristalina que se veían los guijarros y las hojas muertas del fondo.

Un puentecillo de madera los condujo al otro lado del arroyo y continuaron andando hasta otro patio, en el que había una cabaña de paja con camelios y canelos plantados a su alrededor. Pasada la cabaña, atravesaron una pequeña puerta que había en un muro blanco y entonces distinguieron un rumor parecido al oleaje. Caminaron por una galería en forma de laberinto hasta que desembocaron en una zona con unos pinos muy altos. Allí solo se oía el murmullo del viento. Avanzaron entre los árboles. A la derecha había un claro en el que se entreveía un pequeño quiosco pintado con laca roja. Al salir del pinar estaba el lago, claro y luminoso como la luna nueva. Fueron hasta la orilla y se quedaron contemplando el pabellón del centro del lago y el puente en zigzag que conducía hasta él. Los dos hermanos estaban de pie delante de la superficie inmóvil del agua. Juehui, que no podía evitar ser el niño que todavía era, arrojaba guijarros en dirección a la otra orilla sin alcanzarla. Juemin lo probó un par de veces pero tampoco lo consiguió, pese a encontrarse en la parte más estrecha del lago.

—¡Venga! Dejemos de tirar piedras y vayamos allí a buscar un sitio para sentarnos —dijo Juemin.

Cruzaron el puente hasta la otra orilla. Frente al puente había un prado de hierba y, a continuación, unos escalones que llevaban a un jardín de magnolios atravesado por un caminito de guijo con ocho taburetes de cerámica verde. Después de subir otros escalones llegaron al pabellón, hermoso y resplandeciente, que parecía recién pintado; excepto las tejas, era completamente rojo;

del alero del tejado colgaba un tablón horizontal con una inscripción de color negro, en caligrafía de estilo *lishu*, que decía: PABELLÓN DE LAS FRAGANCIAS DEL ATARDECER.

Juemin, sentado, contemplaba la inscripción hecha por el abuelo. Juehui paseaba por la plataforma del pabellón. Sonriendo, dijo a su hermano: —Subamos a la colina de ahí atrás.

—Descansemos un poco y después ya veremos —contestó Juemin.

—De acuerdo, voy a dentro a echar un vistazo.

Sin prestar demasiada atención a las pinturas ni a los objetos decorativos de la planta baja, subió al piso superior. Arriba había alguien: Juexin estaba tendido en el diván con los ojos cerrados.

—¡Hermano mayor! ¿Qué haces durmiendo aquí? —exclamó Juehui.

Juexin abrió los ojos.

—Me escondí aquí para reposar un rato. Estoy rendido. En mi habitación no hay manera de que me dejen en paz; me reclaman continuamente: si no es una cosa, es otra. Hoy tengo que volver a pasar toda la noche en vela y si no descanso un poco no aguantaré.

—Qianer te estaba buscando, no sé qué pasaba —le dijo Juehui.

—No le habrás dicho que estaba aquí, ¿verdad? —preguntó alarmado.

—No, no la he visto, solo he oído que te llamaba.

—Bien —dijo Juexin más tranquilo—. Seguro que se trataba de algún problema con el cuarto tío. Menos mal que he desaparecido...

Su hermano se había dado cuenta de que Juexin había cambiado de estrategia.

—Hermano mayor, anoche bebiste mucho. Antes no lo hacías. No estás muy bien de salud, ¿por qué te la juegas bebiendo? No es bueno —lo amonestó Juehui.

—La vida me abruma —contestó Juexin con amargura—, beber la hace más llevadera. —Se detuvo un momento y continuó —: Ya sé que soy un cobarde. No sé cómo afrontar la vida, no tengo valor. Solo puedo hacerle frente estando un poco embriagado.

Juehui, triste, pensó: «¿Qué remedio puede tener un hombre que acepta su cobardía?». Sentía a la vez compasión y simpatía por su hermano. Quería decirle algo para consolarlo, pero temía hacerle sentir peor. Hizo un ademán de marcharse.

—Hermano tercero, ¡no te vayas! —le pidió el otro—. Quiero preguntarte algo. ¿Has visto a la prima Mei?

—¿La prima Mei? ¿Cómo sabes que está en la ciudad? —le preguntó Juehui sorprendido. No entendía nada—. Yo no la he visto, pero la prima Qin sí.

—Yo también —confesó Juexin moviendo la cabeza—. Hace unos días, en las galerías comerciales, en la puerta de La Nueva Prosperidad —dijo ensimismado.

Juehui calló. Le leía el pensamiento, sabía que estaba recordando el encuentro con la prima Mei.

—Había ido con su madre. La tía estaba dentro de la tienda, y ella, en la puerta, examinaba unas telas. Cuando la vi estuve a punto de ir a su encuentro. Ella levantó la cabeza y me vio. Hizo un leve gesto; no me atreví a acercarme y me quedé mirándola de lejos. Sus luminosos ojos me miraron un instante, sus labios se movieron y pensé que iba a decirme algo, pero no dijo nada. Entonces volvió a entrar en la tienda y ni siquiera se giró para volver a mirarme.

Unas risas infantiles interrumpieron el relato de Juexin, pero se hizo el silencio de nuevo y este continuó: —Ese encuentro me ha hecho regresar al pasado. Ya había conseguido olvidar a Mei; tu cuñada es muy buena conmigo y yo también le tengo mucho afecto; pero ahora la prima ha vuelto y con ella todos los recuerdos. Dime, ¿cómo puedo no pensar en ella? No puedo hacerlo si ella está aquí. Me gustaría saber qué siente. Quizá me guarde rencor, la hice sufrir. Sé que se casó, que enviudó y que ahora vive con su madre. —Guardó silencio y suspiró.

—Es imposible que te guarde rencor, ha pasado mucho tiempo. ¡No pienses en el pasado! Tienes que enterrarlo. Debemos afrontar el presente y el futuro. Seguramente la prima Mei ya te ha olvidado —arguyó Juehui, aunque sabía perfectamente que mentía.

—No lo entiendes —replicó Juexin—. ¿Cómo pretendes que ella no recuerde lo que pasó? Las mujeres no olvidan tan a la ligera. Si hubiera tenido un buen matrimonio tal vez me habría olvidado y yo estaría en paz, pero el destino se burló de ella, enviudó joven y ahora lleva una vida ingrata acompañando a una madre testaruda. ¿Cómo quieres que esté bien? ¿Y cómo crees que puedo olvidarla? Pienso mucho en ella y, al mismo tiempo, me siento injusto con tu cuñada: me quiere mucho y encima pienso en otra. Puedo herir a dos mujeres, no tengo perdón. ¡Qué amarga es la vida! Me gustaría no pensar en nada. Por eso bebo tanto últimamente. Lloro a escondidas. Y cuando el vino pierde su efecto embriagador, vuelve el remordimiento y me odio.

Juehui deseaba decirle: «Te lo has buscado. ¿Por qué no te rebelaste en su momento y te impusiste? ¡Tienes lo que te mereces!», pero no era momento de reproches. Le daba pena ver a su hermano tan triste y, para consolarlo, dijo: —Todo se

arreglará. La prima Mei conocerá a otro y volverá a casarse.

Juexin sonrió con amargura.

—Eso no va a ocurrir. Estás demasiado influido por la literatura y no ves la realidad. ¿Crees que puede pasar algo así en una familia como la suya? Su madre no lo aceptaría nunca, ni ella tampoco.

Juehui no sabía qué decir, era imposible entenderse con Juexin, sus ideas estaban demasiado alejadas. No podía comprender a su hermano. Todos aquellos sacrificios eran inútiles. ¿Por qué la prima Mei no podía volver a casarse? Y si el hermano mayor la amaba, ¿por qué se casó con la cuñada? ¿Por qué continuaba pensando en la prima Mei una vez casado? No se lo explicaba. Lo que ocurría en la familia era tan complicado que no lograba entenderlo. Observando el rostro atormentado de su hermano le asaltó un horrible pensamiento: los hombres como él no tenían salvación posible, eran incapaces de cambiar. Aunque llegaran nuevas ideas y el mundo estuviera cambiando, su sufrimiento no hacía más que acrecentarse. Eran como cadáveres que contemplaban su propia putrefacción. El dolor de su hermano lo atormentaba, lo veía adentrándose en aguas profundas, incapaz de salir a flote. ¡Qué triste! Las risas que se oían fuera parecían burlarse de él. «¡Dejémoslo! ¡Son cosas de mentes estrechas! Yo debo convertirme en otro tipo de persona», se dijo. Se acercó a la ventana y asomó la cabeza. Jueying, Juequn y Shuying, Shuhua, Shuzhen y Shufang jugaban al bádminton. Juemin estaba con ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó a voz en grito—. ¿No es la hora del almuerzo?

Era el turno de Shuhua, que iba contando mientras golpeaba el volante. Al oír la voz de Juehui levantó la cabeza instintivamente, intentó recuperarlo con el pie, pero no llegó a tiempo y el volante

cayó al suelo cuando acababa de cantar la tirada ciento cuarenta y cinco. Los demás, que observaban impacientes, al ver que había fallado lo celebraron con alborozo. Shuhua, enfadada, pateaba y culpaba a Juehui por haberla distraído.

—Pero ¿qué culpa tengo yo? Si no te he dicho nada —dijo Juehui riéndose. Se volvió y miró al interior del pabellón, pero Juexin ya no estaba, había bajado con los demás—. ¡Es la hora del almuerzo y todavía estáis aquí, los criados deben de estar buscándoos por todas partes! —les recordó Juehui.

—¡Aún es pronto! El abuelo ha dicho que hoy almorzaríamos tarde porque nos hemos levantado a las tantas —contestó Shuhua, mientras contaba las tiradas de Juexin.

—Hermano tercero, ¿no vienes a jugar? —le preguntó Jueying a Juehui con una expresión infantil.

Juehui iba a responder pero Shuhua se le adelantó.

—No sabe, ¡no consigue hacer diez tiradas seguidas! —dijo con socarronería tratando de vengarse por haberla hecho perder.

A Juexin se le cayó el volante y tuvo que pasárselo a Shuying. Shuying era una jugadora experta y cuando empezó todas las miradas se concentraron en sus movimientos. Contaba las tiradas en voz baja y con una mano detrás se sujetaba la trenza mientras movía el cuerpo acompasadamente. El volante la obedecía, iba arriba y abajo al lado de su pierna como atraído por una fuerza invisible. Jugaba sin apenas moverse de su sitio. Los demás también contaban mientras la observaban admirados. Deseaban que se le cayera el volante. Al final empezaron a protestar y alguien intentó distraerla.

Juehui, sentado en un taburete, asistía a la competición sin participar. No se sentía parte de la alegría general. Miraba a los otros con envidia, contrariado por no saber jugar. Al final el

volante de Shuying cayó al suelo y esta cedió su turno a Shuzhen. Shuzhen, que solo tenía doce años, movía con energía los pies calzados con zapatillas rojas de seda bordada. Aquellos pies deformes, con su encantador tamaño, llamaban la atención de todo el mundo. Los demás se fijaban en los diminutos pies, que eran el orgullo de la familia. A Juehui, en cambio, le desagradaban; para él eran como dos orificios de bala en un muro que le recordaban los gritos de dolor que le habían provocado a Shuzhen; se habían logrado con lágrimas de sangre, pero ella parecía haberlo olvidado y reía sin rastro de aflicción.

«Quizás es demasiado joven y todavía no es consciente», pensaba Juehui mientras su mirada se posaba en la cara de Juexin, que sonreía jugando con Shuying. Ella, enfurecida, intentaba pellizcar el brazo del hermano mayor. Juexin se escabulló y Shuying empezó a perseguirlo. Juexin daba vueltas al magnolio y ella corría detrás de él enfadada. Tomó una piedra del suelo para lanzársela, pero Juexin saltó los escalones y corrió hacia el puente.

—¡No te vayas, no puedo alcanzarte! ¡Vuelve! —le gritaba Shuying.

Juexin ya estaba delante del puente y desde allí la miraba gritar.

—¡Hermano mayor, vuelve, ahora te toca! —le decía Shuying. Juexin, sin embargo, no se movía.

—¡De acuerdo, pues no vengas! —dijo Shuying volviendo al pabellón.

Una vez que se hubo vuelto de espaldas, Juexin volvió en silencio. Reprimiendo las risas, atravesó el patio y llegó al pie de la grada. Shuying estaba arriba, dándole la espalda. Juexin iba a tirarle de la trenza pero Shufen la advirtió gritando: —¡Hermana segunda, tienes a alguien detrás!

Shuying se giró, pero él ya había tenido tiempo de ponerle una ramilla en la trenza. La chica se la quitó del pelo y la arrojó al suelo. Todos se echaron a reír.

Juehui, que observaba la escena en silencio, tampoco pudo evitar la risa. Aun así, seguía meditabundo. Las personas tienen una gran capacidad para el olvido. Probablemente es la forma de sobrellevar el dolor. Y quizá por ello el hermano mayor, que hacía un rato había hurgado dolorosamente en el pasado, de pronto podía reírse sin pesar.

AL anochecer el estruendo de los petardos era ensordecedor. Cada estallido hacía temblar la tierra. La calle, que solía estar tranquila a aquellas horas, parecía transitada por una manada de caballos desbocados.

En casa de los Gao la familia estaba reunida en el salón principal. Todos llevaban trajes nuevos y, de acuerdo con la tradición, los hombres formaban un grupo a la izquierda y las mujeres, a la derecha. Las lámparas iluminaban como la luz del día y la puerta principal estaba abierta de par en par. Delante del altar donde se encontraban las tablillas de los antepasados, habían colocado una mesa cuadrada, cubierta por un damasco rojo, para depositar las ofrendas. A los pies de la mesa, el fuego del carbón de un brasero ardía en vivas llamas, y cuando le echaban ramas de ciprés estas crepitaban y desprendían un penetrante olor. En el suelo se extendía una alfombra de un amarillo intenso y encima, delante del brasero, había un cojín en el que arrodillarse y hacer reverencias. En la mesa de las ofrendas, colocados ritualmente, reposaban un par de candelabros, un pebetero y muchas tacitas de vino.

Como el abuelo estaba exhausto, había delegado en Keming la dirección de la ceremonia, aunque vigilaba que todo estuviera bien dispuesto para honrar a los antepasados como merecían. Vestidos con una chaqueta corta sobre la túnica, Keming y Kean escanciaron vino de Shaoxing en las tacitas con sumo cuidado. A continuación cargaron de incienso el pebetero. Los demás observaban en silencio. Keming ordenó a Wende, el criado de la

tercera rama, que empezaran los fuegos artificiales. Este salió y gritó: «¡Encended los petardos!», y todo fue luz y alboroto. Las mujeres salieron por la puerta lateral y los hombres se dirigieron al altar. El abuelo se giró hacia el exterior y se arrodilló para honrar el cielo hasta tocar el suelo con la frente. Acto seguido, Keming y sus hermanos hicieron lo mismo. Juexin, que venía de la cocina de colocar bastoncillos de incienso ante la imagen de Zaoshen,²⁵ dirigió a sus hermanos y sobrinos.

La ceremonia continuó de cara al altar. Entraron las mujeres. El abuelo empezó a postrarse delante de los antepasados. Le siguieron la madrastra Zhou, Keming y su mujer, los demás hermanos con sus mujeres respectivas y, por último, la concubina Chen. Las reverencias de los mayores, ejecutadas con extrema precisión, duraron media hora. Después llegó el turno de los jóvenes. Juexin dirigía a los nueve hombres; como la ceremonia solo tenía lugar una vez al año, ninguno de ellos tenía demasiada experiencia. No lograban postrarse ni levantarse correctamente las tres veces preceptivas. Los movimientos de Juequn y Jueshi eran tan lentos que los demás se veían obligados a aguardar atropelladamente cuando llegaba su turno, lo que provocaba las burlas de todos y las amonestaciones de la cuarta tía Wang, que no cesaba de atosigarles. Las reverencias de los jóvenes acabaron, pues, entre carcajadas. Continuó Ruijue, que dirigía a las chicas: Shuying, Shuhua, Shuzhen y Shufen. Sus movimientos eran más lentos pero mucho más correctos. Incluso Shufen, que todavía era una niña, mostraba una gran destreza. Cuando hubieron terminado, Ruijue trajo a Haichen para que también honrara a los antepasados.

Asimismo, entraron algunos criados para postrarse en la alfombra amarilla. Después, todos los miembros de la familia,

empezando por Keming y su mujer, presentaron sus respetos al abuelo. Al terminar, este, cansado pero satisfecho, se marchó a su habitación y el salón se llenó de algarabía. Los mayores formaron un grupo, se arrodillaron en la alfombra y se felicitaron el año los unos a los otros. Los jóvenes saludaban por turno a padres y tíos. Después, a propuesta de la madrastra Zhou, formaron todos un corro para felicitarse y hacer votos propicios, mientras bromeaban. Una vez concluido el ritual, las jóvenes se dispersaron, excepto Juexin y su esposa, que se quedaron para recibir los honores de la servidumbre.

Juemin y Juehui salieron por la puerta lateral en dirección a su cuarto con el propósito de evitar las reverencias de los criados, pero fue en vano: acababan de pasar por delante de la ventana de la madrastra Zhou cuando la vieja Huangma fue la primera en ir a su encuentro, se inclinó y les dirigió sentidas palabras de bienaventuranza. La siguieron Hesao, Zhangsao y varias criadas al servicio de su rama. La última fue Mingfeng. Se había empolvado ligeramente la cara, llevaba la trenza reluciente y una camisa de lino nueva de color azul cielo. En primer lugar presentó sus respetos a Juemin y luego se dirigió a Juehui: «Tercer amo joven», dijo agachando la cabeza con una cándida sonrisa. Juehui, también sonriente, le devolvió el saludo, en aquellos momentos todo era alegría y felicidad, le parecía que el gozo que sentía era compartido por todo el mundo. Ya no se acordaba del pequeño mendigo de la noche anterior.

—¡Prended las flores!²⁶ —gritó Wende delante de los escalones del salón principal.

Un inmenso resplandor iluminó el patio. Los cohetes ascendían al cielo, brillantes como el sol, y la oscuridad se llenó de árboles de fuego que se abrían en miles de flores plateadas. Lanzaron ocho o

nueve, todos ellos regalados por la tía Zhang. El abuelo salió al porche y, sentado en una butaca, contemplaba el espectáculo y lo comentaba con sus hijos y sus nueras. Después, Jueying, Juequn y Jueshi, que habían comprado cohetes de «gotas de oro», «ratones de campo» y «libros mágicos con flecha», empezaron a hacerlos estallar. Juexin y sus tres tíos se marcharon a hacer las tradicionales visitas de Año Nuevo. En la habitación del abuelo, donde habían dispuesto una mesa de juego, se encontraban el anfitrión, la madrastra Zhou y la tercera y la cuarta tías, que ya se habían quitado el traje ceremonial y se habían puesto ropa más cómoda.

La concubina Chen, emperifollada como de costumbre, también se había desprendido de su falda rosa; sentada al lado del abuelo, lo observaba jugar. Los criados permanecían de pie alrededor de los jugadores, dispuestos a servirles té. En la habitación de Juexin había otra mesa de juego con Ruijue, Shuying, Shuhua y la quinta tía Shen. Ruijue pretendía que Juemin se sentara a jugar con ellas, pero este se excusó argumentando que tenía cosas que hacer y, una vez empezado el juego, se marchó. Se dirigió al porche. Juehui estaba en el patio preparándose para hacer estallar un «libro mágico flecha» para los más pequeños. En medio del griterío una flecha resplandeciente salió disparada hacia el cielo y una vez pasado el tejado desapareció en el infinito. Los pequeños pidieron a Juehui que lo repitiera, pero Juemin se lo impidió. Se acercó a él y le dijo al oído: —Vayamos a casa de la tía.

Se marcharon sin hacer caso de los ruegos de Jueshi. Bajo el voladizo del tejadillo del portal de la entrada, la lucecita roja de los farolillos temblaba en el aire helado. El viejo portero Li estaba sentado en la misma silla baja que había visto pasar tantas

generaciones de amos. Charlaba con los porteadores de palanquines sentados en el largo banco que tenía delante. Al ver a los dos jóvenes, todos los criados se levantaron respetuosamente y no volvieron a sentarse hasta que los jóvenes amos hubieron pasado por la puerta. Desde detrás de uno de los leones de piedra, un rostro oscuro y enjuto los miraba. A la escasa luz de los farolillos apenas se podía distinguir la cara del antiguo criado Gaoshen. Los jóvenes no se percataron de su presencia y continuaron hacia la calle.

Gaoshen había servido a la familia durante diez años; le despidieron poco después de que empezara a fumar opio, al descubrir que había robado unas pinturas del abuelo para venderlas. Estuvo un tiempo en la cárcel, pero luego lo dejaron en libertad y desde entonces vagabundeaba viviendo de limosnas. En Año Nuevo y otras fiestas señaladas acostumbraba a ir a mendigar a casa de sus antiguos amos. Como iba vestido con harapos, no le permitían entrar y se quedaba en la puerta a la espera de que algún criado informara a los señores de que estaba allí. No pedía demasiado, solo unas monedas, que siempre conseguía al ser días de alegría y generosidad. Este año, aunque ya había obtenido su limosna, permanecía allí, acariciando los leones fríos y dóciles mientras imaginaba lo que debía de estar ocurriendo dentro de la casa.

En las dos formas oscuras que salieron del interior reconoció a los señores jóvenes, en especial al tercer amo joven, que acostumbraba a ir a su cuarto a escuchar las historias que le contaba. Quiso ir a su encuentro y decirles algo, pero iba tan andrajoso que se avergonzó y desistió. Se acurrucó detrás del león y escondió la cabeza entre las rodillas para que no lo reconocieran. Esperó a que se alejaran un poco y entonces se levantó para ver

sus figuras de espaldas. Con los ojos llenos de lágrimas, casi no podía distinguirlos desde donde estaba, como un espantajo, mientras el viento gélido golpeaba su débil y enflaquecido cuerpo. Después se secó los ojos y empezó a andar. Caminaba sin fuerzas; en una mano tenía el dinero que le habían dado y con la otra se protegía el pecho.

Juemin y su hermano iban por las calles, ora tranquilas ora ruidosas, pisando el tapiz de petardos. Pasaron por delante de un par de grandes bazares iluminados con los típicos candiles en la entrada y, al final, llegaron a casa de la tía. Estaban alegres, el antiguo sirviente Gaoshen se hallaba muy lejos de sus pensamientos.

En la residencia de los Zhang reinaba el silencio. Una lámpara de aceite iluminaba apenas la solitaria entrada. No era una casa demasiado grande. La habitaban tres familias y, de las tres, dos de ellas eran de viudas. Solo había dos o tres hombres. Aunque las tres familias compartían el patio, había muy poco alboroto. La vida transcurría sin sobresaltos y ni siquiera en Año Nuevo había más jaleo que de costumbre. La familia Zhang era la más sosegada de todas; la formaban la madre y la hija y los dos criados que les servían desde hacía muchos años. Qin también tenía a la abuela, que se había retirado a un monasterio y no iba casi nunca a casa.

El criado Zhangsheng salió a recibir a los jóvenes. Al pasar por debajo de la habitación de la tía la avisaron y se encontraron en el salón. Los hermanos se precipitaron a hacer reverencias y la tía no pudo decirles que eran innecesarias, así que, sonriendo, se las devolvió. Qin llegó de su habitación y también la saludaron haciendo una reverencia con las manos juntas delante del pecho. La tía Zhang les permitió ir a charlar a la habitación de Qin, pero antes tomaron todos juntos el té recién hecho que trajo Lisao. La

tía Zhang y Qin les contaron que Keming y Juexin habían ido a visitarlas un rato antes. Los dos hermanos volvieron a invitar a la tía a pasar unos días en su casa, pero la tía Zhang quería ir al día siguiente con Qin a visitar a la abuela al monasterio para felicitarle el Año Nuevo. Les dijo que probablemente ella se quedaría allí unos días y que en tal caso dejaría que Qin fuera a su casa, cosa que los alegró mucho.

Al cabo de un rato fueron con Qin a su habitación. No sabían que allí había otra persona: una mujer joven que vestía un *mianao* de crespón azul turquesa y encima una chaqueta sin mangas de satén negro. Estaba sentada a los pies de la cama leyendo a la luz de un candil y cuando los oyó entrar cerró el libro y se levantó. Los chicos se quedaron de pie, como paralizados, mirándola sin saber qué decir.

—¿No la conocéis? —preguntó Qin a propósito.

La mujer los observaba con una gran sonrisa resignada.

—Claro que la conocemos —respondió, riendo, Juehui.

—¡Prima Mei! —exclamó Juemin.

Desde luego, reconocían aquel hermoso rostro, el cuerpo esbelto, el cabello espeso y negro como la laca, la mirada profunda, aunque unas arrugas le surcaban la frente, la trenza se había convertido en un moño y una sutil capa de polvos blancos le cubría la tez. No contaban con encontrarla allí.

—Primo segundo, primo tercero... ¿cómo estáis? Cuántos años... —dijo con gran dificultad.

—Bien, estamos bien. ¿Y tú? —preguntó Juemin sonriendo, algo cohibido.

—Yo, como siempre. Quizás un poco más triste y melancólica. —Cuando hablaba se le acentuaban los rasgos de la cara, parecía más fuerte que en el pasado—. En realidad tengo mucha

propensión a la melancolía —añadió.

—Con lo que has vivido no es de extrañar —dijo Juehui—. Pero no has cambiado demasiado.

—¿Por qué no os sentáis? ¿Qué hacemos aquí de pie? ¡Hace demasiado tiempo que no os véis como para que os estéis tratando con tanta formalidad! —bromeó Qin.

Se sentaron, Qin y Mei a los pies de la cama.

—He pensado mucho en todos vosotros... Estos años han sido como una pesadilla. Aunque ya la he dejado atrás, me siento vacía, me falta algo; hay momentos en los que pienso que todavía estoy soñando y que no sé cuánto va a durar el sueño. No quiero quejarme... aunque sé que soy una carga para mi madre.

—¿Está bien la tía? —preguntó amablemente Juemin.

—Muy bien, gracias. ¿Y la segunda tía? Hace tantos años que no la veo... —preguntó ella a su vez sonriendo.

—La madrastra está muy bien, también se acuerda de ti —terció Juehui.

—¡Le estoy tan agradecida! Lamentaría mucho no volver a verla —dijo Mei agachando la cabeza.

—No seas tan pesimista, prima Mei. Eres joven, todavía puedes ser feliz, vete a saber lo que te depara el destino. ¡No hables así! —le dijo Qin acariciándole el cabello—. Los tiempos han cambiado y quizá traerán felicidad... —y, entre risas, le susurró algo al oído.

Mei arqueó las cejas y un destello de luz le iluminó el rostro. Miró a Qin y se arregló el peinado, pero su gesto se ensombreció de nuevo y dijo: —Es verdad lo que ha dicho el primo tercero: todo lo que he pasado me ha hecho mella. Mis circunstancias no son como las tuyas, Qin. Yo ya he llegado tarde. El destino ha dispuesto mi vida y no puedo oponerme. ¿Cómo se te ocurre

pensar que aún puedo ser feliz? —Mei tomó la mano de Qin y se la acercó delicadamente hacia sí añadiendo—: Hermana Qin, ¡eres digna de admiración! Tienes coraje y arrojo, no como yo.

Qin se sintió halagada, pero la alegría se le desvaneció al instante, como la brisa que pasa y no vuelve, y sonrió con la tristeza de quien se enfrenta a un problema irresoluble.

—Prima Mei, claro que las circunstancias son las que son, pero nosotros también contribuimos a crearlas. ¿Acaso no podemos cambiarlas? Tenemos que hacer lo imposible para conseguirlo y ser felices —argumentó Juehui con vehemencia.

Juemin estaba confundido. Sentía a la vez aflicción, alegría, miedo y compasión, no solo por Mei, sino también por Qin y por sí mismo. Con todo, el aplomo que mostraba Qin lo apaciguó y lo animó a consolar a Mei.

—Has pasado unos años muy duros —le dijo— y es natural que te sientas abatida. Tu vida y la de Qin son muy parecidas, aunque tú hayas padecido un mal matrimonio. El mundo es uno y tú lo ves desde el lado malo. En cambio, la prima Qin lo mira desde el lado positivo y eso le da el convencimiento de que todo es posible.

—Deberías leer literatura moderna. Aquí en casa de Qin encontrarás mucha —aseguró Juehui, convencido de que la literatura moderna era la panacea.

Mei sonrió con dulzura. Los miraba con sus ojos profundos, sin que ellos pudieran adivinar sus pensamientos. Luego se quedó absorta en la luz del candil y suspiró; parecía querer decir algo y no encontrar las palabras. Al final, agachó la cabeza y respondió: —Muchas gracias. Es una buena idea, pero no me serviría de nada. ¿Qué utilidad pueden tener esas lecturas para alguien como yo? —Y prosiguió—: Nada volverá. ¡Qué importa que el mundo haya cambiado? Mi vida ya no puede enderezarse.

Juemin sabía que Mei tenía razón, nada volvería a ser como antes. Ella se había casado y el hermano también. Por mucho que los tiempos hubieran cambiado, ya no podían volver a estar juntos. Incluso Juehui se daba cuenta de que los libros no podían darle una respuesta. Los dos hermanos intentaban encontrar las palabras adecuadas, pero Mei continuó hablando.

—He estado hojeando algunos ejemplares de *Nueva Juventud* —dijo mirando hacia la mesa donde había un montón de números de la revista—. Hay cosas que no entiendo y otras sí. Algunos artículos me parecen interesantes porque hablan de cosas por las que yo he pasado. Pero los libros me hacen sufrir. Hablan de un mundo que no tiene nada que ver con el mío. Admiro lo que cuentan pero sé que nunca seré así. Me hacen sentir como una indigente que, en la verja del jardín de una casa rica, oye las risas del interior; o como alguien que pasa por delante de un restaurante y huele los manjares pero sabe que no puede entrar. No sabéis cuánto me hace sufrir todo eso. —Se sacó un pañuelo y se tapó la boca para toser. Después, con amargura, siguió—: Últimamente tengo mucha tos. De noche no puedo dejar de toser. Y me duele el pecho.

—Prima Mei, olvida el pasado. No te atormentes más. Debes cuidarte. Nos duele verte así —le dijo Qin con lágrimas en los ojos.

Mei sonrió con ternura y la miró, agradecida.

—Hermana Qin, ya me conoces: no olvidaré el pasado. Tú y yo tenemos una vida parecida. En casa, además de mi madre, está mi hermano pequeño, que pasa todo el tiempo estudiando. Mi madre no hace más que jugar y rezar. Paso el día sola, leyendo. No tengo a nadie con quien hablar ni a quien contarle mis penas. Hasta los pétalos al caer o la luna menguante me traen recuerdos tristes. Cuando dejé el hogar de mis suegros y volví a Yibin, en casa de mi

madre había un plátano delante de mi ventana que empezaba a brotar, las hojas fueron saliendo poco a poco y empezaron a dar sombra, parecía imposible que en otoño aquellas hojas pudieran volverse amarillas y que el viento las arrancara. Antes de venir aquí solo quedaban las ramas, es como mi vida: he pasado por debajo de la frondosidad de los árboles y ahora avanzo por una senda de hojas muertas... Anteayer estuvo lloviendo toda la noche, yo daba vueltas en la cama sin poder dormir, mientras el agua caía sobre el tejado y contra la ventana con fuerza. La luz del candil se iba apagando. Entonces me acordé de un poema: *El pasado es borroso como un sueño,*

el viento y la lluvia me lo devuelven.

»¡Es conmovedor! Vosotros tenéis un mañana, pero ¿qué mañana tengo yo? Solo me queda el ayer, que entristece, pero que a la vez acompaña. —De repente, con otro tono de voz, preguntó—: ¿Está bien el hermano mayor?

Los hermanos, que escuchaban impresionados lo que decía, se quedaron desconcertados ante aquella pregunta. Juehui respondió con sinceridad: —Está bien. Me dijo que te había visto.

Qin y Juemin miraron a Mei sorprendidos. Era la única que sabía de qué hablaba Juehui.

—Sí, nos encontramos anteayer. Lo reconocí al instante. Está un poco mayor. No le dije nada porque pensé que quizás está resentido conmigo. También temí despertarle recuerdos pasados. Además, mi madre estaba allí. Me pareció que él quería decirme algo. Esperé a que se marchara y luego lo miré de espaldas.

—No te guarda ningún rencor —dijo Juehui.

Al ver que Mei iba entristeciéndose, Qin se apresuró a decir:

—Anda, deja ya el pasado. Has venido a distraerte. Te invité expresamente para que no estuvieras triste durante estas fiestas.

Mei recobró la serenidad y dijo sonriendo:

—No os preocupéis, me siento a gusto hablando. En casa no tengo con quien charlar. El recuerdo me consuela.

Y, a continuación, con un tono sincero y afectuoso, se interesó por el hermano mayor y su esposa.

JUEMIN y Juehui salieron de casa de la tía Zhang pasadas las once. En la calle continuaba el alboroto; los farolillos de las tiendas y de los puestos de comida aún estaban encendidos. Se sintieron aliviados, como si hubieran despertado de un sueño triste. Andaban de prisa sin hablar, impacientes por llegar a casa. Al torcer en un esquina vieron al otro lado de la calle a alguien que caminaba con la cabeza gacha.

—¿No es Jianyun? —preguntó Juehui. Acto seguido, lo llamó —: ¡Jianyun!

El joven levantó la cabeza y cuando los reconoció se acercó risueño.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Adónde ibas? —le preguntó Juehui a su vez.

Jueyin esbozó una sonrisa vaga y contestó:

—Paseo. Estoy tan solo en casa que prefiero salir a la calle. Pensaba ir a vuestra casa a despedir el año pero he temido que... —y calló.

No era habitual escuchar semejantes palabras en aquellas fechas, pero los dos hermanos lo comprendían perfectamente. ¿Quién podía sentirse a gusto en la desolada casa del tío de Jianyun? Juehui, tirándole de la manga, le dijo: —¿Por qué no vienes con nosotros? Puedes quedarte en casa unos días. Pasado mañana también vendrá la prima Qin.

Al oír el nombre de Qin la cara de Jianyun se iluminó de pronto y, tras aceptar la invitación, se marchó con los dos hermanos.

En casa de los Gao las puertas estaban abiertas de par en par.

Bajo los farolillos de la entrada, los criados y los porteadores de palanquines jugaban a los dados gritando alrededor de una mesa. Yuancheng estaba de pie mascando tabaco despreocupadamente. Al verlos llegar los saludó con una sonrisa.

—Segundo amo joven, tercer amo joven, ¡habéis vuelto!

La puerta del salón estaba abierta. Bajo la luz de las lámparas los señores también jugaban armando mucho jaleo, especialmente el tío Keding y la tía Wang. El ruido de las monedas de plata y de los dados, mezclado con las carcajadas y las voces, era ensordecedor. Los dos hermanos entraron en el salón acompañados por Jianyun. El tío Keding se les acercó muy contento, dando la bienvenida a Jianyun. Este le devolvió el saludo y después fue a presentar sus respetos a los demás. Keding, entusiasmado, lo invitó a jugar y Jianyun se incorporó después de saludar a todos respetuosamente. El ruido de las monedas y los cubiletes yendo y viniendo era incesante. Juemin se retiró a su habitación. Juehui pretendía que Jianyun no jugara, pero desistió al ver que este ardía en deseos de jugar; además, no quería convencerlo delante de los demás. Se fue a su habitación pensando: «Y encima os he traído a un contrincante». Cuando pasó por debajo de la ventana de Juexin oyó el rumor de las fichas del *mahjong* y entró un momento para ver cómo jugaba el grupo de Ruijue.

En la habitación que compartían los dos hermanos, Juemin escribía inclinado sobre la mesa. Al ver entrar a Juehui, dejó el pincel y cerró el cuaderno.

—¿Tienes algún secreto que no se pueda leer? —le preguntó Juehui burlón. Tomó un libro de inglés de la mesa, se echó en la cama y empezó a leer en voz alta.

—¿También estudias el día de Año Nuevo? ¡Hoy no se trabaja!

—protestó el otro.

—¡Pues, hala, quédate solo escribiendo! —dijo Juehui molesto.

Dejó el libro sobre la mesa y se marchó. Al salir a la galería, fue como si el ruido del juego y las carcajadas le golpearan el rostro. De pie en los escalones, observaba a los demás gritando y gesticulando como si estuviera en el teatro. Se sentía solo, lejos de todo aquello, invadido por el frío y el desaliento. No tenía a nadie con quien compartir la tristeza de aquel momento. Todo se le iba haciendo más extraño. Se acordó de otras fiestas de Año Nuevo. Entonces todo era felicidad. Él y sus hermanos jugaban y hacían representaciones. Por aquel entonces jamás experimentaba la soledad que se había apoderado de él. Todo había cambiado y se encontraba solo, en la oscuridad, viendo a los otros divertirse, como si aquel mundo ya no fuera el suyo. «¿Quién ha cambiado? ¿Yo o todo esto?», se preguntaba. Sentía que la familia y él iban por caminos diferentes y recordaba las palabras de la vieja Huangma sobre las aguas turbias. Bajó los escalones y paseó por el patio intentando calmarse. Estaba delante de la ventana de Shuhua. De enfrente llegaba la luz de la habitación del tío cuarto Kean. Un patio cubierto por una glicina separaba aquellas dos alas de la casa. Se sentó a oscuras debajo de la ventana de la habitación de su hermana, mirando hacia la esquina donde unas criadas charlaban cerca de la cocina.

En la habitación de Shuhua alguien hablaba en voz baja.

—Dicen que escogerá a una de nosotras dos...

Era la voz de Waner, una sirvienta de la tercera rama, una chica de cara ovalada y elegantes facciones, un año mayor que Mingfeng. Juehui, intrigado, presintiendo que aquello lo afectaba de algún modo, contuvo el aliento y escuchó con atención.

—No hace falta decir que te elegiré a ti, eres mayor que yo —

dijo Mingfeng, burlona.

—Te estoy hablando en serio y tú te burlas, ¡no hay manera!
—replicó Waner, enojada.

—Que tengas suerte, te felicito. ¿Por qué dices que me burlo de ti? —preguntó Mingfeng.

—¡Pues vaya gracia, hacer de concubina!

—No está tan mal, mira la concubina Chen.

—Bueno, olvídalo, contigo no se puede hablar. Ya veremos a quién escoge al final. Y si resulta que eres tú, ya veremos cómo te libras —concluyó Waner.

Juehui quiso gritar, pero se reprimió y continuó escuchando, deseoso de oír la respuesta de Mingfeng. Esta, que se había dado cuenta de que todo aquello no era ninguna broma, se había quedado callada. Se oía el tictac del reloj de péndulo de la habitación.

—¿Y qué haré si me escogen a mí? —preguntó horrorizada Mingfeng al cabo de unos instantes.

—Pues ir. Qué mala suerte, la nuestra —contestó amargamente Waner.

—No puede ser, no puede ser... ¡Yo no puedo irme! Prefiero morir antes que ser la concubina de aquel viejo.

—No desesperemos. Ya buscaremos alguna solución, podemos pedir ayuda a la señora. Además, puede que sea mentira. Quizá se lo ha inventado alguien para asustarnos.

Juehui estaba inmóvil. En la cocina dos o tres criadas se reían con el cocinero. Por delante de la ventana del tío cuarto pasaban otras criadas con bandejas llenas de tazas y platos. Iban tan atareadas que ni lo vieron. Los comentarios y las risas de la cocina le parecían grotescos.

—Creo que últimamente hay alguien en tu corazón, ¿verdad?

—preguntó Waner en voz muy baja.

Mingfeng no contestó. Waner insistió con ternura.

—¿A que sí? Estás un poco rara ¿Por qué no me dices la verdad? No se lo diré a nadie. Soy como una hermana mayor. ¿Hay algo que no sepa?

Mingfeng se sentía avergonzada. Juehui escuchaba con atención, pero no oía nada.

—¿Quién es? ¡Dímelo! —insistía riendo Waner.

Juehui esperaba ansioso la respuesta de Mingfeng.

—No te lo diré —contestó sin inmutarse.

—¿Es Gaoer? —insistió Waner.

Juehui sabía que se refería a Gaozhong, el joven criado de la quinta rama. Respiró aliviado.

—¿Él? ¡Caramba! Me parece que es a ti a quien ama, y ahora vas y me lo endilgas a mí —exclamó Mingfeng muerta de risa.

—Te hablo con el corazón en la mano y mira cómo te lo tomas. Es absurdo. ¿Pretendes decirme que no has notado que a Gazhong le gustas?

—Hermana mayor, no discutamos. Hablemos en serio —le dijo Mingfeng disculpándose—. No lo sabrás, no te diré quién es. Solo yo sé quién es él.

Se sintió protegida al decir «él». No tenía miedo, incluso su tono de voz se había vuelto alegre.

Las dos chicas hablaban cada vez más bajo, sus voces eran como un murmullo, interrumpido de vez en cuando por una risa. Juehui, afuera, continuaba prestando atención, pero no oía nada. Sabía que se estaban haciendo confidencias. En la habitación de delante alguien llamó: —¡Waner!

Era Wangsao, la criada de la tercera rama. Waner no contestó y dejó que la otra siguiera llamándola; al parecer, solo tenía oídos

para la conversación con Mingfeng. Al final la llamada se oyó más cerca: Wangsao había entrado en la habitación. Waner se quejó: —Todo el día sin parar, ni en los días de fiesta podemos tener un momento de descanso —y salió de la habitación.

Mingfeng se quedó sola, silenciosa e inmóvil. Juehui se arrodilló sobre el asiento de la silla, apartó ligeramente el papel que cubría la ventana y miró hacia dentro. Mingfeng estaba sentada con los codos encima de la mesa, con la cabeza entre las manos y el dedo meñique de la mano derecha en la boca. Absorta, miraba los dibujos grabados en la bandeja de estaño del candil.

—¿Cómo será el mañana? —murmuró para sí.

Agachó la cabeza y se apoyó en la mesa.

Juehui, olvidándose de todo, golpeó ligeramente la ventana. No obtuvo respuesta. Volvió a golpear otra vez y gritó: — ¡Mingfeng! ¡Mingfeng!

Mingfeng levantó la cabeza, asustada. Miró a su alrededor y, al no ver a nadie, pensó que se había quedado dormida y que en el sueño alguien la llamaba, así que se levantó lánguidamente. La sombra de su joven cuerpo se proyectaba en la cortina. Juehui continuó golpeando la ventana mientras Mingfeng buscaba la procedencia de aquellos golpes. Se subió a una silla que había delante de la ventana y preguntó: —¿Quién está ahí?

—Soy yo —respondió Juehui en voz baja—. Abre la ventana, quiero hablar contigo.

—¿Eres tú, tercer amo joven? —preguntó asustada Mingfeng, enrollando la cortina de flores—. ¿Qué pasa?

—He escuchado vuestra conversación... —empezó a decir, pero no terminó la frase porque ella le interrumpió muy agitada.

—¿Nuestra conversación? ¿Lo has oído todo? Bromeábamos.

—¿Bromeabais? No me engañes. Y si te escoge a ti, ¿qué?

Mingfeng lo miró sin decir nada; de repente los ojos se le llenaron de lágrimas y rompió a llorar mientras decía: —¡No me iré! ¡No pienso marcharme con nadie! ¡Te lo juro!

Juehui, pasando la mano por la ventana, hizo el gesto de taparle la boca mientras decía: —Ya te creo, no hace falta que jures.

De pronto, Mingfeng le suplicó, inquieta:

—Tercer amo joven, vete, por favor, no está bien que te vean aquí.

—No me iré si no me dices de qué hablabais —insistió él.

—De acuerdo, te lo contaré si luego te vas.

Juehui miró detrás de él.

—Dicen que el viejo señor Feng busca una concubina y que ha pasado por casa porque parece que le gustan las criadas de aquí y que quiere a una de nosotras. Y parece ser también que el abuelo quiere escoger a una de entre las de la rama principal y de la tercera para regalársela. Waner ha oído a la tercera señora que lo decía y ha venido a contármelo. Cuando nos escuchabas estábamos hablando de esto. Y ahora vete, por favor. Van a verte.

Bajó la cortina, y aunque Juehui siguió golpeando en la ventana, Mingfeng no volvió a subirla.

Juehui bajó de la silla y se quedó un momento absorto en la galería. Tenía muchas cosas en la cabeza. Miró hacia la cocina; no había nadie.

En la habitación, Mingfeng aún estaba subida a la silla, en silencio. Enrolló un poco la cortina muy despacio y vio que Juehui todavía estaba allí. La desenrolló a toda prisa y se secó los ojos con las manos.

DESPUÉS de la conversación con Mingfeng, Juehui volvió a su habitación. El alboroto del juego se había desvanecido, aunque aún se oía a los jugadores hablando en voz alta. El cielo empezaba a cambiar de color: el año que se iba desaparecía en las tinieblas y el que entraba venía con la aurora. Juehui acababa de entrar en la habitación cuando apareció Jianyun, quien, sin chistar, se sentó en una silla debajo de la ventana.

—¿Has perdido? —le preguntó Juehui.

—Hemos... —dijo Jianyun.

—¿Cuánto? —insistió Juehui.

—Seis yuanes —contestó avergonzado.

—Exactamente la mitad de tu sueldo —soltó Juemin, que estaba en la mesa, escribiendo.

—Pues sí, y con ese dinero precisamente había pensado comprar una cuantas novelas inglesas.

—Entonces, ¿por qué apuestas? Yo me hubiera quedado allí para impedírtelo, pero no te habría gustado —se quejó Juehui.

Jianyun se lo quedó mirando.

—Ya sé que no tiene ningún sentido jugar, me arrepiento cada vez que lo hago. Me digo una y otra vez que no volveré a jugar, pero los demás me convencen y no puedo resistirme...

Se oía un estruendo lejano de petardos; en la casa, idas y venidas por la galería. El tío Keding llamó al criado: —¡Sufu!

—Es la hora de las plegarias —anunció Juemin cerrando su diario y guardándolo en el cajón bajo llave.

El candil, encendido toda la noche, empezaba a apagarse;

entretanto, la luz del amanecer entraba por la ventana. Juemin fue el primero en salir. Levantó la mirada hacia el cielo y un estremecimiento de frío le recorrió el cuerpo. Con los hombros encogidos, se dirigió apresuradamente al salón principal. Al pasar por delante de la ventana de la sala de la izquierda, vio encima del trinchero las tacitas de té que Yuancheng, Sufu, Zhaosheng y Ligui iban llevando al salón de seis en seis. Una vez allí, los tíos Keming y Keding las colocaban encima del altar. Los demás miembros de la familia ya estaban allí, esperando que trajeran de la cocina los pastelillos de Año Nuevo, mientras se reían y comentaban las partidas de dados y de *mahjong* al calor del brasero. Se oía la tos del abuelo, que se había ido a dormir. Llegaron Juehui y Jianyun y se quedaron en la puerta del salón. Despuntaba el día, había llegado el momento de honrar a los dioses y Juehui dejó solo a Jianyun para asistir a la ceremonia. Por culpa de una tontería que había dicho Juequn, el abuelo había colgado en las columnas de la puerta del salón una inscripción sobre papel rojo que rezaba: «Palabras inconscientes de un joven temerario. Buena fortuna». Juehui no pudo evitar una mueca de sarcasmo.

Una vez que hubieron llevado a cabo todos los ritos preceptivos empezaron a estallar los petardos. Ya era de día. Juexin y sus tres tíos se montaron en los palanquines para ir a hacer las visitas de Año Nuevo. Las mujeres de la familia, pisando los restos de los petardos, salieron alborotadas por la puerta principal para honrar al dios de la felicidad. Como aquella era la única salida en todo el año que hacían algunas de ellas, disfrutaban observando lo que pasaba en la calle. No obstante, se apresuraron a volver a casa por miedo a encontrarse con algún hombre. El ruido de los petardos cesó, así como las risas y las voces, y en la calle se hizo el silencio. Los momentos más

importantes del día ya habían pasado. En la casa, la mayoría se fueron a la cama porque la noche anterior apenas habían dormido, excepto Keming y Juexin, que tenía quehaceres. Algunos, como Juemin y sus hermanos y primos, se habían ido a dormir en cuanto se terminaron los ritos de la noche. El día de Año Nuevo había transcurrido según el programa establecido desde tiempos inmemoriales; cada año era idéntico, sin ninguna alteración. El repiqueteo de los dados y las fichas del *mahjong*, juegos en los cuales Jianyun sabía que no debía participar, se había oído de la mañana a la noche sin interrupción.

El segundo día del año, Qin y su madre fueron a casa de los Gao. La tía Zhang solo se quedó tres días, aunque permitió que Qin se quedara hasta el final de las fiestas, para gran alegría de los más jóvenes de la familia. Lo pasaban muy bien juntos. Permanecían todo el día en el jardín jugando a toda clase de juegos o charlando sin que nadie los molestara. A veces se llevaban fichas de casa y se iban al Pabellón de las Fragancias del Atardecer a jugar al león, un juego enrevesado pero muy divertido que les gustaba especialmente. El ganador se lo llevaba todo y con lo ganado mandaba a un criado a comprar bebidas y comida, que cocinaban en un fuego improvisado fuera del pabellón. Ruijue, Shuhua y Qin hacían turnos alrededor del fuego y los demás ayudaban. Cuando todo estaba listo, llevaban los manjares al pabellón y comían alegremente, mientras seguían jugando a otros juegos en los que el perdedor estaba obligado a beber.

Algún año habían invitado a Xu Qianru, una compañera de Qin que vivía muy cerca de casa de los Gao. Era una chica regordeta, de dieciocho años, alegre y nada pretenciosa, con aspecto de estudiante, que también estaba deseosa de ir a la escuela de los hermanos Jue cuando abrieran la matrícula para chicas. Su padre,

de joven, había sido miembro de la Sociedad de la Alianza²⁷ y había estudiado química en Japón, donde había creado un periódico antimanchú, y en Alemania. Ahora trabajaba para el Gobierno. Era un hombre de ideas liberales, comparado con muchos de su generación. La madre de Xu Qianru, que también había estudiado en Japón, había muerto cinco años atrás, y su padre no había vuelto a casarse. Qianru y la niñera que la había cuidado desde pequeña eran las únicas mujeres de la casa. La situación familiar de Qin y la suya eran muy parecidas, aunque sus temperamentos eran muy diferentes.

Jianyun todavía estaba en casa de los Gao. Dormía en la habitación de Jueying y se sentía feliz.

La noche del octavo día de las fiestas, después de dos o tres días de preparativos, los jóvenes convocaron a todos los habitantes de la casa a ver los fuegos artificiales en el jardín. Nadie se negó, excepto el abuelo, al que no le convenía el frío de la noche. En el lado derecho de la galería circular habían encendido bombillas eléctricas y en los lugares donde no llegaba la luz, como el bosquecillo de bambúes y el pinar, habían colgado farolillos rojos, verdes y amarillos. En la barandilla del puente de piedra también había lucecitas que se reflejaban en la superficie del lago como si fueran pequeñas lunas llenas. Todos se dirigieron al Pabellón de las Fragancias del Atardecer. De los aleros del tejado colgaban unos farolillos rojos que creaban una atmósfera mágica. Mientras esperaban sentados en el interior, delante de los ventanales abiertos de par en par, una docena de criados servían té humeante. Afuera, excepto los puntos de luz de los farolillos, todo estaba sumido en la oscuridad.

—¿Dónde están los fuegos? ¡Me habéis engañado! —dijo la madrastra Zhou a Qin y Ruijue, que estaban a su lado.

—Un momento, paciencia. Tía, ¿cómo quiere que la engañemos? —contestó Qin.

Qin miró a sus espaldas. Juexin y Juemin no estaban allí; Jianyun, Keming, Kean y Keding charlaban, y las demás mujeres no cesaban de interrogar a Qianru, que respondía con buen humor. En el jardín solo se oía el murmullo de voces procedente del interior del pabellón. De repente, en medio de la oscuridad más absoluta, se oyó un silbido agudo seguido de una llamarada roja que se dirigió hacia el cielo, estallando en multitud de hilos dorados que descendieron perdiéndose en las tinieblas.

A continuación, otro cohete que parecía un huevo de pato, de un blanco resplandeciente, también se abrió en cientos de flores plateadas que se dispersaron por el cielo. Finalmente, lanzaron unas ráfagas azules que cuando alcanzaron una gran altura se transformaron en una lluvia roja que luego se volvió verde hasta que se desvaneció. Todos se quedaron cautivados por aquella claridad tan especial. Shufen, volviéndose hacia su madre, la tía Wang, exclamó: —¡Muy bien, muy bien, muy bien!

—¡Precioso! ¿Dónde los habéis comprado? —preguntó la madrastra Zhou a Qin.

—Pregúnteselo a ella —respondió esta sonriendo mientras señalaba a Qianru.

—Le pedimos a mi padre que nos ayudara a conseguirlos —explicó Qianru.

Y, de nuevo, en medio de la oscuridad, surgió un resplandor verduzco que al estallar se convirtió en chispas multicolores, al mismo tiempo que tres o cuatro ráfagas de color blanco se abrían en flores plateadas que danzaron en el cielo, iluminando el pinar y dos barquitas amarradas a la orilla del lago.

—Están en las barcas, eso lo explica todo —dijo la cuarta tía

Wang a su marido, que la miró sonriente.

Después se hizo el silencio y todos se quedaron contemplando la oscuridad. Qianru se acercó a Qin y se pusieron a hablar en voz baja.

—¿Ya está? —preguntó Keding.

Acababa de preguntarlo cuando de la superficie del lago surgieron unos tallos blancos que se abrieron en florecillas doradas, dispersando su luz por doquier. Y, de nuevo, se hizo la oscuridad.

Una tenue vibración se apoderó del aire: del lago venía la música de una flauta que tocaba las *Tres variaciones sobre la flor del ciruelo*, acompañada de un *huqin*.²⁸ La vieja historia que relataba la flauta, dulce y melodiosa, hizo que todos olvidaran las nimiedades diarias y se abandonaran al sueño que escondían en su corazón.

—¿Quién toca la flauta? ¡Qué bien lo hace! —dijo la madrastra Zhou a Qin cuando ya se terminaba la pieza.

—La segunda hermana pequeña —contestó Waner, orgullosa de su ama.

—Y el *huqin* lo toca el primo mayor —añadió Qin.

Los aplausos resonaron en el aire, cayeron al lago y el agua los engulló. Después volvió a sonar la flauta, desgranando una melodía alegre acompañada de una voz masculina que llenó la oscuridad de la noche. Era la voz de Juemin.

Prosiguió con una canción popular. Juemin cantó las primeras estrofas y los demás lo acompañaron: hombres, mujeres, voces agudas y graves formaban un coro en el que podían distinguirse perfectamente las personas que lo formaban, desde la voz clara y femenina de Shuying hasta la voz fuerte y masculina de Juemin. La música lo llenaba todo y el pabellón parecía tambalearse. Cuando

se acabó la canción, estallaron las carcajadas, que se rompían, se convertían en un hilo y se reanudaban más fuertes. Para los que estaban en el pabellón era como si las risas se desperdigasen por el aire, chocasen entre sí y se persiguieran las unas a las otras.

En el lago aparecieron unos farolillos rojos y verdes que, ante las miradas extasiadas de los espectadores, flotaban y se esparcían por la superficie. El agua oscilaba en curiosas tonalidades cambiantes. Después empezaron a ordenarse a ambos lados de una camino imaginario. De nuevo resonaron las risas, esta vez más cercanas. Venían de una barca que se acercaba y que se detuvo al pie del puente. Juexin y sus hermanos desembarcaron. Detrás venía otra, que también fondeó al pie del puente, de la que bajaron Shuying, Shuhua y Shuzen y la criada Mingfeng, quienes llevaban farolillos. Los jóvenes subieron al pabellón, que de nuevo se alborotó.

—Madre, tío tercero, ¿os ha gustado? —preguntó Juexin.

—¡Mucho! —exclamó Keding—. Mañana por la noche os invito a ver la linterna del dragón, me encargaré de prepararlo todo.

Jueying aplaudió entusiasmado y los demás jóvenes se sumaron a los aplausos.

Los fuegos artificiales, como el arcoíris, habían embellecido por unos instantes la vida de los mayores. Una vez terminados, todo volvió a sumirse en la oscuridad.

JUEYING, JUEQUN y Jueshi pasaron el noveno día de las fiestas con los portadores de palanquines, viendo cómo fabricaban petardos mientras explicaban historias de la linterna del dragón.

Muy temprano, los dos portadores de la quinta rama habían ido al bosquecillo de bambúes a cortar un par de los más gruesos. Después, con la ayuda de los demás los deshojaron y cortaron en trozos que llenaron de pólvora mezclada con pedacitos de monedas de cobre para que se adhiriera mejor a la piel de las personas. Una vez confeccionada la docena de petardos, los dejaron en la entrada, ilusionados y orgullosos, para que todo el mundo pudiera verlos.

Por la noche, tras la veneración a los dioses, Keding salió con los criados para preparar la llegada de la linterna del dragón. Instalaron una tribuna hecha con sillas colocadas encima de mesas en el espacio que quedaba entre la puerta principal y la segunda puerta, y Keding envolvió las gratificaciones para los hombres de la linterna. Se había encargado personalmente de todos los detalles, no podía haberlo hecho mejor, incluso había enviado una nota a uno de los grupos que llevaban la linterna invitándolo a pasar por la casa por si no lo tenía previsto.

Dieron las ocho y no había novedades; las ocho y media, y tampoco. No se oían ni los gongs ni los tambores que precedían el cortejo.

—Tío quinto, ¿y la linterna del dragón? —preguntaban Juequn y Jueshi a cada momento.

—Ahora vendrá —les respondía Keding, que también estaba

inquieto.

En el salón, Shuying y Shufen le tiraban de la manga preguntándole lo mismo.

Dieron las nueve y no se advertía ningún movimiento. Estaban aburridos de esperar. Jianyun, preocupado por las lecciones que tenía que dar al día siguiente en casa de los Wang, se despidió y se marchó. Aquello inquietó aún más a Keding.

—La linterna no vendrá —le espetó Shuhua a Shuying, riéndose. Se burlaba de Keding, que salía al patio sin cesar y volvía a entrar sin ninguna noticia.

A las nueve y cuarto empezaron a oírse de lejos los gongs y los tambores. «¡Ya están aquí!», se dijo Keding, y en aquel momento entró Gaozhong. Al verle llegar se desfogó con el joven criado.

—¡Estúpido! ¡Te mando a escuchar y mira cómo te entretienes! ¡Ya me dirás dónde estabas perdiendo el tiempo!

Gaozhong se quedó parado con los brazos extendidos a los lados del cuerpo, sin decir nada, esperando a que el amo terminara de increparle, y después contestó en voz baja: —He estado mucho rato al final de la calle y, como no veía ninguna linterna, he ido hacia otras calles hasta que he encontrado una, precisamente aquella a quien ha enviado usted la nota esta mañana. Les he preguntado si pensaban venir, pero ya estaban muy cansados. Me han dicho que no vendrían ni pagando más. He vuelto corriendo para decírselo.

Keding se enfureció aún más y siguió gritándole:

—¡No sirves para nada, solo sabes comer! ¡Vuelve y haz venir esa linterna como sea! ¡Si no, te echaré a la calle!

Solo hacía tres o cuatro años que Gaozhong servía en la casa, pero ya conocía a sus amos como para saber que cuando estaban de mal humor lo mejor que podía hacer para conservar su trabajo

era aguantar el chaparrón. Así, pues, sin atreverse a replicar, asentía esperando a que terminara de regañarle y poder marcharse.

Eran casi las diez y no se sabía nada de la linterna. Jueying, Juequn, Jueshi y Shufen, desanimados, habían decidido irse a la cama. Xu Qianru también se despidió y se marchó. Keding estaba en el patio sin saber qué hacer.

Acababan de dar las diez cuando entró Gaozhong como un rayo diciendo: —El dragón... ¡La linterna del dragón ya está aquí!

La cara de Keding se iluminó cuando empezó a oír el alboroto. Gaozhong continuó: —No querían venir, pero he conseguido convencerlos.

—¡Muy bien! Hazlos entrar.

Gaozhong se sintió orgulloso al oírlo. Keding fue a buscar a sus hermanos y las cuñadas. Jueying, Juequn y Jueshi salieron dando brincos de alegría.

Un cuarto de hora más tarde, ya había un gran griterío en toda la casa. Todos excepto el abuelo estaban en la improvisada tribuna para ver la linterna del dragón, que llegó acompañada de tambores y aplausos. Entró en la casa y se paró en el espacio que había entre la puerta principal y la segunda. Cerraron la puerta principal para evitar que entrara alguien de la calle.

Los gongs y los tambores sonaban sin parar y la linterna empezó a danzar. El esqueleto del dragón estaba formado por nueve articulaciones hechas con aros de bambú trenzados. Cada articulación tenía un farolillo en el centro y todo el armazón estaba recubierto con papel pintado que simulaba las escamas del dragón. Los hombres que lo portaban lo sostenían con unas cañas de bambú. Cada hombre aguantaba una articulación y, delante del todo, había otro que llevaba una gran esfera blanca que imitaba

una perla. El dragón representaba una danza con la perla, encogía el cuerpo, estiraba la cola, se retorció, de repente giraba a toda prisa hacia uno de sus flancos y a continuación hacia el otro a la misma velocidad. Se movía como un auténtico dragón volador, incitado por la música de gongs y tambores.

Detonaron los petardos y el aire se llenó de humo. El dragón bailaba desacompasadamente, enfurecido; los petardos le caían encima y la bestia se agitaba sin cesar a derecha e izquierda, saltando, asustada. Los gongs y los tambores eran el grito del animal herido.

Gaozhong ató una traca a un extremo de una caña, la alargó hacia el dragón desde lo alto de una escalera y la prendió. Los portadores de palanquines hacían estallar los petardos que habían fabricado, que caían sobre los cuerpos desnudos de los hombres que lo llevaban. El dragón enloqueció, se retorció, iba al encuentro de las chispas doradas y se estremecía. La gente se entusiasmaba más y más viendo rodar el cuerpo del animal, los gongs y los tambores no cesaban. Los portadores y los criados se desternillaban de risa, y la familia, en la tribuna, también, aunque con carcajadas más contenidas.

Wende, Ligui y Zhaosheng iban detrás del dragón con cinco o seis petardos, y la bestia no encontraba el modo de esquivarlos. Algunas centellas quedaban adheridas a los cuerpos desnudos de los hombres, quemándoles la piel y provocándoles gritos de dolor. Entonces se detenían un instante y se sacudían el cuerpo para librarse de los fragmentos de cobre que se les habían clavado. Eso hacía reír aún más a los espectadores. Los portadores se acercaron a aquellos hombres y los obligaron a pedir clemencia, pero los hombres de la linterna, que eran fuertes y robustos, a pesar del dolor que sentían, gritaron: —¡Haced estallar vuestros

petardos!

El espectáculo continuó hasta que no pudieron soportarlo más, y el dragón, que un rato antes había empezado su danza con gran elegancia, se rompió en pedazos. Las escamas habían volado y el cuerpo no era más que una carcasa chamuscada. Los hombres que la aguantaban corrieron hacia la puerta principal, pero no tenían escapatoria porque continuaba cerrada. Gaozhong y Wende, siguiendo las indicaciones de los amos, los persiguieron haciendo estallar más petardos. Los hombres no tenían donde refugiarse. Algunos corrieron hacia la segunda puerta, pero frente a ella había muchos miembros de la casa y Keding, que también estaba allí, los recibió con más petardos, de modo que tuvieron que dispersarse. Al hombre que llevaba la perla lo alcanzó el vaho ardiente de los petardos de Keding y dio un respingo gritando de dolor. Entonces se topó con los que lanzaba Wende y se revolvió otra vez. Temblaba, estaba bañado en sudor. Keding, que ya estaba preparado para tirar más petardos, al ver que volvía, le gritó: «¿Tienes frío? Pues ¡toma fuego!». El hombre se protegió con la perla, que se quemó al instante. Entonces los portadores y los criados se acercaron a los hombres de la linterna para obligarlos a rendirse, pues se habían quedado ya sin municiones.

Abrieron la puerta principal, los hombres de la linterna se pusieron la ropa, recompusieron el esqueleto del dragón y se marcharon más muertos que vivos. El de la perla, con una pierna herida, se alejó entre lamentos. Keding, que ya les había repartido el dinero, suspiró diciendo: —Lástima que nos hayan faltado petardos, habríamos podido quemarlos un poco más. ¿Lo habéis pasado bien? Mañana volveré a invitaros.

—Ya es suficiente, no hace falta repetirlo —replicó Juehui desde detrás.

El tío lo miró con sorpresa. Los demás añadieron amablemente: —No hace falta, de verdad.

Entraron satisfechos en la casa; los criados se quedaron a desmontar la tribuna. Juehui se acercó a Qin y le preguntó: —¿Te ha parecido interesante?

—No mucho —contestó indiferente.

—Pero ¿qué opinas? —insistió el chico.

—Nada en particular.

—Cuando era pequeño me gustaba mucho, pero la verdad es que ya no —terció Juemin.

—¿De verdad que no os ha afectado? —volvió a preguntar Juehui.

Juemin no entendía qué quería decir su hermano.

—¿Cómo quieres que nos conmueva un espectáculo tan vulgar?

—¿No sentís ni una pizca de compasión?

—Me parece que exageras. ¿Qué tiene que ver todo esto con la compasión? La familia se ha divertido, los de la linterna han cobrado, y todos contentos. ¿Qué más quieres? —contestó Qin.

—Realmente haces honor a tu título de señorita que vale su peso en oro —replicó ásperamente Juehui—. ¿Cómo puede divertirse uno a costa del sufrimiento de otro? ¿Cómo es posible quemar a alguien para pasarlo bien? ¡Me da la impresión de que todavía no has abierto los ojos!

Qin no contestó. Cuando no tenía respuesta prefería callar y reflexionar. Juehui no entendía que semejantes preguntas no encontraran respuesta en el corazón de una mujer joven como ella.

LA noche de la Fiesta de los Faroles²⁹ hacía una temperatura extraordinariamente agradable, las estrellas llenaban casi todo el cielo, salvo alguna nubecilla blanca y solitaria, y la luna, redonda como un disco de jade, parecía incrustada en el intenso azul.

Los rituales nocturnos habían acabado temprano y Jueying había acompañado a Juequn a la calle para ver cómo quemaban los restos de una linterna de dragón. Ruijue y Shuhua lamentaban que Qin tuviera que marcharse al día siguiente, no querían separarse de ella. Aunque vivían cerca, tenían pocas ocasiones de pasar todo el día juntas. Una vez terminadas las fiestas de Año Nuevo, todos volverían a sus ocupaciones.

Los jóvenes se habían reunido en la habitación de Juexin para planear la última noche y acababan de decidir que la pasarían remando en el lago. Ruijue no podía ir porque Haichen la reclamaba. Así, pues, eran Juexin y sus hermanos, Shuying y las tres primas con Qin. También los acompañaba Mingfeng, que llevaba una cesta con víveres. Marchaban en fila india por la galería hacia el jardín. Shuzhen, que era muy miedosa, iba al lado de Mingfeng. Caminaban despacio mientras charlaban. Cuando estaban a punto de entrar en el jardín se oyó un susurro que parecía proceder de la rocalla y deslizarse por el tejado de la galería. Shuzhen, asustada, se agarró a Mingfeng. Shuhua preguntó intrigada: —¿Qué es eso?

El grupo se detuvo, Juehui dio unas patadas al suelo y no hubo respuesta. Saltó por encima de la barandilla de la galería, tomó unos guijarros y los lanzó contra el tejado: era un gato que

maullaba.

—Pues eso —dijo riendo. Volvió a saltar a la galería y, viendo tan asustada a Shuzhen, le dijo—: Mira que tener miedo... ¡Qué vergüenza!

—Mi madre dice que en el jardín hay demonios —se defendió la niña sin soltar la mano de Mingfeng.

—¿Demonios? ¿Dónde ves demonios? —le preguntó, burlón, Juehui—. La tía quinta te enreda y tú la crees.

Todos estallaron en carcajadas.

—Prima cuarta, ¿por qué vienes si te dan miedo los demonios? —le preguntó Juexin desde el principio de la fila.

Shuzhen se soltó de la mano de Mingfeng, miró avergonzada a los demás y contestó: —Porque me gusta estar con vosotros.

—¡Bien dicho! ¡Esta es mi querida primita! ¡Hala, deja que te proteja, a mi lado no tendrás miedo! Los demonios no se atreverán a venir —dijo Qin riendo, y le agarró la mano para caminar juntas.

—«Jian Taigong está aquí»,³⁰ ahuyenta los demonios —se burló Shuhua en medio de las carcajadas generales.

Se adentraron en el bosquecillo de bambúes apenas iluminado por las bombillas. Si levantaban la cabeza podían ver la luna resplandeciente en el cielo azul. Las hojas se movían suavemente. Se oía el borboteo del riachuelo que había más allá del bosquecillo.

Juehui, presumiendo de valiente, se había quedado detrás de todo, junto a Mingfeng. De repente miró a su alrededor y se metió entre los árboles.

—¿Qué haces? —preguntó Juemin.

Juehui, sin contestar, arrancó un tronco delgado de bambú, le quitó las hojas y, dando unos golpecitos contra el suelo con el

tronco, dijo complacido: —Ya tengo un buen bastón.

Volvió al lado de Mingfeng entre las risas de los demás. Juemin le dijo: —Creía que te habías vuelto loco, parecía que buscaras un tesoro oculto.

—¿Un tesoro oculto? Siempre pensando en tesoros ocultos. Ya veo que aún no tienes madurado del todo tu papel en *La isla del tesoro* —replicó Juehui.

Continuaron avanzando mientras charlaban y reían. Se adentraron en el pinar. Estaba sumido en las tinieblas, iluminadas apenas por la luz de la luna, que daba un poco de claridad a las agujas de los pinos. En el lugar más frondoso del bosque apenas se podía distinguir el camino y andaban casi a tientas. Juehui iba delante abriendo paso con su bastón. El murmullo del viento entre las ramas encogía el corazón. Qin tenía agarrada la mano de Shuzhen cerca de su pecho.

Poco a poco fue clareando; habían llegado a la orilla del lago. La gran mancha blanca de agua se extendía ante sus ojos, la luna se reflejaba en ella, ondulándose y sumergiéndose con los ligeros movimientos del agua. Se oía a los peces que salían a la superficie para comer. A la derecha, no muy lejos, estaba el puente arqueado y a la izquierda, el pabellón del lago y el otro puente que llevaba hasta él.

Los jóvenes admiraban el paisaje en silencio. De repente, una piedra cayó en el agua y la luna desapareció. Se formó un círculo en la superficie que poco a poco se expandió hasta desvanecerse. Juemin se volvió y miró a Juehui, que estaba detrás de él riéndose.

—¡Otra vez tú! —exclamó.

—¿Qué hacéis aquí parados? ¿A qué esperáis? ¿No está allí la barca? —preguntó Juehui señalando el pie del puente donde se encontraba la barca atada a un sauce llorón.

—Ya sabemos que está allí —contestó Shuhua.

Shuhua se colocó la trenza sobre el pecho. Mientras jugaba con ella, mirando el cielo, empezó a entonar el poema de Su Dongpo *Recordando a Su Che en la fiesta del otoño*.

—«¿Cuándo llegará la luna clara?, / pregunto a la noche con la copa en la mano.»

Y Juemin continuó:

—«¿Qué celebran esta noche / en los palacios celestiales?»

Qin y Shuying se añadieron al dúo. Juexin empezó a tocar la flauta dulce y Shuying tomó la de Juehui diciendo: —Su flauta casi no se oye, déjame la tuya.

El sonido melodioso de la flauta que tocaba Shuying dominaba el de Juexin, que, aunque se oía menos, impregnaba de melancolía la atmósfera.

Juehui caminaba por la orilla del lago hacia el puente y llamó a Mingfeng para que permaneciera a su lado. Él le hablaba y ella respondía con monosílabos, pero enseguida volvió atrás, donde estaba Shuying. Juehui no se dio cuenta de que se había quedado solo hasta que llegó al puente. A pesar de la belleza del momento, estaba inquieto sin saber por qué. Se sentía lejos de sus hermanos. Presentía que de un momento a otro la paz familiar iba a entrar en erupción, como un volcán.

La canción terminó. Shuying se dispuso a continuar, pero Juexin la detuvo: —Vuelve a tocar cuando estemos en la barca.

Al cabo de un momento todo el grupo se encontró a los pies del puente. Juexin desató la pequeña embarcación y la llevó hasta la orilla del lago. Subieron todos, él se sentó atrás y empezó a remar lentamente. La barca pasó bajo el puente arqueado y se dirigió al centro del lago. Mingfeng, sentada delante, abrió el cesto y sacó verduras encurtidas, pipas de calabaza, cacahuets y una

botella de licor de rosas con unas cuantas tacitas. Fue pasándolo todo a Shuying y Shuhua, que lo colocaron encima de una pequeña mesa redonda que había en el centro de la barca. Juemin descorchó la botella y sirvió el licor. La luna blanca iluminaba la barca y bebía con los jóvenes.

La visión del puente, con las bombillas eléctricas en la barandilla y bañado por la luz de la luna que lo cubría como una gasa, era de ensueño. La barca iba a la deriva y sus ocupantes, hipnotizados, no se dieron cuenta de que el paisaje que los rodeaba había cambiado. A un lado se alzaba un peñasco y al otro un mirador sobre el lago. Delante, el pabellón del lago.

Juehui rompió a gritar. El grito chocó contra el peñasco y volvió, ensordecedor.

—¡Vaya grito! —exclamó Juexin, que también chilló.

La barca llegó a los pies de una plataforma de pesca; el mirador había quedado oculto detrás de unos árboles.

—Primo mayor, has bebido más de la cuenta, no puedes ni moverte. Deja que la barca vaya sola —dijo Shuying a Juexin.

—Sí, aquí se está muy bien —respondió este riendo.

Soltó los remos, sirvió un poco más de licor y se puso a comer cacahuetes y pipas de calabaza. La barca avanzaba con suavidad. Cuando hubo terminado de comer se le ocurrió volver a la orilla y amarrar la barca en la plataforma de pesca.

—Voy a la orilla —anunció sin esperar la respuesta de los demás, y dirigió la barca hacia allí haciendo un esfuerzo. Amarró la barca, saltó a tierra y subió los escalones que llevaban a la plataforma. Un instante después ya se veía su cabeza asomando por la balaustrada de piedra de la plataforma y mirando a los demás reírse.

Shuying le tiró una pipa de calabaza, pero ya había

desaparecido, solo se oía su voz que se alejaba entonando una melodía de la ópera de Pekín.

—Es una lástima que esta noche falte gente —dijo Qin, nostálgica.

—¿La cuñada mayor?... —preguntó Shuhua mientras comía pipas.

Qin negó con la cabeza.

—Sé que es Meifen quien falta —afirmó Juehui.

Juemin lo interrumpió bruscamente.

—Habla más bajo. ¿No ves que el hermano mayor puede oírte?

—¿Y qué? Si ya se han visto —se defendió Juehui, no muy convencido.

—¿El hermano mayor ha visto a la prima Mei? —preguntó Shuhua intrigada.

—¡El amo joven mayor! —avisó Mingfeng desde delante de la barca.

Levantaron la cabeza y vieron que Juexin los estaba escuchando. Después bajó lentamente los escalones de piedra y volvió a sentarse en la parte de atrás de la barca.

—¿Por qué os habéis callado al verme? —preguntó con un deje de amargura en la voz.

—No recuerdo de qué hablábamos, pero no tenía nada que ver contigo —respondió Juemin.

—He oído perfectamente que hablabais de la prima Mei —dijo con una sonrisa triste.

Agarró los remos y dirigió la barca hacia el centro del lago.

—Pues sí. Qin cree que hubiera estado bien que la prima Mei estuviese aquí —admitió Juehui al fin.

—La prima Mei no vendrá nunca más... —dijo Juexin

suspirando.

Juexin se había quedado mirando al cielo. Alguien, para divertirse, había llevado la barca hasta el margen de piedra del lago y se estaban salpicando. Juexin la detuvo.

En el cielo aparecieron nubes grises y la luna fue a su encuentro. Todos observaban a Juexin.

—No solo falta la prima Mei, las primas Hui y Yun tampoco están. Cuando ellas solían venir la hermana mayor aún vivía, lo pasábamos muy bien. Después la hermana mayor murió, y ellas ya hace tres años que se fueron de la ciudad. ¡Cómo pasa el tiempo! —dijo Shuying entristecida.

—No te preocupes. La madrastra dice que las primas volverán en un par de años —afirmó Shuhua.

—¿De verdad? ¿No me engañas? —le preguntó Shuying. Y mirando a Qin dijo—: Prima Qin, mañana ya te vas. Nosotros volveremos aquí a remar pero no será lo mismo. Tenemos que separarnos. Es verdad aquello que dicen de que «no hay ningún banquete en el que los comensales no acaben despidiéndose».

—Si tienes que separarte, hazlo cuanto antes. Si no, cada vez será más triste y, además, no evitarás la separación —dijo Juehui.

—Sí, también dicen que «cuando el árbol cae, los monos se dispersan», pero el árbol aún no ha caído —añadió Juexin.

—Pero un día caerá y cada uno seguirá su camino —replicó Juehui, que parecía querer manifestar el resentimiento acumulado.

—Prima Qin, yo no quiero separarme, me quedaré muy sola —dijo con voz suplicante Shuzhen, que estaba sentada entre esta y Shuying.

Los ojos de Juehui se fijaron en los diminutos pies de Shuzhen, calzados con zapatillas forradas de seda roja. Le parecía estar

oyendo aún sus gritos de dolor. Todos comprendían la tristeza de la chiquilla en aquel momento. Y también sentían congoja por ellos mismos, por el futuro incierto que les aguardaba.

De repente el agua se oscureció y todo adquirió un tono parduzco: la luna se había escondido detrás de las nubes. Reinaba la calma, tan solo rompía el silencio el sonido acompasado de los remos en el agua.

—Rema más despacio —le suplicó Juexin a Mingfeng.

Shuzhen se acercó a Qin y esta la abrazó. La luna salió de detrás de las nubes y otra vez volvió la claridad. El pabellón del lago y el puente de piedra aparecieron reflejados de nuevo en el agua como si estuvieran pintados en la superficie. A la izquierda, en el bosquecillo de ciruelos, las ramas perfumadas se erguían orgullosas bajo la fría luz de la luna y proyectaban su sombra en el agua. A la derecha había una ladera con unos cuantos sauces llorones y un pequeño dique que cerraba el paso del agua del lago formando un estanque.

—No te preocupes y disfruta el claro de luna, ¡mira qué bonito es todo! —le dijo Qin a Shuzhen, acariciándole la espalda.

Shuzhen miró a los demás y luego a Qin y, no muy convencida, dijo: —Prima Qin, ¿por qué tienes que irte? ¿No estamos bien juntos todo el día?

—Tontaina, todos tenemos cosas que hacer, ¿cómo quieres que estemos juntos todo el día?

—El día de mañana tendremos que separarnos y tú también crecerás, te casarás y te irás con tu marido. Estarás siempre con él y te olvidarás de nosotros —le dijo Juexin cariñosamente.

—¿Es necesario casarse y abandonar a los que quieres cuando te haces mujer?

Shuzhen había formulado la misma pregunta a su madre

muchas veces sin entender la respuesta que le daba, pero de pronto, al oír hablar de un marido, se ruborizó sin explicarse el porqué.

—No me casaré, ya lo he decidido —continuó.

—¿Y te convertirás en una vieja hermana pequeña en casa? —le preguntó Juemin, sentado delante de ella.

Y Juehui añadió burlándose:

—Pues si has decidido no casarte, ¿por qué dejas que la quinta tía te vende los pies?

Shuzhen no supo qué responder. Calló y agachó la cabeza, palpándose con suavidad los doloridos pies. Recordó que su madre le había explicado que cuando la tía mayor llegó a casa, recién casada, los demás se reían de sus pies grandes y que algunos incluso corrieron a su habitación a levantarle la falda para mirárselos. Supo también por boca de su madre que tener los pies grandes era una desgracia. Aprendió que los pies pequeños traían la felicidad, y sufrió horrores, le costó muchas lágrimas y pasó interminables noches en vela para convertir sus pies en aquellas cosas informes. Pero ¿cuál era el fruto de todo aquello? La madre los enseñaba orgullosa a la gente, pero eran objeto de mofa por parte de los jóvenes de su edad. Los elogios que la madre pronosticaba no llegaban y, en cambio, le llovían las burlas y la compasión. Acababa de cumplir trece años y se había convertido en una víctima. Los pies vendados siempre le dolían, no podía ser como las demás y la hacían más apocada aún. La única ventaja sería el matrimonio. Se acariciaba los pies llenos de cicatrices y no entendía cómo podía llegar a decir que no se quería casar. Pero el futuro era impreciso e incierto. En aquel momento, en la barca, había cuatro pares de pies normales. ¿Cómo podía colmar su deseo de venganza? Se acercó a Qin y se puso a llorar

quedamente. Nadie entendía lo que le pasaba, todos creían que lloraba porque no quería separarse de ellos y la consolaban como podían. Con todo, Shuzhen lloraba desconsolada. Juemin, para distraerla, le dijo bromeando: —Has dejado empapado el vestido de la prima Qin.

Pero ni siquiera eso la hizo reaccionar. Shuying tomó la flauta y tocó *Otoño triste*. El sonido del instrumento era como un lamento. De repente, de detrás llegó un profundo suspiro. Todos se volvieron para mirar a Juexin, que observaba el cielo abrazándose las rodillas. La barca se deslizaba suavemente; delante, el pabellón del lago aparecía inmenso y misterioso, como si ocultara valiosos tesoros.

—¿Por qué hemos pasado tantas veces por aquí? —se quejó Juehui.

Nadie contestó. Juexin dirigió la barca hacia la derecha para pasar por debajo del puente. Casi lo rozaban con la cabeza. Se agacharon y la barca se tambaleó. Cuando recobraron el equilibrio la claridad les iluminó el rostro.

El agua estaba completamente plana y era de un blanco resplandeciente. A la luz de la luna el mundo era dulce y maravilloso.

—¡Mirad, el lago parece de satén! —exclamó Juemin fascinado.

—Es una noche preciosa, lástima que haga un poco de frío —respondió Qin.

—Nunca estamos satisfechos: cuando tenemos una cosa, queremos otra. Pronto habrá niebla —dijo Juexin; a continuación, se dirigió a la criada—: Mingfeng, rema más rápido, se hace tarde.

El paisaje iba cambiando. El lago se estrechó y ya no se veían los árboles ni el pabellón. A ambos lados de la barca había

formaciones de rocalla; en lo alto de la de la derecha había un pequeño quiosco para contemplar la panorámica del lago. Juexin y Mingfeng remaban con fuerza. En aquel tramo del lago había más corriente y la barca avanzaba a mayor velocidad. El cielo parecía más lejano, y la luna, más pequeña. Encima del agua se iba formando una espesa neblina. Se terminaron el licor y se ovillaron los unos junto a los otros para combatir el frío. Les llegaba el sonido lejano de los gongs y los tambores que parecía venir de otro mundo.

—Prima cuarta, ¿has decidido algo sobre el próximo curso? He oído que mañana viene vuestro profesor —le preguntó amablemente Qin a Shuzhen.

Los días anteriores, Qin había animado a Shuhua y Shuzhen a estudiar, y ellas, tras insistir un poco, habían obtenido el consentimiento de sus madres. Al día siguiente vendría el señor Long y ellas podrían estudiar con Jueying.

—Ya está arreglado, todo listo —respondió Shuzhen sin vacilar.

—Pues no ha sido tan difícil conseguirlo —dijo Qin satisfecha.

—No es extraño —interrumpió Juehui—. No le costará nada de dinero. Además, si las hijas de los demás estudian, ¿cómo va a poder presumir si la suya no sabe ni escribir? El tío quinto jamás se ha ocupado de estas cosas y al abuelo le da igual que se estudie dentro de casa, mientras no tenga que avergonzarse delante de los demás. Además, solo aprenderán de los libros antiguos.

Sintió un hastío indefinible al pronunciar la última frase.

La barca seguía avanzando en medio de la niebla. Las barandillas iluminadas del puente arqueado emergían como cubiertas de tul. Ya habían dado toda la vuelta al lago. Contemplaban el paisaje con tristeza. Al cabo de un momento ya estarían a los pies del Pabellón de las Fragancias del Atardecer.

Juexin preguntó si querían continuar un poco más.

—Es tarde y tenemos que ir a tomar el *tangyuan*³¹ —les recordó Juehui.

Nadie dijo nada y Juexin amarró la barca a la orilla, cerca de un sauce. Cuando hubieron bajado todos, la ató al tronco del árbol y subieron hacia el puente. Por el camino, Juemin no dejaba de expresar su satisfacción por el paseo que habían dado.

—Jamás había pasado una noche como esta.

Apesadumbrados, Juexin y Qin pensaban que hubiera sido mejor compartirla con Mei.

Cuando llegaban del jardín, Jueying y Juequn fueron a su encuentro, dando voces: —Hermano mayor, ¿has visto la edición especial? ¡Están combatiendo!

—¿Qué edición especial? ¿Quiénes están combatiendo?

—Léelo tú mismo —le dijo Jueying tendiéndole el *Diario de los Ciudadanos*.

—«Las tropas que el Gobierno ha enviado contra el general Zhang ya han abierto fuego» —leyó en voz alta, impresionado.

—¿**ALGUNA** novedad? —preguntó, preocupada, Ruijue cuando Juexin llegó a casa.

—El panorama no es muy alentador —respondió Juexin sacudiendo la cabeza—, el ejército provisional ha sufrido una gran derrota, dicen que las tropas del general Zhang ya están en la puerta del norte —y se sentó en una silla delante de la ventana.

—Combatirán en las calles.

—¡Quién sabe! Habrá que ver si el Gobierno quiere defender la ciudad —contestó Juexin, y para tranquilizarla añadió—: Pero encontrarán una solución pacífica.

Taciturna, Ruijue se retiró a su habitación. Se sentó en la cama y se quedó mirando a Haichen, que dormía con una sonrisa plácida en los labios. Haichen, su pequeño tesoro; no podría soportar que alguien se lo arrebatara. No se oía ningún ruido fuera, el tictac acompasado del reloj le martilleaba el alma. Al cabo de un momento oyó los pasos enérgicos de alguien que se acercaba. Ruijue se levantó alarmada. Juemin hablaba con Juexin delante del escritorio.

—Hermano segundo, ¿has oído algo? —le preguntó ella impaciente desde la puerta.

—Acabo de ver soldados heridos entrando en la ciudad, uno tras otro, ya no sé cuántos —decía Juemin, impresionado—. Era horroroso, iban en camillas, desangrándose, algunos con las manos destrozadas, otros con las piernas mutiladas... Gemían sin cesar. Había un hombre con la carne saliéndole por una sien, apenas se le veía la cara. Lo he visto perfectamente. ¡Era

terrible!... —Calló un momento y luego siguió—: Parece que el campo de batalla está en las afueras, pero si vuelven a ser derrotados no se podrá evitar la lucha en la ciudad.

—¿Corremos algún peligro aquí? —preguntó Ruijue, nerviosa.

—Seguramente no, ojalá no vayan quemándolo todo a medida que se retiren, como han hecho otras veces —añadió Juemin.

—¡Quién hubiera imaginado, con la tranquilidad que hemos vivido estos últimos dos o tres años, que ahora pasaría esto! ¡Nunca viviremos en paz! ¿Qué sentido tiene este tipo de vida? —exclamó Juexin levantándose y saliendo de la habitación.

Juemin y Ruijue se quedaron dentro y al cabo de poco llegaron Juehui y Shuhua.

—Tendremos espectáculo de acrobacia otra vez. —La voz de Juehui rompió el silencio.

—Hermano tercero, ¿no tienes miedo? Te veo muy contento —le dijo Juemin con aspereza.

—¿Miedo de qué? Está todo demasiado tranquilo, prefiero que haya un poco de jaleo, dejemos que jueguen a las guerras. Eso sí, seguramente mañana mismo suspenderán las clases —dijo Juehui, que no se lo tomaba en serio.

—¡Eres tan temerario! —dijo Ruijue mirándole, perpleja.

—Ya hemos visto el mismo juego otras veces, los cobardes haciéndose los valientes. Han hecho la guerra muchas veces y yo sigo aquí. ¿Qué hemos de temer?

Los argumentos de Juehui no aplacaron la inquietud de los demás. En aquel momento entró Mingfeng, avisando para la cena.

—Yo no tengo hambre —dijo Ruijue.

—Yo tampoco quiero cenar —añadió Shuhua.

—¡No tenéis remedio! ¡Mira que sois miedicas! ¡Oís las noticias y ya no podéis ni cenar! —dijo Juehui mofándose, y se

marchó.

La cena terminó cuando aún no habían dado las seis. Juexin, Juemin y Juehui fueron a la habitación de la madrastra a charlar un rato con ella y luego decidieron salir a la calle por si había novedades. La entrada estaba a oscuras y la puerta principal cerrada a cal y canto. El viejo portero Li les avisó de que no dejaban circular por las calles y los hermanos decidieron no salir. Encontraron al tío Keding en la segunda puerta.

—Preparémonos para oír tiros esta noche. ¡Debemos estar alerta! —advirtió.

La casa estaba más silenciosa que de costumbre, todos hablaban en voz baja y andaban sigilosamente. Cualquier ruido los sobresaltaba. En la cocina apagaron los fogones muy temprano y nadie pensó en el tentempié de medianoche. Las mujeres empaquetaron las cosas de primera necesidad, escondieron algunas en el sótano y dejaron otras al lado de la cama. En las habitaciones se miraban los unos a los otros, fatigados y nerviosos, dispuestos a soportar una noche difícil. Keding iba por las diferentes estancias transmitiendo las órdenes del abuelo: debían estar atentos y dormir vestidos por si había que huir en plena noche.

Las precauciones contribuían a acrecentar la sensación de pánico. Juehui empezó a darse cuenta de la gravedad de la situación. «¿Huir, huir... adónde?», se preguntaba. Aquello no era broma. Se acordó de lo que había presenciado tres años antes y que aún no había podido olvidar: una bala perdida había rebotado en el suelo y había dado en el cuerpo de un sirviente, que murió rodeado por un charco de sangre entre convulsiones y gritos de dolor. Era una persona de carne y hueso, como él. Recordaba la escena con terror. La luz del candil le lastimaba la vista.

—¡Qué luz! —exclamó irritado. Deseaba que se apagara de una vez y lo sumiera en la oscuridad.

Hacia las diez se oyó una detonación seca.

—Ya han empezado —dijo Juemin, lívido, desde el escritorio.

Siguieron tres o cuatro detonaciones más.

—No debe de ser muy importante. Probablemente son los soldados que defienden la ciudad y lo hacen para amedrentar a los atacantes —opinó Juehui, más tranquilo que su hermano.

No había terminado la frase cuando se reanudaron los tiros, esta vez con más intensidad. Caían como una lluvia sobre la ciudad. De vez en cuando alguno daba en el tejado de la casa y cuarteaba las tejas. En la habitación de al lado, Haichen empezó a llorar; en el exterior se oían gritos.

—¡Ya no hay nada que hacer! —gritó Ruijue.

Haichen dejó de llorar. Se oía al abuelo toser en su habitación.

Se produjo un estruendo que hizo temblar toda la casa.

—Cañones, son cañonazos... —dijo Ruijue con voz temblorosa.

Al tercer cañonazo se oyó un gran estrépito en la parte posterior de la casa, como si algo se hubiera derrumbado.

—¡Nos matarán! Voy a ver qué ha pasado detrás. ¿Cómo deben de estar los tres tíos? —dijo Juexin.

—¡No salgas! ¡Es peligroso! —le imploró Ruijue a punto de llorar.

—Si estalla un proyectil aquí moriremos los tres —dijo Juexin suspirando.

—Da igual: salir es morir, y quedarse, también. Mejor morir los tres juntos —dijo desesperada.

Haichen empezó a llorar de nuevo. Los cañonazos retumbaban sin cesar.

—Pues si hemos de morir, cuanto antes mejor —dijo Juexin

trágicamente.

En la habitación vecina, Juehui se tapaba los oídos con fuerza para no oír nada. De repente se fue la electricidad y toda la casa se quedó a oscuras.

—¡La luz! —gritaron todos, menos Juemin y Juehui, que estaban juntos en la habitación que compartían, el menor echado en la cama y el otro sentado delante del escritorio.

Los cañones enmudecieron, pero los fusiles no. Se oían gritos en la lejanía, que no se podía saber si eran de víctimas, de pánico o de dolor, pero que suscitaban imágenes terroríficas: bayonetas resplandecientes clavadas en cuerpos que se desangraban, hombres antaño llenos de vida convertidos en cadáveres con el cráneo destrozado y mutilados, atacantes que como fieras ávidas de sangre buscaban víctimas con frenesí... En la casa de los Gao reinaba el miedo y la espera, pero en la ciudad, en las cunetas de los caminos, en las laderas de las montañas, había hombres que luchaban y morían. Estos pensamientos atormentaban a los dos hermanos.

—¡Qué tiempos tan horribles! —se lamentaba amargamente Juexin en la habitación de al lado.

—¿Qué hacemos? ¡Deberíamos pensar algo! —insistía Ruijue, desesperada.

—Jue, duerme un poco, estás agotada —le respondió Juexin.

—¿Cómo quieres que duerma ahora? En cualquier momento puede caer una bomba —lloriqueaba.

—Jue, no llores. No podemos hacer nada, si hemos de morir moriremos, es el destino. Duerme y luego te sentirás mejor —le decía Juexin tratando de calmarla.

En su habitación, Juemin encendió una cerilla para alumbrarse.

—¿Qué tal? ¡Estás muy pálido! —le dijo a Juehui.

—Y tú también...

Los dos chicos se miraban sin saber qué decirse. Las balas caían sobre el tejado. Haichen volvía a llorar.

—Es mejor que durmamos —dijo Juehui desabrochándose los botones.

—Sí, pero no te desvistas.

Pero Juehui ya se había desnudado, se había metido en la cama y se tapaba la cabeza para amortiguar el ruido de los tiros.

El día siguiente fue soleado. La casa de los Gao había salido bastante indemne, solo había algunas tejas y restos de proyectiles desperdigados por el suelo. En el tejado había saltado un pedazo del caballete del alero derecho. Juemin y su hermano fueron muy temprano a la habitación de la madrastra, donde también se encontraban la tía Wang y Shuying, aún sin arreglar y con cara de cansancio. En el suelo había colchas extendidas y en el centro de la habitación una mesa cuadrada. Según explicaron, la madrastra y Shuhua habían dormido debajo de la mesa con un lienzo de tela muy tensado por los cuatro lados para esquivar las balas. La tercera tía y Shuying también se habían ido a refugiar allí porque un proyectil había derrumbado un trozo del muro de las habitaciones de atrás. Jueren también había dormido allí y acababa de salir a pasear por el jardín con la niñera Yuan.

—Hacia las tres de la madrugada nos ha parecido que un proyectil iba a entrar en vuestra habitación. La niñera Hesao se ha llevado a Haier al salón principal. Yo temía que vuestra habitación estuviera destrozada, os llamaba y no me respondíais, todo temblaba y nadie se atrevía a ir a ver qué os había pasado. Al final Mingfeng se ha decidido a salir. Como vuestra habitación estaba cerrada y no se veía ningún desperfecto, hemos supuesto que no os había pasado nada. Pero la próxima noche no podéis volver a

dormir así, de ningún modo. Debéis tomar precauciones —les advirtió cariñosamente la madrastra Zhou.

—Yo tengo el sueño muy ligero y en cambio ayer dormí profundamente —dijo Juemin riendo.

Juexin y Keming llegaron de la calle.

—¿Hay jaleo? —les preguntó con calma la madrastra, al ver que ellos también parecían sosegados.

—No hay problemas —contestó Keming con su pausado tono habitual—. Se puede circular perfectamente, no se ve ni un soldado. La calle está tranquila. Dicen que anoche las fuerzas rebeldes ocuparon el arsenal y que el Gobierno de la ciudad ha pedido al cónsul inglés que ejerza de intermediario, y que el gobernador se ha visto obligado a dimitir. Parece que ya no habrá más enfrentamientos. —Y dirigiéndose a su mujer dijo—: Vete a dormir, estás agotada, se te ve en la cara... —Y a la madrastra Zhou—: Las cuñadas también deberían descansar un poco, ha sido una noche muy dura.

Charlaron un rato más y luego Keming acompañó a su mujer a la habitación y Juexin y sus hermanos se quedaron con la madrastra.

El día transcurrió en calma, todos pensaban que no ocurriría nada más, pero al ponerse el sol la situación cambió. Estaban todos en el patio, menos el abuelo, cuando llegó Yuancheng diciendo: —Señora, amo tercero, ha venido la señora tía.

La tía Zhang, seguida de Qin y otra mujer entraron por la puerta lateral vestidas de andar por casa, sin maquillar, con cara de espanto. En el preciso instante en que los Gao de la casa se levantaban para saludarlas se oyó un gran estruendo y, a continuación, unos disparos que hicieron correr a todos a refugiarse dentro de la casa. Los disparos venían del noroeste de

la ciudad. No se podían comparar con los de la noche anterior, eran más seguidos y cercanos, como si se tratara de docenas de piezas de artillería haciendo fuego al mismo tiempo. Vibraban las ventanas, las paredes e incluso el suelo. Todos los miembros de la familia estaban en el salón principal, en silencio, lívidos, mirándose los unos a los otros. Presa de un pánico irrefrenable, sentían que su vida estaba en manos del destino. Esperaban, mudos, sin quejarse ni luchar. El hecho de que Juexin y Mei se encontraran cara a cara en aquel momento no tenía ninguna importancia, ni para ellos ni para los demás. El miedo que les atenazaba anulaba cualquier otro sentimiento. La atmósfera iba volviéndose densa. Otro estruendo descomunal hizo tambalear toda la casa.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó la madrastra levantándose para salir del salón.

En la puerta chocó con Mingfeng, que entraba completamente aturdida.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Mingfeng, blanca como el papel, estaba aterrorizada. Detrás de ella estaban el abuelo y la concubina Chen. Todos se levantaron.

—¿Qué? —preguntó el abuelo.

—Estaba en la habitación de la tercera señorita y ha caído un proyectil... Ha hecho un agujero en el techo, los cristales de la ventana se han roto... Todo era humo y he venido corriendo.

Mingfeng apenas podía hablar.

—Esto no puede continuar así. No podemos estar juntos: si cae una bomba aquí, toda la familia desaparecerá. Hemos de encontrar una solución —dijo el abuelo en medio de un ataque de tos.

—Yo creo que la única solución es separarnos y que cada rama vaya a casa de sus padres, a lugares más seguros. El abuelo puede ir a casa de la familia Tang, que es muy segura —propuso Keming.

—Mejor que no vaya por la puerta del este, tal vez sean más seguras la del sur y la del norte —aconsejó la tía Zhang.

La casa de la tía Zhang, situada en el barrio del este, había sido ocupada. Ella y Qin estaban con Mei en ese momento y habían corrido a refugiarse a casa de los Gao.

Acababa de hablar la tía Zhang cuando se oyó una explosión en las casas vecinas y todos se abalanzaron hacia la entrada. Los criados les advirtieron que la calle estaba llena de soldados y la circulación había sido interrumpida de nuevo. Ya que no había modo de escapar de los bombardeos, Juexin propuso refugiarse en el jardín.

Se adentraban en otro mundo. A pesar del fragor de la batalla, la magia del jardín a la hora del crepúsculo los envolvía y todos se iban dejando seducir por cada flor, cada árbol y cada roca que encontraban a su paso. Llegaron a la orilla del lago. El agua, que las nubes teñían de rosa, estaba cubierta por una ligera neblina. Se dirigieron al pabellón del bosquecillo de pinos. Las hojas de los bambúes que lo rodeaban ocultaban el tejadillo gris de la construcción. A medida que iban acercándose les llegaba el penetrante perfume de las flores de los magnolios que había delante de la entrada. Keming abrió la puerta y dejó pasar primero al abuelo, que fue fatigosamente a echarse en el diván. Sufu encendió las luces. El resto de la familia se repartió entre las sillas y los taburetes de la estancia central, mientras los criados preparaban dormitorios para los hombres y para las mujeres en las dos estancias laterales. En el exterior parecía que las detonaciones disminuían. Abrieron de par en par las ventanas que

daban al lago, iluminado por la claridad metálica de la luna. Delante de ellos se recortaba el Pabellón de las Fragancias del Atardecer, solitario y plateado. Los montículos, las rocallas, los melocotoneros, los sauces llorones, todo adquiría un aura misteriosa a la luz de la luna.

Mei no cesaba de pensar en su madre y su hermano pequeño, que se habían quedado en casa, en el barrio ocupado, pero la belleza del paisaje que se abría ante sus ojos la fascinaba. Señalando los sauces de la orilla del lago le dijo a Qin, que estaba sentada a su lado: —Estuve ahí hace cinco años, llevo estos sauces en el corazón, hoy... Era en primavera.

Qin cambió de tema y le dijo risueña:

—Anteanoche vinimos a remar y todos estuvimos de acuerdo en que hubiera sido maravilloso que hubieses venido tú también. Y mira, ahora estás aquí...

Con los ojos llenos de lágrimas, Mei tomó una mano de Qin diciendo: —Lo que dices es muy bonito, pero no tendría sentido que yo hubiera venido. El paisaje que nos rodea es el mismo, los árboles, el lago... ¿Cómo quieres que no me traigan recuerdos dolorosos? De mi corazón solo quedan cenizas y aun así me cuesta olvidar el pasado.

Qin miró a su alrededor y luego le dijo a Mei al oído:

—Mei, ¿cómo puedes decir esto? ¿No te da miedo que te oigan los demás? De acuerdo, es difícil olvidar el pasado, pero no hace falta ir a buscarlo a cada momento.

Acababa de decírselo cuando oyeron a sus espaldas los pasos de Ruijue, que venía con Haichen.

—¿Qué secretos os estáis contando? —preguntó sonriendo.

Mei se ruborizó ligeramente.

—Cuñada mayor, has venido en el momento justo, estábamos

criticándote —respondió Qin, bromeando.

—Prima mayor, no la creas —dijo Mei.

—¿Cómo quieres que la crea? Es inteligente, lee mucho, irá a la escuela, es bonita, valiente...

—¿Algo más? —preguntó Qin.

—¡Mucho más! —zanjó Ruijue sin dejar de reír y, dirigiéndose a Mei, dijo—: Prima Mei, hacía mucho tiempo que deseaba conocerte, oigo hablar de ti a menudo. Sé que te casaste y que ahora has vuelto. Lamentaba no haber tenido ocasión de coincidir contigo. ¡Qué casualidad que estés ahora aquí! Siento como si ya nos conociéramos.

—Aún no había tenido esa suerte —dijo Mei con una sonrisa—; eres más bonita que en las fotos que había visto. —Y sobreponiéndose, agarró la manita de Haichen y preguntó—: ¿Este es Haier?

Ruijue asintió con ternura y, dirigiéndose a su hijo, le dijo:

—Haier, saluda a la prima.

Haichen la miró con sus ojillos oscuros y le dijo un par de palabras ininteligibles. Mei se le acercó y lo acarició.

—Se parece mucho al primo mayor, sobre todo en la mirada. ¿Cuántos años tienes?

—Todavía no ha cumplido los cuatro —respondió la madre por él.

Mei lo besó y se lo devolvió a su madre.

—Es muy vivaracho. Eres muy afortunada de tener una criatura así —dijo con voz melancólica.

Qin cambió de tema y las tres mujeres empezaron a charlar animadamente. Ruijue se sentía muy a gusto con Mei.

Aquella noche todos se acostaron muy temprano. Keming y Juexin se quedaron fuera para vigilar, y Juemin y Juehui, que se

sentían incómodos durmiendo con el abuelo, también acabaron durmiendo al raso.

NADIE descansó en el pabellón. De madrugada el abuelo había empezado a toser y los había desvelado a todos. Qin y Shuying se arreglaron y salieron muy temprano a pasear con Mei. El jardín no había sufrido grandes destrozos, tan solo encontraron un par de pinos derribados.

En las calles había soldados y no se podía circular sin su autorización. Los cocineros de la familia Gao fueron al mercado, pero como las puertas de la ciudad llevaban dos días cerradas y los campesinos no habían podido traer sus productos, no había nada que comprar. A pesar de sus recursos para cocinar con lo poco que quedaba en la casa, la sensación de que la comida escaseaba era innegable.

El almuerzo se sirvió en el salón central del pabellón, donde se dispusieron dos mesas redondas, una para los mayores y otra para los jóvenes. Aunque en los últimos dos días no habían comido demasiado, nadie tenía hambre; probaban un poco de cada plato sin terminarlo. Juemin y Juehui, en cambio, no paraban de comer.

Juexin y Mei estaban sentados cara a cara. Cuando sus miradas se cruzaban, ella agachaba la cabeza y sentía que el corazón le latía con fuerza, sin saber si de alegría o de tristeza. Afortunadamente, los demás no advertían su turbación, solo estaban pendientes de ver cómo engullían Juemin y Juehui.

—¡Caramba! Hay poca comida pero vosotros no paráis —dijo Shuhua riendo, una vez que el abuelo se hubo levantado de la mesa.

—Sois unas remilgadas —contestó Juehui dejando el bol que

tenía entre las manos— y coméis como pajaritos. ¿Sabéis qué nos dan en la escuela? Verduras, legumbres, col, tofu. Si esto se alarga más días, ya me gustará ver cómo os las arregláis.

Iba a continuar, pero Juemin le dio un codazo al darse cuenta de que los mayores se reían de él. Juehui se levantó de la mesa para irse.

—Estaba hablando con el hermano mayor, ¿por qué te metes? —le dijo Shuhua a Juehui haciéndole una mueca mientras se iba.

Después del desayuno, Juexin y sus dos hermanos quisieron ir a ver qué había sucedido en casa de la tía. En la entrada de las casas había grupos de personas comentando los sucesos. A cada paso encontraban soldados armados hasta los dientes recorriendo los muros de las casas. En un cruce media docena de personas leían un bando colgado en una pared: el gobernador militar de la provincia dejaba su cargo. Con falsa modestia decía que, ya que no había suficiente virtud para apaciguar los conflictos, había decidido ceder el poder y evitar así la prolongación de la violencia y la devastación en la ciudad.

—Dice esto tan pomposo ahora que las fuerzas gubernamentales están en las puertas de la ciudad. ¿Por qué no dimitió antes? —comentó Juehui, socarrón.

Juexin miró alarmado a su alrededor y le advirtió en voz baja: —Ten cuidado con lo que dices. ¿Quieres que te maten o qué?

Juehui no contestó y siguió a sus hermanos. En las puertas de un viejo templo había dos montones de fusiles custodiados por una docena de soldados de rostro inexpresivo. En la tienda de al lado, que tenía la puerta entreabierta, Juexin tomó unos cuantos periódicos. El tono de las noticias había cambiado, aún hablaban bien del gobernador saliente pero al mismo tiempo eludían el tratamiento de ejército enemigo al referirse a las tropas

gubernamentales.

El gremio de comerciantes y la Asociación de Partidarios de la Preservación de las Antiguas Tradiciones, que habían denunciado a las tropas del ejército gubernamental como enemigas y traidoras, de pronto les daban públicamente la bienvenida. Una docena de personas influyentes de la ciudad enviaban una carta abierta al general Zhang, invitándole a ir pronto a administrar la provincia; el señor Feng Leshan encabezaba la lista de firmantes.

—Otra vez él —dijo Juehui, sardónico.

—Así seguro que no habrá problemas —añadió satisfecho Juexin.

Unas calles más abajo encontraron el paso cerrado por una valla y dos soldados. Dieron un rodeo por las callejuelas laterales pero al salir de una de ellas para volver a la principal un soldado de rostro enflaquecido los increpó: —¡Deteneos! ¿Adónde vais?

—Vamos a ver a unos parientes —respondió amablemente Juexin.

—¡No podéis pasar! ¡No estáis autorizados!

El soldado los miraba amenazante sin soltar el fusil.

Los hermanos retrocedieron en silencio para buscar otra callejuela, pero en vista de que todo se iba complicando decidieron volver a casa. Andaban aprisa por temor a encontrar más calles cerradas y deseosos de llegar a casa cuanto antes. Había muy poca gente por las calles, las puertas de casas y tiendas estaban cerradas. Todo ello aumentaba su temor.

Por fin llegaron a casa. La mitad de la familia estaba en el jardín. En el pabellón, el abuelo y la tía Zhang jugaban: «Aún tienen humor para jugar», pensó Juehui. Él y Juemin los rehuyeron, dejando que Juexin contara todo lo que habían visto.

Las noticias inquietaron mucho al abuelo y aún más a la tía

Zhang, que no sabía nada del estado de su casa. Con todo, su desasosiego se desvaneció al salirle una buena jugada, y se olvidó de todo lo demás.

Juexin salió del pabellón y se quedó bajo una magnolia. Se sentía insatisfecho y vacío. Anhelaba aquello que tenía tan cerca y no podía obtener. Apoyado en el tronco del árbol, sumido en sus pensamientos, contemplaba la naturaleza que lo rodeaba. Dos tórtolos se arrullaban en una rama e hicieron caer encima de él unos pétalos. Luego levantaron el vuelo y Juexin, presa de un deseo indefinible, quiso volar con ellos hacia la inmensidad del cielo. Bajó la cabeza y vio los pétalos sobre su cuerpo; se sacudió la ropa y los pétalos cayeron al suelo suavemente.

Una mujer que llevaba una rama de sauce en la mano salió de detrás de la rocalla. Vestía un *mianao* de crespón de color turquesa y encima una chaqueta sin mangas de satén negro: era Mei. Levantó la cabeza y al ver a Juexin pareció querer decirle algo, pero dio media vuelta y se marchó.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Juexin. Decidió ir a su encuentro, necesitaba saber por qué le rehuía. Dio una vuelta a la roca, pero ella ya no estaba. Extrañado, miró en todas direcciones hasta que al final vio la chaqueta negra. Delante de él había un parterre de césped cercado por ciruelos y Mei estaba debajo de uno de ellos observando algo que tenía entre las manos.

—¡Mei! —la llamó yendo hacia ella. Esta vez no hizo ningún ademán de marcharse sino que lo miró sonriendo—. Mei, ¿por qué me evitas? —preguntó algo inquieto.

Mei agachó la mirada y acarició con delicadeza una mariposa que agitaba las alas entre sus manos.

—¿Aún no me has perdonado? —insistió.

Mei lo miró unos instantes y después contestó turbada:

—Primo mayor, tú no me has hecho ningún mal.

—¿Entonces no te he hecho sufrir? —dijo él, casi afligido.

Mei sonrió con tristeza. Su gesto se ablandó. No podía dejar de acariciarlo con la mirada. Después, apretándose el pecho con la mano derecha, dijo: —¿Acaso no me conoces? No te guardo ningún rencor.

—¿Por qué me evitas, entonces? Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y lo más natural ahora sería que tuvieras ganas de hablar conmigo. ¿No quieres saber cómo estoy? ¿Cómo puedo saber que no estás resentida conmigo?

Mei se mordió los labios. La arruga de la frente se le tornó más profunda.

—No te guardo rencor, pero si nos ven juntos todos empezarán a pensar en el pasado.

Juexin la miró apesadumbrado sin saber qué decir. Ella dejó con cuidado la mariposa sobre la hierba y dijo compasivamente: —Pobrecilla, a saber qué te ha pasado... —La frase tenía un doble sentido, pero Mei la había dicho sin ninguna intención, y añadió—: Primo mayor, me voy yo la primera, iré a ver cómo va el juego.

Juexin, con los ojos empañados por las lágrimas, se quedó con la mirada clavada en la cinta verde que llevaba Mei en el pelo mientras se alejaba. Inesperadamente, la llamó sin poder contenerse: —¡Mei!

Ella se volvió y se quedó esperando.

—Primo mayor —dijo con los ojos humedecidos.

—Si te compadeces de una mariposa, ¿cómo es posible que no te compadezcas de mí? Probablemente mañana te irás y ya no volveremos a vernos. Tal vez nos muramos o vivamos muy lejos el uno del otro. ¿Cómo puedes marcharte sin decirme nada? —

imploró Juexin. Ella siguió sin decir nada, solo suspiraba. Juexin continuó—: Mei, te he traicionado. Yo también... me he casado, te he olvidado. No he pensado en tu sufrimiento. —La voz se le quebraba. Se sacó un pañuelo del bolsillo pero no tenía ni fuerzas para secarse las lágrimas—. Después supe lo mal que lo habías pasado todos estos años, y todo por mi culpa. ¿Cómo quieres que me sienta bien sabiendo todo eso? Yo también he sufrido mucho. ¿No puedes decirme algo que me consuele?

Mei levantó la cabeza. No pudo dominarse y rompió a llorar. Con la voz rota dijo: —Estoy aturdida. ¿Qué quieres que te diga? —Se dio unos golpecitos en el pecho y empezó a toser.

Juexin sentía arrepentimiento, afecto y ternura a la vez. Se le acercó para secarle las lágrimas con su pañuelo. Ella se mostró dócil, pero súbitamente se apartó de él.

—No te acerques tanto, debes evitar las sospechas.

—¿Sospechas? Yo soy padre de familia... No puedo permitir que estés tan apenada. La tristeza hace enfermar a las personas, deberías cuidar tu salud. —Le tomó una mano y continuó—: ¿Cómo quieres que te deje marchar llorando así? —Solo pensaba en ella, había olvidado su propia aflicción.

Mei fue calmándose poco a poco. Tomó el pañuelo de Juexin, se secó las lágrimas y dijo: —Estos años no quería pensar en ti. Verte en la víspera de Año Nuevo me quitó el sosiego. Tenía ganas de verte y al mismo tiempo me daba pavor. No tengo ningún apoyo. Tengo a mi madre, tú tienes a tu mujer. Ruijue es tan buena persona que incluso yo la quiero. No quiero recordar el pasado, aquello terminó. No quiero que ni tú ni ella sufráis. En casa, mi madre no sabe cómo estoy. No sabe de mis tristezas. Lo mejor sería que me muriera —dijo suspirando.

Del dolor que sintió, Juexin se llevó la mano al pecho. Estaban

el uno delante del otro, mirándose. Al cabo de unos momentos, él, señalando el suelo, dijo con una sonrisa melancólica: — ¿Recuerdas una vez que rodábamos por la hierba y una abeja me picó en el dedo y tú me chupaste el veneno? Solíamos atrapar insectos y recoger flores. ¿Es el mismo lugar de entonces?... Otro día había luna llena y llevamos un banco al patio para contemplarla. ¿Has olvidado todas aquellas cosas? Cuántos sueños teníamos cuando venías a casa para estudiar con nosotros... ¡Cuánta felicidad! ¿Cómo puede haber terminado todo de esta manera? —Su rostro sonriente parecía evocar aquellos momentos.

—Yo casi vivo del recuerdo —confesó Mei—. Muchas veces recordar también sirve para olvidar. Me gustaría tanto volver al pasado libre y despreocupado de la juventud... Lástima que sea imposible. Primo mayor, debes cuidarte...

No había terminado la frase cuando oyeron que se acercaba alguien. Era Shuhua.

—Prima Mei, ¡hace rato que te buscamos y estás escondida aquí!

Mei dio un paso adelante para alejarse de Juexin. Detrás de Shuhua venían Qin, Shuying y Shufen. Al ver Shuhua la expresión que tenía Mei le preguntó adrede: —Prima Mei, ¿te ha hecho algo malo el hermano mayor? ¿Por qué tienes los ojos llorosos? —Entonces se fijó en su hermano, que también se esforzaba en disimular, y le preguntó—: ¿Y tú también lloras? Tanto tiempo sin veros, ahora que os habéis reencontrado deberíais estar contentos. ¿Qué hacéis mirándoos el uno al otro llorando?

Mei agachó la cabeza, avergonzada. Juexin también miró hacia otra dirección diciendo: —Hoy me pican los ojos.

Shuhua insistió, cínica:

—Es raro, ni ayer ni esta mañana tenías picor y te sale precisamente ahora que ha venido Mei.

Qin, que estaba a su lado, le tiraba de la manga para hacerla callar y también porque se acercaba Ruijue con su hijo de la mano. Pero Shuhua insistía y Ruijue lo oyó todo. No dijo nada y, sin alterarse, llevó a Haichen con su padre; acto seguido, acercándose a Mei, le dijo: —Prima Mei, cálmate. Vayamos a pasear, respira hondo y te sentirás mejor.

Y se la llevó cariñosamente. Shuying y Shuhua querían ir con ellas, pero Qin las detuvo.

—Dejad que vayan solas, seguro que tienen ganas de charlar. Se llevan muy bien.

Aunque Qin se dirigía a las chicas, de hecho las palabras estaban destinadas a Juexin.

AL cabo de un par de días ya se podía circular por las calles. Las tropas del general Zhang estaban acuarteladas en las afueras esperando que el gobernador abandonara la ciudad aquel mismo día y, provisionalmente, se había nombrado un nuevo jefe de policía para mantener el orden. A pesar de ello, el comercio aún no se había normalizado y los habitantes no las tenían todas consigo. Por todas partes había soldados del bando perdedor que vagaban en pequeños grupos. Tenían un aspecto lamentable, sin gorro ni polainas, con el uniforme hecho jirones y las insignias arrancadas, pero no habían perdido su habitual fanfarronería y seguían buscando pelea, lo cual creaba inseguridad entre la ciudadanía.

Zhangsheng, el criado de la tía Zhang, llegó muy de mañana a casa de los Gao para informar de que los soldados que habían ocupado su casa ya se habían marchado. Nadie había entrado en las habitaciones de la tía Zhang y Qin, y todas sus cosas estaban intactas. También explicó que un criado de la prima Mei había ido a la casa y ya le había dicho que esta se encontraba en casa de los Gao. Las noticias tranquilizaron a la tía Zhang y a Qin, que ya no pensaron en regresar a su casa.

Por la tarde, un criado de la señora Qian, la madre de Mei, llegó con un *tiezi*³² en el que agradecía a la madrastra Zhou su generosidad por haber acogido a su hija. La señora Qian añadía que esperaría unos días a que la situación estuviera más calmada para ir a darle las gracias personalmente. El criado le dijo a Mei de parte de su madre que en casa todo estaba bien, que no sufriera y

que si quería quedarse unos días más podía hacerlo. Mei, que había pensado volver a casa con el criado, accedió a quedarse ante la insistencia de la madrastra y Ruijue.

La tensión en la calle contrastaba con la paz que reinaba en el jardín de los Gao. En aquella plácida atmósfera el tiempo transcurría sin que se dieran cuenta. No había anochecido todavía, el aire estaba impregnado de todo tipo de perfumes; era un atardecer maravilloso.

Aún no habían terminado de cenar cuando se interrumpió aquella calma. El señor Wang, padre de la quinta señora, mandó a buscarla, dijo que corrían rumores de que aquella noche habría saqueos y que, como la casa de los Gao era una de las más ricas de la puerta norte, seguramente sería una de las primeras en ser objeto de pillaje. Así pues, cuatro palanquines se llevaron a la señora Wang y a sus cinco hijos, con la criada Qianer y la niñera de Shufen. A continuación la familia Zhang hizo lo mismo y envió a buscar a la tercera señora y a Shuying, Jueying y Jueren. La quinta tía Shen, viendo que las cosas iban de mal en peor, pidió a Keding que la llevara, a ella y Shuzhen, a casa de sus padres. Quedaban la madrastra Zhou y Ruijue; sus familias no estaban en la ciudad y no querían irse a casa de otros parientes, preferían quedarse allí.

Ya era noche cerrada; en la calle, nadie se atrevía a pasear, solo los soldados.

El abuelo, que había salido muy de mañana a casa de su primo Tang, ya no volvería. La concubina también había ido a casa de su anciana madre. Kean había acabado yendo a casa de su suegro, mientras que Keding se había quedado en el despacho, trabajando. Así pues, en casa solo estaban los de la primera rama. Las familias tradicionales, garantes del viejo orden, también tenían sus debilidades: en situaciones de peligro, cada miembro velaba

únicamente por su propia seguridad.

La tía Zhang tampoco quiso volver a casa. Aunque podía hacerlo, optó por quedarse a acompañar a Juexin y sus hermanos, a quienes amaba sinceramente.

—Soy mayor y he visto muchas cosas, pero nunca he visto que una buena persona pague por algo que no ha hecho. Vuestro padre crio a buenas personas y sus hijos jamás os encontraréis en ningún infortunio. Estoy convencida de que el cielo lo vigila todo.

En la calle reinaba un silencio absoluto. Los ladridos de los perros, habituales en aquellas horas, se oían más que nunca. El tiempo transcurría muy despacio, cada minuto era una eternidad. Poco a poco se empezó a oír un murmullo: los soldados desmandados comenzaban sus fechorías. Los Gao que permanecían en casa no podían dejar de imaginarse bayonetas, puñales, sangre, fuego, cuerpos de mujeres desnudos, objetos desperdigados por el suelo, baúles reventados y cadáveres desangrados. Estaban aterrados, habrían querido cerrar los ojos para no ver ni oír nada, pero era inútil, incluso la parpadeante luz del candil les recordaba la situación en la que se encontraban. Querían que el tiempo pasara lo más rápido posible, pero, al mismo tiempo, cuanto más deprisa pasaba más se acercaba el horror. Se sentían como el reo de muerte que espera su inexorable condena. El pánico los igualaba a todos, a pesar de las diferencias que los separaban. Las que estaban más atemorizadas eran las mujeres.

—Prima Mei, ¿qué haremos si vienen los soldados? —preguntó Qin.

Estaban todos en la habitación de la madrastra Zhou. Qin temblaba solo de pensar en el significado de aquel «qué».

—Solo hay un final —respondió Mei con frialdad. Se cubrió la

cara con las manos. Los pensamientos se le fueron empañando y ante ella apareció una vasta superficie de agua blanca que poco a poco se la llevaba a la deriva.

«¿Qué haré?», se preguntaba Ruijue, sabiendo perfectamente a qué se había referido Qin. Le esperaba el mismo final. Se negaba a ello, no podía ni pensar en separarse de su marido. Miró a su hijo y sintió una punzada en el pecho.

Qin se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Luchaba contra la desesperación. «¡No puede ser!», tenía que haber alguna salida para todo aquello. Aún le quedaba mucho por vivir. Las ideas nuevas, los libros de Ibsen, Ellen Key y Yosano Akiko no servían para afrontar el deshonor y la humillación que la esperaban. Todo parecía una burla. Miró a Mei, sentada con la cara tapada, y a Ruijue, que agarraba la manita de su hijo con los ojos llenos de lágrimas. Miró a su madre y la madrastra Zhou, indefensas bajo la luz del candil. Miró a Shuhua, Juemin y todos los demás. Y ella estaba allí, tratando de encontrar una solución para salvarse. Se dio cuenta por primera vez de que ella, Mei y Ruijue no eran tan distintas como había creído hasta entonces. Al fin y al cabo, no eran más que tres mujeres indefensas. Desesperada, se dejó caer en una butaca y empezó a llorar quedamente.

—Qin, ¿qué te pasa? ¿Cómo quieres que esté tranquila viéndote así? —le preguntó la tía Zhang, inquieta.

Qin no respondió, ni siquiera levantó la cabeza, solo lloraba. Sentía compasión por ella misma. De pronto la lucha y los pequeños logros de los últimos años estaban amenazados. Todo podía quedar aniquilado en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué sentido tenía ahora aquella frase de Ibsen que decía que el esfuerzo debe hacerlo uno mismo? Lloraba de pánico, pero también de rabia.

Ella, que estaba convencida de que era una mujer valiente, y los demás también lo creían, descubría en aquel momento que era una persona débil. Era como un animal que espera que lo lleven al matadero, sin coraje para resistirse. Los que estaban a su lado ni siquiera se imaginaban sus pensamientos, creían que lloraba de miedo e intentaban consolarla como podían. Juemin estuvo a punto de abrazarla, pero no se atrevió. Juehui, que se había quedado en su habitación, salió corriendo al ver un gran resplandor de fuego que venía del oeste y llenaba el cielo de centellas rojas.

—¡Fuego! ¡Hay fuego! —gritaba.

—¿Dónde? —preguntaron todos.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Juexin saliendo del salón seguido por Shuhua.

Al cabo de un momento estaban todos en el patio. El aire hervía como la sangre de sus venas; a medida que el incendio avanzaba, sentían que su vida expiraba. La luna se había escondido detrás de las nubes, mientras el resplandor del fuego y la luz rojiza se reflejaban en el pavimento y los tejados. Nadie dudaba de que aquello era el final.

—Seguro que es la casa de empeños lo que se está quemando. No quedarán ni las paredes —auguró la tía Zhang.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó, aterrorizada, Ruijue.

—¡Podríamos huir disfrazados! —propuso Juemin.

—¿Y adónde iríamos? ¿Quién se quedaría para vigilar la casa? Los soldados entran donde no hay nadie y lo queman todo —dijo Juexin, que tampoco sabía qué hacer.

Unas descargas ensordecedoras interrumpieron la conversación. Los perros ladraban enloquecidos, por todas partes se oían gritos. «Todo se ha terminado, ya no hay nada que hacer»,

pensó Juexin, y luego dijo en voz alta: —¿Qué hacemos aquí esperando la muerte? ¡Tenemos que pensar cómo huir!

—Huir, huir... ¿adónde? —preguntó espantada la madrastra—. Si salimos a la calle y nos topamos con las tropas, sí que nos matarán, por eso es mejor que nos quedemos.

—Deberíamos encontrar un buen escondrijo aquí, en la casa; cuantas más personas puedan salvarse, mejor. Alguien de nuestra rama debe sobrevivir —dijo Juexin. Y añadió, resolutivo—: Hermano segundo, hermano tercero, acompañad a la madrastra, a la tía Zhang, a la cuñada y a las primas Mei y Qin al jardín. Allí hay muchos rincones donde esconderse y, si no, siempre estará el lago. Vuestra cuñada sabe cómo protegerse.

A continuación, miró a Mei con los ojos bañados en lágrimas. Intentaba parecer sereno, pero estaba destrozado.

—¿Y tú? —preguntaron todos al unísono.

—Vosotros marchaos, yo ya me las arreglaré —contestó con aparente frialdad.

—Si tú no vienes, nosotros no nos vamos —replicó Juehui, tajante.

Aún se oían algunos disparos, pero parecía que el fuego había cesado.

—¿Por qué te preocupas por mí? ¡La madrastra y la tía deben irse! —se impacientó Juexin—. Si no encuentran a nadie en la casa, ¿no crees que irán al jardín a buscar?

Ruijue, que estaba sentada en silencio con Haichen en el regazo, lo dejó y fue al lado de Juexin, diciendo: —Hermano segundo, hermano tercero, acompañad a la madre y a la tía. Por favor, llevaos a Haichen con vosotros. Yo me quedo aquí con el hermano mayor.

—¿Tú? ¿Conmigo? ¿Cómo se te ocurre? —le reprochó Juexin,

exasperado, apartando a su mujer—. ¿Qué ganas con quedarte aquí? Vete antes de que sea demasiado tarde.

Ruijue se le aferró al brazo.

—Yo no quiero separarme de ti. Si he de morir, que sea a tu lado.

Haichen corrió hacia su madre y, tirándole del vestido, protestó:

—Mamá, ¡yo no quiero irme!

Juexin, nervioso, ya no sabía qué hacer y, con las manos juntas delante del pecho, suplicó a Ruijue: —Por favor, mira a Haier. ¿Qué sentido tiene que muramos juntos? Además, no tengo por qué morir. Si vienen, quizás encontraré el modo de hacerles frente, pero si te ven conmigo, ¿qué crees que te pasará? Debes pensar en ti, además, tu vientre... —y calló.

Ruijue lo miró expresivamente y, con voz dulce, dijo:

—De acuerdo, haré lo que dices.

Fueron a dormir al pabellón del lago. El cielo había perdido aquel tono rojizo y la luna se reflejaba en las aguas inmóviles y argentadas, que aquella noche todos encontraron más frías y profundas que nunca, sobretodo Ruijue y Mei.

Parecía que el peligro había pasado. La madrastra Zhou, viendo a Juehui tan fatigado, lo mandó a la cama. Estaba a punto de dormirse cuando ella, apartando la mosquitera, lo despertó y, acercándose a él, le dijo casi al oído: —Vuelven a oírse tiros, quizás estén cerca. Estate alerta, procura no dormirte por si acaso.

El deje afectuoso de aquellas palabras acarició el rostro de Juehui. La madrastra cerró la mosquitera con cuidado y se alejó sin hacer ruido.

A pesar de las malas noticias que acababa de darle, Juehui se sintió reconfortado: era como si tuviera madre otra vez.

LA vida en casa de los Gao volvió a la normalidad al cabo de pocos días. Uno tras otro, fueron regresando los miembros de la familia que habían ido a refugiarse con los parientes. En la ciudad todavía se respiraba cierta confusión, pero el orden público ya estaba restablecido y lo único que inquietaba un poco a la gente era la gran cantidad de soldados que circulaba por las calles.

Juemin y Juehui fueron a la escuela un mediodía. Algunos profesores que habían pedido un permiso para ausentarse a raíz de los disturbios todavía no habían vuelto, y del alumnado solo había acudido a la escuela una tercera parte. Como no hubo clase, volvieron a casa después de charlar un rato con los compañeros. Cuando pasaban por la puerta del norte vieron que entraban tropas del bando vencedor. Los soldados iban mal arreglados, con pesadas mochilas; algunos llevaban un par de gorras o un par de fusiles y todos tenían un aspecto fatigado.

Corría el rumor de que se dispersaban por los alrededores de la puerta norte buscando alojamiento en las casas. Al principio nadie lo creyó, pero al cabo de poco llegó la noticia de que ya se habían instalado en algunas casas del final de la calle. Los Gao, reunidos en el salón principal, discutían sobre el modo de evitarlo cuando entró Gaozhong, despavorido, avisando de que se acercaban unos soldados. Las mujeres corrieron a esconderse en sus aposentos, como si los soldados ya estuvieran ocupando el salón. El abuelo aún no había vuelto y Keming tuvo que salir a hablar con ellos, acompañado por sus hermanos y Juexin.

Al contrario de lo que esperaban, en la entrada solo había un

palanquín y un oficial que hablaba con Yuancheng y Wende. Era un hombre de otro distrito, de mediana estatura, y, aunque iba bien arreglado, parecía vulgar. En su cara roja se dibujaban dos hileras irregulares de dientes oscuros y se iba dando golpes en el pecho mientras hablaba. Al ver a Keming le dijo de malos modos que la mujer de un oficial que acababa de llegar a la ciudad, y que él custodiaba, quería alojarse una temporada en la casa. Esperaba la respuesta de Keming con actitud amenazante.

Keming, lívido, no daba crédito a sus oídos. Excepto cuando era estudiante en Japón, nunca nadie se había atrevido a hablarle de aquel modo. Tenía cuarenta y dos años, era un funcionario de alto rango, había ocupado muchos cargos y era un abogado de prestigio en la provincia. En casa y en sociedad era un hombre respetado, y, de pronto, aquel oficial maleducado le hablaba desconsideradamente y se atrevía a mancillar su casa. Aquello era un ultraje. Quiso abofetearle, pero el fusil que colgaba del cinto del oficial le hizo desistir del impulso. Aunque pertenecía a una familia ilustre y era muy orgulloso, también era prudente y, como decía el refrán, «hay que ser lo suficientemente hábil para mantenerse a cubierto y actuar según se presente la ocasión». Así, pues, se limitó a mirar a aquel hombre de arriba abajo y, haciendo un gran esfuerzo, le dijo que no había bastante espacio en la casa, que aquella señora no se sentiría cómoda allí y que sería mejor que buscara otro sitio para instalarla.

—¿Que no hay espacio? ¿Y el salón principal? —replicó el oficial, con el ceño fruncido, mientras acariciaba el fusil. De entre los dientes oscuros le brotaba una espuma blanca que le salpicaba la cara a Keming—. Nosotros arriesgamos la vida y ahora que os pedimos alojamiento ¿no nos lo dais? ¡Pues claro que vamos a quedarnos en el salón! —Fue al palanquín y, descorriendo la

cortinilla, dijo—: Señora, ya podéis bajar. Con esta gente es inútil razonar.

Una mujer de unos treinta años, con la cara completamente embadurnada de colorete, vestida con una camisa corta ajustada y un pantalón con los bajos holgados, bajó del palanquín. Después de lanzar una ojeada a los que estaban allí, se dirigió al salón con la cabeza erguida, seguida por el oficial.

Keming se quedó mudo. Pensó en seguirlos, pero se acordó de que estaban con él sus hermanos y los criados. Él era un señor, y era indecoroso ir tras aquella mujer de la vida. Se quedó como un pasmarote, observando a la mujer que entraba en su casa. Se sentía humillado: aquel salón espléndido, tan bellamente ornamentado, donde tantos personajes honorables habían hablado sobre asuntos importantes, lugar de asueto de la buena sociedad, iba a convertirse en la alcoba de aquella mujer de baja estofa. No podía permitir que ultrajasen aquel lugar, tenía que defender sus derechos. Que aquella mujer se instalara allí no solo atentaba contra la dignidad de la estancia, sino que también supondría que entraran en la casa unos aires de libertinaje que podían envenenar a la familia Gao.

Con el firme propósito de defender los principios de la moral tradicional, se dirigió hacia el salón, apartó la cortina y entró. Le dijo enérgicamente a la mujer que no podía quedarse allí, que tenía que irse de inmediato; era la casa de una familia ilustre que gozaba de la más alta consideración en la ciudad. Hablaba con una osadía desconocida. Detrás estaban sus dos hermanos, Kean y Keding, asustados por su arrojo. Kean, que se había vuelto un hombre amedrentado desde la revolución de 1911, cuando era magistrado en el distrito de Xichong y tuvo que huir disfrazado, le tiraba de la manga para que se contuviera. Al ver que no le hacía

caso, salió despavorido del salón.

El oficial hizo un movimiento amenazante, pero la mujer le ordenó que se detuviera. Con un gesto calmado y una sonrisa, la mujer miraba descaradamente a Keming, deleitándose con el rostro delgado y de facciones regulares de aquel hombre que aún conservaba vestigios de juventud. Con un dedo junto a la comisura de los labios, fingía escuchar con atención todas sus explicaciones. Su actitud no hacía mella en Keming, pero sí en Keding, que observaba con detenimiento cada uno de los gestos de la mujer: su rostro redondo y rellenito, el arco de las cejas, la mirada encantadora, la boca bien dibujada, todo lo que su mujer no tenía. Sin embargo, lo que más le gustaba era el talle, esbelto y grácil, que no tenía punto de comparación con la cintura rechoncha y casi inexistente de la señora Shen. Aquella sonrisa le atraía con una fuerza irresistible. De repente, ella lo miró y él se ruborizó sin poder evitarlo.

Keming terminó de hablar y se quedó allí plantado con una expresión furiosa.

—¿Ya está? —preguntó ella, divertida.

Keming, fuera de sí, no contestó. Entonces la mujer, dirigiéndose al oficial, dijo:

—Muy bien, vayámonos, no sea que importunemos a esta familia. Aquí no somos bien recibidos, ya nos acogerá alguien.

Se encaminó hacia la puerta muy despacio, con el cuerpo ligeramente inclinado, como queriendo inspirar lástima. Keming se apartó para dejarla pasar.

El oficial, que se resistía a irse, hizo un gesto bravucón, pero de nuevo la mujer le detuvo y no le quedó más remedio que seguirla. Acercaron el palanquín y el oficial se puso al lado del porteador. Encolerizado, increpó a Keming: —Si os incomoda que vengan un

par de personas, esperad, os mandaré un pelotón entero. ¡Ya veréis entonces! Conmigo no se juega.

El palanquín salió por la puerta principal y desapareció. Keming se quedó inquieto por las amenazas y entró en la casa preocupado.

Kean salió de sus aposentos y Keding le contó que Keming se había portado de forma inconveniente ofendiendo a aquella mujer.

—Si viene a instalarse un pelotón, será mucho peor. Al fin y al cabo, solo eran una mujer y un oficial, no era un gran problema. Además, nos hubieran servido de protección para impedir que vinieran más. Hemos dejado pasar una buena oportunidad — concluyó Kean, alisándose el bigote—. «Hay que ser lo suficientemente hábil para mantenerse a cubierto y actuar según cómo se presenta la ocasión.»

Los dos hermanos se dirigieron al salón discutiendo sobre el asunto. Las mujeres ya estaban allí reunidas, y Keding volvió a contar, punto por punto, todo lo ocurrido. Juexin llegó de la calle y su tío empezó de nuevo con la misma cantinela. Juexin los sosegó: tenía la solución. En el mercado se había encontrado a un antiguo discípulo que ahora era el secretario del general Zhang. Juexin le había contado lo ocurrido y el amigo se había comprometido a enviarles un bando prohibiendo la ocupación de su casa en cuanto llegara al cuartel general.

Pero ni siquiera con aquella promesa se quedaron tranquilos, e insistieron a Juexin para que mandara una nota al amigo recordándole lo del bando. Juexin fue a su habitación, escribió la nota y envió a Yuancheng a llevarla al cuartel general. Aun así, no se les iba el miedo del cuerpo: si venían más soldados antes de que Yuancheng volviera, el bando ya no serviría para nada. Todos

reprochaban a Keming que hubiera echado a la mujer.

Hacía mucho rato que Yuancheng se había ido y aún no había vuelto; estaban hechos un manojo de nervios.

Llegó un soldado y, en la madera donde había un dístico pintado, encima del dintel de la puerta de entrada, pegó un papel blanco que decía: «X señor, X regimiento, X compañía, X pelotón». Se quedaron todos de piedra, pero, por suerte, aún no había llegado el pelotón cuando volvió Yuancheng con el bando del general Zhang. Kean y Keding arrancaron el papel que había puesto el soldado y en el mismo lugar colgaron el bando, que decía: «Prohibido acuartelarse en esta casa». Al fin respiraron tranquilos.

El día transcurrió sin más sobresaltos. Por la noche, después de cenar, la familia se fue a la cama muy pronto y al poco todos dormían plácidamente. Keding era el único que no podía conciliar el sueño. Echado en la cama, al lado de su esposa, pensaba en los encantadores ojos de aquella mujer. No podía quitárselos de la cabeza. Recordaba su hermoso rostro. Estaba trastornado. Sabía que era vergonzoso, que un hombre de su clase no debía pensar en una mujer como aquella, pero no podía evitarlo. No lograba dominarse.

«¿Por qué ha de ser vergonzoso? ¿Acaso mi padre no tiene a la concubina Chen? ¿Debo pasar el resto de mi vida al lado de esta mujer achaparrada y de boca enorme?» Fastidiado, miró a la señora Shen, que roncaba a su lado. «No me importa, mi padre no puede reprochármelo», se dijo con una sonrisa complacida.

A la mañana siguiente, muy temprano, Zhangsheng fue a recoger a la tía Zhang y a Qin para volver a casa. Mei también quería irse, pero la madrastra Zhou la obligó a quedarse: aquel mismo día la tía Qian les haría la visita prometida y ya se marcharía con ella.

Por la tarde se presentó el palanquín de la tía Qian. La madrastra y ella eran primas lejanas del mismo clan. Las dos habían olvidado por completo el desagradable asunto de hacía unos años y se pusieron muy contentas de volver a verse después de tanto tiempo. Charlaron un buen rato y luego se sentaron a jugar al *mahjong* con Mei y Ruijue. Cuando Juexin llegó de la oficina, Ruijue le cedió su sitio en la mesa de juego.

Juexin y Mei estaban sentados el uno frente a la otra pero apenas hablaban, solo se intercambiaban alguna mirada lánguida de vez en cuando. Juexin no tenía la cabeza para el juego y se equivocaba a menudo. Ruijue, que se daba cuenta, se puso detrás de él e iba dándole indicaciones. Juexin se volvía de vez en cuando y la miraba con agradecimiento. El trato íntimo y natural entre los esposos afligía a Mei. Si su madre hubiera tenido en cuenta sus sentimientos, su vida sería muy diferente. Pensaba en su desdichada vida, la presente y la futura, y no lograba sobreponerse. Se le enturbiaron los ojos, no veía las fichas del juego. Con la excusa de que tenía que preparar el equipaje, se levantó y pidió a Ruijue que jugara por ella. Esta la miró con tristeza sin decir nada. Mientras Mei abandonaba la estancia, Ruijue se volvió un par de veces para observarla.

Mei fue a la habitación de Shuhua, donde dormía aquellos

días, y se echó en la cama sin dejar de pensar en su infortunio. Al final, no pudo aguantar más y, tapándose la cara con las manos, rompió a llorar desesperadamente. Lloró hasta quedar exangüe. Después, abandonándose por completo, se quedó dormida.

—Prima Mei —decía la voz dulce de Ruijue, delante de la cama.

—Cuñada mayor, ¿no estás jugando? —preguntó Mei con una sonrisa fatigada.

Hizo un ademán de levantarse, pero Ruijue se apresuró a decirle que no se moviera y se sentó a su lado.

—He cedido mi sitio a la quinta tía —explicó; con otro tono de voz, dijo—: ¡Has llorado! ¿Qué te pasa?

—No he llorado —mintió Mei sonriendo.

—No puedes ocultarlo, todavía tienes los ojos hinchados. Cuéntame qué tienes —le imploró, al tiempo que le agarraba la mano.

—Acabo de tener una pesadilla en la que lloraba —dijo Mei, tratando de sonreír.

La mano que agarraba Ruijue temblaba imperceptiblemente.

—Prima Mei, ¿por qué no me cuentas qué te pasa? ¿No confías en mí? ¿Puedo ayudarte?

Mei no contestaba, solo miraba con tristeza el dulce rostro de Ruijue. La arruga profunda se le marcaba en la frente mientras negaba con la cabeza.

—No puedes ayudarme —dijo de repente y, hundiendo la cabeza en la almohada, se echó a llorar.

Ruijue estaba inclinada sobre ella y le acariciaba la espalda.

—Entiendo lo que te pasa. —Sentía que ella también se pondría a llorar de un momento a otro—. Sé que os quisisteis hace tiempo, él no tenía intención de casarse conmigo... Ya sé por qué

le gustan tanto las flores de ciruelo... ¿Por qué no os casasteis? Los tres estamos atrapados en la misma situación. Me gustaría huir y dejar que fuerais felices. Yo...

Al oír llorar a Ruijue, Mei se contuvo. Le pasó la mano por la cabeza, acariciándola, intentando no mirarle la cara llena de lágrimas, y le tapó la boca para que no siguiera hablando de aquella manera. Ruijue dejó de hablar, lloraba con la cabeza recostada en el hombro de Mei.

—Prima mayor, estás equivocada —se apresuró a decir Mei—. No tengo por qué escondértelo: fueron nuestras madres las que nos separaron. Probablemente era el destino, quizá no debíamos casarnos. ¿Qué sentido tendría que huyeras? Él y yo no podremos estar juntos jamás. Tú aún eres joven y yo ya me siento vieja. ¿No ves mis arrugas? Hablan de todo lo que he sufrido... He recorrido mucho camino y tú, en cambio, estás en la flor de la juventud. Te envidio... Yo ya he renunciado a todo. Solo soy una carga para los demás. Dicen que lo más triste que existe es tener el corazón muerto, y el mío ya lo está. No debería haber venido a vuestra casa, no pretendía importunaros. —Toda ella era presa de un débil estremecimiento—. ¿Cómo quieres que mi corazón lata por algo? —Hizo una pausa y sonrió—. Si hay mujeres desgraciadas, yo soy una de ellas. En casa nadie se preocupa por mí, mi madre solo atiende a sus cosas, mi hermano es pequeño. ¿Quién sabe algo de mí? A veces no puedo más y me escondo en mi habitación para llorar. ¿Con quién puedo desahogarme? No hay nadie que quiera escuchar mis penas. —Tosió un par de veces—. Me casé, yo no quería, pero no tenía voz ni voto. Durante el año que viví con la familia Zhao, mi vida fue muy dura, no sé cómo pude resistirlo. Creo que si me hubiera quedado allí más tiempo, hubiera muerto. Lo único que puedo hacer es llorar. Dentro de poco me quedaré

sin lágrimas. Como dice el poema de Du Fu: «Los ojos están secos y se traslucen los huesos. / El cielo y la tierra no tienen piedad».

»Últimamente lloro menos; lo que me duele es el corazón, como si las lágrimas se hubieran refugiado allí. Prima, no quiero que te entristezcas por mi culpa, no soy digna de tu compasión... Había decidido no volver a ver a tu esposo, pero siento una fuerza que me atrae hacia él y a la vez me repele. Parece como si estuviera esperando algo. No me lo tengas en cuenta. He decidido marcharme. Por favor, tómate como una pesadilla todo lo que ha pasado. No creas que soy una desalmada...

Los ojos de Mei estaban secos, pero su corazón lloraba sangre. La tristeza que emanaba de cada una de sus palabras iba apoderándose de la dulce Ruijue, que miraba con ternura la sonrisa melancólica de aquel hermoso rostro. Le acarició el mentón como si fuera una niña pequeña y aquel gesto hizo sonreír a Mei.

—Prima Mei, yo no era consciente de todo esto y siento haberte hecho hablar. Quiero que continúes viniendo a visitarnos. Te aprecio mucho y quisiera que fuéramos amigas, de verdad. Yo tenía una hermana de tu edad que murió, me gustaría que hicieras de hermana mayor. Dices que no tienes quien te escuche; déjame que sea yo. Me haría muy feliz. Si lo haces, querrá decir que no me aborreces y que me perdonas.

Las palabras de Ruijue emocionaron a Mei. Cogió sus manos entre las suyas y se las apretó con fuerza.

—No sé cómo agradecértelo —reconoció, y enseguida empezó a toser.

—¿Toses muy a menudo?

—A veces, sobre todo por la noche. Además, desde hace un tiempo, me duele el pecho.

—¿Tomas algún medicamento? Si te trataras, se te pasaría.

—Tomaba unas pastillas que me iban bastante bien, aunque seguía tosiendo un poco. Mi madre cree que no es grave y que se me curará con reposo y un buen reconstituyente.

Estuvieron hablando un buen rato en voz baja y con las manos entrelazadas hasta que Ruijue se levantó diciendo: —Deberíamos volver al salón.

Fue al tocador y se arregló un poco. Luego peinó a Mei y le empolvó delicadamente el rostro. Después, agarradas de la mano, salieron de la habitación.

TRAS los días de pánico, la vida parecía volver a su cauce. No obstante, empezaron a percibirse algunos cambios. El general Zhang, nombrado jefe militar de las fuerzas aliadas, también asumió el poder político y declaró abiertamente que deseaba llevar a cabo reformas. En el ámbito académico se respiraban nuevos aires. Aparecieron tres nuevas publicaciones, entre ellas el semanario *La Aurora*, editado por unos amigos de los hermanos Jue, que se hacía eco del llamado movimiento de la Nueva Cultura y combatía las viejas ideologías y las tradiciones ancestrales. Juehui participaba activamente en el semanario publicando artículos inspirados en lo que leía en las revistas de Shanghai y Pekín. No había analizado en profundidad las nuevas ideas ni tenía un conocimiento social demasiado preciso; apenas tenía experiencia de la vida, solo reflejaba lo que había leído en los libros y su entusiasmo juvenil. En cuanto a Juemin, su implicación en el semanario no era ni de lejos tan intensa como la de su hermano: pasaba el día en la escuela y por la noche iba a casa de Qin.

La Aurora tuvo una gran aceptación entre la juventud. Los dos primeros números, con un tiraje de mil ejemplares, se agotaron la misma semana de su publicación. Al llegar al tercer número ya tenía más de doscientos suscriptores. El alma de la revista eran los compañeros de Juehui: Zhang Huiru, Huang Cunren y Zhang Huanru, hermano menor de Zhang Huiru.

La revista transformó la vida de Juehui al convertirse en el modo de canalizar sus aspiraciones juveniles. Descubrió que era

capaz de materializar sus pensamientos sobre el papel y que, además, podía darlos a conocer a muchas personas. Había lectores que incluso le enviaban adhesiones y comentarios a sus artículos. Sus ojos traslucían la alegría que sentía. Cuando estaba en casa, dedicaba todo el tiempo libre a la revista, aunque lo hacía a escondidas, para no crear problemas a su hermano mayor con el abuelo. Un día el tío Keming entró en su habitación y leyó uno de los artículos que escribía. Aunque no le dijo nada, desde entonces Juehui actuó con más cautela. No quería que nadie en la familia supiera de sus actividades, ni siquiera lo hablaba con Juexin porque sabía que este no lo aprobaría.

Cada vez se sentía más implicado en el movimiento estudiantil. En el seno de la revista se formó un grupo de discusión y difusión de las nuevas ideas que se reunía los domingos en la casa de té del parque Shaocheng. Allí, una veintena de jóvenes sentados en torno a varias mesas debatían sobre cuestiones sociales. Por otra parte, un par de noches a la semana, se reunían en pequeños grupos en casa de alguno de ellos. Aquellos jóvenes, que aún no habían cumplido los veinte años, hablaban del futuro, se ayudaban los unos a los otros y, movidos por el espíritu del humanismo y el socialismo, pretendían transformar la sociedad y asumían con altruismo la labor de liberarla de la carga del pasado. Además, había que revisar las galeradas de la revista, controlar su impresión y atender las cartas de los lectores. Se trataba de un mundo nuevo, apasionado y estimulante para Juehui, que, poco a poco pero con fuerza, había atrapado su joven alma.

Cuanto más se dedicaba a sus nuevas ocupaciones, más se alejaba de la familia. Allí nadie le comprendía y todo seguía igual. El abuelo, con aquel semblante antipático; la concubina Chen, peripuesta como siempre; la madrastra, a quien no le gustaban

sus amistades; el hermano mayor, que practicaba «la doctrina de la reverencia»; y la cuñada mayor, que día tras día iba demacrándose a la vez que se le hinchaba la barriga. Los tíos y las tías empezaban a comentar que Juehui se había vuelto arrogante y que les perdía el respeto. Incluso se habían quejado de ello a la madrastra. Solo contaba con Juemin, pero estaba demasiado ocupado con sus cosas. En toda la casa solo le despertaba ternura una persona: la chiquilla que lo quería con pureza y generosidad. Cuando miraba sus ojos inocentes y dulces, que decían más cosas que las palabras, su corazón... Entonces le parecía encontrar el objetivo de su vida y se convencía de que merecía la pena renunciar a todo por ella. Pero cuando salía de casa y el mundo se ensanchaba y su trabajo y su esfuerzo adquirían significado, aquellos ojos inocentes y dulces dejaban de ser una prioridad en su existencia. No podía renunciar a la vida que se le presentaba. Había leído en *La Lucha* de Pekín un apasionado artículo en el que su autor animaba a la juventud china a combatir las desigualdades sociales. Les decía que no podían esconder la cabeza bajo el ala y que no debían caer en la trampa del enamoramiento. Aunque esgrimía unos argumentos teóricos muy poco consistentes, aquel artículo influyó mucho en el ánimo de los jóvenes, especialmente en aquellos que habían decidido servir a la sociedad en cuerpo y alma. Sumamente impresionado, Juehui se juraba que sería uno de ellos y que se olvidaría del amor que profesaba a la dulce Mingfeng.

Con todo, los sentimientos de Juehui iban y venían. Cuando estaba fuera de casa no se acordaba de Mingfeng, pero cuando por la noche volvía a aquel hogar fosilizado se angustiaba pensando en ella. En aquel dilema de Juehui entre la sociedad o Mingfeng, víctima de los prejuicios feudales de la familia Gao, la

chica era la perdedora.

Ella era del todo ajena a las contradicciones del joven, se limitaba a amarle en secreto y a rezar para que un día él la sacara de aquel pozo. Los sueños la ayudaban a soportar el presente. Era tan modesta que ni siquiera podía imaginarse una vida con él, solo aspiraba a servirle, a serle obediente y fiel, a ser su criada. Pero a menudo la realidad no tiene nada que ver con los deseos de las personas y los destruye sin piedad. Mingfeng sabía perfectamente cuál sería su final.

Una noche, después de cerrar la edición del cuarto número de *La Aurora*, Juehui fue con Juemin a casa de Qin. La prima y su madre, que estaban charlando, ordenaron a Lisao que trajera butacas cuando los vieron por la ventana.

—Ya he leído el último número de la revista. El artículo sobre la familia tradicional lo has escrito tú, sin duda. ¿Por qué utilizas ese seudónimo tan extraño de «el silbido de la navaja»? —le preguntó Qin a Juehui.

—¿Por qué crees que lo he escrito yo? ¡No soy el autor!

—No te creo, tiene tu estilo. Si no quieres decírmelo, se lo preguntaré al primo segundo —dijo mirando a Juemin, que asintió ligeramente con la cabeza.

—¿Y por qué no nos escribes un par de artículos? —le pidió Juehui, aprovechando la ocasión.

—Sabes perfectamente que no escribo demasiado bien. ¿Pretendes que haga el ridículo? —dijo Qin con modestia.

—En el último número, el artículo que defiende el pelo corto en las mujeres lo ha escrito un hombre. En Shanghai el tema ha suscitado mucha polémica. Tanto allí como en Pekín muchas mujeres se lo han cortado. Y aquí ni se habla de ello. Sería bueno que vosotras, las mujeres, dierais vuestra opinión. En la revista

estaríamos encantados de publicarla.

Qin sonrió. Sus inmensos ojos brillaban mientras miraba a Juehui.

—Estos últimos días lo hemos comentado mucho en la escuela. La mayoría de las chicas estamos a favor del pelo corto, pero dos o tres compañeras que estaban decididas a cortárselo no se han atrevido por miedo. Ninguna ha tenido suficiente coraje. Xu Qianru también estaba decidida, pero todavía no se lo ha cortado. No es fácil ser la primera.

—¿Y tú? —le preguntó Juehui.

Qin miró a su madre, que sonreía con los ojos entrecerrados sin escuchar lo que decían, como de costumbre.

—¿Yo? Ya lo veremos —dijo esbozando una sonrisa.

—¿Y el artículo? —insistió Juehui.

Tras pensarlo un instante, respondió:

—De acuerdo, lo escribiré... Quiero demostrar todas las ventajas de llevar el pelo corto: higiénicas, laborales, de ahorro de tiempo, y su contribución a disminuir la discriminación de la mujer en nuestra sociedad. Todo eso hay que explicarlo. Pero no sé si vuestra revista estará de acuerdo con mis puntos de vista. Si no lo está, no hace falta que lo escriba.

Juehui, muy contento, contestó de inmediato:

—¡Está completamente de acuerdo! Escríbelo y lo publicaremos en el próximo número.

Qin le preguntó a Juemin:

—¿Cuándo empezarán las actividades de final de curso?

—Probablemente las anularán, nadie quiere hacerlas —contestó este—. El esfuerzo que hemos hecho ensayando *La isla del tesoro* habrá sido en vano... Es una lástima. Con el miedo que teníamos el hermano tercero y yo a subir al escenario con aquellos

vestidos occidentales que no sabíamos llevar...

—Y no solo la obra, probablemente tampoco abrirán la matrícula para chicas, el curso está a punto de terminar y ni se habla de ello. El director no ha dicho nada más, es un bocazas — exclamó Juehui indignado.

Juemin lo miró disgustado por habérselo dicho a Qin. La chica palideció y preguntó preocupada a Juemin: —¿Es cierto?

Deseaba que no lo fuera. Juemin no se atrevía a mirarla, le daba pena.

—Aún no se sabe nada. No es fácil poner en marcha algo así, se necesita mucho arrojo. —Y añadió para consolarla—: En realidad, prima, nuestra escuela no es tan buena, no será una gran desgracia que no puede entrar. Te aconsejo que, si puedes, acabes los estudios en Shanghai o Pekín; cuando vuelvas quizás hayan abierto la matrícula para chicas.

Ni él mismo sabía cómo iban a acabar las cosas. Qin no dijo nada. Necesitaría mucho coraje para vencer todos los obstáculos que encontraba en el camino que se había trazado.

Tres días después de aquella conversación, Qin escribió el artículo, un buen texto presentado con una caligrafía impecable sobre un papel de un blanco inmaculado. Juehui se lo llevó a la redacción como si fuera un tesoro y el artículo salió publicado en el quinto número de la revista, acompañado de unos comentarios que redactó él mismo. En el sexto número se publicó un artículo de Xu Qianru sobre el mismo tema. Más de una veintena de chicas escribieron cartas de adhesión y en poco tiempo la cuestión del pelo corto adquirió un gran eco.

Xu Qianru predicó con el ejemplo y fue la primera en cortárselo. Una mañana Qin llegó al patio de la escuela, donde había un grupo de chicas charlando bajo un árbol. Al acercarse vio

la hermosa forma de la cabeza de Xu y su nuca, blanca como la nieve, emergiendo del cuello del vestido. Llevaba una melena corta, recogida detrás de las orejas. Aquel nuevo peinado la convertía en la más encantadora y elegante del grupo. Aunque Qin había defendido a capa y espada el corte de pelo en las chicas, en el fondo no estaba demasiado convencida de que quedara bien en las mujeres, pero cuando vio a Qianru se disiparon todos sus temores, y a la vez se sintió insignificante junto a ella. La miraba con una mezcla de envidia y admiración, y se puso a hablar con ella, orgullosa de ser su amiga.

—¿Cómo te has cortado la trenza? —le preguntó.

Qianru la miró sonriendo y, esbozando con los dedos el gesto de cortar, contestó: —Unas tijeras, unas manos y ¡fuera trenza!

—No me creo que sea tan fácil —replicó una compañera—. ¿Quién te lo ha hecho?

—¿Quién creéis que ha sido? Pues mi aya. En casa no hay nadie más que ella; además de mi padre, que jamás lo haría.

—¿El aya? ¿Y estaba de acuerdo? —preguntó Qin extrañada.

—¿Por qué no? Yo quería, y ella lo hizo. Siempre me hace caso. Mi padre no se opuso y, aunque se hubiera opuesto, habría sido inútil. Cuando quiero hacer una cosa la hago y nadie puede impedírmelo —dijo, tajante.

—¡Bien dicho! ¡Mañana me lo corto yo! —exclamó ruborizándose una chica del grupo.

—Eres muy valiente Wen —le dijo Qianru. Y, mirando a las demás chicas, preguntó riendo—: ¿Alguna más se atreve?

—¡Yo!

Era la voz aguda de una chica que estaba acercándose al grupo, una compañera muy activa, de las mayores de la escuela, a quien habían puesto el mote de «la vieja señorita».

Qianru se dirigió a Qin.

—Yunhua, ¿y tú qué?

Qin se puso colorada y bajó la mirada sin responder. No podía reconocer que no era lo bastante valiente para cortarse el pelo.

—Yunhua, ya sé que tus circunstancias son complicadas.

Qin no sabía si se estaba burlando de ella o si le mostraba comprensión.

—En tu ilustre familia solo se recita poesía, se hacen trabalenguas, se juega al *mahjong* y cosas por el estilo. Que vayas a la escuela ya es excepcional, y si encima te quisieras cortar el pelo, pondrían el grito en el cielo. Son demasiado tradicionales.

Las otras chicas lo celebraron con carcajadas y Qin, humillada, dejó el grupo con los ojos llenos de lágrimas.

—Se necesita mucho valor para cortarse el pelo —prosiguió Qianru—. Hace un momento, cuando venía hacia aquí, un grupo de estudiantes, como si fueran unos *duo shen*,³³ me perseguían llamándome «pequeña monja budista», «culo de pato» y otras tonterías. Yo continuaba andando como si nada. Al salir de casa, el aya me ha aconsejado que fuera en palanquín, pero yo he querido poner a prueba mi coraje. ¿Por qué he de temerles? ¡Yo hago lo que me parece! —Y, apretando los dientes con rabia, continuó diciendo—: ¡Serán cretinos! ¿Cómo es posible que haya personas con tan poco carácter? Todos los hombres son así, no hay ni uno bueno.

—Entonces, ¿tú no te casarás nunca? —le preguntó una compañera riendo.

—¿Yo? Yo no me casaré —contestó con arrogancia—. No soy como vosotras, que pasáis el día y la noche soñando con aquel *heiqi bandeng*³⁴ del que habláis. Mira, esta tiene un hermano mayor, aquella un primo pequeño, la de más allá un hermano

mayor. Rong, ¿te ha escrito ya tu primo?

Rong era la compañera que hacía un momento se había burlado de ella. Furiosas, ella y algunas otras se abalanzaron sobre Qianru, que consiguió zafarse riendo. Iba corriendo hacia clase cuando vio a Qin bajo un sauce. Qianru, que se había quedado intranquila después de lo que le había dicho y quería disculparse, pensó en hacerlo entonces, pero sonó la campana de clase.

En el aula, Xu Qianru y Qin se sentaban en el mismo pupitre. El profesor de literatura china, un hombre de unos cincuenta años que llevaba unas gruesas gafas, explicaba sobre el estrado la obra de Han Yu;¹⁷ las alumnas no le prestaban atención, algunas leían, otras repasaban la lección de inglés, otras cosían o charlaban.

Qin estaba concentrada en la lectura de Han Yu, y Qianru arrancó una hoja de su libreta de ejercicios y la puso delante de Qin después de escribir: *¿Estás enfadada conmigo? Lo he dicho sin pensar, no quería ser cruel contigo. He visto que mis palabras te han herido. Por favor, perdóname.* Qin escribió abajo: *No me has interpretado bien. No estoy enfadada. Al contrario: te admiro y te envidio. Tú tienes coraje y yo no. Conoces mis aspiraciones, pero también mis circunstancias. ¿Qué crees que debo hacer? Yunhua, yo no creo que seas una mujer cobarde. ¿Recuerdas que me dijiste que debíamos luchar contra viento y marea para abrir paso a las que nos siguen? Qianru, ahora me doy cuenta de que no tengo valor. Me he fijado unos objetivos y a medida que me voy acercando a ellos siento pánico. No consigo avanzar con determinación. Hua, ¿no ves que con esta actitud estás cayendo en tu propia trampa? Yo deseo el futuro que me he marcado, pero también quiero a mi madre, y ella todavía está en contra de muchas cosas. Siempre pienso que no debo tener en cuenta sus opiniones ni las de la familia, y que debo hacer lo que yo crea, pero*

lamento hacer sufrir a mi madre. Me crio ella sola, me quiere y me respeta. En cambio, solo obtiene de mí las burlas de los demás y las críticas de la familia. Son golpes demasiado fuertes, temo que no pueda resistirlos. Creo que prefiero sacrificar mi futuro. Hua, ¿no te das cuenta de que un sacrificio de este tipo no tiene ningún sentido? No podemos hacerlo por una persona, debemos hacerlo por la generación que nos sigue. Si ahora luchamos por ellas, tendrán un futuro digno, este es el único sacrificio que tiene sentido. Los caracteres ilegibles de Qianru traslucían su vehemencia. Ya habían llenado dos páginas.

Qian, en esto somos muy diferentes. Tú sometes los sentimientos a la razón y yo, a menudo, someto la razón a los sentimientos. No puedo rebatir tus argumentos. Cuando pienso en mi madre desfallezco y pienso que es mejor sacrificarme por la tranquilidad de una persona que me quiere y a la que yo quiero que no por el futuro de esas chicas. ¿Lo dices de verdad? Si tu madre te quisiera casar con un comerciante analfabeto o con un burócrata maduro o con el hijo tonto de una familia rica, ¿acaso no te opondrías a ello? ¿Serías capaz de hacer un sacrificio así por ella? Respóndeme. ¡No contestes con evasivas! Qianru seguía escribiendo con aquella caligrafía infernal.

Qian, no me hagas estas preguntas, te lo ruego. Había dos manchas húmedas en la página.

Hua, insisto: sé que tú y tu primo segundo os gustáis. Imagina que hubierais hablado de casaros y que él fuera el hijo pequeño de una familia pobre, y que el hijo de una familia rica le pidiera tu mano a tu madre. Si tu madre te dijera: «Yo te he criado con penas y privaciones, esperaba que tuvieras un buen matrimonio para quedarme tranquila, pero si me desobedeces y acabas en una familia pobre, ya no eres mi hija», ¿qué harías? ¿Tiene derecho

una madre a pedir un sacrificio así? No, no lo tiene. Hace poco me contaste la historia de tu primo mayor y Mei; en su caso, ¿también te conformarías?, ¿te gustaría desperdiciar inútilmente tu vida como ha hecho ella? Qianru añadió seis o siete signos de interrogación finales a la última pregunta.

Qian, no me martirices con este interrogatorio, te lo suplico, estoy muy confundida. Deja que lo piense con calma. Hua, ¿aún no has abierto los ojos? No puedes rehuir estas cuestiones. Me parece que pasas demasiado tiempo en casa de tus parientes y te contagias de sus anticuadas tradiciones. Si no decides romper con todo eso, pronto acabarás como la prima Mei. Esta vez Qin no contestó. Qianru vio que tenía los ojos llorosos. Compadecida, le tomó una mano temblorosa y se la apretó con fuerza. La habría abrazado si no hubiesen estado en clase. Miró hacia el estrado y, aprovechando que el viejo profesor de literatura estaba de espaldas escribiendo en la pizarra, se acercó a Qin y le dijo al oído: —Yunhua, quizá te he presionado demasiado, pero es que quiero que seas una mujer valiente, no me gustaría que siguieras los pasos de Mei. Lucha con fuerza y al final encontrarás la recompensa. Sería muy triste que te quedaras atrás, lo lamentarías toda la vida.

La clase terminó al cabo de un momento. Qianru y Qin, en la puerta del aula, dejaron paso al profesor, que miró horrorizado la cabeza de Qianru y salió a toda prisa como si hubiera visto al diablo. Qianru lo siguió por el pasillo con la cabeza bien alta y una sonrisa irónica.

Fueron al patio a charlar hasta la hora de la cuarta clase, ya que el profesor de la tercera no había ido. Por la tarde, cuando ya se iban a casa, Wen y «la vieja señorita» les pidieron que se quedasen para que Qianru les cortara el pelo. Una docena de

chicas se reunieron en el dormitorio de Wen y cerraron la puerta. Esta se sentó delante de la ventana y las tijeras le cortaron la trenza en un abrir y cerrar de ojos. Qianru iba repasando el corte hasta que la chica, mirándose al espejo, le dijo que ya era suficiente. «La vieja señorita» no fue tan exigente y Qianru acabó enseguida de cortarle el pelo. De repente, se oyeron unos golpecillos en la puerta; era la contraseña que avisaba que la vigilante de los dormitorios se acercaba. Las chicas se dispersaron antes de que llegara.

De vuelta a casa, Qin notaba que la gente las miraba. Como si ella también se hubiera cortado la trenza, se exponía al desprecio y la humillación de los hombres que las seguían. Sentía el rostro encendido, no se atrevía a levantar los ojos ni a hablar con Qianru. Al llegar al cruce donde debían separarse, Qin le pidió que la acompañara a su casa, ya que quería ver la reacción de su madre y que Qianru la convenciera para que le diera permiso para cortarse el pelo.

La tía Zhang no hizo ningún comentario, pero por su expresión Qin se dio cuenta de que no le gustaba en absoluto. Por la noche, cuando Qianru se hubo marchado, la tía Zhang dijo: —¡Una chica tan encantadora y se dedica a esas modernidades! No parece ni una chica ni una monja budista. Ha perdido toda su feminidad, y eso que es graciosa. Es una lástima que su madre muriera tan joven; nadie se ha dedicado a ella, hace lo que le apetece, no sé qué será de ella el día de mañana. Realmente es una pena.

Suspiró, convencida de que el mundo iba a peor. Con los ojos entrecerrados recordaba los tiempos pasados hasta que se fijó en Qin, que permanecía allí con un gesto impaciente, y le preguntó extrañada: —Qin, ¿qué te ocurre?

—Madre, quiero cortarme el pelo como Qianru —consiguió

decirle con la cabeza agachada.

—¿Qué dices? ¿Que quieres hacer como Qianru? ¿Quieres que todo el mundo se burle de mí por no haberte educado bien? —exclamó la tía Zhang, aturdida, como si la hubieran golpeado. No se podía creer lo que había oído.

—¿Qué tiene de malo cortarse el pelo como Qianru? —preguntó Qin en un arrebató—. En la escuela hay muchas chicas que lo han hecho. El pelo corto es mucho más cómodo y bonito; tiene muchas ventajas llevarlo así.

La madre, agitando las manos, la interrumpió:

—No quiero oír tus razonamientos ni tus martingalas. Hoy me pides esto, mañana lo otro... Debo contarte algo: hace unos días vino la tía Qian como casamentera para hablarme de un joven de la familia de su marido, rico, de buen ver, aunque no muy cultivado. El matrimonio con él sería muy ventajoso, desde luego. Pues bien, a pesar de la insistencia de la tía Qian, decliné la proposición, agradeciéndosela, porque sabía que tú no estarías de acuerdo. Le dije que todavía eras muy joven, que solo te tenía a ti y que prefería dejar pasar unos años. Aunque, pensándolo bien, creo que lo mejor sería que te casaras pronto para evitar que empieces a hacer extravagancias y tengas tan mala fama que luego no te quiera nadie.

«Rico», «de buen ver», «no muy cultivado», «lo mejor sería que te casaras pronto»... Aquellas palabras mortificaron a Qin. Ante sus ojos apareció un camino largo, muy largo, lleno de cadáveres de mujeres jóvenes. El camino venía de muy lejos en el tiempo. El suelo estaba empapado de la sangre y las lágrimas de aquellas mujeres, maniatadas y conducidas hasta allí para ser devoradas por bestias salvajes. Algunas todavía no estaban muertas y pedían auxilio, pero acababan muriendo. ¡Cuánto

sufrimiento había en aquel camino! ¿Las chicas de ahora y del futuro continuarían entregando su juventud, agotando sus lágrimas, vomitando su sangre? ¿Acaso las mujeres eran juguetes de los hombres? Se dio cuenta de que ella ya estaba en aquel camino y rompió a llorar amargamente.

—Qin, ¿qué te pasa?

La tía Zhang, sobresaltada, corrió a su lado para abrazarla.

Sin dejar de llorar, Qin se deshizo de los brazos de su madre, balbuceando: —Yo no quiero seguir este camino. Quiero ser como los hombres. Quiero ir por un camino nuevo, por un camino nuevo...

LA misma noche que Qin lloraba de rabia y de impotencia en su casa, Mingfeng, en la de los Gao, fue reclamada por la señora para que acudiera a su habitación.

A la tenue luz del candil apenas le veía la cara a la señora. Mingfeng no sabía qué quería decirle, pero intuía que no era nada bueno: aquella tarde la vieja señora Feng había ido a visitar al abuelo y a la concubina Chen. Temblaba de pies a cabeza delante de la señora, y el rostro empolvado y rechoncho de esta, iluminado de aquel modo, le daba un poco de miedo.

—Mingfeng, ya hace demasiados años que trabajas en casa —dijo pausadamente la madrastra Zhou—. Supongo que ya tienes ganas de marcharte. Hoy he hablado con el abuelo y me ha dicho que tiene la intención de enviarte a casa de la familia Feng a hacer de «pequeña»³⁵ del abuelo Feng. Irás a principios del mes que viene, es una buena fecha. Hoy es 28, aún quedan tres días. A partir de mañana no te ocupes de nada más, descansa los dos días que quedan. Allí servirás al señor y la señora Feng. Dicen que él es un poco especial y que ella tampoco tiene muy buen carácter. Pase lo que pase, no les hagas enfadar. Tienen hijos y nietos, trátalos a todos con respeto. Los años que has estado con nosotros no han estado suficientemente recompensados, pero te he concertado un matrimonio y así me quedo tranquila. Los Feng son muy ricos, si te comportas como es debido no te faltará de nada, como a Xier de la quinta señora. Me has servido muy bien y no he sido demasiado generosa contigo, así que mañana ordenaré que te traigan un par de vestidos bonitos y te daré algunas joyas.

El llanto de Mingfeng interrumpió las palabras de la señora, que se le iban clavando como puñales en el corazón. Sus esperanzas acababan de morir. La separaban de su amado, que esperaba que la salvaría. Si su destino era servir a un viejo amargado que no tendría piedad de ella, su vida en casa de los Feng estaba condenada: llantos, improperios, trabajo duro y su cuerpo atropellado por un anciano rijoso. Hacer de concubina, ¡qué vergüenza! Entre las criadas acostumbraban a insultarse así y de pronto se veía convertida en una de ellas. Le pagaban los ocho años de sufrimiento en casa de los Gao mandándola allí para ser ultrajada. Le arrebataban a su amor. Aquel rostro amado desaparecía de sus ojos y se le aparecían otros rostros de cruel sonrisa. Se cubrió la cara con las manos, despavorida. Una voz le decía: «Todo está predeterminado, no puedes cambiarlo».

La señora, que la miraba conmovida, sin entender la causa de sus lágrimas, le preguntó afectuosamente: —Mingfeng, ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras?

—Señora, ¡yo no quiero irme! —respondió entre sollozos—. Prefiero quedarme aquí de criada toda la vida, sirviéndola a usted, a la señorita, a los amos jóvenes... Señora, le ruego que no deje que me marche, aún no he estado lo suficiente en la casa. Solo han sido ocho años, aún soy muy joven; por favor, no permita que me lleven.

La madrastra Zhou, que raramente se dejaba llevar por los instintos maternos, dijo con dulzura: —Ya me temía que no querrías. El matrimonio Feng es demasiado mayor, podrías ser su nieta. Pero es que el abuelo quiere y yo debo obedecer. En cualquier caso, si te portas bien con el abuelo Feng no tendrás ningún problema, y es mucho mejor que casarte con un hombre pobre.

—Señora, prefiero pasar hambre y frío que ir a hacer de... — Sintió que le flaqueaban las fuerzas y cayó de rodillas, aferrándose a las piernas de la madrastra—. Señora, se lo ruego, no deje que me marche, yo quiero quedarme aquí el resto de mi vida como criada. Yo quiero servirla toda la vida, ¡soy demasiado joven! Azóteme y gríteme, pero no deje que me lleven a casa de los Feng. Tengo miedo de lo que me espera. Señora, tenga un poco de misericordia, tenga compasión... Señora, ¡no puedo irme!

El dolor le impedía seguir hablando. No paraba de llorar. La madrastra Zhou estaba muy afectada al ver a aquella chica tan desesperada, aferrada a sus piernas, completamente deshecha. Acariciándole la cabeza le dijo: —Ya sé que eres demasiado joven, la verdad es que yo tampoco deseo que vayas a casa de los Feng, pero es la voluntad del abuelo. Cuando dice algo hay que obedecerlo y yo soy su nuera, ¿cómo quieres que lo desobedezca? No podemos evitarlo de ningún modo, debes irte. En casa de los Feng estarás bien. No temas, las personas buenas siempre reciben un buen trato. Vete a dormir.

Mingfeng seguía abrazando con fuerza las piernas de la señora, como si fueran su tabla de salvación.

—Señora, ¿está segura de que no puede hacer nada? ¿No tiene compasión de mí? Sálveme, prefiero morir antes que ir allí. —Levantó la cabeza y, mirando a la señora a los ojos, le tiró de las manos mientras imploraba—: Señora, sálveme.

La madrastra Zhou, moviendo la cabeza, contestó:

—Ya no hay nada que hacer, debo obedecer al abuelo. Vete, debes descansar.

Le soltó la mano y Mingfeng se quedó unos segundos con la mirada extraviada. La habitación estaba sumida en la penumbra. Al fin, esforzándose por contener el llanto y secándose la cara con

los bajos de la camisa, dijo con resignación: —Señora, ya la he oído...

Iba a añadir algo, pero la madrastra Zhou la interrumpió: —Bien, como ya veo que me obedecerás, me quedo tranquila.

Mingfeng sabía que era inútil permanecer allí, la señora ya tenía bastante.

—Señora, me voy a dormir —resolló.

Salió de la habitación despacio. Se apretaba con fuerza el pecho por miedo a que le estallara el corazón. La señora suspiraba mientras la veía alejarse, lo sentía porque le tenía aprecio, pero no podía hacer nada por ella. Al cabo de una hora, la madrastra Zhou ya no recordaría nada de lo sucedido.

Mingfeng estaba en el patio a oscuras. Miró hacia la débil claridad que salía de la habitación de Juehui. Quería volver a su aposento, pero aquella lucecita la tentó y encaminó sus pasos a la ventana de Juehui. Los cristales estaban cubiertos por las cortinas de gasa blanca y la luz que se filtraba por los pequeños orificios del bordado proyectaba en el suelo delicados dibujos. Empezó a fantasear. Figuras masculinas y femeninas, elegantes y bien vestidas, pasaban delante de ella, la miraban con desprecio y seguían su camino. De pronto su amado surgió entre ellas y se la quedó mirando amorosamente. Cuando parecía que iba a decirle algo, los que iban detrás de él lo apremiaron y se fue con ellos.

Mingfeng se acercó a la ventana y se puso de puntillas para mirar dentro, pero la ventana era demasiado alta. Sin quererlo, dio un golpecito en el marco de la ventana. Alguien tosió en la habitación, Juehui todavía estaba despierto. Deseó que se acercara a la ventana y se diera cuenta de su presencia, pero solo se oía el sonido del pincel sobre el papel. Golpeó suavemente un par de veces el marco y le pareció que se movía una silla, pero el

pincel retomó su canción. Era inútil continuar llamando; si lo llamaba con más fuerza, podía despertar a Juemin. Aun así, se atrevió a dar tres golpecitos más y a continuación susurró: «Tercer amo joven». Se alejó unos pasos de la ventana, convencida de que él la había oído. Nada, el pincel continuaba su incansable actividad.

Al cabo de un rato oyó la voz de Juehui diciéndose a sí mismo: «¿Ya han dado las dos? Mañana tengo clase a las ocho». Y continuó escribiendo.

Mingfeng se dio cuenta de que no serviría de nada volver a llamar, él no la oiría, aunque no se lo reprochaba, al contrario, lo amaba aún más. Las dos frases que él había pronunciado eran una dulce música para Mingfeng. Lo imaginaba escribiendo, vivaz y entusiasmado como siempre. Pensó que se merecía una mujer que lo quisiera, que estuviera a su lado y lo respetara. Estaba segura de que nadie podría amarlo como ella, que haría cualquier sacrificio por él, pero también era consciente de que entre ellos se alzaba un obstáculo insalvable y que dentro de tres días la enviarían a casa de la familia Feng; una vez allí, no volvería a verle. Él jamás sabría las humillaciones que sufriría ella ni la salvaría. Separarse, separarse para siempre era peor que la muerte. Cuando le había dicho a la madrastra que prefería morir antes que ir a la casa de los Feng, no la amenazaba, simplemente decía lo que pensaba. Recordó que en una ocasión la señorita mayor le había dicho que la muerte era la única salida para las chicas con un destino tan triste.

Un ruidito la sacó de sus pensamientos. Asustada, miró a su alrededor: no había nadie, solo la oscuridad. Le vino a la memoria aquella noche de hacía pocos meses, cuando hablaban en la ventana y Juehui le juró que jamás iría con otra mujer que no

fuera ella. Sintió una punzada en el pecho, los ojos se le llenaron de lágrimas. Habría querido correr hacia él, arrodillarse a sus pies y hablarle del dolor que sentía. Quería ser su criada para siempre, amarle, cuidarle. Se decidió a entrar, pero la luz de la habitación se apagó. Se quedó quieta, en la oscuridad. Abatida, se dirigió al dormitorio de las criadas. Avanzó a tientas hasta que dio con el tirador de la puerta. Dentro de la habitación, la luz mortecina del candil hacía que los cuerpos de las criadas en las camas parecieran cadáveres. Los ronquidos de la gruesa Zhangsao hacían vibrar los tabiques. Mingfeng estaba asustada, así que despabiló el candil para que hubiera más claridad. A medio desvestirse se derrumbó y se dejó caer en el camastro completamente desesperada. Su llanto despertó a la vieja Huangma que, medio dormida, le preguntó: —¿Por qué lloras Mingfeng?

Mingfeng no contestó, no podía. Huangma intentó consolarla con un par de frases amables y volvió a dormirse, dejándola sola, con su llanto, hasta que también ella se durmió.

A partir de aquella noche, Mingfeng no volvió a ser la misma. Ya no sonreía, estaba malhumorada y se mostraba esquiva con todos los habitantes de la casa. Cuando se topaba con alguien le parecía adivinar cierto desprecio en cómo la miraban. Los demás criados hablaban de ella y la llamaban «concubina» y «pequeña» cuando pasaba por delante de ellos. Incluso los señores empezaron a hacer comentarios. Oyó que el quinto tío decía: —Es una chica tan bonita... ¡Qué horror mandarla de concubina de un viejo!

En la cocina, la gruesa Zhangsao comentó con desdén: — ¡Caramba! Tan joven y concubina... Yo no lo haría por muy rico que fuera el viejo.

Todo eran comentarios maliciosos. Mingfeng apenas se atrevía

a moverse por la casa. Excepto durante las comidas, apenas salía de su cuarto. Si podía, se refugiaba en el jardín. A veces Waner, Qianer o Xier iban a buscarla para charlar un rato con ella, pero estaban tan ocupadas que podían quedarse muy poco. También se le acercó la vieja Huangma para decirle algo amable, pero Mingfeng, con una excusa cualquiera, no dejó que terminara y se marchó de su lado. Le daba miedo que empezara a sermonearla sobre cómo debía comportarse y sobre la aceptación de los designios del destino.

Mingfeng esperaba la oportunidad de encontrarse con Juehui en algún momento de los dos días que le quedaban en la casa para poder explicarle su situación, pero últimamente Juehui y su hermano parecían más ocupados que nunca. Se iban a la escuela muy temprano y no volvían hasta el mediodía, almorzaban y volvían a irse enseguida y no regresaban hasta las nueve o las diez de la noche. Entonces se encerraban en su habitación a leer o escribir. Si se tropezaba con Juehui, la miraba con cariño y le sonreía, pero no le decía nada. Ella sabía que estaba muy atareado y no se lo reprochaba, pero solo tenía dos días para explicárselo todo, muy poco tiempo. Debía hablar con él y saber qué pensaba, debía hablar con él como fuera. Juehui no iba al jardín, y en las comidas se levantaba de la mesa en cuanto terminaba. Por la noche ya era demasiado tarde.

Llegó el día 31. Juehui aún no se había enterado de nada, ya que en los últimos días había pasado muchas horas fuera de casa por unos problemas con la revista, y en casa estaba tan abstraído leyendo y escribiendo que casi no trataba con nadie. Para él, era el último día del mes; para Mingfeng, era el último de su vida. Su destino estaba decidido. Solo le quedaba una remota esperanza de que él la salvara. Aunque él le había dicho que se casarían, ella

sabía que toda la familia se opondría. No obstante, quería engañarse, se negaba a abandonar la esperanza, no podía ser que tuviera que tomar la senda de la destrucción. Todavía esperaba poder verle aquel día: Juehui volvió a las nueve de la noche, Mingfeng corrió a su ventana y oyó la voz del hermano segundo; estaba indecisa, no se atrevía a llamar a la ventana, pero debía hacerlo: era su última oportunidad, si no lo hacía, no volvería a verlo nunca más.

Se oyeron unos pasos dentro de la habitación, alguien salía. Mingfeng se escondió en un rincón de la galería. La sombra de Juemin se alejaba. Se apresuró a entrar en los aposentos de los dos hermanos. Juehui estaba tan enfrascado escribiendo que ni siquiera levantó la cabeza cuando oyó que alguien entraba. Mingfeng se acercó al escritorio y le dijo con voz temblorosa: —Tercer amo joven...

—Mingfeng, ¿eres tú? —Juehui la miró sorprendido con una sonrisa en los labios—. ¿Qué pasa?

—Quería verte... —dijo ella mientras escudriñaba aquel rostro que le sonreía.

Juehui la interrumpió:

—Te extraña que no te haya dicho nada estos últimos días, ¿verdad? Piensas que no te he hecho demasiado caso. No te preocupes. He estado muy ocupado, tenía que estudiar, escribir artículos, revisar originales... —Y, señalando una montaña de papeles que tenía delante, continuó—: Trabajo como una hormiga. Dentro de un par de días lo habré terminado todo y podremos charlar.

—Dentro de un par de días... —repitió, desesperada. Y como si no lo hubiera entendido, preguntó—: ¿Dentro de un par de días?

—Sí —respondió Juehui, riendo—, entonces ya habré

terminado. Espera dos días más y podremos hablar tanto como queramos.

Agachó la cabeza y continuó escribiendo.

—Tercer amo joven, tengo que decirte algo —dijo reprimiendo las lágrimas.

—Mingfeng, ¿no ves que estoy muy ocupado? —La miró y, al ver que tenía los ojos llorosos, le tomó una mano y dijo arrepentido—: ¿Te he molestado? No te enfades. —Por un momento pensó en dejar lo que estaba haciendo y salir a pasear con ella por el jardín, pero debía entregar el artículo al día siguiente. Lo pensó mejor y le dijo—: No te preocupes, en un par de días hablaremos con calma y seguro que podré ayudarte. Ya te buscaré, ahora deja que acabe lo que estoy haciendo.

Le soltó la mano. La mirada de Mingfeng era de desesperación, pero él no podía ni imaginar el motivo. Conmovido, se levantó, le agarró la cara con las dos manos y le besó tiernamente los labios. Luego se volvió a sentar y continuó trabajando, pero el corazón le latía con fuerza: era su primer beso.

Mingfeng se quedó tan azorada que no sabía lo que hacía. Con las yemas de los dedos se acarició con suma delicadeza los labios que él había besado por primera vez. Tras unos instantes, repitió maquinalmente: —En un par de días...

Se oyó un ruido fuera. Juehui, sin levantar la cabeza, dijo: —Vete, que viene mi hermano.

Como si despertara bruscamente de un sueño, Mingfeng, con la voz quebrada por el llanto, exclamó: —¡Tercer amo joven!

Juehui levantó la cabeza y solo pudo ver la sombra de Mingfeng saliendo de la habitación.

—¡Qué raras son las mujeres! —dijo en voz baja.

Juemin entró y le preguntó:

—¿Era Mingfeng? —Juehui asintió con un monosílabo, sin dejar de escribir—. No parece una criada. Es inteligente, bonita, sabe leer y escribir. Qué pena...

—¿Qué dices? ¿Te da pena? —preguntó Juehui sorprendido, dejando el pincel.

—¿No lo sabes? Mingfeng se casa.

—¿Que Mingfeng se casa? ¡No me lo creo! Es muy joven.

—El abuelo la ha entregado como concubina a Feng Leshan.

—¿Feng Leshan? ¡No me lo puedo creer! ¿No pertenece a la Sociedad Confuciana? ¿Tiene sesenta años y toma una concubina?

—¿No te acuerdas de que el año pasado nombraron a Xue Yueqiu el mejor actor de papeles femeninos de ópera de Pekín y en la revista de los estudiantes lo pusieron verde? Esos tipos hacen lo que les da la gana, son los dueños de la ciudad. Y mañana es el día de la boda. La compadezco. ¡Solo tiene dieciséis años!

—¿Por qué no me he enterado antes? Alguna cosa había oído, pero no había dado crédito.

Salió de la habitación con las manos en la cabeza y todo el cuerpo temblándole. «¡Mañana! ¡Casada! ¡Concubina! ¡Feng Leshan!» El cerebro estaba a punto de estallarle. Se sintió envuelto en la oscuridad más absoluta y rodeado de una calma desconocida, como si todo estuviera muerto. Perplejo, se golpeaba el pecho, y ni siquiera así conseguía serenarse. De pronto se daba cuenta de que ella había ido a su habitación a pedirle ayuda, porque creía en su amor, porque lo amaba. Y él, ¿qué había hecho? Nada. No le había prestado ayuda, ni siquiera había mostrado compasión o amistad, sino que la había echado. Ella se había ido para siempre. Al día siguiente por la mañana aquel viejo se la llevaría, ella se desesperaría por su juventud desbaratada y lo maldeciría por haberla enviado a la boca del

lobo. Estaba horrorizado, no podía soportar aquella idea. Debía ir a buscarla y pedirle perdón. Se dirigió al dormitorio de las criadas, que estaba a oscuras. La llamó y nadie contestó. Quizá dormía. No se atrevía a llamar en voz más alta para no despertar a las demás. Volvió a su habitación pero, como no lograba calmarse, salió de nuevo. Fue por segunda vez a la habitación de Mingfeng y entró sin hacer ruido, solo se oían ronquidos. Fue al jardín, se adentró en el bosquecillo de ciruelos y la llamó sin obtener respuesta. Al final, desesperado, regresó a su habitación y la cabeza empezó a darle vueltas.

Cuando Mingfeng salió de la habitación de Juehui sabía que todo estaba perdido. Aun así, lo amaba más que nunca. Los labios le ardían. Jamás volvería a verlo, les esperaban interminables años de amargura, ¿merecía la pena seguir en el mundo? Fue hacia el jardín y, con gran esfuerzo, llegó adonde se había propuesto: la orilla del lago. El agua era negra, solo se oía el ruidito de los peces. Se quedó de pie, recordando cada uno de los momentos vividos con Juehui. Con la vista acostumbrada a la oscuridad, pudo ir distinguiendo lo que la rodeaba, cada planta, cada árbol, todo era de una belleza extraordinaria. Debía despedirse de todo ello.

En casa todos dormían. Dormían, pero estaban vivos, mientras que ella estaba a punto de morir. Recordaba los siete años de humillaciones y lágrimas. Y ahora iba a enterrarse viva. No había gozado de la vida y tenía que despedirse del mundo. Al día siguiente todos tendrían un mañana, pero el suyo era oscuro como la noche, de una oscuridad infinita: su vida no tendría un mañana. Los pájaros piarían, la sombra de las ramas de los árboles dibujaría perlas de luz sobre el lago, pero ella ya no podría ver aquel paisaje tan amado. Jamás había hecho daño a nadie, era como las otras chicas: bonita, tenía buen corazón, buena salud,

¿por qué la pisoteaban y la herían? Había encajado los maltratos sin quejarse. Había encontrado el consuelo, la ternura y el amor de un joven, su amado héroe, pero aquel amor no podía salvarla, solo le había permitido tener sueños que ahora se hundirían en aquellas aguas profundas. Se miró el cuerpo limpio y puro, aquel cuerpo que querían llevar a la deshonra. No podría soportar que alguien lo acariciara. La decisión estaba tomada, no había vuelta atrás. Contempló el lago: su cuerpo se adentraría en al agua plácida y cristalina, era un buen lugar para que su cuerpo descansara; muerto pero puro.

Cuando estaba a punto de lanzarse, algo la detuvo. No podía morir así, quería verlo una vez más. Quizá si se lo contaba todo, él encontraría el modo de salvarla. Aún sentía la dulzura de su beso en los labios y recordaba su rostro sonriéndole. Lo amaba tanto que no podía perderlo, era lo único que tenía. ¿Acaso no tenía derecho a ser feliz? Los pensamientos le daban vueltas y más vueltas. Se imaginó un grupo de chicas ricas de su edad que jugaban y reían. Y ella, que iba a perder la vida sin que nadie vertiera una sola lágrima ni le dijera una palabra de consuelo, moriría sola, y en la casa su muerte no supondría ningún problema, al cabo de un tiempo sería como si no hubiera existido jamás.

¿Tan poco valgo? La invadió la más inmensa de las amarguras. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Desfallecida, se sentó en el suelo. Le pareció oír la voz de Juehui llamándola y aguzó el oído: no era sino el silencio. No debía pensar más en ello: él no iría a su encuentro, siempre los separaría aquel muro. Juehui pertenecía a otra clase, tenía su propio futuro, sus cosas. Mingfeng no podía oponerse, no podía obligarlo a que se quedara a su lado para siempre. La vida de él valía mucho más que la suya, Mingfeng

debía desaparecer de la vida de Juehui.

Una fuerte punzada le hizo llevarse las manos al pecho. Aún pensaba en él. Una sonrisa amarga se le dibujó en los labios. Se levantó y, con una voz muy dulce, murmuró: —Tercer amo joven, Juehui...

A continuación, se arrojó al lago.

El ruido del cuerpo al chocar contra la superficie interrumpió el silencio de la noche. Las aguas se agitaron por un momento. Unos lamentos casi imperceptibles se diluyeron en la oscuridad. Poco a poco, el lago recuperó su quietud habitual. Todo el jardín parecía llorar quedamente.

JUEHUI acabó el artículo a tiempo pero estuvo en vela toda la noche. No se durmió hasta que rompió el alba, y Juemin intentó despertarle un par de veces para ir a la escuela pasadas las diez.

En clase de inglés, el profesor Zhu leía un fragmento de *Resurrección*. Los alumnos escuchaban con atención y preparaban las respuestas a las preguntas que planteaba el profesor, pero Juehui estaba distraído, no podía dejar de pensar en Mingfeng, y cuando memoraba lo ocurrido el corazón le latía con fuerza. Tras meditarlo durante toda la noche, había tomado una dolorosa decisión: renunciar a la chica. Le movían dos motivos: por un lado, su voluntad de dedicarse en cuerpo y alma a la defensa de las ideas progresistas y, por otro, sus prejuicios burgueses.

De vuelta a casa le asaltaban pensamientos contradictorios. Tenía mala cara. Juemin sabía que estaba preocupado, pero no le preguntó nada. Cuando llegaron había un palanquín de la familia Feng en la segunda puerta, con dos criados aguardando. Unos llantos apagados que salían del palanquín mortificaron a Juehui.

El palanquín se alejó y en el patio solo quedaron los criados y los portadores de la casa hablando a voces. Gaozhong, rojo de ira, exclamó: —¡Viejo sinvergüenza!

Wende, a su lado, le aconsejó que se callase. Juehui sabía que hablaban de Mingfeng y, sin atreverse a mirarles, entró en casa a paso ligero.

—¿Por qué volvéis tan temprano? —inquirió la voz apagada de Chen Jianyun, que estaba en la galería hablando con Juexin, yendo hacia ellos.

—Ahora solo tenemos una clase por la tarde, porque dentro de pocos días empiezan los exámenes. ¿Te encuentras mejor? —le preguntó amablemente Juemin.

—Sí, gracias, ya estoy bien —respondió.

Los tres se dirigieron a la habitación de los dos hermanos y una vez allí Jianyun se sentó con un profundo suspiro.

—Jianyun, ¿por qué nunca estás contento? —le preguntó Juemin.

Juehui se había puesto a leer un libro sin hacer caso de nada.

—La vida es demasiado triste.

—Jianyun, alegre un poco el espíritu, no puedes estar siempre pensando en cosas tristes.

—Demasiado triste, demasiado triste... —repitió, como si no hubiera oído el consejo de Juemin, y continuó—: Cuando he llegado he visto cómo subía al palanquín, he oído sus llantos, he visto cómo forcejeaba... Al fin y al cabo, es una persona. ¿Cómo pueden entregarla a aquel...?

—¿Estás hablando de Mingfeng? —preguntó Juemin, afligido.

—¿Mingfeng? —dijo Jianyun, extrañado—. Hablo de Waner, el palanquín acaba de llevársela. ¿No la habéis visto?

—¿Waner? ¿Entonces no es Mingfeng quien se casa? —preguntó Juehui, risueño, saltando de la cama.

—Mingfeng... —Jianyun se detuvo después de pronunciar el nombre la chica. Miró a Juehui y, en voz baja, dijo—: Se ha arrojado al lago.

—¿Qué? ¿Mingfeng se ha suicidado?

Juehui, horrorizado, con las manos en la cabeza, empezó a dar vueltas por la habitación.

—Eso dicen. Han sacado el cadáver del lago. Yo no lo he visto.

—Ahora lo entiendo. Como Mingfeng se ha suicidado, el

abuelo la ha sustituido por Waner. Para él un criado no es una persona, sino un simple regalo que tenía que hacer... Jamás hubiera dicho que Mingfeng tuviera tanto temperamento como para hacer algo así —dijo Juemin perplejo.

—Ha sido terrible ver a Waner en el umbral de la entrada —continuó Jianyun—. Creo que prefería seguir el camino de Mingfeng.

—Me cuesta creer que el abuelo sea tan cruel. Una se suicida y envía a otra. ¿Cómo se pueden destruir vidas ajenas de ese modo? —reflexionó Juemin.

—¿Cómo se ha suicidado Mingfeng? —preguntó Juehui fuera de sí, agarrando a Jianyun por la solapa.

Jianyun lo miró atemorizado sin entender aquel arrebató.

—No lo sé, nadie lo sabe. Parece que el viejo Zhao ha visto el cuerpo en el lago y ha ido a buscar ayuda para sacarlo del agua. ¡Qué vida! ¡Qué mundo! ¡Qué triste!

Juehui tenía los ojos fijos en el rostro enfermizo de Jianyun. De repente lo soltó y salió de la habitación.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jianyun, preocupado.

—Ahora empiezo a entenderlo todo —dijo Juemin.

—¡Pues yo no entiendo nada!

Jianyun, discreto como de costumbre, agachó la cabeza.

—¿Aún no te das cuenta de lo que puede hacer el amor?

Se produjo un silencio incómodo. Se oían pasos fuera de la habitación. Al cabo de un buen rato Jianyun levantó la cabeza y murmuró en voz muy baja: —Yo... Ya lo entiendo, ya lo entiendo...

Juemin se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación; luego volvió a sentarse ante el escritorio. Las miradas de los dos jóvenes se encontraron por unos segundos. Jianyun agachó la cabeza otra vez.

—Todo ha sido por amor —dijo Juemin con amargura—. Ahora comprendo lo que había entre el hermano tercero y Mingfeng. Lo sospechaba, pero jamás habría pensado que acabara así. ¡No creía que los sentimientos de Mingfeng fueran tan profundos! ¡Qué horror! Si ella hubiera nacido en una familia rica... —Su expresión se había endurecido—. Esto es el amor. El hermano mayor está muy flaco y muy triste últimamente. ¿Y no es por amor también? Yo creía que el amor trae felicidad, ¿cómo es posible que traiga también desgracia?

A Juemin se le quebraba la voz. Pensó en sí mismo, en el oscuro futuro que le aguardaba, cuyo modelo era la vida de su hermano mayor.

Jianyun ni siquiera se imaginaba el motivo de la congoja de Juemin, suponía que se compadecía de su hermano. También él pensó en su propia vida, más triste que la de los demás. No tenía a nadie a quien contar sus cosas. Llevaba una vida modesta, trataba a la gente con honestidad y, a cambio, solo recibía desprecio y frialdad. Y si alguna vez alguien había demostrado compasión por él, siempre había sido de un modo superficial y pasajero. Vivía aquella existencia sórdida sin quejarse, soportando la indiferencia y el menosprecio. Al ver a Juemin compadeciéndose de su hermano, pensó que podría sincerarse con él y abrirle su corazón, contándole lo que sentía desde hacía un tiempo. Armándose de valor, dijo: —Juemin, quiero hablar contigo. —Se detuvo un momento, pero la mirada cordial de Juemin lo animó a seguir—. La última vez que estuve enfermo no sé por qué razón pensé a menudo en la muerte. Pensaba que sería mejor morir que vivir como vivo, pero me da miedo la muerte. Y eso que sería mejor morir que llevar esta existencia tan solitaria y lastimosa. Nadie lloraría por mí. Solo, siempre solo. Me alegró que vinierais a

visitarme, no sabéis cómo os lo agradezco.

—¿Por qué dices esto ahora? —le preguntó Juemin, avergonzado.

—Quiero hablar de ello. Juemin, si yo hubiera muerto, ¿habrías ido a visitar mi tumba?

—¿Por qué hablas de estas cosas tan tistes? ¿No te das cuenta de que ya tenemos bastante?

Pero Jianyun se frotó los ojos con las manos y continuó: —Yo quiero hablar, necesito contarte mi situación. Ahora solo te tengo a ti para desahogarme. El hermano mayor y el pequeño ya tienen bastante con sus problemas y no quiero molestarlos. Amo a alguien. Sé que es un amor imposible, ella no me querrá nunca, no estoy a su altura. A menudo me digo: «No te hagas ilusiones. ¿Quién va a querer a un hombre como tú? Olvida este amor sin futuro». Pero no puedo dejar de pensar en ella. Cuando oigo su nombre se me desboca el corazón, ver su rostro es como una bendición; en medio de la noche digo su nombre y me siento reconfortado. Pero otras veces pronunciar su nombre me aflige porque aún pienso más en ella y querría ir a su encuentro y contárselo todo, pero no me atrevo. ¿Cómo podría un hombre como yo declararle sus sentimientos? ¿Por qué la quiero? Ella es tan noble y tan pura que no me atrevería a hablarle de amor. Este amor sin esperanza me causa un enorme dolor. No la culpo. Ella ni siquiera se lo imagina. Este amor imposible me mortifica día y noche. Cada vez que voy a casa de los Wang miro si está, a veces está allí, sueño que estoy en la habitación con ella, a su lado, viendo cómo se mueve. ¡Qué delicia cuando estoy dando clase y oigo su tos o la oigo hablar! Tengo que hacer un esfuerzo para continuar trabajando. Cuando no la oigo me entristezco... Tengo la salud delicada por ella, pero no lo sabe, nadie lo sabe. Y aunque lo

supiera, no me compadecería, no me quiere... Ninguna mujer podría quererme. Soy un pobre hombre. Soy un hombre abandonado por la felicidad. —Juemin no decía nada. Jianyun sacó un pañuelo para secarse las lágrimas y continuó—: Juemin, puedes burlarte de mi estupidez y pensar que quién me creo que soy. A veces siento rabia hacia mis padres por tener que vivir en estas circunstancias. Si estuviera en tu lugar... No sabes cuánto te envidio. Daría años de mi vida por encontrarme en tu situación y poder hablar con ella como tú. Cuando caigo enfermo es por su amor, y desearía que ella corriera a mi lado, y susurro su nombre y querría que ella pudiera oírme. Oigo pasos y creo que ha venido. Recuerdo que cuando vinisteis a visitarme creí que ella también venía con vosotros. La mencionasteis durante la conversación y me alegré. Después os marchasteis y volví a quedarme solo, creí que me moría. No sabéis cuánto agradezco vuestra amabilidad. Deseaba preguntaros por ella y que le dierais recuerdos, pero temí que descubrierais mis sentimientos y os burlarais de mí. La segunda vez que me visitasteis y vi su nombre impreso en el artículo de la revista que llevaba Juehui me morí de ganas de pedirle que me la prestara, pero no me atreví a hacerlo. Después me di cuenta de que mi prevención era ridícula, pero entonces no me lo pareció. ¡He leído el artículo tantas veces...! —Se retorció las manos mientras hablaba. Juemin carraspeó—. Ya acabo, no quiero hacerte perder más tiempo con mis tonterías. Sé que la quieres, pero no debes estar celoso de mí. No se puede tener celos de alguien como yo. ¡Te envidio! Deseo que os unáis en matrimonio. Si no llego a verlo, ¿me prometes que iréis los dos a visitar mi tumba? ¡No sabes cuánto te lo agradeceré! ¿Me lo prometes? —preguntó suplicante.

Juemin no podía soportar aquella mirada. Sentía una mezcla

de simpatía y compasión.

—Te lo prometo, te lo prometo.

No se le ocurría otra cosa que decir.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo Jianyun con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa de felicidad.

Aquella promesa significaba un gran consuelo en su miserable existencia. El mundo estaba lleno de luz, felicidad y amor, pero en la sórdida vida de Jianyun solo había lugar para aquella promesa.

TRAS dejar a Jianyun, Juemin salió al jardín, donde sabía que se encontraría a su hermano. Juehui estaba en la orilla del lago, dando largas zancadas. De vez en cuando se detenía, miraba fijamente las tranquilas aguas y después reanudaba las idas y venidas.

—¡Hermano tercero! —lo llamó Juemin desde el bosquecillo de ciruelos. Juehui se paró sin contestar y lo esperó—. ¡Vaya cara tienes! ¿Cómo estás?

Juehui no dijo nada y siguió andando de manera obsesiva. El hermano lo siguió y lo agarró por el brazo.

—Comprendo lo que sientes, pero las cosas han llegado hasta aquí y ya no se puede hacer nada, olvídalo.

—¿Olvidarlo? ¡Jamás! —exclamó Juehui encendido—. Hay cosas que no se pueden olvidar. Hace un buen rato que estoy aquí, mirando las aguas donde se ahogó, intentando encontrar alguna explicación. Tal vez las aguas me aclaren algo. ¡Es espantoso! ¿Cómo pueden estar tan quietas después de haberla engullido? No ha dejado ni rastro, ha desaparecido. Las plantas y los árboles son testigos. No quiero ni pensar en los últimos momentos antes de lanzarse al agua. Soy el culpable de su muerte. Yo, nuestra familia, la sociedad, todos somos sus asesinos.

Juemin le agarró las manos con fuerza.

—Te entiendo y te compadezco. Estos días solo he pensado en mí, en mi futuro, en mis sentimientos. Recuerdo cuando éramos niños y estudiábamos juntos en la habitación y, después, cuando íbamos también juntos a la escuela. Si yo terminaba antes te

esperaba y, si no, tú me esperabas a mí. Luego, en la secundaria, continuó igual. En casa hacíamos los deberes juntos y nos ayudábamos... El último año me he distanciado mucho de ti, pero, aun así, podrías habérmelo contado. Quizás hubiéramos encontrado una solución. Siempre es mejor ser dos que uno, ¿no es eso lo que decíamos antes?

—Sí, yo también lo recuerdo —decía Juehui sollozando—, pero ahora todo ha terminado. No me puedo creer que ella tomara una decisión así. Yo la amaba, pero ¿cómo querías que me casara con ella? Quizá soy demasiado egoísta y por eso la sacrifiqué. Ahora ella está en el fondo del lago, y la pobre Waner, en casa de los Feng. Jamás olvidaré lo que ha pasado. ¿Cómo crees que podré vivir después de todo esto?

De los ojos de Juemin brotaban unas lágrimas como hilillos plateados.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Recuerdas la noche de la Fiesta de los Faroles? —preguntó Juehui desolado—. ¡Qué felices éramos! Parece que fuera ayer. Y ahora, ¿adónde voy a buscarla? Su voz, su rostro, ¿dónde están? Ella pensaba que yo la salvaría, pero la abandoné. Le hice daño. No fui valiente... Antes creía que tú y el hermano mayor no teníais coraje, y ahora descubro que soy como vosotros. Somos hijos de los mismos padres, hemos crecido en la misma familia, ninguno de nosotros es valiente. ¡Me odio!

Tenía un nudo en la garganta que le impedía seguir hablando. Respiraba con dificultad y se sentía febril. Soltó la mano de su hermano y empezó a golpearse el pecho. Juemin intentaba detenerle en vano.

—¡Esto no te lleva a ningún lado! —le dijo Juemin enfurecido.

—¡No puedo continuar viviendo en casa!

Hablaba más para sí que a su hermano. Agachó la cabeza y empezó a retorcerse los dedos.

Juemin no sabía qué decirle. Su mirada iba de Juehui al bosquecillo, de donde venían los graznidos de una garza. Con una sonrisa de ternura y lágrimas en los ojos, le dijo: —Hermano tercero, ¿por qué no confías en mí como antes? Hablábamos de todo, compartíamos las penas y las alegrías. ¿Por qué no puede ser como antes?

—¡No! ¡Los dos hemos cambiado! Tú tienes a tu amor y yo lo he perdido todo. ¿Qué quieres que compartamos?

Le hablaba así para desahogarse, no para herirle. Entre él y su hermano había ahora un cadáver. Juemin le suplicó: —Hermano tercero, acabo de reconocer mi culpa. ¿No puedes perdonarme? ¡Ya ves que estoy arrepentido! Si nos apoyamos el uno en el otro, como en el pasado, seguro que saldremos adelante.

—¿Y de qué servirá si todo ha terminado? No quiero salir adelante.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿Piensas abandonarlo todo por lo de Mingfeng? ¡Eso no es propio de ti!

—No, no es eso —se apresuró a aclarar—. No es solo por lo de Mingfeng; aborrezco esta vida.

—No digas esto. Somos jóvenes y aún nos queda mucha vida por delante.

—¿No te basta con lo que hemos visto? Y espera, aún hemos de ver cosas peores, ¡estoy seguro!

—¡Tan colérico como siempre! Ya que no podemos hacer nada por lo que ha pasado, ¿no puedes pensar en el futuro? ¿Has olvidado lo que decías?

—¿Qué decía?

—«Somos jóvenes, no somos unos extravagantes ni unos

idiotas, debemos luchar para conseguir la felicidad.»

Juehui no contestó. Los cambios en su rostro manifestaban la intensidad de su lucha interior. Frunció el entrecejo y, recuperando el ánimo, exclamó: —¡Soy joven! —y, luego, dudando, se preguntó—: ¿Soy joven? —y, de nuevo, con tono resolutivo, concluyó—: Soy joven, es cierto, ¡soy joven!

Tomó la mano de Juemin y lo miró fijamente. Por fin creía lo que decía. Le apretó la mano con fuerza: volvían a estar unidos.

Después de comer charlaron durante un buen rato en la habitación de la cuñada y luego Juemin le propuso dar un paseo. Por la calle hablaron animadamente como hacía tiempo que no hacían. El cielo estaba oscuro, lleno de nubarrones, y el aire era fresco; había pocos transeúntes, solo se veía a criados y porteadores pasando el rato en las puertas de las casas acomodadas. Hablando sin darse cuenta de por dónde iban, los dos hermanos se encontraron delante de la puerta de una casa en la que había dos placas de madera pintada de amarillo con sendos rótulos en color verde. En uno decía: DESPACHO DEL ILUSTRE ABOGADO GAO KEMING, y en el otro, DESPACHO DEL ILUSTRE ABOGADO CHEN KEJIA.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó perplejo Juemin.

Luego se adentraron en una callejuela pavimentada con guijarros que costaba un esfuerzo considerable atravesar sin dañarse los pies. A ambos lados de la calle, por encima de los muros de las casas, asomaban las ramas de las sóforas de los patios interiores. Del muro de una de ellas sobresalía un granado que había perdido sus alegres y vistosas flores. Parecía una casa tranquila, la puerta lacada de color negro que daba al patio interior estaba entreabierta. Dos hombres salían del interior.

—Volvamos a casa. El cielo se está poniendo feo —dijo Juehui mirando las amenazantes nubes.

—¡Chist! —dijo Juemin tirándole de la manga—. ¡Mira!

Al ver a los hermanos, los dos hombres que salían volvieron a entrar inmediatamente en la casa y cerraron la puerta.

—¡Es el quinto tío! ¿Qué hace aquí? —preguntó Juehui en voz baja—. ¿Por qué se ha escondido cuando nos ha visto?

—Vamos a ver qué lugar es este.

Los dos jóvenes se acercaron a la puerta y la empujaron, pero no se abrió. Se quedaron en silencio, escuchando. En el interior solo se oían pasos. Al levantar la cabeza vieron encima de la puerta negra recién pintada un letrero sobre papel rojo que decía: RESIDENCIA GAO JINGLING.

Juemin hizo una mueca graciosa con la lengua, agarró a Juehui y se lo llevó a unos pasos de allí.

—Es extraño, residencia Gao Jingling... Y no es de nuestra familia —comentó Juehui.

—En la ciudad la única familia Gao es la nuestra. ¿Y te has fijado en la caligrafía?

A Juehui le pareció rara la pregunta de Juemin, pero de repente se le iluminó la mirada y dijo riendo: —¿No es la del quinto tío? Sí, seguro, la conozco bien.

—Sí, señor, claro que es la suya. ¿Y qué hace ese letrero colgado ahí?

—Pues porque es su casa —contestó Juehui riendo, mientras empezaba a atar cabos.

—¿Su casa? ¿No es la nuestra? —Juemin todavía no entendía nada.

—Naturalmente, pero ahora tiene dos... Hace poco oí a Gaozhong comentando algo, pero no hice caso. Ahora lo

entiendo... Bien, ¡vamos a divertirnos!

—Quizá lo sabe alguien más en la familia —dijo Juemin.

—Este lugar no está muy lejos del despacho del tercer tío. Si no lo sabe aún, no tardará demasiado en enterarse. Sea como sea, lo pasaremos bien —comentó Juehui burlándose.

—Empieza a llover —dijo Juemin apretando el paso.

—Corramos, ¡llueve a cántaros! —añadió Juehui.

Llegaron a casa empapados.

—Mingfeng, ¡trae agua para lavarnos la cara! —ordenó Juehui maquinalmente.

—¿Llamas a Mingfeng? Ella... —balbuceó Juemin.

Juehui se lo quedó mirando. Cambiando el tono de voz, gritó desesperado: —¡Huangma! —Y al oír la respuesta de la mujer desde el interior, repitió—: ¡Agua para lavarnos la cara!

Entró abatido en la habitación y se quitó la ropa empapada.

La vitalidad que sentía de vuelta a casa se había desvanecido. La vieja Huangma entró con una palangana en las manos y, viéndolos de aquella guisa, dijo con los ojos húmedos: —Si la señora estuviera viva, no permitiría que estuvierais tan mal atendidos. Yo estoy aquí solo por vosotros, pero pronto me marcharé, y Mingfeng ya no está. Tendréis que apañaros por vuestra cuenta si enfermáis. Cuando me muera no sé quién va a cuidar de vosotros. Muerta Mingfeng, esta casa es agua turbia, yo ya no quiero continuar viviendo.

Las palabras de Huangma entristecieron a los dos hermanos. Ella, una vez que los vio cambiados de ropa y arreglados, respiró aliviada y salió de la habitación lentamente, sin que sus piecitos hicieran apenas ruido.

Al cabo de un rato había dejado de llover, el aire era fresco y limpio y la temperatura agradable. Juehui salió a la galería y, tras

quedarse un rato mirando las lucecitas de las ventanas de las habitaciones, empezó a deambular sin rumbo. Se detuvo al llegar al salón principal. Alguien leía en voz alta en el estudio. Sin ganas de entrar, se quedó escuchando la voz de Jueying que recitaba: —«El hijo no vive en el ala suroeste de la casa, ni se sienta en la mesa central, ni va por el camino de en medio, ni está en la puerta principal.»

—«Las cinco penas castigan tres mil delitos, el más importante es la falta de piedad filial. El que no respeta la voluntad del príncipe menosprecia al soberano; el que critica al sabio menosprecia la ley; el que no siente la piedad filial menosprecia a los padres» —proseguía la voz de Juequn.

—«Cuando una mujer camina, no se vuelve; cuando habla, casi no abre los labios; cuando se sienta, no mueve las rodillas; cuando va de un lugar a otro, apenas se le mueve la falda» —le relevaba la de Shuzhen.³⁶

Se negó a continuar escuchando y volvió a la habitación, pero las voces lo perseguían. Dio un par de pasos y se detuvo. Estaba desorientado. Miró a su alrededor, empezó a dudar de lo que veía, delante tenía un gran vacío. Oía voces extrañas. No sabía dónde estaba...

—¡Esas son las enseñanzas que reciben! —dijo Juemin a su lado.

Se agarró al brazo de su hermano, como si hubiera encontrado a alguien en medio de un desierto. Y los dos echaron a andar en silencio por aquel mundo inhóspito.

—¡Tercer amo joven! —lo llamó una voz familiar.

Volvió la cabeza en dirección a la voz y vio el rostro sonriente de Mingfeng que lo miraba con sus ojos negros y vivarachos desde detrás de un gran árbol. Mingfeng alargaba un brazo hacia él.

Juehui dejó caer el libro que llevaba y corrió hacia ella. Cuando ya estaba muy cerca, Mingfeng desapareció y en su lugar solo quedaron una sombra y el rumor de sus pisadas sobre la hojarasca. Presa del desconcierto, oyó a Mingfeng que volvía a llamarlo desde detrás de él y al girarse la vio de nuevo, más hermosa que nunca. Y volvió a aparecer y a desaparecer. Al final, la avistó corriendo por un sendero al lado del río y fue a su encuentro. Mingfeng iba elegantemente vestida, con ropa que Juehui jamás le había visto. Corría muy deprisa y la trenza se balanceaba en su espalda; de vez en cuando se volvía y le sonreía con dulzura. Juehui gritó para que se detuviera, diciéndole que no se cayera al río, pero no había acabado de decirlo cuando ella tropezó y se cayó. Juehui, asustado, apretó el paso. Mingfeng yacía sobre la hierba, con las manos como almohada, mirando al cielo con una sonrisa en los labios.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Juehui, inclinándose.

Mingfeng se levantó sonriendo y lo llevó de la mano a sentarse en un roca al lado del río. Se miraban a los ojos. El agua salpicaba la roca.

—Juehui —dijo ella sin soltarle las manos. Era como si no la oyera. La chica repitió su nombre—. ¿Por qué no contestas?

—Nunca me llamas así.

—Ahora es diferente, ya no soy tu criada, soy una señorita, como la señorita Qin.

—¿Ah, sí? ¡No lo sabía! —dijo Juehui, bromeando.

—Puedes verlo con tus propios ojos. Ya no hay ningún obstáculo, somos iguales. ¿Has visto a mi padre?

—¿Tu padre? ¡Nunca me habías dicho que tenías padre!

—Pues tengo y ahora es rico. Hacía mucho tiempo que intentaba localizarme y al final se enteró de que estaba en vuestra

casa; fue cuando tu abuelo quiso enviarme a casa de los Feng. Fue a hablar con tu madrastra para que me dejara marchar y ella accedió. Tiré mis vestidos al lago y fue entonces cuando me caí y me ahogué. Mi padre y yo vinimos aquí. Este es el jardín de mi padre. ¿Ves aquel edificio de estilo occidental? Allí vivimos. Ahora solo quiero que me digas si me quieres.

—¿Quieres saber si te quiero?

—Si me dices que sí, haré lo que me pidas —contestó ruborizándose.

—¿De verdad? —preguntó Juehui, divertido.

—No grites... —dijo Mingfeng, tapándole la boca sin esperar la respuesta—. Mi padre me llama. Me voy, no quiero que nos vea.

Saltó de la roca y desapareció entre los árboles. Juehui oyó una voz desconocida que llamaba a la chica, y se quedó allí con la esperanza de que volviera, aunque ella no le había dicho si volvería o no. Además, no sabía cómo salir de allí. Tampoco sabía qué hacía en aquel lugar desconocido con un libro en la mano.

Al cabo de un rato apareció otra vez la sombra púrpura de Mingfeng. No parecía tan alegre como antes, iba cabizbaja, caminando despacio como si estuviera pensando en algo importante. Se encaramó a la roca y se sentó de nuevo al lado de Juehui, diciéndole con voz triste: —Lo nuestro se ha terminado.

Perplejo por aquel repentino cambio de humor, Juehui le preguntó, agarrándole la cara con las manos: —¿Qué es lo que se ha terminado?

Ella tenía los ojos enrojecidos de haber llorado, en el rostro aún tenía alguna lágrima y los polvos que llevaba antes habían desaparecido.

—¡Lloras! ¿Qué ha pasado?

Las palabras de él la hicieron llorar aún más. Juehui se

esforzaba por consolarla. Al fin le contó lo que le ocurría: su padre deseaba que se casara con un funcionario mayor porque quería más dinero y un cargo oficial. Ella le había dicho que amaba a un hombre y que no se casaría con ningún otro que no fuera él.

Juehui sintió que se sumergía en aguas profundas. Pensó que en su corta vida ya había perdido demasiadas cosas. Pasara lo que pasara, no quería dejar que la chica se fuera. Quería estar con ella.

—¡Huye!

Era la única solución y ella estuvo de acuerdo. Pasando del llanto a la risa, la chica le contó la manera de hacerlo. Se bajaron de la roca y ella le guio por un caminito hasta un recodo del río. Allí, debajo de un sauce, había un bote; saltaron dentro y empezaron a remar.

—Es difícil gobernar el bote con esta corriente, hay que ir con cuidado —le dijo preocupada a Juehui.

—No te preocupes, iré con cuidado. Es la única salida que tenemos —respondió Juehui.

El bote empezó a moverse. Navegaban por la orilla. Al principio la embarcación se deslizaba con agilidad por las aguas, pero poco a poco empezaron a levantarse el viento y las olas. El bote zozobraba. A medida que avanzaban, el río se ensanchaba más y más. Las orillas desaparecieron. Remaban con dificultad, no lograban dominar el pequeño bote, no podían detenerse, buscaban un lugar al abrigo del viento. Una inmensa ola se abalanzó sobre la embarcación y su cresta blanca les pasó por encima. Estaban empapados. Continuaron remando con todas sus fuerzas. Una segunda ola sacudió de nuevo el bote.

—No llegaremos a la orilla por mucho que rememos —dijo Juehui, desalentado.

—Pues no hay otra salida —replicó Mingfeng.

—¡Mira! ¿Qué es eso? —preguntó asustado Juehui.

Un barco iba tras ellos a toda velocidad.

—Mi padre nos persigue, ¡rema rápido!

El bote avanzaba entre el oleaje, pero el barco estaba cada vez más cerca.

Una inmensa ola hizo balancear el bote. Se agarraron con fuerza a los costados. Se oyó una detonación que venía de atrás, los dos agacharon la cabeza para esquivar el proyectil. La bala pasó por encima de Juehui y terminó en el agua.

Otra detonación. Esta vez la bala iba más baja y pasó por el lado de Juehui, seguida de una enorme ola. El bote empezó a escorar a la derecha, la mano de Mingfeng cedió y el remo cayó al agua. La fuerza de la corriente se lo llevó lejos. Mingfeng gritó, aterrorizada.

—¿Estás bien? —le preguntó Juehui, desesperado.

Una ola le golpeó el rostro y tragó mucha agua. Tenía los remos agarrados y no podía secarse la cara. Deseó con todas sus fuerzas que cuando abriera los ojos la distancia entre ellos y el barco hubiera aumentado.

—¡Volvamos! —gritó la chica. Tenía los cabellos enmarañados y el flequillo pegado a la frente—. ¡No podemos huir! Debo volver para evitar comprometerte. Si vuelvo, no te harán nada.

Juehui no contestó, solo remaba, pero se había agotado. Delante tenía el rostro lloroso de Mingfeng y una infinita extensión de agua; detrás, el barco y sus ocupantes dando voces. El oleaje había perdido intensidad, pero sus manos ya no eran capaces de sostener los remos. Aun así, conservaba algunas fuerzas para seguir luchando. Solo le movía una idea: no quería perder a Mingfeng.

Un solo movimiento brusco de manos o una inclinación del

cuerpo podía volcar el bote y hacer que se hundieran juntos en aquellas aguas. Así no se podrían llevar a Mingfeng, pero Juehui no podía dejar que ella muriera. Dudaba. Paró de remar y dejó que el oleaje decidiera su destino...

Vio que apresaban a Mingfeng y se la llevaban en el barco. Se levantó para salvarla. El barco volcó y se partió. Juehui se agarró a un madero. Veía cómo se llevaban a Mingfeng sin poder hacer nada. Ella lo miraba, extendía los brazos hacia él, lloraba y gritaba su nombre. Desesperado, la llamaba sin cesar y con todas sus fuerzas, pero el barco había dado media vuelta y se alejaba por donde había venido. El ruido de las olas acallaba la voz de la chica y su silueta era cada vez más indefinida. Desesperado, veía cómo se la llevaban mientras él flotaba sobre las aguas del río. Solo se divisaba un humo negro. Le pareció ver entre el humo que ella luchaba desesperadamente. El río era inmenso y él no tenía fuerza, pero seguía gritando su nombre. El humo también acabó desapareciendo, pero él seguía mirando en aquella dirección. Sus manos, poco a poco, soltaron el madero. Al final, le engulló una ola y sus ojos quedaron sumidos en la oscuridad.

Se despertó. No había oleaje ni lancha alguna. Estaba tendido en la cama con las manos agarradas a la colcha, apretándola con fuerza contra el pecho. El corazón le latía desbocado. Aún tenía lágrimas en los ojos. Desde dentro de la mosquitera, la luz del candil daba un aspecto tétrico a la habitación. Se oía el zumbido de un mosquito. Afuera llovía, no sabía cuánto tiempo debía hacer que llovía. El ruido de la lluvia contra el suelo era como el de los latidos desacompañados de su corazón. Sabía que todo había sido un sueño, pero aún estaba desorientado, como si aquello hubiera sucedido de verdad. Necesitaba contárselo a alguien. Se incorporó para ver si Juemin estaba a su lado; su hermano dormía con una

sonrisa en los labios, quizá soñaba algo bonito. Mirando aquel rostro, suspiró un par de veces y una tristeza indefinible se apoderó de él.

Ni la muerte de Mingfeng ni la partida de Waner supusieron ningún contratiempo en la vida de la familia Gao. Como lo único que importaba era que había dos criadas menos, los amos se apresuraron a encontrarles sustitutas: Qixia, en el lugar de Mingfeng, y Cuihuan, en lugar de Waner. La primera era una chica del campo, y la segunda, de la misma edad que Shuying, había sido vendida por unos parientes a raíz de la muerte de sus padres.

En poco tiempo el nombre de Mingfeng dejó de pronunciarse y solo permaneció como un recuerdo triste en el corazón de Xiner, Qianer, la vieja Huangma y pocas personas más. En cuanto a Juehui, se diría que la había olvidado por completo, pero en su alma dejó una herida difícil de cicatrizar, si bien no tenía mucho tiempo para echarla de menos, ya que andaba muy atareado.

Poco antes de salir el sexto número de la revista habían circulado rumores de que las autoridades pretendían prohibirla. Aunque al principio la noticia inquietó a Juehui y sus compañeros, no se la tomaron demasiado en serio, pues estaban convencidos de que el general Zhang no permitiría algo así. La revista se publicó sin problemas y, además, aumentaron las suscripciones.

Habían alquilado un local en el centro comercial donde se reunían cada noche. Como durante el día, excepto los domingos, el local estaba cerrado y Juehui acudía allí al anochecer, Juexin ni lo sabía. En el centro comercial los negocios se hacían en los pisos inferiores, arriba solo había veinte o treinta locales, la mayoría desocupados, y la redacción de la revista estaba en uno de ellos. Cada día, al caer la noche, dos o tres estudiantes disponían unos

tablones a modo de mesa, encendían las luces y cuando llegaban los demás compañeros empezaban sus apasionados debates. Eran seis o siete los habituales, algunas veces se sumaba alguna chica, Xu Qianru había ido en un par de ocasiones. No eran reuniones en un sentido estricto, sino más bien charlas sobre temas que en casa no se podían tratar y sobre los que allí podían hablar sin cortapisas. Hablaban y reían, era un lugar donde los jóvenes se sentían felices.

Alguna vez Juemin acompañaba a Juehui, que los martes llevaba a revisar los artículos que había que entregar al día siguiente. Huang Cunren y Zhang Huiru también iban el mismo día para llevar a cabo la misma tarea.

Dos días después de la muerte de Mingfeng, Juehui fue a la redacción a ultimar la publicación del octavo número. Aquel día estaba Xu Qianru, que había llevado un bando del departamento de policía prohibiendo a las chicas llevar el pelo corto. El bando, además de resultar ridículo por su contenido, estaba muy mal redactado, parecía escrito por un *xiucai*.³⁷ La chica lo leía en voz alta para que todos se rieran.

—Pero ¿qué se han creído? —exclamó Qianru arrojando el bando al suelo.

—Podríamos reproducirlo en la primera página con el título «Para reírse» —propuso Huang Cunren divertido.

—¡Buena idea! —aplaudió, entusiasmada, Qianru.

Zhang Huiru creía que el bando debía ir acompañado de un comentario crítico. Se decidió que fuera Cunren quien lo redactara, pero este opinó que la persona adecuada era Juehui. Para Juehui era la ocasión de desahogarse de todo el resentimiento acumulado y, sin pensarlo ni un momento, tomó una cuartilla y el pincel y empezó a escribir. Primero puso el título,

«Después de leer el bando de la policía prohibiendo a las chicas llevar el pelo corto», y a continuación sacó todo lo que llevaba dentro. Los otros, a su lado, miraban cómo escribía. Lo terminó en un momento. No era un artículo muy largo, lo leyó en voz alta y los demás lo encontraron muy bueno, solo Huang Cunren cambió una palabra. Sin embargo, Wu Jingshi, el mayor y más prudente de todos, dijo: —Creo que esta vez tendremos problemas.

—¿Y qué? Cuanto más ruido haya, mejor —replicó Huiru, divertido.

La revista salió el domingo. Aquella tarde, como de costumbre, Juehui y Juemin fueron a la oficina de Juexin. Luego Juehui se marchó solo a la revista. Allí los compañeros le informaron de la buena marcha de la publicación.

—Me debes la cuota mensual —le regañó medio en broma Cunren, que hacía de tesorero.

—Mañana te pago, ahora no llevo dinero —contestó Juehui revolviéndose los bolsillos.

—Reclamando dinero no le gana nadie... —le dijo Huiru a Juehui al oído. Y luego prosiguió en voz alta—: Hoy he hecho una cosa divertida. Me he levantado temprano y me he puesto el *mianpao* acolchado del año pasado. ¡Imaginadme con un *mianpao* acolchado en esta época del año! Mi hermana me ha preguntado si me había vuelto loco y le he dicho que tenía frío. He salido a la calle y hacía un calor horrible, no había quien lo aguantara. Por suerte, la casa de empeños no está demasiado lejos de la nuestra. Al salir de allí me sentía ligero, cómodo y con dinero para la cuota mensual.

—¿Y qué le dirás a tu hermana cuando vuelvas a casa? —le preguntó Juehui, riéndose.

—Ya lo tengo pensado. Le diré que tenía calor y que me lo he

dejado en casa de un amigo. Y si sospecha algo, no pasa nada: le contaré la verdad. A lo mejor incluso me dejará dinero para desempeñarlo.

—Yo, realmente...

Juehui iba a decir «te admiro», pero no pudo terminar la frase porque se quedó mudo al ver entrar a dos agentes de la policía.

—¿Ha salido ya el último número? —preguntó uno de ellos, que llevaba bigote.

—Aquí lo tenéis, son tres fen —le dijo Cunren, alargándole un ejemplar.

—No queremos comprarlo, cumplimos órdenes —dijo el otro, más joven—. Venimos a llevarnos todos los números de la revista.

Se apoderó del par de paquetes que quedaban. El del bigote añadió educadamente: —Tendréis que acompañarnos a la prefectura; no hace falta que vengáis todos, con dos es suficiente.

Se miraron unos instantes unos a otros, perplejos, y después se levantaron para ir juntos.

—Sois demasiados, he dicho que con dos hay más que suficiente —dijo el policía, atribulado.

Señaló a Huiru y Juehui, que salieron con los policías. Cuando estaban en el pasillo, a punto de bajar por la escalera, el policía les dijo: —Da igual, no hace falta que vengáis. Volved.

—¿Y por qué? ¿A qué viene este cambio? ¿Qué razón hay para confiscar la revista? —preguntó Huiru, enojado.

—A nosotros nos mandan nuestros superiores —respondió, afable, uno de los policías—. Sois jóvenes y todavía hay muchas cosas que no entendéis. Os aconsejo que os limitéis a estudiar. No publicquéis en revistas ni os metáis donde no os llaman.

Agachó la cabeza y se marchó a la calle. Los dos jóvenes volvieron a la redacción. Estuvieron discutiendo sobre lo que había

que hacer hasta que llegó otro policía y les entregó una carta oficial que Huiru leyó en voz alta: —«Señores, las ideas radicales de su revista obstaculizan el orden y la seguridad pública. Les rogamos que pongan fin a su publicación...»

El tono era correcto pero expeditivo. La vida de *La Aurora* se había terminado de golpe. El silencio doloroso de los jóvenes planeaba en el local. La creación de la revista había respondido a una iniciativa generosa y entregada, al convencimiento de que con ella podrían abrir camino a otros jóvenes. Gracias a la revista habían entrado en contacto con personas entusiastas como ellos, que les habían ofrecido su amistad y su confianza. Pero ahora todo había terminado, había sido un sueño. ¡No podían renunciar a él así como así!

—Está claro, todo lo nuevo es peligroso... ¡Mira el general Zhang! Es igual que los demás —profirió Huiru.

—¿No te das cuenta de que las viejas tradiciones todavía están muy arraigadas? —replicó Cunren, rascándose la cabeza—. ¡Se necesitarían muchos generales Zhang para arreglarlo!

—¡Pues yo creo que su reforma es falsa! —continuó Huiru—. Sus grandes modernidades consisten en tener como asesores a estudiantes que han estado en el extranjero y a chicas con estudios como amantes.

—Pero cuando estaba en otros distritos había invitado a dar conferencias a personas de ideas progresistas de Shanghai y Pekín —se lamentó Cunren.

—¡Pero hombre! —dijo Huiru con una sonrisa irónica—. ¿Has olvidado lo que decía en las presentaciones de las conferencias? ¡Pura retórica! ¿Y te acuerdas de cuando se equivocó al leer el borrador que le había preparado su secretario y en vez de dar la bienvenida a los asistentes se despidió? La gente no sabía si reír o

llorar. Seguro que hay un montón de anécdotas parecidas.

Cunren no le rebatió. Pensaba en encontrar una solución al problema que había surgido. Huiru, cada vez más indignado, sugirió: —Propongo que cambiemos de inmediato el título de la revista. A ver qué hacen...

—¡Yo estoy de acuerdo! —respondió entusiasmado Juehui.

—Antes de tomar una decisión, pensémoslo y discutámoslo a fondo —concluyó Cunren con voz grave.

Tras sopesar la idea durante un buen rato, acordaron dejar de editar la revista, comunicarlo a los suscriptores y preparar una nueva. También decidieron convertir el local en un salón de lectura donde, quien quisiera, pudiera ir a leer libros y revistas.

Pasados los primeros momentos de indignación, los jóvenes se pusieron a trabajar a conciencia en el nuevo proyecto: al día siguiente se abría el salón El Bien Público y al cabo de dos días aparecía la nueva revista del mismo nombre.

El martes ya no había clases porque se acercaban los exámenes finales. Juehui y Juemin fueron a la inauguración del salón. Juehui estaba contento, se lo había pasado en grande. Charlas, risas, amigos, entusiasmo, confianza... Nunca se había sentido tan a gusto: un grupo de jóvenes juntos sin lazos familiares que compartían ideas, sentimientos y anhelos; no se sentía extraño, apreciaba a los que lo rodeaban y se sabía apreciado; confiaban los unos en los otros. Lo habían preparado todo y luego habían tomado té.

—Sería estupendo repetir a menudo estos encuentros —le comentó Juehui a su hermano de regreso a casa casi llorando de alegría.

En cuanto entró en casa le pareció que se sumergía en aguas heladas o que se adentraba en un desierto. Allí solo había sombras

del pasado, ni un solo indicio de renovación. ¡Qué soledad tan insoportable! A la hora de cenar, en la mesa, acritud en todas las caras. La madrastra contaba las martingalas de las tías cuarta y quinta. Detrás, la cuarta tía increpaba a Qianer. En el patio, la quinta tía y la concubina Chen ya se estaban peleando. Juehui terminó de comer deprisa, dejó los palillos y se fue de allí.

Juemin salió detrás de él y se marcharon a la calle a pasear.

—¿Vamos a la casa Gao Jingling a ver qué pasa por allí? —propuso Juemin riendo.

—¡Vayamos! —respondió Juehui con una sonora carcajada.

Caminaron en silencio por las calles. El cielo estaba despejado y el aire era muy puro. La luz de la luna se filtraba entre las ramas de los árboles y difundía una claridad plateada. Iban pisando sus sombras. Llegaron a la casa. Como la vez anterior, las hojas de la puerta lacada en negro estaban cerradas; empujaron un poco, pero no se abrieron. Fueron hasta el final de la callejuela. Al pasar por debajo de unas sóforas, se detuvieron para contemplar dos pequeños cuervos que asomaban la cabeza por el nido graznando. Aquella escena tan banal conmovió a los dos hermanos que, inconscientemente, se acercaron el uno al otro. El mayor, con una mano temblorosa, agarró muy fuerte la del otro y dijo con voz triste: —Somos como esos dos pajaritos que han perdido a su madre.

Empezó a sollozar. Juehui no le contestó pero le apretó con fuerza la mano. De repente, oyeron un batido de alas sobre sus cabezas: la madre llegaba al nido con comida en el pico. El piar de alegría de las crías era ensordecedor.

—Ya tienen a su madre —dijo amargamente Juemin.

Juehui tenía lágrimas en los ojos.

—Anda, volvamos —dijo Juemin.

—No, quiero quedarme un poco más aquí.

Y levantó otra vez la cabeza para seguir mirando el nido.

De la casa llegaba la música de una flauta. Era una vieja canción, dulce y triste, de dos enamorados que se añoraban: ella, asomada a la ventana, miraba la luna y recordaba a su amado, que estaba muy lejos; tocaba una pequeña flauta de bambú, que era la confidente de sus penas. Los dos hermanos conocían bien aquel tipo de melodías. A menudo en su casa llamaban a un músico ciego para que las cantara con su voz de falsete.

—¡Viene alguien! —dijo de pronto Juemin, agarrando a su hermano por el brazo para sacarlo de allí.

El palanquín del tío Keding, con Gaozhong sin resuello a su lado, iba hacia ellos.

—¡Volvámonos para que no nos vean! —exclamó Juehui.

El palanquín pasó deprisa junto a los chicos. Oyeron que Gaozhong llamaba a la puerta y esta se abría. El palanquín desapareció en la oscuridad del patio, la puerta se cerró y la flauta enmudeció.

—¡Vayámonos! —rogó Juehui.

Aún no habían llegado al final de la callejuela cuando se cruzaron con otro palanquín. A su lado, también corriendo, iba Zhaosheng, el criado del tío Kean.

—¡Qué extraño! ¿También viene aquí el tío cuarto? —dijo Juemin, intrigado, mientras dejaban la callejuela.

—¿Y por qué no? —replicó irónico Juehui—. ¿Porque escribe bien y es un hombre honorable y en casa nunca bromea? Recuerda sus historias con las criadas, su relación con el actor Zhang Bixiu y la sesión de fotos disfrazados. ¡Todos son iguales! Y encima pretenden que los respetemos. El hermano mayor les tiene miedo, pero a mí no me dan ninguno.

—Bastante tiene con lo suyo el hermano mayor —le disculpó Juemin.

Cuando llegaron a casa, Juemin se puso a preparar los exámenes. De natural optimista y positivo, tenía la virtud de olvidar las cosas desagradables. En cambio, Juehui no podía, era más vehemente. Intentó concentrarse en los libros, pero estaba demasiado alterado; como si le quemara la silla, no podía continuar sentado. Cerró el libro y se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó su hermano.

—Salgo a pasear un poco, estoy nervioso.

—Vuelve pronto, mañana tienes exámenes.

Juehui asintió y salió de la habitación, dirigiéndose al jardín. Allí se sentía en otro mundo. Andaba despacio. La luz de la luna lo iluminaba todo, el canto triste de los grillos se oía por doquier. Los aromas de la noche impregnaban el aire. Era una atmósfera irreal, diferente de la del día. Juehui se dejó llevar por aquel paisaje delicado. Iba por el mismo camino por donde pasaron la noche de la Fiesta de los Faroles. Subió al puente y desde allí contempló el agua. Observaba la mancha oscura que proyectaba su cabeza. De repente le pareció ver el rostro de la chica a la que había amado. Sintió que la echaba de menos.

Volvió la cabeza para no seguir mirando el agua y bajó del puente. Se dirigió al prado intentando no mirar el pequeño bote amarrado al sauce. Todo le recordaba el pasado. Huyó de allí apresuradamente y siguió por el caminito que discurría por la orilla del lago hasta que llegó al pabellón del pinar. Se disponía a abrir la puerta para descansar un rato en el interior cuando vio un resplandor que salía de la rocalla de detrás del pabellón. Se asustó. No entendía cómo podía haber fuego en aquel lugar. Dio la vuelta a la rocalla sin ver nada extraño. Un poco más allá, una

mujer agachada quemaba billetes.

—¿Qué haces aquí?

La mujer se levantó, asustada.

—Tercer amo joven...

Era Qianer, la criada de la cuarta rama.

—¡Ah! ¡Eres tú! ¿Para quién quemas los billetes? ¿Por qué has venido aquí a hacerlo?

—Tercer amo joven, por favor, no se lo diga a nadie. Mi señora me reñiría.

La chica soltó los billetes y fue hacia Juehui con actitud suplicante.

—¡Di! ¿Para quién quemas los billetes? —insistió Juehui.

—Hoy hace siete días que murió Mingfeng. Su muerte es digna de compasión. He comprado billetes a escondidas para quemarlos para ella. He pensado que aquí nadie me vería, ¡y de repente ha aparecido! Tercer amo joven, Mingfeng le sirvió durante siete u ocho años, si también la compadece, deje que queme los billetes para que no pase hambre ni frío en el otro mundo... —No pudo acabar la frase porque se le quebró la voz.

—De acuerdo, termina de quemarlos. No diré nada a nadie —respondió Juehui con amabilidad.

Con una mano se apretaba el pecho para mitigar el dolor de su corazón. Miraba en silencio el fuego que iba consumiendo los billetes. La chica no podía ni imaginar siquiera la tristeza que embargaba a Juehui.

—¿Por qué has hecho dos montoncillos de billetes?

—El otro es para Waner.

—¿Waner? ¡Pero si no está muerta!

—Fue ella quien me dijo que lo hiciera. Cuando ya estaba en el palanquín, me dijo: «Pronto estaré muerta y, aunque no muera,

tampoco tendré vida. La vida será peor que la muerte. Haz como si estuviera muerta y cuando quemes billetes para Mingfeng, por favor, quema también para mí». Y por eso lo hago.

Juhui, compungido, pensó en las desdichadas historias de las dos chicas. ¿Cómo podía reírse de la conducta supersticiosa de aquella criadita? Y, sobreponiéndose, le dijo: —¡Quémalos! ¡Que ardan bien!

Se volvió y se marchó sin mirar atrás. «¿Era posible que hubiera tanto dolor en el mundo?», se preguntaba, aturdido. Salió del jardín desolado. Al llegar a casa y ver la luz que salía de la habitación de Juexin, oyó las voces cálidas de los que charlaban dentro y sintió que volvía a la vida. Le vino a la memoria una frase que había pronunciado hacía poco el profesor de francés: «Los jóvenes franceses no saben lo que es la tristeza».

Pero él, un joven chino, a su edad la conocía bien.

LAS vacaciones de verano ya habían empezado. Juemin tenía mucho más tiempo para dedicar a Qin, y Juehui a sus amigos y a la revista, que estaba funcionando muy bien. En casa de los Gao se preparaba un gran evento: la celebración de los sesenta y seis años del abuelo.³⁸ Había sido una iniciativa de Keding, que decidió que había que celebrarlos con solemnidad, y para ello propuso sacar, de manera excepcional, dinero de los fondos familiares para celebrarlo como se merecía.

—Sea como sea, el dinero no se acabará, los alquileres dan mucho cada año. El administrador Liu Sheng, que ha llegado de nuestras propiedades hace poco, ha dicho que la cosecha será muy buena. A pesar de los estragos de la guerra, será mejor que la del año pasado. ¡No tenemos que preocuparnos por nada! —dijo Keding con pompa.

Tanto Kean como Keming, que llevaba las cuentas de la casa, estuvieron de acuerdo. Explicaron el plan a la madrastra y después al abuelo, que aportó algunas ideas.

Cuanto más se acercaba la fecha, más regalos recibían. La familia se había organizado para hacerse cargo de los regalos, distribuir las tarjetas con la invitación... Incluso Juexin pidió una semana de vacaciones en el trabajo. En la casa se instalaron muchas bombillas eléctricas, había puntos de luz por doquier que decoraban con elegancia y suntuosidad las estancias. Delante del salón principal dispusieron un bonito escenario para que los diferentes grupos teatrales de la ciudad interpretaran óperas de Pekín y Sichuan durante los tres días que duraría la celebración. En

el vestíbulo se improvisaron camerinos con cortinas azules para los actores y, un poco separados, dos más para los actores que representaban papeles femeninos. El programa de las obras lo eligió Keding, experto en ópera, con la ayuda de Kean.

Así pues, todos estaban muy atareados, salvo Juemin y Juehui, que no solo no participaban en todo aquello sino que procuraban escaparse de casa tanto como podían, aunque el hecho de tener que estar en casa durante los tres días de la fiesta les permitía vivir nuevas e interesantes experiencias. La casa, que de costumbre encontraban aburrida y tediosa, cambió de aspecto, transformándose en una especie de gran teatro. Por todas partes había bullicio y personas con gesto artificioso y afectado, incluso la habitación de los dos hermanos se vio invadida en algún momento por los invitados. En un rincón de la casa un grupo de ciegos tocaba el salterio y cantaba «Felicidades por la larga vida»; en otro rincón se contaban historietas picantes; los hombres impostaban voces agudas femeninas y las mujeres se desgañitaban para imitar las masculinas; otro pequeño grupo detrás de una cortina escuchaba las conversaciones licenciosas de personas que fingían encuentros amorosos. Los más jóvenes, naturalmente, no podían ni acercarse.

Las representaciones teatrales empezaron la tarde del primer día. Excepto algunas obras que ya estaban programadas, la mayoría de las que acabaron representándose no estaban previstas porque los invitados más ilustres escogieron otras más emocionantes, dando instrucciones, además, de cómo había que interpretarlas correctamente. Al final, de la ópera de Sichuan se representaron *La pastelera enamorada de su cuñado* y *El pabellón de los canelos*, y de la de Pekín, *El biombo esmeralda* y *Combate en Wancheng*. En los pasajes más escabrosos, aquellos que hacían

sonrojar a mujeres y jóvenes, los hombres mayores sonreían, condescendientes. Wende, el criado de Keming, que tenía una voz y una dicción perfectas, salía de vez en cuando al escenario con un papel rojo en la mano y leía en voz alta: «Tal señor gratifica a tal actor con tantos yuanes». Entonces el actor mostraba su agradecimiento al benefactor con una caída de ojos encantadora que provocaba en el otro una sonrisa complaciente, pero eso no bastaba para satisfacer al benefactor y, cuando terminaba la función, el actor recompensado bajaba del escenario y, todavía con el disfraz femenino puesto, tenía que beber con su benefactor. El señor Wang, el suegro de Kean, hizo que el joven Huifang le diera de beber el vino sosteniéndole la copa. El colega de Keming, Chen Kejia, sentó sobre sus rodillas a Zhang Xiaotao para que fuera sirviéndole el vino. Aquellos espectáculos grotescos y repulsivos provocaban las murmuraciones de los criados.

El abuelo Gao, sentado invariablemente entre su primo Tang y su amigo Feng Leshan, pasó los tres días recibiendo las felicitaciones de todo el mundo con una sonrisa de satisfacción. No quitaba la vista del escenario cuando salía Zhang Bixiu, su actor preferido y el de Kean, que movía el trasero con un tocado de perlas y esmeraldas y una túnica de seda roja. Keming y sus hermanos, con Juexin detrás, siempre sonrientes, iban y venían atendiendo a los invitados.

Todo aquello provocaba una honda repugnancia a Juemin y Juehui. Del todo ajenos a la situación, no se sentían congéneres de aquellos hombres que daban voces, bromeaban y se embriagaban. A la mayoría ni los conocían, pero Keming y Juexin no dejaban que se marcharan, querían que los ayudaran y los utilizaban como comparsas, comiendo y bebiendo en las mesas de los invitados de

rango inferior. Juehui, la primera noche, hasta tuvo pesadillas. Al día siguiente, harto de todo aquello, se escapó entre la hora del desayuno y la del almuerzo y se fue a casa de unos amigos a recuperar los ánimos para poder volver a casa y soportar, como él decía, nuevas «humillaciones». El tercer día, sin embargo, no pudo escaparse.

Mei y su madre, la señora Qian, también fueron a la fiesta. Mei llevaba un vestido de color claro y una falda lisa encima. Ruijue las recibió con mucha cordialidad y charlaron un buen rato. Se marcharon pronto. Al día siguiente, un criado llevó una carta a Ruijue: Mei estaba enferma.

La enfermedad de Mei era preocupante. Había ido empeorando poco a poco. Su rostro reflejaba aquella extraña belleza que a veces precede a la muerte en algunas personas; excepto Juexin, nadie en la casa se había dado cuenta. Entre los dos se alzaba un muro invisible que les impedía hablarse. Se contentaban con mirarse de lejos e intercambiar palabras sin voz. Juexin estaba también cada día más flaco y Mei había empezado a escupir sangre. La madrastra Zhou quería mucho a Mei, pero no podía ni imaginar lo que le ocurría, nadie podía consolarla, ni siquiera Ruijue, que tanto afecto le tenía.

Qin también había ido a la fiesta. Se quedó a dormir en la habitación de Shuying y cuando se levantó se marchó a casa enseguida con la excusa de que no se encontraba demasiado bien. Fue lo bastante lista como para fingir que estaba enferma y poder salir de allí. El mismo día envió a Zhangsheng con una nota para Juemin en la que le pedía que fuera a verla. Juemin buscó una excusa cualquiera para ir. Se confesaron lo que sentían el uno por el otro. Juemin salió feliz de casa de la tía Zhang. Cuando entró en casa se encontró a Juexin, que le preguntó: —Has estado en casa

de Qin, ¿verdad? —Juemin asintió con la cabeza—. Lo sabía, he visto que Zhangsheng te daba una carta. Me han dicho que Qin estaba enferma. Ya sé que os queréis —dijo Juexin melancólicamente.

Juemin calló, se limitó a sonreír con dulzura. Juexin miró a su alrededor, Keming pasó por su lado y le dijo algo. Esperó a que se fuera y continuó diciendo en voz baja: —Eres afortunado, puedes hacer lo que quieres... A mí también me gustaría ir a visitar a una persona que está enferma, pero no soy libre para hacerlo. En el estado en que se encuentra no soy capaz de ir a verla. Hoy ha escrito una carta a tu cuñada en la que le dice que no tengo buen aspecto y le pide que me obligue a descansar. ¿Cómo quieres que descanse? Sé que ahora ella me necesita, ella... ella...

No pudo seguir hablando. Juemin estaba impresionado:

—Hermano, sufres demasiado. Olvídate de la prima Mei. Te haces daño a ti y se lo haces a la cuñada. ¿Acaso no quieres también a tu mujer?

La expresión de Juexin se transformó y, enojado, le espetó: — ¿Eso es lo que me aconsejas? ¿De qué me sirve ahora?

Le dio la espalda y se marchó, dejando a Juemin con la palabra en la boca. Este sabía que lo que había dicho no era lo que su hermano esperaba oír, pero ¿qué podía decirle aparte de aquello? Pensó en la confesión que le había hecho Juexin y en cómo se contradecía con su comportamiento habitual. Era incomprensible. En aquella familia no todo era lo que parecía.

En el escenario, un enano y el actor Zhang Bixiu, que representaba a una mujer muy alta, coqueteaban de un modo vulgar, para gran satisfacción del público, tanto el más selecto como el menos distinguido. Juemin sonrió despectivamente. Caminaba despacio mientras pensaba en él y Qin. Pensaba en el

pasado y en el futuro con ella. Qin le daba confianza y seguridad. Todo había transcurrido sin dificultades. Cuando empezaron las clases de inglés, se quedaban cada día al terminar un buen rato charlando. Hablaban de su visión de las cosas, de sus expectativas y sus ideales; poco a poco fueron hablando de las pequeñas cosas de la vida y de sus sentimientos. La relación fue estrechándose sin que se dieran cuenta del todo: hablaban del amor y de las historias de los familiares, de lo de Mei y Juexin, y de ellos mismos. Recordó cómo se había ruborizado Qin mientras hojeaba un libro y le decía que lo necesitaba a su lado, que no quería separarse de él. Le había hablado de los obstáculos que iba encontrando en el camino que se había trazado, de su soledad y de que necesitaba que alguien como él fuera capaz de ayudarla y apoyarla. Juemin sintió que era el momento de decirle lo que hacía tiempo que sentía: que estaba dispuesto a renunciar a todo por ella. Rememoraba la conversación palabra por palabra. Se imaginaba un futuro feliz a su lado, sin pensar en todos los obstáculos que se les podían presentar.

Desde los escalones del salón principal, Juemin miró otra vez al escenario; el enano y el actor que hacía de mujer alta ya no estaban. En su lugar había un joven galán empolvado, con las cejas perfectamente dibujadas en forma de arco, y una delicada y exquisita dama. El público escuchaba con satisfacción a Wende que decía que «el señor Chen gratifica a Zhang Xiaotao con veinte yuanes» y reía viendo cómo el actor que hacía de mujer sonreía a aquel viejo barbudo. Juemin pensó que ninguno de los allí presentes sería un obstáculo para él. Miró hacia la lejanía imaginando su futuro. Alguien le dio unos golpecitos en la espalda: era Juehui, que le preguntó, contento: —¿Tú también te has escapado?

—¡Pues claro! Este jaleo no hay quien lo aguante.

Viendo el semblante de su hermano, Juehui adivinó lo que había pasado.

—Y parece que has aprovechado el tiempo.

Juemin enrojeció.

—Nos hemos decidido, hemos hablado claro. Ahora habrá que dar el siguiente paso...

Sonreía satisfecho mirando a Juehui. Por un momento en el rostro de este se dibujó un extraño gesto, se diría que de envidia, pero no pareció que Juemin lo percibiera. Juehui se había sentido invadido por un sentimiento que desconocía hasta entonces: a pesar de que había dicho que quería a Qin como a una hermana y de que había amado a una chica que dio la vida por él, no podía evitar estar celoso, pero enseguida se avergonzó de aquel sentimiento contra su hermano y cambió de actitud.

—Ve con cuidado, no te hagas ilusiones —le dijo, presa todavía de la envidia, pero de corazón.

—No habrá ningún problema —respondió Juemin, sorprendido por el pesimismo de su hermano—. ¿Por qué me dices esto? Tú eres siempre el atrevido.

Juehui, contento de ver que el otro no se había dado cuenta de nada, contestó sonriendo: —Tienes razón. Te deseo mucha suerte.

En el escenario, el sonido de los instrumentos era ensordecedor, unos hombres con el torso desnudo daban volteretas y un par de actores fingían un combate de boxeo. El abuelo, sentado en primera fila, charlaba y reía con un invitado de barba blanca que tenía al lado. Juehui, al ver el rostro de aquel hombre, arrugado y lleno de manchas, con la nariz roja como una salchicha, se enfureció y dijo entre dientes: —¡Encima ha venido!

—¿Quién? —preguntó Juemin, que aún no lo había visto.

—Feng Leshan, ¡el verdugo!

—¡Ten cuidado! Pueden oírte.

—¿Y qué? Quiero que me oigan. ¿No acabas de decirme que soy atrevido?

Juemin no sabía qué hacer para calmarlo. Se les acercaron Shuhua y Shuzhen, y Juemin respiró aliviado sin imaginar que la situación iba a empeorar.

—Hermano segundo, ha venido la nueva concubina del señor Feng, ¿vienes a verla? —dijo Shuzhen tirando de la manga a Juemin.

—¿Para qué tendría que ir a verla si no la conozco? ¡Qué tontería! —replicó Juemin, extrañado.

—¿No es Waner? —preguntó Juehui—. ¿Ha venido? ¿Dónde está?

Parecía hablar de un muerto que hubiera resucitado.

—En mi habitación; no hay nadie más, venid a verla —dijo Shuhua con una sonrisa misteriosa.

—De acuerdo —asintió Juehui, marchándose con ellas y dejando allí a Juemin, que no quiso ir.

—Waner no se lo merece, en casa de los Feng la maltratan. El viejo tiene muy mal carácter y los martiriza a todos, y de la vieja ni hablemos, incluso él le tiene miedo. Ella utiliza a Waner de chivo expiatorio de todo lo que pasa —iba explicando Shuhua, que parecía conocer muchos detalles de aquella casa.

En la habitación había más mujeres: Ruijue, Shuying, Qiner, Xiner y Cuihuan, una criada de la tercera rama.

Waner iba muy bien arreglada y llevaba unos pendientes preciosos. Su rostro, de facciones finas y elegantes, estaba un poco más demacrado. Hablaba con Qiner y Xiner de la vida en casa de los Feng. Ruijue y Shuying estaban sentadas a su lado, con los

ojos enrojecidos. Al ver a Juehui se levantó y dijo sonriendo: —Tercer amo joven...

Se inclinó para saludarlo, juntando las palmas de las manos delante del pecho. Juehui devolvió el saludo con un gesto de la cabeza y, al ver que se quedaba de pie, le pidió: —Siéntate, por favor, no hagas cumplidos. Ahora eres la concubina del señor Feng, eres nuestra invitada.

Le resultaba difícil no pensar en Mingfeng. Waner, ruborizada, agachó la cabeza sin contestar. Ruijue lanzó una mirada de reproche a Juehui y lo amonestó con dulzura: —Hermano tercero, las personas que están en su situación no lo pasan demasiado bien, no la atormentes.

—Lo decía sin mala intención —aclaró él.

Se acordó de lo que Qianer le había explicado aquel día en el jardín y sintió compasión por Waner. Quería ser amable y tratarla bien. Insistió a Ruijue: —¡No me digas eso! Para un día que puede venir, ¿por qué os quedáis llorando en la habitación y no la invitáis a ver el espectáculo? Esto es de broma.

—Hermano tercero, a ti esto no te importa, ¡tienes la lengua muy larga! —contestó Ruijue fingiendo que estaba enfadada y regañándole con el abanico cerrado.

Shuhua y Shuzhen rompieron a reír.

—Ahora me toca a mí hablar con ella. ¡Dejadme hablar! —protestó Shuying—. Waner, siéntate y no te preocupes, no hagas cumplidos. —Juehui se sentó en un taburete que quedaba libre y Waner lo imitó, obediente. Shuying siguió hablando—: Lo que pasa fuera no tiene ningún interés; además, los invitados, con esas miradas indecentes, dan pena. Waner casi nunca puede venir, y tiene ganas de charlar con Qianer. Yo hace meses que no la veía y la he echado mucho de menos, por eso nos las hemos apañado

para estar aquí a solas. Estamos hablando y hemos dejado que vinieras. ¿Por qué vienes a hacerte el señorito?

—Por lo que parece, quieres que me vaya; pues me voy. ¡Esto es sofocante! ¡Aquí hay demasiada gente! —replicó Juehui, que no parecía demasiado decidido a hacer lo que decía.

—Pues si quieres irte, ¿qué haces aún aquí? Y si no estás contento, prepárate: ya han planeado el matrimonio del hermano segundo, y el siguiente serás tú —le espetó Shuhua, irrumpiendo en la conversación. Su larga lengua no había podido evitar propagar la noticia.

—¿Quién lo ha propuesto? —preguntó Juehui, perplejo.

—El señor Feng Leshan. Ha hablado de su nieta, que tiene la misma edad que el hermano segundo, pero, según dicen, mucho más temperamento —contestó Shuhua riendo.

—Tiene algunos meses menos que el segundo amo joven —aclaró Waner—; es muy bonita.

—¡Otra vez ese sinvergüenza! —exclamó Juehui fuera de sí—. ¡Voy a hablar con el hermano segundo!

Se dirigió a la puerta y, antes de salir, volvió la cabeza para mirar a Waner como si lo hiciera por última vez. Fue hacia las habitaciones a la izquierda de la galería, desesperado. Vio a Juemin; estaba con el abuelo y Feng Leshan, que se aventaba con el abanico dorado. «¿Por qué eres tan amable con este hombre? ¡Mira que hablar con semejante canalla! ¡No sabes que es tu verdugo, que destruirá vuestro amor!», pensaba Juehui.

Al fin le llegó la noticia a Juemin, fue Juehui quien se la dio. El hermano mayor había recibido del abuelo la orden de consultar la opinión de Juemin; en realidad, no era una consulta, era una orden que debía ser acatada, pero Juemin no se dejó intimidar, su respuesta fue muy clara: —Mi matrimonio lo decidiré yo. Aún soy

joven, es tiempo de estudiar y no de formar una familia.

Quiso decir más cosas, pero se abstuvo.

—No es correcto que le digas al abuelo que tu matrimonio es una decisión tuya. Utilizas el argumento de la juventud, aunque en nuestra familia tener diecinueve años no es excusa para no casarse. Yo, a los diecinueve, ya estaba casado.

—Entonces, según tú, no hay ninguna excusa —replicó Juemin, irritado.

—Yo no digo eso —se apresuró a decir el otro.

Juemin le lanzó una mirada furibunda.

—¿Ya no te acuerdas de lo que me has dicho esta misma tarde? ¿O hacías comedia?

—Pero el abuelo... —Juexin intentaba justificarse, aunque sabía que su hermano tenía toda la razón.

—No pienso responder al abuelo, yo seguiré mi camino. —Y, dejando a Juexin con la palabra en la boca, abandonó la habitación.

Era noche cerrada y Juemin aún no dormía. Había estado hablando con Juehui y los dos eran de la misma opinión: rebélate, y si no lo consigues, huye. En definitiva: no te sometas. Juehui aprobaba la decisión de su hermano no solo porque también la compartía, sino también porque suponía abrir una brecha en la vida familiar y sería un ejemplo para los más jóvenes de la casa. Juemin se apresuró a escribir una carta a Qin, que al día siguiente ordenaría que le llevaran escondida entre las páginas de un libro. La carta decía: *Qin: Sean cuales sean las noticias que te hayan llegado, por favor, no hagas caso del rumor de que voy a casarme. Yo ya he dicho que te quiero a ti y no pienso echarme atrás. Confía en mí hasta el final, ¡ya verás con qué fuerza soy capaz de luchar! ¡Ya verás como ganaré! JUEMIN*

Releyó la carta y, satisfecho, se dijo: «Este es el primer documento de nuestra historia de amor». Luego miró a Juehui, que lo observaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¡Eres como un caballero medieval! —contestó su hermano riéndose, pero no pudo evitar pensar: «Ya veremos cómo acaba todo».

Pasados los festejos del cumpleaños del abuelo, la cuestión del matrimonio de Juemin se planteó formalmente. Feng Leshan encargó las gestiones a un casamentero y, el abuelo, como era de prever, estuvo de acuerdo con la propuesta. La madrastra no podía opinar porque no era la verdadera madre y, además, era nuera del abuelo y no tenía ningún derecho. Juexin se daba cuenta de lo complicado del asunto. La decisión del abuelo era un grave error que, una vez más, arruinaba una joven vida. ¿Debía protestar? No tenía coraje para enfrentarse al abuelo. Decidió esperar y ver si las supersticiones solucionaban el tema. El abuelo pidió al señor Wang, el padre de la tía cuarta, que llevara el horóscopo de los prometidos a un adivino. Juexin esperaba que la respuesta fuera que el matrimonio no era propicio, incluso había pensado en sobornar a aquel hombre, pero fue todo lo contrario, el resultado de la consulta era favorable: auguraba una feliz unión. Con el papel del oráculo en las manos, se rio amargamente de su estupidez. Hubiera querido romper aquel papelucho lleno de tonterías, pero le faltaba valor incluso para hacer algo así. Se justificó a sí mismo diciéndose que ya había hecho todo lo que podía.

Todo aquello lo hacía a escondidas de Juemin. En la familia Gao las cosas se hacían así. Los que habían sido títeres más

adelante hacían de titiriteros. Sin embargo, Juemin no estaba dispuesto a que jugaran con él. Contaba con el apoyo de Juehui. Ellos dos y Qin empezaron a planear diferentes estrategias para evitar aquel matrimonio. La primera era acudir a Juexin, pero este les dijo que no contaran con él. Después recurrieron a la madrastra, que tampoco quiso enfrentarse al abuelo. Era evidente que Juemin no iba a encontrar ayuda alguna en la familia.

Días más tarde, la situación se complicó. La tía Zhang, que, por supuesto, estaba a su favor, le aconsejó que no fuera a ver más a Qin para que la familia Gao no pensara que ella se oponía al matrimonio que proyectaban.

La primera intentona había fracasado. La segunda consistía en hacer saber a todos que si la familia no respetaba su voluntad, adoptaría medidas extremas. Como era de prever, las amenazas no llegaron a oídos del abuelo y no surtieron ningún efecto.

Se acercaba el día del intercambio oficial de los horóscopos de los prometidos en el que se decidiría una fecha propicia para la boda. No habían transcurrido ni dos semanas desde el cumpleaños del abuelo. Juexin intentó dar a conocer al abuelo el sentir de Juemin, pero aquel contestó indignado: —Yo hago lo correcto, ¿quién se atreve a decir lo contrario? Cuando digo una cosa, se hace ¡y basta!

Juemin pasaba horas en el jardín cuestionándose si debía ceder o llegar hasta el final. Si se decidía a actuar, sabía que no habría vuelta atrás. Era consciente de que si se iba de casa y dejaba a la familia le esperaba un futuro lleno de dificultades. En casa no le había faltado nunca nada, pero ¿cómo viviría fuera? Apenas tenía preparación. Las cosas habían llegado a un punto en el que había que tomar una decisión; aun así, dudaba. Fue al encuentro de Juexin: —¿Crees que hay alguna esperanza?

—Me parece que no.

—¿Realmente crees que no? —Estaba desesperado—. Entonces, dime, ¿qué debo hacer?

—¿Que qué debes hacer? Entiendo cómo te sientes, pero no puedo ayudarte. Te aconsejo que obedezcas al abuelo. Los que hemos nacido en esta época estamos condenados a ser víctimas —dijo reprimiendo el llanto.

Juemin replicó desafiante:

—¡El pacifismo! ¡La filosofía de la reverencia!

Mientras se dirigía a su habitación se dijo: «Es mejor hablarlo con el hermano tercero».

CUANDO a la mañana siguiente Juexin fue a presentar sus respetos al abuelo, este le explicó detalladamente que el matrimonio con los Feng ya estaba decidido y que planeaba ofrecer los regalos a la novia al cabo de un par de meses. Consultaron juntos el calendario y el abuelo le pidió que se ocupara del encuentro de intercambio de horóscopos. Juexin aceptó el encargo sin rechistar.

Al salir de la habitación del abuelo se cruzó con Juehui, que entraba. No había llegado aún a la suya cuando apareció Qiansao diciéndole que el abuelo quería que volviera a verle. Al entrar lo encontró increpando a Juehui. El abuelo, vestido con camisa y pantalones de seda blancos, estaba tendido en el sofá. La concubina Chen, con un vestido de seda ribeteado de manga larga, el cabello brillante y la cara embadurnada, estaba sentada en uno de los brazos del sofá, dando golpecitos en la espalda al abuelo. Juehui estaba delante de ellos sin decir nada.

—¡Rebeldía! ¡Esto es inconcebible! ¡Ve a buscar a tu hermano segundo! —gritó el abuelo a Juexin.

Empezó a toser. La concubina Chen le aconsejaba:

—Abuelo, ¿vale la pena ponerse así? Ya es demasiado mayor para ponerse así por ellos.

—¿Ha osado desobedecerme? ¿Se subleva contra mí? —gritaba con el rostro congestionado—. ¿Que no está conforme con el matrimonio que le he concertado? ¡Vaya! ¡Tráelo aquí! ¡Me va a oír!

Juexin empezaba a darse cuenta de lo que había ocurrido. El

abuelo seguía gritando: —Esto es lo que enseñan las escuelas extranjeras. Ya dije que me oponía a que fueran y nadie me hizo caso. Y ahora mirad... Y el segundo también se ha vuelto en contra de mí. ¡A partir de hoy ningún chico de la familia Gao volverá a una escuela de esas! ¿Lo habéis oído bien?

—Sí, sí —contestaba Juexin aterrorizado.

Juehui estaba al lado de Juexin con un talante del todo diferente. Aunque la atmósfera de la habitación le resultaba sumamente desagradable, no tenía miedo. Reía para sus adentros pensando: «La linterna de papel está a punto de estallar».

La tos del abuelo remitió; estaba muy fatigado, se le cerraban los párpados. La concubina Chen lo abanicaba para alejarle las moscas. Juexin y su hermano continuaban de pie esperando sus órdenes, pero la mujer les hizo un gesto para indicar que se marcharan.

—Tengo una carta para ti del hermano segundo, vayamos a la habitación —dijo Juehui al salir de los aposentos del abuelo.

—¿Qué le has dicho al abuelo? ¿Por qué no hablabas primero conmigo? ¡Serás estúpido!

—¿Estúpido? Yo lo único que quería es que el abuelo supiera que somos personas, que no somos cerdos ni ovejas que pueden ser llevados al matadero.

Juexin lo entendía a la perfección y, precisamente por ello, las palabras del hermano le hirieron.

Una vez en la habitación, Juehui le entregó la carta, que decía: *Hermano mayor: Hago lo que nadie se ha atrevido a hacer nunca en esta casa: me voy para evitar un matrimonio impuesto. Nadie piensa en mí ni en mi felicidad. He decidido hacer lo que creo que debo hacer. Lucharé hasta el final. Si no detenéis esta boda, no volveré jamás. En este momento la situación aún tiene remedio.*

Somos hermanos. Confío en tu apoyo. JUEMIN, tres de la madrugada

Juexin se puso lívido y tembloroso. Se le cayó la carta al suelo y balbuceó: —¿Qué quiere que haga yo? No me entiende.

—¿Qué piensas hacer? Ahora el problema no es si te entiende o no te entiende.

Juexin se levantó bruscamente y anunció:

—Voy a buscarlo.

—No lo encontrarás —respondió Juehui con frialdad.

—¿Que no lo encontraré?

—Nadie sabe dónde está.

—¡Seguro que tú sí que lo sabes! ¡Dímelo! ¿Dónde está? ¡Dímelo, rápido! —suplicó.

—Lo sé, pero he decidido no decírtelo.

—¿No confías en mí?

—¿De qué me sirve confiar en ti? Tus doctrinas de la no resistencia y la reverencia solo servirán para arruinarle el futuro. ¡Eres un cobarde!

—Quiero ir a verle, haz el favor de decirme dónde está.

—No te lo diré.

—Si no me lo dices, el abuelo te obligará a decírmelo.

—No te lo diré, nadie puede obligarme —dijo Juehui con dignidad. No estaba convencido de lo que acababa de decir, no sabía hasta dónde podían llegar los demás.

Juexin, desesperado, salió de la habitación. Al cabo de un rato volvió a entrar. Hizo otro intento de que Juehui se lo dijera, pero no dio resultado. Quería reconciliar al abuelo y a Juemin.

Aquel mismo día se improvisó una pequeña reunión en la

habitación de la madrastra Zhou con Juexin y su mujer, Shuhua y Juehui. Este último estaba en un lado de la habitación, y los otros, juntos, en el otro. Le pidieron amablemente que les dijera dónde estaba Juemin, le dijeron que pensarían cómo evitar el matrimonio, pero Juehui se negaba a hablar. Juexin y la madrastra estaban desesperados, sabían que Juehui no diría nada. Tenían que ganar tiempo: era necesario recurrir a Keming para que encontrara el modo de retrasar unos días el intercambio de los horóscopos sin que el abuelo lo supiera y, mientras tanto, enviar a los criados a ver si descubrían dónde se escondía Juemin.

Yuancheng, Sufu y Wende fueron a indagar por las calles, pero no sirvió de nada: nadie sabía dónde estaba Juemin. El tío Keming llamó a Juehui a su estudio, intentó sermonearle, convencerle con buenas palabras, darle todo tipo de razones, pero Juehui siempre respondía que no sabía dónde estaba Juemin. La madrastra Zhou y Juexin le pidieron que fuera donde estaba su hermano y que le dijera de parte de ellos que volviera para hablar con calma. Juehui no se dejaba convencer. La madrastra Zhou, que no solía meterse en los asuntos de sus hijastros, estaba preocupada. No quería que todo aquello terminara de mala manera ni tener que asumir el papel de malvada. No estaba de acuerdo con los matrimonios concertados, pero la actitud de Juehui y la decisión que había tomado Juemin la disgustaban.

Juexin ya no sabía qué hacer, no podía ayudar a Juemin, pero tampoco quería contribuir a aquel abuso del abuelo. Amaba a su hermano y había cuidado de él desde la muerte de su padre. ¿Qué debía hacer? Estaba destrozado. En su habitación, rompió a llorar en presencia de Ruijue.

El abuelo solo sabía que sus órdenes tenían que obedecerse y que había que guardar las apariencias. No le importaba la felicidad

de los demás. Estaba de mal humor y se desfogaba con Juexin y Keming. Incluso la madrastra Zhou tenía que aguantar sus invectivas, pero todo ello no servía para nada, ya que Juemin seguía sin dar señales de vida. En casa ya lo sabían todos, las ramas secundarias saboreaban en secreto las desventuras de la rama principal.

Uno de los días en que Juehui había ido a visitar a Juemin, al volver a casa sintió que el mundo se le venía encima. Acababa de dejar a su hermano sufriendo, solo en su lucha; la casa era como el cuartel del enemigo; fue corriendo a la habitación de Juexin y le espetó: —¿Qué piensas hacer para ayudar al hermano segundo? ¡Ya ha pasado una semana!

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó abriendo los brazos con un gesto de impotencia.

—¿Cómo puedes estar permitiendo que todo esto se alargue de esta manera?

—¿Alargarse? El abuelo ha dicho hoy que si Juemin no ha vuelto en quince días, hará una declaración pública diciendo que ya no pertenece a la familia Gao.

—¿Es tan cruel como para hacer algo así?

—¿Que si lo es? ¡Está fuera de sí! Además, está planeando el matrimonio de la hermana segunda.

—¿Quiere casarla? ¿Con quién?

—¿Todavía no te has enterado? Con un hijo de Chen, el colega del tío tercero que, por supuesto, aprueba el matrimonio. Todavía no han intercambiado los horóscopos.

Conocía bien el nombre de Chen Kejia. El ilustre abogado Chen Kejia era miembro de segundo grado de la Sociedad Confuciana y protector del actor de papeles femeninos Zhang Xiaotao, al que a menudo invitaba a su despacho para que lo distrajera un rato.

Todo el mundo conocía su vida libertina.

—¿En casa del gran Chen de la barba blanca hay alguna persona decente? ¿No compartían el hijo y el padre relaciones con una criada, que después se quedó embarazada y la hicieron concubina del padre?

—No, es con su hermano pequeño con quien la quieren casar. Y lo de la criada me parece que no es verdad, que solo fue un rumor. Pero eso no tiene nada que ver con nosotros. El señor Feng Leshang hará de intermediario.

—¿Que no tiene nada que ver con nosotros? ¿Tendrás el valor de dejar que nuestra hermana se vaya con una familia así? ¡Otra vida malograda! ¡Seguro que ella no lo quiere!

—¿Y qué quieres hacerle? Además, todos la presionarán.

—¡Pero si es muy joven! ¡Solo tiene dieciséis años!

—Ahora tiene dieciséis, pero el año que viene ya tendrá diecisiete, y ya tendrá edad para casarse. Tu cuñada, cuando vino a casa, tenía diecinueve. Y cuanto más joven sea, menos se rebelará.

—Pero no preguntarle ni siquiera si está de acuerdo, aprovechándose de su edad... Lo pagará toda la vida. ¡Qué conducta tan despreciable! —respondió indignado.

—¿Por qué te pones así? —preguntó Juexin—. Ellos solo saben que hay que obedecer su voluntad y punto, por eso lo que está haciendo nuestro hermano no sirve de nada.

—¿Así que tú también crees que no sirve de nada? ¡No me extraña que digas que no puedes ayudarle!

—¿Qué pretendes que haga?

—¿Ya no te acuerdas de cuando murió nuestro padre? Le dijiste que cuidarías de nosotros. ¿A esto lo llamas hacer de padre? —gritó Juehui. Juexin no contestó. Los ojos se le llenaron

de lágrimas—. Si yo estuviera en tu lugar, no actuaría de manera tan cobarde —continuó—, tomaría una decisión y evitaría el matrimonio de Juemin. ¡Por supuesto que lo haría!

—¿Y el abuelo qué? —preguntó Juexin levantando la cabeza.

—La época del abuelo ya ha pasado. ¿Tanto te cuesta impedir que nuestro hermano se convierta en otra víctima? —Juexin volvió a agachar la cabeza sin contestar—. ¡Eres tan cobarde! —le increpó Juehui.

Juehui dejó a su hermano solo en la habitación casi a oscuras. Juexin se sentía exhausto. Sus teorías de la no resistencia y la reverencia no le servían de nada para mantener la armonía familiar. Había sacrificado en vano su felicidad para satisfacer a todo el mundo. Había querido hacerlo todo por sus hermanos y, en cambio, uno se había ido de casa y el otro lo acusaba de cobarde. Tras meditarlo un buen rato, decidió escribir una carta a Juemin. Con toda la sinceridad del mundo le abrió su corazón y le manifestó su tristeza. Le contó lo mucho que los quería a él y a sus hermanos y, al final, le pedía, en nombre de su padre muerto, que volviera a casa. Enseñó la carta a Juehui, que la leyó emocionado, y le pidió que se la llevara al hermano.

Juehui volvió con la respuesta de Juemin.

He estado esperando todo este tiempo tu carta, estoy decepcionado. «Vuelve, vuelve»... es lo único que me dices. Me encuentro en una habitación minúscula, como un fugitivo, no me atrevo a salir a la calle por miedo a que me encontréis y volváis a llevarme a la cárcel a esperar mi condena. La cárcel es mi casa, los verdugos son mi clan. La familia se ha conjurado para atropellar a este huérfano de padre y madre. Nadie desea mi felicidad, nadie me quiere. Queréis que vuelva para poder solucionar vuestros problemas y respirar tranquilos, pero entonces yo caeré en un

abismo. Por favor, terminad con esta insensatez; yo no pienso ceder, he decidido no volver. En casa no hay nada que me ate; me llevo tantos recuerdos amargos... recuerdos dolorosos, que me ahogan y que me restan fuerzas para seguir adelante. Pero tengo el apoyo de una persona a la que amo. Quizá te parecerá extraño, yo tampoco lo hubiera entendido hace un tiempo. Tengo claro que no puedo dar ningún paso atrás en mi lucha, se trata de la felicidad de dos personas, estoy dispuesto a llegar hasta el final por ella... Debes de preguntarte qué pienso. Pienso en el jardín de casa, en los compañeros de antes, cuando era pequeño. Ayúdame en nombre de nuestro padre, haz de hermano. Hazlo por mí y por ella, piensa en nuestra felicidad. Con una prima Mei ya basta, espero que no contribuyas a crear otra. Juexin lloraba a lágrima viva, él también se sentía en el fondo de un abismo. A su alrededor todo era oscuridad, no había ni un rayo de esperanza. Iba farfullando: «Nadie me entiende, nadie me entiende». Juehui, a su lado, lo observaba furioso, pero al mismo tiempo lo compadecía. Había ayudado a Juemin a redactar algunos párrafos de la carta, convencido de que serviría para que Juexin ayudara a su hermano, pero este se había convertido en un hombre sin voluntad. «Esta familia ya no tiene arreglo, está desintegrándose», pensó. Inexplicablemente, no estaba desesperado por la situación de Juemin: había empezado a darle vueltas en la cabeza a una idea sobre su propia vida.

Eran unos días difíciles para todos, empezando por Juemin, que estaba recluido en un cuartito de la casa de su compañero Huang Cunren. Aunque este le trataba muy bien, Juemin no podía moverse de la habitación y vivía sin ver a nadie, entre la esperanza y el temor a una vida de fugitivo.

Pasaba el día esperando las buenas noticias que Juehui no le

llevaba. Sin embargo, aún se sentía con ánimos para resistir, el amor de Qin le daba fuerzas. Pensaba en ella noche y día. Tenía muchas ganas de verla, pero no podía, y eso que estaban muy cerca. Se le ocurrió escribirle una carta, pero cuando ya tenía el pincel en la mano no supo por dónde empezar de tantas cosas que deseaba contarle; temía no ser preciso, necesitaba hablar con ella. Juehui se lo facilitó: un día que sabía que la tía no estaba, lo acompañó a la casa. Juemin se quedó esperando fuera y Juehui entró y le dijo a Qin por la ventana: —Prima Qin, te he traído algo que te gustará.

Qin, con una camisa blanca y un libro en la mano, se había quedado medio dormida leyendo en la cama. Al oír la voz de Juehui se levantó deprisa y, corriendo, dejó el libro, se arregló el pelo y preguntó: —¿El qué?

—No tienes buen aspecto, estás muy flaca —dijo Juehui, olvidando por un momento el motivo de la visita.

—Hace muchos días que no vienes a verme —le reprochó Qin con una sonrisa—. ¿Cómo está el primo segundo? ¿Por qué no me escribe ni una carta? —preguntó quejándose.

—¿Muchos días? ¿No vine anteayer? Y ahora, que vengo sudando de tanto correr, ¿no me lo agradeces? —dijo Juehui riéndose, mientras se sacaba el pañuelo para secarse la frente.

Qin tomó el abanico de encima de la mesa y se lo dio.

—Ya sabes que me paso el día entero aquí. Anda, dime, ¿cómo está? —preguntó con una mirada inquieta.

—Se ha rendido.

—¿Se ha rendido? —preguntó con amargura, y exclamó enseguida—: ¡No me lo creo!

Había acertado: en aquel momento Juemin entró en la habitación y su mirada se iluminó al instante.

—¡Tú!

Aquel «tú» era una mezcla de interrogación, sorpresa, felicidad y reproche; ni ella misma lo sabía. Tuvo el impulso de lanzarse a sus brazos, pero se contuvo. Lo miraba con inquietud.

—¡Claro que soy yo! —dijo Juemin sin saber si reír o llorar—. Quería venir a verte, pero me daba miedo encontrar a tu madre.

—¡Sabía que vendrías! ¡Lo sabía! —exclamó sin poder contener las lágrimas. Y con una mirada de reproche le dijo a Juehui—: Primo tercero, me has engañado. Sabía que no se rendiría, confío en él.

—¿Quién es él? ¿Quién es él? —preguntó Juehui, burlón.

—¡Él es él! —dijo señalando a Juemin.

Juemin estaba dichoso por la reacción de Qin y orgulloso de escuchar sus elogios. Juehui se había equivocado, estaba convencido de que cuando Juemin y Qin se encontrasen, todo serían lamentos y tristeza, pero la relación de aquellos dos seres estaba basada en el amor y la confianza mutua, nada podía separarlos. Los unía una fuerza indestructible. Las miradas de Juemin y Qin lo decían todo, eran un estallido de luz en medio de la oscuridad más absoluta.

—¡Ya basta de escenas! Hablad lo que tengáis que hablar, no tenemos demasiado tiempo —les dijo Juehui riendo—. ¿Queréis que salga?

Los otros dos ni siquiera lo oían, era como si no estuviera allí. Se sentaron a los pies de la cama y se pusieron a hablar quedamente con las manos entrelazadas. Juehui tomó un libro de encima del escritorio y lo hojeó; era una antología de obras de Ibsen con algunas páginas dobladas por la punta y otras con párrafos subrayados. Sabía que aquellos días Qin estaba leyendo *Un enemigo del pueblo* y sonrió con ternura al pensar que quizá lo

hacía para encontrar consuelo. Juehui la miraba: se la veía feliz, más hermosa que nunca; sintió envidia de su hermano. Había terminado el primer acto de la obra que leía y los dos seguían hablando. Cuando terminó el segundo acto, volvió a mirarlos y seguían igual. Tras haber leído todos los actos, seguían hablando, felices.

—¿Qué? ¡Vaya palique! —dijo empezando a meterles prisa.

Qin lo miró, sonrió y luego volvió la cabeza y siguió hablando.

—Hermano segundo, ¡vámonos! Ya habéis hablado bastante.

Juemin iba a responder, pero Qin se le anticipó:

—Espera un poco, aún es pronto, no te pongas nervioso.

Tenía agarrada la mano de Juemin, como si temiera que se le escapara.

—Debo volver —insistió Juehui.

—Bien, pues vete, ya que tus pies no pueden estar mucho tiempo pisando este lugar tan humilde —dijo Qin, fingiéndose ofendida.

No obstante, al ver que Juehui parecía que realmente tenía que irse, Juemin le preguntó: —Hermano tercero, ¿tienes que marcharte? ¿No puedes esperar un poco más?

Juehui, en broma, respondió:

—No es que pretendiera pasarlo bien con vosotros, pero me dejáis demasiado al margen. Prima Qin, hace rato que estoy aquí y ni siquiera me has invitado a sentarme. No me dices nada, no puedo hablar contigo. Tienes al hermano segundo y te olvidas de mí.

Juemin y Qin rompieron a reír a carcajadas.

—¿Cómo quieres que hable con los dos al mismo tiempo? Solo tengo una boca. Escucha, primo, deja que hoy hable con Juemin y mañana tú y yo hablaremos tanto como quieras —le dijo Qin

como si fuera un niño pequeño.

—No me engañes, yo no soy como mi hermano.

—Hermano tercero... —empezó a decir Juemin, pero Qin lo interrumpió.

—Tienes una lengua terrible. Me parece que te gustaría Qianru; es más dura que yo. ¡Ella sí que es una mujer moderna!

—Quizá me guste o quizá no, ¿a ti que te importa? —respondió Juehui, aunque se quedó muy interesado en lo que acababa de decir Qin.

—Es verdad, yo también lo pienso. Los dos son personas de ideas avanzadas, y muy exaltados —dijo Juemin.

Juehui, riendo y negando con la mano, contestó:

—Yo no quiero seguir vuestro ejemplo, no quiero montar ningún drama. —Pero para sus adentros se decía: «¡Yo te quiero a ti!». Sin embargo, exteriorizó algo que también le rondaba por la cabeza en aquel momento—: Yo ya he destrozado la vida de una chica, no necesito ningún amor.

Por fin terminó la conversación entre Qin y Juemin. Él no quería marcharse de aquella casa tan querida. Pensó en el cuartito donde se alojaba, en las horas de soledad y de espera, y se sintió incapaz de volver allí. Sin embargo, debía regresar, no había otra solución. Apesadumbrado, le dijo a Qin: —Me voy. —No encontraba palabras para consolarla, solo añadió—: No pienses en mí.

En realidad, deseaba que pensara en él. La tenía delante sollozando.

—No te marches, espera un poco, me gustaría contarte más cosas.

Juemin saboreaba aquellas palabras como el más delicioso de los manjares. La miraba anhelante.

—No sufras, aún no me voy.

Qin sentía la tierna mirada de Juemin acariciándole el rostro. Quería decir algo que Juemin no pudiera olvidar, pero no encontraba la frase adecuada. Lo miraba, sufría, temía su marcha. No le soltaba la manga de la chaqueta. Empezó a hablar atropelladamente sobre lo primero que le vino a la cabeza para retenerle un poco más.

—Qianru ha venido a contarme que Wen y «la vieja señorita» se van a Pekín a estudiar. No pueden seguir aquí, sus familias están furiosas con ellas porque se han cortado el pelo. —Qin hablaba a sabiendas de que Juemin no sabía quiénes eran aquellas chicas y que la escuchaba como si estuviera muy interesado en ello—. A Qianru le da miedo irse. Su padre se lo ha tomado como una ofensa y está muy molesto. Dice que hará gestiones para dejar su puesto y llevársela a vivir a Shanghai o Nankín. La prima Mei está peor cada día, vomita sangre. Se lo oculta a su madre y no quiere que yo se lo diga a nadie. Se niega a medicarse, dice que ya ha vivido bastante y que quiere morir pronto. Su madre está todo el día fuera de casa, de visita o jugando, y no se ocupa de ella en absoluto. Solo se ocupa la cuñada, que la visita muy a menudo y le lleva medicinas. Ayer me decidí a contárselo a su madre y creo que ha empezado a tomar cartas en el asunto. No le digáis nada al hermano mayor, Mei se enfadaría mucho si supiera que él conoce el estado en que se encuentra.

Qin se dio cuenta de que Juemin estaba llorando. Quiso seguir hablando, pero se sintió invadida por la desesperación.

—¡No puedo seguir!

Dio unos pasos atrás, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—Prima Qin, me voy.

Al revés de lo que habían previsto, el encuentro terminó con lágrimas.

—¡No te marches! ¡No te marches!

Qin no le soltaba la manga.

Juemin estaba a punto de abrazarla, pero Juehui lo detuvo con una mirada enérgica, sabía que Juehui tenía razón. Consoló a Qin diciéndole: —Qin, no llores, volveré; estamos muy cerca. No sufras, espera mis noticias.

Consternado, dejó a Qin y se fue con su hermano. Ella los siguió hasta la puerta de la sala principal y se quedó en el umbral mirando cómo se alejaban. A los hermanos les pareció oír los sollozos de Qin cuando ya estaban en la calle.

Caminaban sin decir nada. Cuando ya llegaban a la casa de Cunren, Juehui se paró y le dijo a Juemin: —Seguro que todo os irá bien. Ya ha habido bastantes sacrificios. —Y tras unos instantes añadió, firme y cruel—: Si se necesitan más víctimas, ¡que lo sean ellos!

PRESA de los remordimientos, Juexin sentía que debía ayudar a Juemin como fuese. Sabía que si no lo hacía se arrepentiría toda la vida. Tras mucho pensarlo y consultarlo con la madrastra Zhou y su esposa, decidió por fin ir a hablar con el abuelo.

Sin mencionar a Qin, le hablaría discretamente de los sentimientos de Juemin y de la necesidad de demorar un tiempo el matrimonio para dejar que fuera Juemin quien lo planteara. Sus argumentos eran razonables, los había estado preparando toda la noche, incluso los había escrito en un papel. Esperaba convencer al abuelo, pero sus previsiones fueron erróneas: el abuelo era un hombre inflexible y terco. No atendía a razones ni quería escuchar, solo le importaban dos cosas: su autoridad había sido puesta en entredicho y tenía que recuperarla como fuera; y, por otra parte, consideraba que la palabra dada a los padres de la prometida y al intermediario no podía ser revocada. La felicidad y los deseos de un joven no contaban.

Las razones de Juexin no hicieron más que acrecentar la cólera del abuelo. El compromiso con los Feng no se rompería y si Juemin no aparecía a final de mes, lo repudiaría en público y Juehui lo sustituiría en aquel matrimonio. Juexin no se atrevió a decir nada más y corrió a explicárselo todo a Juehui. Pensó que este se sentiría amenazado por la idea del abuelo y lograría que Juemin regresara, pero Juehui era demasiado inteligente para dejarse intimidar y respondió con una sonrisa irónica mientras pensaba: «Si quieren un sacrificio, no seré yo la víctima».

—Creo que sería mejor que aconsejaras al hermano segundo

que vuelva; si no vuelve, el matrimonio te va a caer a ti —insistió Juexin, sorprendido ante la indiferencia de Juehui.

—Si de verdad es ese el propósito del abuelo, que lo lleve a cabo. Se arrepentirá. No me da miedo, tengo una solución mucho mejor —replicó Juehui con arrogancia—. Jamás he entendido cómo puedes ser tan cobarde y tan poca cosa.

Juexin palideció. Temblaba, solo acertó a decir tres veces «tú» cuando entró Yuancheng, que anunció aturullado: —Acaba de venir el criado de la señora tía Qian para decir que la prima Mei ha muerto.

—¿La prima Mei? ¿Cuándo? —preguntó Ruijue, horrorizada, al oír la noticia.

—Ha muerto hacia las siete de la mañana.

En el reloj de péndulo daban las nueve. En la habitación se hizo el silencio.

—Ve a decir que preparen mi palanquín —ordenó Juexin unos instantes después.

—Yo también voy —dijo Ruijue con la voz quebrada.

—Jue, no vayas, estás embarazada, no te convienen los disgustos. Puede afectarte. Debes cuidarte.

—Pienso en ella... El último día que fui a verla, me tomó de la mano cuando yo ya estaba en el palanquín y me pidió con ojos llorosos que le llevara a Haier. No puedo creer que no la vayamos a ver más. Quiero ir a verla por última vez.

—Jue, tú también debes cuidarte. Solo te tengo a ti. ¿Qué haré si te pones enferma?

Juehui, de pie delante del escritorio, miraba en silencio la cortina blanca de la ventana. Había presentido la muerte de Mei. Recordó lo que había dicho Qin sobre Mei. Aunque era lo que ella deseaba, a Juehui le resultaba difícil aceptar la muerte de una

persona joven y querida. Estaba amargado y lleno de rabia.

—¡Ya tenemos a una víctima! —dijo con frialdad, a pesar de la pena que le embargaba. —Sabía que Juexin entendería a lo que se refería; volvió la cabeza para mirarlo y añadió—: ¡Y el dolor no ha terminado aún! ¡Nos espera más tristeza!

Juexin salió de la habitación ofuscado, se sentía sin fuerzas. Notó un ardor muy fuerte en la garganta, seguido de un hormigueo, tosió y escupió una flema pastosa y dulce. Miró al suelo, había sangre. Se quedó helado, con la mano se oprimió el pecho y decidió volver a su habitación, pero cambió de idea al instante y, en silencio, borró con el pie aquella mancha y se marchó.

Nada más llegar a casa de los Qian y bajar del palanquín, oyó llantos dentro de la casa. Entró en la habitación de Mei. Estaban su madre y su hermano, Qin y una criada. Todos lloraban alrededor del cadáver.

—Sobrino mayor, ¿qué debo hacer ahora? —le preguntó la tía Qian, despeinada y con la cara llena de lágrimas.

—Preparar enseguida el entierro. ¿Habéis comprado el féretro?

—He mandado a Wanyun a comprarlo pero todavía no ha vuelto —contestó sin dejar de llorar—. Hace más de dos horas que está muerta, en casa estoy sola, tu primo es muy pequeño, Wanyun ha ido a dar la noticia. Dime, ¿qué debo hacer? Mira qué desordenada está la casa. ¡Estoy tan aturdida!

—Tía, no te preocupes, yo te ayudaré —dijo Juexin, que ya no se acordaba de su esputo sanguinolento.

—Sobrino mayor, Mei agradecerá tu buen corazón desde el otro mundo.

La palabra «agradecerá» se le clavó en el corazón. «¿Qué

puede agradecerme Mei? Ha llegado hasta aquí por mi culpa, yo he sido la causa de su mal.» Se acercó al lecho, Mei reposaba serenamente con los ojos cerrados. Tenía la cabellera extendida sobre la almohada, la cara delgada y blanca como el papel y aquella arruga que le surcaba la frente y que de pronto parecía más profunda que nunca. Tenía los labios entreabiertos, como si hubiera querido decir algo que no pudo decir. Aún se veían algunos rastros de sangre en ellos. Una delgada manta le cubría medio cuerpo.

—Mei, he venido a verte —le dijo Juexin en voz baja y con los ojos llorosos.

Sentía un dolor infinito. «¿Hemos de despedirnos así? No me dejas ni una palabra. ¿Por qué no vine antes? Si hubiera venido, habría podido ver el movimiento de tu boca y escuchar tu voz y saber lo que pensabas.»

—Mei, he venido, estoy aquí, dime algo, habla, ¡te escucho!

Sacó el pañuelo para secarse las lágrimas y se inclinó para verle mejor la cara. Tenía una mosca en la frente y la espantó con la mano. Mei era como un bloque de hielo. Aunque Juexin gritara, no podría oírlo, los separaba la eternidad. No volverían a encontrarse jamás. Arrepentido y desconsolado, rompió a llorar desesperadamente.

Qin se le acercó y, con voz dulce, le dijo:

—Primo mayor, ahora no es momento de llorar, tenemos que arreglar las cosas de Mei. Las lágrimas no la harán volver a la vida. La tía está desvalida y tu llanto la aturde todavía más. A Mei no le gustaría.

Juexin pensó: «La hice sufrir tanto que ya no querría volver». Haciendo un gran esfuerzo, dejó de llorar.

—No os extrañe el llanto del primo mayor. Él y Mei se querían

y yo arruiné su boda. Si se hubieran casado, todo habría sido diferente —confesó la tía Qian.

—Primo mayor, dispón enseguida los funerales de Mei, no podemos permitir que esté mucho tiempo así. —Qin sabía que las palabras de la tía habían causado aún más dolor a Juexin y quiso cambiar de tema.

—De acuerdo —dijo Juexin suspirando, y se llevó a la tía Qian para hablar del entierro.

Compraron todo lo necesario, trajeron el féretro y las criadas amortajaron el cadáver: lo asearon, le cambiaron el vestido y lo pusieron dentro de la caja. Solo se le veía la cara. Juexin se resistía a dejar de mirarla por última vez. Observaba fijamente aquel rostro amado que dejaría de ver para siempre al cabo de un momento. No podía soportar la idea, no aceptaba que Mei desapareciera. Quería abrir el féretro y llevársela a un lugar donde no hubiera nadie. Odiaba a aquel amortajador con el lienzo rojo en las manos que cuando hubiera terminado ya no le permitiría verla más. Dio la orden a aquel hombre de que lo cerrara, pero la tía Qian lo detuvo gritando: —Meifen, aún tienes la boca abierta. ¿Quieres decirme algo? ¡Habla! Tu madre está aquí... Meifen, estoy aquí, yo te he matado, no hice caso de tus sentimientos, te llevé a aquel desgraciado matrimonio y te hice desdichada para siempre. Ahora me doy cuenta de cuánto me equivoqué y me arrepiento. Meifen, estoy aquí, te estoy hablando, ¿me oyes?, ¿por qué no me contestas? ¡Deja que me vaya contigo! ¡Meifen! ¡Meifen!...

La tía Qian daba pisotones en el suelo y se golpeaba la cabeza con el féretro. Tenía la cara llena de lágrimas y mocos. Todos intentaban disuadirla, hacerle ver que aquello no tenía sentido. Por fin consiguieron apartarla de allí. El amortajador clavó el lienzo

rojo, colocó la tapa y lacó el féretro. Mei ya no estaba.

Los invitados fueron llegando; eran pocos, solo unos cuantos parientes: la madrastra Zhou fue con Shuhua y Haier; la tía Zhang, con Qin y cuatro mujeres más. Ruijue había querido que Haier viera a Mei. El niño se puso a llorar al ver que todos lloraban y Juexin pidió a la madrastra Zhou que se lo llevara a casa. La comitiva fúnebre la formaban, además de la madre, el hermano y Wanyun, Juexin, Shuhua, Qin y Juehui, que llegó en el último momento.

Llevaron el féretro al lugar donde debía ser enterrado, en un gran monasterio budista abandonado desde hacía muchos años. La hierba crecía en los peldaños que conducían a la nave principal del templo. A ambos lados de la escalinata había pequeñas celdas donde se depositaban los féretros. Algunas tenían las puertas abiertas y dentro podía verse el humilde mobiliario: mesas rotas, tablillas de difuntos amontonadas, inscripciones funerarias arrancadas por el viento... Había una, llena de moscas, con tres o cuatro féretros abiertos que nunca nadie había reclamado, según les dijeron.

Limpiaron a toda prisa la celda de Mei y depositaron el féretro. En el altar de las ofrendas colocaron una tablilla con su nombre. Wanyun quemaba dinero de papel arrodillado en los escalones del exterior. La tía Qian y el hermano de Mei lloraban sobre el féretro. Qin pensaba en la vida que había tenido Mei, en su suerte adversa, e, inevitablemente, pensó en sí misma y se echó a llorar. Juexin, que estaba ante el altar, oía los llantos de los demás y no pudo contener las lágrimas. Le costaba creer que Mei estuviese dentro de aquel féretro. Aún la sentía viva, le parecía que todavía lo miraba con aquellos ojos tristes y le contaba su desdichada vida. Leyó los caracteres negros caligrafiados en el papel rojo de la

tablillas: «Aquí descansa la señora Qian Meifen». Ella estaba muerta. Se secó las lágrimas y salió fuera. Se quedó observando a Wanyun, que quemaba los billetes. Juehui, que venía del salón principal del templo, lo miró conmovido, impresionado por el dolor del hermano.

—Volvamos —le dijo a Juexin.

El viento dispersaba las cenizas de los billetes.

—Sí —respondió Juexin sin fuerzas.

Entraron a consolar a los de la celda. No era fácil consolar a alguien con los ojos llenos de lágrimas. Cuando ya se marchaban, el hermano de Mei, volviendo al lado del féretro, dijo: —Hermana, nos vamos y te dejamos aquí; ¡qué sola te quedas!

Las palabras del chico hicieron estallar otra vez en llanto a los demás. Qin lo tomó de la mano y se lo llevó fuera. La madre, completamente descompuesta por las palabras de su hijo, se dirigió al altar. Miraba las velas, las barritas de incienso y la tablilla con el nombre de su hija.

—Meifen, tiene razón tu hermano; te quedas tan sola... Esto es tan frío, tan triste... Qué sola te quedas, sin nadie que te haga compañía. Si esta noche vuelves a casa, encontrarás a tu familia. Y yo, como cada día, encenderé la luz, para iluminarte. No tocaré tus cosas, Meifen, hija mía. —No pudo continuar.

Juexin fue el último en subir al palanquín y mientras tanto aún volvió la cabeza para mirar la celda. Juehui quiso regresar a pie. Antes de salir miró el féretro y se despidió de Meifen. En sus palabras se mezclaban la ira y la indignación.

—Llantos, palabras, lágrimas por esta joven vida enterrada. Prima Mei, me gustaría sacarte de aquí y que abrieras los ojos para enseñarte cómo te asesinaron.

AL día siguiente del entierro de Mei, Juehui fue a ver a Juemin para contarle cómo había ido todo. Después de charlar durante casi una hora, Juemin acompañó a su hermano a la puerta para despedirlo. Cuando ya estaba en la calle, Juemin lo llamó: —¿Quieres algo más? —le preguntó Juehui. Juemin, sin contestar, lo miró con una sonrisa triste que el otro interpretó al instante—: Te sientes muy solo aquí, ¿verdad? Te entiendo. Yo también me siento solo en casa. La vieja Huangma viene a menudo a nuestra habitación a llorar. La madrastra, la hermana, la cuñada, todas me preguntan por ti. Pero me siento tan lejos de ellas... En casa estoy solo, pero debo aguantarme y tú también, ya verás cómo saldrás adelante.

—Pero tengo un poco de miedo —dijo Juemin con los ojos húmedos.

—¿Miedo de qué? Seguro que ganarás.

—¡De estar tan solo!

—¿No hay dos corazones que están a tu lado? —le preguntó Juehui para hacerle reír.

—Precisamente por eso tengo ganas de verlos continuamente. Ella no viene. Tú vienes y te vas...

—Hermano segundo, ten paciencia. Esto pasará.

La voz de Cunren interrumpió la conversación.

—¿Por qué no estáis dentro? Deberíais andar con más cuidado.

—Ya me iba.

Juehui se despidió de los dos y se fue. Mientras se alejaba oyó

que Cunren le decía a Juemin: —Vayamos adentro a charlar un rato.

Juehui, por la calle, se decía: «Seguro que lo conseguirá, pero ¿cuándo?». Entró en casa de Qin más optimista: «No importa el tiempo que tardemos, lucharemos hasta el final». Después de saludar a la tía Zhang se dirigió a la habitación de Qin.

—Acabo de ver al hermano segundo, me ha dicho que te diga que está muy bien.

Qin estaba escribiendo; dejó el pincel.

—Gracias a los dos. Le estaba escribiendo una carta.

—Y no hace falta decir que el mensajero seré yo —contestó riendo Juehui. Sin querer, vio escrito el nombre de la prima Mei—. ¿Le hablas de Mei? Ya se lo he contado. ¿Qué piensas de su muerte?

—En la carta le digo que no quiero ser la segunda Mei, mi madre tampoco quiere, he hablado mucho con ella. Ayer se quedó muy afectada. Dijo que quería ayudarme.

Qin mostraba una actitud firme y decidida, distinta de la de días anteriores.

—Bien, házselo saber cuanto antes.

Después de charlar un rato con Qin, Juehui volvió a casa de Cunren a llevar la carta. Encontró a Juemin muy animado hablando con Cunren, y Juehui se sumó a la conversación. Luego volvió a casa. Cuando se acercaba a la ventana del abuelo vio algunas personas intentando oír lo que se decía en la habitación, una costumbre muy extendida en la familia Gao. Juehui entró en el salón principal y nada más correr la cortina de la habitación del abuelo oyó la voz llorosa de la quinta señora y los gritos entremezclados con la tos del abuelo. «Ya decía yo que algún día tendríamos gresca», pensó Juehui, decidido a no entrar.

—¡Ve a buscarlo y tráelo, que voy a castigarle! ¡Es indignante!
—vociferaba el abuelo sin dejar de toser.

La cortina se movió y Keming salió con el rostro encendido. Juehui abandonó el salón. Shuhua, que formaba parte del corrillo que escuchaba debajo de la ventana, fue corriendo a preguntarle: —¿Sabes qué pasa con el tío quinto?

—Hace tiempo que lo sé —contestó—. ¿Cómo se ha enterado el abuelo?

—El tío quinto tiene una concubina fuera de aquí, en una casita que tiene alquilada. En casa nadie lo sabía. Tomó las joyas de la dote de la tía quinta con el pretexto de que se las habían pedido para copiarlas. Cada vez que ella las reclamaba él ponía excusas. Al final la tía se puso nerviosa y él dijo que las había perdido. Pasa todo el tiempo fuera de casa, vuelve muy tarde y la tía juega todo el día sin sospechar nada, pero ayer por la mañana encontró la fotografía de una mujer en un bolsillo del tío. Cuando le preguntó quién era, el tío no supo qué contestar. Precisamente la tía había ido al centro a comprar algunas cosas y había visto a una mujer bajando del palanquín del tío con Gaozhong detrás. Una vez en casa le pidió explicaciones a Gaozhong y este confesó: el tío había vendido parte de las joyas y las otras se las había regalado a la concubina. La tía se lo ha explicado todo al abuelo... La concubina es una prostituta, tiene un apodo como «Lunes» o algo así...

Shuhua hablaba sin parar. A Juehui no le resultaba nuevo lo que contaba. Había visto con sus propios ojos el letrero de la casita. La familia se encaminaba a la decadencia y nada podría evitarlo. Los esfuerzos del abuelo no serían suficientes: ¡si él mismo iba por el camino de la extinción! Juehui tenía la impresión de que solo él se dirigía hacia un destino lleno de luz; sentía que su

fuerza moral estaba por encima de la de aquella familia a punto de hundirse. Confiaba en que su lucha por la libertad, el amor y el conocimiento no tardaría en dar sus primeros frutos. Los tiempos de Mei desaparecían y daban paso a los de Qin o, mejor dicho, a los de Xu Qianru. La nueva generación no sería corrupta ni hipócrita, y pondría fin a los crímenes de la familia tradicional. Estaba convencido de ello. Sacudió todo su cuerpo, como si quisiera desembarazarse de las amarguras y los sufrimientos. Miró a su alrededor con odio y rabia: «Paciencia, el final está a punto de llegar».

Shuhua, ajena a los pensamientos de Juehui, fue hacia el salón principal a fin de continuar escuchando, esta vez detrás de la cortina de la habitación. Juehui se retiró a su cuarto. Por la ventana vio que llegaban los tíos Keming y Keding. Acto seguido, se oyeron más gritos en la habitación del abuelo. Todo eran idas y venidas. «En esta casa, a todos les gusta el teatro», se dijo Juehui.

—¡Ven a ver! ¡El abuelo quiere pegar al tío quinto! —le dijo Juequn, excitado, a Juehui. Juequn salía corriendo cuando Juehui le dijo: —¿Y tú, adónde vas ahora?

—¡Voy a avisar al hermano sexto para que venga a verlo! ¡Un hombre tan mayor recibiendo! —dijo Juequn riendo.

«Un hombre tan mayor recibiendo», repitió maquinalmente Juehui. Salió de la habitación y fue hacia el salón principal. En la puerta del abuelo cuatro o cinco mujeres espiaban por una abertura de las cortinas. No quiso quedarse con ellas y fue a la ventana. Allí también había gente escuchando. Algunos se habían encaramado a una silla para poder ver, con la cara pegada al papel de la ventana.

De momento no se oían golpes, nadie pegaba a nadie.

—Eres un hombre hecho y derecho, tu hija ya no es una niña.

¿Este es el ejemplo que das a Shuzhen? ¡Shuzhen, avergüénzate de él, mira qué bribón! ¡No es digno de ser tu padre!

Juehui no podía evitar sonreír con crueldad al oírlo. Tras un acceso de tos, el abuelo continuó: —¡Qué vergüenza! No has aprendido nada de todos los libros que has leído. ¿Cómo te atreves a vender las joyas de tu mujer? Tienes tres días para devolverlas. ¡Eres un cretino! Siempre tuve predilección por ti; no te hubiera creído capaz de algo tan abyecto. ¿No te preguntas si has sido digno de mí? ¡Me has engañado! Te consideraba un buen hijo. ¡Estúpido! ¡No me hagas abofetearme! ¡Hazlo tú mismo!

—Padre, me he equivocado. Por favor, perdóneme, no volverá a ocurrir —suplicó Keding.

—¡No! ¡No te perdono! ¡Quiero que te abofetees! —gritó el abuelo dando un puñetazo en la mesa.

Empezó a oírse el sonido de los cachetes. Juehui, con cierta complacencia, se adelantó hasta el umbral de la habitación y, apartando a los demás, dijo: —Dejadme ver.

Keding estaba arrodillado delante del abuelo y se abofeteaba con las dos manos. Tenía la cara totalmente enrojecida. No dejaba de pegarse, en presencia de su mujer y su hija; era francamente humillante.

—¡Basta! —ordenó el abuelo, y Keding dejó de pegarse—. ¿No sabes de dónde sale lo que comes, la ropa que vistes y las cosas que compras?

—Todo es suyo —respondió Keding.

—¿Entiendes el significado del proverbio que dice: «Cuando uno come sentado, la montaña se agota»? ¿Quién te crees que te alimentará cuando yo muera? ¡Pégate! ¡Pégate más fuerte!

Keding empezó a abofetearse otra vez. El abuelo seguía increpándolo y lo obligó a confesar la vida que había llevado en los

últimos tiempos: sus amistades perniciosas, la relación con la prostituta, la casa que había alquilado, la venta de las joyas... Keding fue desgranando, con pelos y señales, cosas que el abuelo ni sospechaba. Confesó que había pedido dinero en nombre de este, que tenía muchos acreedores, incluso tenía deudas de juego. Acusó a Kean de ser su cómplice en todas aquellas fechorías, cosa que el abuelo no se esperaba. Juehui tampoco.

Juemin, a sus diecinueve años, en unas circunstancias del todo adversas, sin el apoyo de la familia, se sentía capaz de enfrentarse a todo, alentado por sus convicciones; en cambio, Keding, de treinta y tres, con una hija de trece, estaba arrodillado, abofeteándose, injuriándose, delatando a otro y haciendo todo lo que el abuelo le ordenaba, aunque no se creía nada. ¡Qué conductas tan diferentes las de los dos hombres ante las amenazas de aquel terco viejo! Juemin había abandonado a la familia, refugiándose en un cuartito, y perseveraba en sus principios, desobedeciendo la voluntad del abuelo. Keding estaba postrado ante el viejo, atemorizado, inmóvil, expuesto a las burlas de todos.

Pensando en todo eso, Juehui no podía evitar sentirse orgulloso de su generación: «Hombres como Juemin solo existen en nuestra generación, en la vuestra no hay ninguno». Dio media vuelta y se marchó.

—¡Cretino! ¿Cuánto dinero debes? ¿Te crees que yo tengo dinero, después de las inundaciones, las fechorías de los *ban ge*³⁹ y los impuestos? ¿Cómo puedes haber dejado correr el dinero como el agua? Cuando comes sentado, la montaña se agota. ¿De qué vivirán los que vienen detrás de ti? ¿Qué dote tendrá tu hija? ¡No eres digno de ser padre!

Un ataque de tos interrumpió los gritos del abuelo. Cuando

acabó de toser, ordenó a Shuzhen que fuera a buscar a Kean. Al cabo de poco Shuzhen volvió diciendo que no estaba en casa. El abuelo se enfureció aún más. Pegó un puñetazo en la mesa y volvió a reprender a Keding, pero ni así conseguía aplacar su ira. De nuevo, se dirigió a Shuzhen: —¿Dónde está la tía cuarta? ¡Ve a buscarla!

La cuarta tía Wang, que escuchaba debajo de la ventana, no tuvo tiempo de esconderse, Shuzhen ya iba a buscarla y se dirigió con ella, llena de pavor, a la habitación.

—¿El padre preguntaba por la nuera? —dijo respetuosamente la tía Wang al abuelo, tratando de forzar una sonrisa.

—¿Adónde ha ido Kean?

Wang no lo sabía. El abuelo le preguntó cuándo volvería. Wang tampoco lo sabía.

—¿No sabes qué hace tu marido? ¡Qué dejada eres! —la increpó el abuelo, golpeando de nuevo la mesa.

Wang no sabía qué decir. Agachó la cabeza avergonzada y enfurecida. Tenía la sensación de que la concubina Chen, que estaba a su lado, se reía de ella, pero delante del abuelo no podía hacer nada, no se atrevía ni a llorar. El abuelo tosió de nuevo, esta vez con mucha virulencia. La concubina le daba golpecitos en la espalda repitiéndole: —No arruine su salud por ellos.

La tos remitió, la cólera se le disipó y el abuelo entró en un estado de profundo abatimiento. Extenuado, se dejó caer en el sofá, cerró los ojos y dijo: —Dejadme, no os quedéis aquí, no quiero veros.

Salieron todos de la habitación. Keding se levantó del suelo y salió con cautela. El abuelo echó también a la concubina. Tumbado en el sofá, respiraba con dificultad. Le vinieron a la cabeza imágenes extrañas: sus hijos bebiendo y divirtiéndose

mientras se burlaban de él, los nietos caminando por senderos nuevos y desconocidos. Se sentía sin fuerzas, viejo y abandonado. Jamás se había sentido tan solo y desesperado. ¿Cómo había podido hacerse tantas ilusiones? Había formado una gran familia y un patrimonio importante; lo había dispuesto y dirigido todo con mano firme, pero el fruto de aquel gran esfuerzo era la soledad que sentía en aquel momento. El último esfuerzo para mantener el statu quo había fracasado. Se daba cuenta de que la familia se dirigía al declive y de que no había manera de frenarlo.

Estaba acabado, nadie creía en él. Sabía que lo engañaban. Todos hacían lo que querían. Incluso su amado Keding había cometido aquella baja. Y Kean. Le parecía estar soñando. La familia Gao se hundía. Todo había terminado.

Cuatro generaciones bajo el mismo techo, pero una vez conseguido esto lo único que sentía era un inmenso vacío. Decepción, oscuridad. Él, echado ahí, sin nadie con quien compartir su amargura. Había perdido el orgullo y todo lo que consideraba importante en la vida. Sentía que se había equivocado, pero no sabía exactamente en qué, y, aunque lo supiera, ya era tarde. Aún le parecía oír la pelea entre Keding y su mujer, su nuera suplicándole: —Por favor, padre, apóyeme.

Y a Keding, mientras se abofeteaba, diciendo:

—Todo el mundo dice que somos una familia rica de la puerta del norte y que pagaré mis deudas.

El abuelo se tapó las orejas con las manos, pero tenía las voces dentro de la cabeza. Intentó incorporarse asiéndose a los brazos del sofá, pero le fallaban las fuerzas. Dio un par de pasos hacia la cama, pero se le empañó la visión y toda la habitación empezó a darle vueltas. Como pudo, llegó a la de la concubina pidiendo ayuda con un hilo de voz.

EL abuelo Gao se puso enfermo.

Se quejaba mucho. Le visitaron los mejores médicos de la ciudad, que mandaron preparar una medicina con extraños ingredientes, un mejunje negro y espeso que el abuelo tomaba cada día. Aunque le decían que lo que tenía no era grave, cada vez que tomaba el medicamento empeoraba, hasta el punto de que al tercer día se negó a tomarlo, aunque terminó claudicando ante la insistencia de Keming y Juexin; Keming se quedó unos días en casa sin ir al trabajo, para encargarse de que el abuelo tomara el mejunje. Sus empleados tenían órdenes de pasar sus asuntos a Chen Kejia. Aprovechando que el abuelo no podía controlarles, Kean se escapaba al teatro o a la casa Gao Jingling, y Keding jugaba al *mahjong* o iba a divertirse con mujeres. Solo aparecían por casa por la noche para presentar sus respetos al abuelo.

La enfermedad del abuelo no suponía un quebradero de cabeza para la familia. Todos seguían con su vida: llantos, peleas y discusiones. No estaban muy preocupados por él y los que sí lo estaban creían que su enfermedad no era grave. No se daban cuenta de que su salud empeoraba.

Como la medicación no resultaba eficaz, decidieron recurrir a la superstición. No eran prácticas tan sencillas como un voto o una promesa. Se trataba de complejos rituales ejecutados por determinadas personas. Por iniciativa de la concubina Chen y con la aprobación de las mujeres de la casa, llamaron a personas que conocían «los libros de los sabios». Primero, unos sacerdotes taoístas hicieron sonar gongs y tambores mientras ejecutaban

conjuros en el vestíbulo de la casa. Por la noche, la concubina Chen salía al patio y se postraba ante Buda. Juehui, desde detrás de los cristales de su ventana, observaba la escena: en un pebetero había nueve barritas de incienso y dos velas; la concubina, con una falda roja, se postraba y se levantaba sin descanso, así durante tres noches seguidas. «¡Vete al infierno!», pensaba Juehui, «solo sirves para estas cosas». Después tuvieron lugar los sacrificios a los dioses, que hicieron Keming, Kean y Keding. También por la noche y en el patio, colocaron un altar con velas, incienso y fruta. Llevaban a cabo el ritual con tanta solemnidad que resultaban ridículos. Hacían reverencias y recitaban plegarias. Juehui, cuando los veía, pensaba lo mismo: «¡Al infierno!». Sabía perfectamente que unas horas antes Kean estaba en el teatro viendo actuar a su querido Zhang Bixiu y que Keding estaba en la casa Gao Jingling jugando y bebiendo. Y de pronto estaban allí, de rodillas y rezando, ofreciendo su vida por la de su padre.

Luego recurrieron a otra estratagema que Juehui desconocía: invitaron a un hechicero para que expulsara a los demonios de la habitación del abuelo. Una noche todos se encerraron en sus aposentos y la casa quedó convertida en una especie de templo abandonado. De no se sabe dónde, salió un hombre de rostro afilado, con los cabellos encrespados y una extraña indumentaria litúrgica. Iba haciendo aspersiones de colofonia por el patio mientras decía cosas ininteligibles. Después entró en la habitación del abuelo; empezó a dar brincos y a removerlo todo, incluso fumigó por encima de la cama sin importarle que el enfermo estuviera allí, quejándose y asustado. Toda la casa se llenó de un denso humo negro y un olor penetrante. La comedia duró una hora larga. Luego, el brujo desapareció como una exhalación y la

casa no volvió a su habitual barullo hasta pasado un buen rato.

La actuación no había bastado, había que expulsar a los diablos de todas las habitaciones, era la única solución para curar al abuelo, dijo el hechicero. Muchos habitantes de la casa no estaban de acuerdo, pero nadie se atrevió a oponerse. Ni Keming ni Juexin lo aprobaban, pero la concubina Chen y las demás mujeres estaban convencidas de que daría sus frutos. Kean y Keding opinaban que no se perdía nada probándolo. Al día siguiente se repitió la operación por segunda vez y cada habitación fue objeto de aquella ridícula pantomima. Algunos corrieron a esconderse, los niños lloraban, las mujeres suspiraban y los hombres movían la cabeza.

Juehui estaba en su habitación. Aunque los separaba un tabique, podía «escuchar y ver» la agitación que reinaba en el dormitorio de la cuñada. Estaba indignado, quería levantarse y liberarse de la opresión que sentía, no quería asistir al espectáculo. Decidió encerrarse con llave y esperar. Al cabo de poco el hechicero llamó a su puerta. Sufu y Zhaosheng también llamaban.

—¡Tercer amo joven! —gritaban en vano.

—¡No abriré! ¡En mi habitación no hay diablos! —respondió Juehui. Se echó en la cama tapándose las orejas. Alguien empezó a golpear la puerta con fuerza. Juehui se levantó enfurecido. Fue a la puerta y gritó—: ¡No abriré! ¿Qué creéis que hacéis con esas tonterías?

—Abre la puerta —decía el tío Keming.

—Tercer amo joven, ¡abre! —imploraba la concubina Chen.

«Vaya, ahora me necesitáis», pensaba Juehui.

—¡No abriré! —Daba vueltas por la habitación, notaba que la cabeza estaba a punto de estallarle. Gritó—: ¡Los odio! ¡Los odio!

Los de fuera no paraban de golpear la puerta, cada vez más enfadados.

—Tercer amo joven, ¿no quieres que el abuelo se cure?, ¿no quieres que se ponga bien pronto? Pues abre la puerta. ¡No tienes piedad filial! —decía la concubina Chen.

—Tercero, tienes que entenderlo, todos queremos que el abuelo se recupere. Eres una persona comprensiva, abre la puerta... —Keming no pudo terminar de hablar.

—Hermano tercero, abre enseguida, quiero hablar contigo —suplicaba la voz de Juexin.

«¿Tú también?», pensó Juehui con amargura. «¡Aún no has sido bastante cobarde!» Todo le repugnaba.

—De acuerdo, ya abro.

Al instante aparecieron varios rostros encendidos de rabia. El hechicero fue el primero en adelantarse.

—¡A ver! ¡Despacio! —los detuvo Juehui. Estaba en la puerta, como defendiendo la entrada. Olvidando que las personas que tenía delante eran los miembros de más edad de la familia, les preguntó despectivamente—: ¿Qué pretendéis hacer?

Los miraba con odio. Los otros no sabían qué responder exactamente. Keming y Juexin no osaban decirle que «ahuyentar diablos» porque ni ellos mismos se lo creían.

—Atrapar a los diablos de tu abuelo —contestó la concubina Chen mientras invitaba a entrar al brujo con un gesto.

—¿Atrapar a los diablos? ¡Idos al diablo! Vosotros no queréis atraparlos, solo queréis que el abuelo muera, vuestros miedos lo matarán, queréis que se consuma. ¡Él os maldecirá!

—Tú... —empezó a decir Keming, pero no continuó.

—¡Hermano tercero! —le gritó Juexin.

—¿Tú te crees lo que dices? ¿No te da vergüenza? —le decía

Juehui mirándolo fijamente—. Estudiaste diecinueve años. No esperaba que llegaras a este extremo. Hay un hombre enfermo y buscáis un brujo para espantarle los diablos. Os tomáis en broma la vida del abuelo. Ayer vi con mis propios ojos cómo lo martirizaba este hombre. Habláis de piedad filial y decís que queréis que se cure, pero no lo dejáis en paz. Ya me gustará ver cómo termina todo esto. Con una noche de jaleo no hubo suficiente y ahora, otra. Pues al primero que se atreva a entrar en mi cuarto le clavo un bofetón. ¡No me dais miedo! —dijo Juehui sin importarle el peso de sus palabras.

Sabía que tenía toda la razón. Se quedó sujetando la puerta con un gesto desafiante. Pensaba: «Si creéis en estas tonterías, ¿por qué tengo que ponerme a vuestra altura?».

Keming estaba fuera de sí, se daba cuenta de que Juehui tenía razón. Desde luego, él, que había estudiado en Japón y era un prestigioso abogado en la ciudad, no podía creer en lo de perseguir diablos. Era plenamente consciente de que aquello no llevaba a ninguna parte y, sin embargo, lo consentía por la familia; se veía obligado a hacer cosas en las que no creía. En aquellos momentos no deseaba ir a presentar los respetos al enfermo, ni sacrificarse por él. No tenía argumentos para rebatir los de Juehui. Apuntándolo con el dedo, soltó otro «tú» y se marchó sin decir nada.

La concubina Chen, al ver que se iba uno de sus valedores, no se atrevió a insistir. Ella sí que creía en ahuyentar diablos y a ella sí que le importaba la enfermedad del abuelo. No creía lo que decía Juehui. Lo odiaba, le había hecho perder autoridad ante los demás. Ya no contaba ni con el abuelo ni con Keming, se había quedado sola ante Juehui y no podía hacer nada. Lo maldijo y se marchó. Odiaba aquel nieto que no sabía lo que era la piedad filial.

Los otros también fueron marchándose, nadie insistió al hechicero para que acabara su trabajo. Por una vez, Juehui había ganado. Fue del todo inesperado.

AQUELLA noche Juehui durmió como un tronco. A la mañana siguiente, muy temprano, se fue a ver al abuelo, temiendo una reprimenda. La mosquitera que había encima de la cama le tapaba medio cuerpo, yacía de costado con la cabeza reposando sobre un cojín muy alto. Estaba pálido, se le marcaban los huesos del rostro y un hilillo de baba que le brotaba de la boca le brillaba en el mentón. Tenía los pómulos exageradamente marcados y las órbitas de los ojos hundidas. Ya no era el abuelo Gao que tanto pavor causaba, era un hombre digno de compasión.

Al entrar Juehui, el abuelo lo miró fijamente y en los labios se le dibujó una sonrisa triste.

—Has venido. —Nunca le había hablado con tanta ternura. Juehui también le sonrió—. Adelante. —Juehui se acercó al lecho—. Sírreme un poco de té.

Juehui fue a la mesilla y sirvió té de una tetera metálica. El abuelo le hizo un gesto con la cabeza y Juehui le acercó la taza a la boca. Con gran esfuerzo, el abuelo dio un par de sorbos y, agitando la cabeza, dijo: —Ya tengo bastante. —Juehui devolvió la taza a la mesilla y se acercó de nuevo al lecho—. Muy bien, chico —dijo el abuelo a media voz—. Dicen que tienes un carácter muy extraño. Tienes que estudiar mucho. —Juehui no decía nada—. Ahora lo comprendo —suspiró el abuelo—. ¿Has visto a tu hermano segundo?

A Juehui le sorprendió el cambio de tono del abuelo. Además, tenía los ojos llenos de lágrimas. Ante aquella inesperada muestra de afecto, Juehui respondió: —Sí.

—Yo... Mi carácter... No me enfado. Quiero verle, dile que venga. Yo no insistiré —dijo el abuelo enjugándose las lágrimas.

Acababa de entrar la concubina Chen, acicalada y perfumada. Al ver la escena amonestó a Juehui: —Tercer amo joven, ya eres mayorcito para entender las cosas. Tu abuelo tan enfermo y tú aquí haciéndolo sufrir.

—No lo riñas —la interrumpió el abuelo. La mujer, decepcionada, calló. El abuelo prosiguió—: Ve enseguida a buscar a tu hermano... El matrimonio con los Feng no se llevará a cabo de momento. Creo que no viviré mucho más. Quiero verlo... Quiero verlos a todos.

Juehui salió de la habitación y fue a ver a Juexin, que estaba con Ruijue.

—El abuelo me ha pedido que vaya a buscar al hermano segundo. Dice que, de momento, no habrá matrimonio con los Feng —explicó Juehui contento.

Juexin, con cara de satisfacción, inquirió: —¿De verdad? —No podía creérselo.

—Claro que es verdad. El abuelo dice que lo ha comprendido. Siempre dije que ganaríamos y, mira, ¡al final hemos ganado! —y estalló en risas.

—¡Cuéntame cómo ha ido! —dijo Juexin, agarrando la mano de Ruijue.

Ella intentó soltarse, pero él la agarraba muy fuerte. Los esposos se sentían felices, se había solucionado un problema grave. Era una especie de milagro. Escuchaban con suma atención las explicaciones de Juehui, que cuanto más hablaba más alegre estaba. No había terminado cuando entró Qiansao diciendo: —El abuelo llama al hermano mayor.

Juexin salió disparado. Juehui se quedó con la cuñada, Hesao

llegó con Haichen y se entretuvo jugando con el niño. Por fin se marchó a dar la noticia a Juemin.

La buena nueva alegró a Juemin. Se despidieron de la familia de Huang Cunren y fueron a casa de Qin. Esta se puso muy contenta, sus previsiones se habían cumplido. A los tres jóvenes se les abría un futuro lleno de esperanza; lo tenían al alcance de la mano, solo debían alargarla y sería suyo. Con todo, no había sido fácil: era el resultado de muchas batallas.

Estuvieron hablando de ello con Qin un buen rato y luego se fueron a casa. Juemin pensaba en lo que le diría al abuelo, a la madrastra, a Juexin... Era un regreso triunfal. Entró por la puerta principal, nada había cambiado en la casa; pasó la segunda puerta y el vestíbulo; todo igual que antes. Lo único que había cambiado era su situación. En la habitación del abuelo parecía reinar cierta agitación, idas y venidas de rostros alarmados que hablaban en voz baja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, inquieto, Juehui, que corrió hacia la habitación con un extraño presentimiento—. Quizás el abuelo... —y se le hizo un nudo en la garganta.

El corazón le latía con fuerza, tenía miedo. Al entrar en la habitación, los dos hermanos solo vieron a un grupo de personas arremolinadas alrededor de la cama. Todos hablaban con nerviosismo y preocupación pero nadie les decía nada. Se abrieron paso hasta la cama. El abuelo respiraba trabajosamente y hablaba embarullándose, no se le entendía. Juemin sintió deseos de abrazarle, pero Keming le disuadió con una mirada.

—El abuelo me ha dicho que lo hiciera venir, ha dicho que quería verle —explicó Juehui a Keming.

Keming, agachando la cabeza con tristeza, dijo con voz queda: —Es demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde!

Juehui se negaba a entender el significado de aquellas palabras, pero el jadeo del abuelo no engañaba: eran los estertores de la muerte. Nunca podrían resolver las diferencias que les separaban. Corrió al lado del abuelo y, tomándole una mano, le dijo: —¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Le he traído al hermano segundo!

Juexin y los demás intentaron detenerle, pero él permaneció arrodillado, agitándole la mano mientras le llamaba. Juemin estaba a su lado. De pronto, el abuelo exhaló profundamente y abrió los ojos. Miró a Juehui como si no lo conociera y le preguntó con voz muy débil: —¿Qué es ese barullo que estás armando?

Movió imperceptiblemente la mano derecha como si quisiera tocarle la cara. Juehui levantó la cabeza y miró desalentado al moribundo. Este volvió a despegar los labios como si quisiera hablar, pero no podía. Vio a Juemin y lo intentó de nuevo. Juemin exclamó: —¡Abuelo!

Parecía que no lo oía. Miró de nuevo a Juehui. Movía los labios, se le contraía el rostro como si quisiera sonreír. Extendió la mano, con lágrimas en los ojos, y tocó la cabeza de Juehui masculando: —Ha vuelto. Él... él...

Juehui agarró la mano de Juemin y dijo:

—¡Está aquí!

—Abuelo... —balbuceó Juemin.

—Has vuelto. El matrimonio con los Feng no se hará. Debéis estudiar mucho —declaró el abuelo, antes de tomar aire para continuar—: Debéis ser personas importantes para honrar a la familia. Estoy muy cansado. No os vayáis, me marchó. —Sus palabras se entendían cada vez menos, la cabeza se le caía. Finalmente dejó de hablar.

Keming se le acercó.

—¿Padre?

El anciano no contestó. Keming le tocó la mano y dijo lloroso: —Está fría.

Todos se arrodillaron y rompieron a llorar.

La noticia de la muerte del abuelo se difundió enseguida. Al cabo de pocos minutos toda la casa sabía que el abuelo había muerto. Los criados salieron a la calle a contarlo. Pronto empezó a llegar gente. Los de la casa se distribuyeron las tareas. El muerto yacía en el lecho. Enviaron a buscar a tres o cuatro mujeres para velar el cadáver. Las tablillas de los antepasados, el altar y otros objetos del salón principal fueron trasladados a una salita trasera llamada Sala del Canelo. Poco después llegó el féretro, comprado años atrás, que se guardaba fuera de la casa y que, según dijeron, no era demasiado caro: solo costaba mil liangs de plata.

Llamaron a los sacerdotes taoístas que debían «abrir el camino» y que determinarían el momento de colocar al muerto en el féretro. Prepararon la mortaja y las cosas que iban a acompañarlo. Bañaron al abuelo, lo amortajaron y, a la hora indicada, lo pusieron en la caja con sus objetos más queridos. Cuando acabaron los arreglos, ya era de noche. Entonces llegaron los monjes budistas para ejecutar sus ceremonias. Eran ciento ocho monjes, cada uno con un incensario en la mano, que iban ordenadamente del salón principal al patio, y del patio al salón principal. Detrás iban los tres tíos y, delante de ellos, Juexin, porque ya era el cabeza de la rama principal.

Las diez de la noche del segundo día era el momento que los sacerdotes taoístas habían fijado para cerrar el féretro. Juehui y otras personas de la casa no podían estar presentes porque su horóscopo no era compatible con el día y la hora escogidos. A

Juehui, a quien todo aquello le parecía una banalidad, no le importó demasiado: «Yo ya me he despedido del abuelo, vuestras supersticiones me son indiferentes, una vez cerrado el féretro, todo se ha terminado», se decía.

La muerte del abuelo paralizó durante unos días las demás actividades de la casa. El salón principal, habilitado como cámara mortuoria, fue decorado con lienzos blancos. El vestíbulo quedó convertido en la sala de un templo donde los sacerdotes budistas recitaban sus plegarias; en las paredes se colgaron dísticos con elogios del difunto, pendones funerarios, imágenes de budas y cuadros que representaban los diez palacios del Rey del Infierno. Una vez más, los diablos estaban en la casa.

Todos estaban ocupados con el muerto o, mejor dicho, fingían que se ocupaban de sus cosas para darse importancia. El tercer día, el del duelo oficial, empezaron a llegar regalos y personas que venían a presenciar las fastuosas ceremonias funerarias. Las plañideras tenían que intensificar sus llantos cada vez que alguien entraba en la cámara mortuoria a ver el féretro. Escondidas detrás de una cortina, comiendo o charlando, se ponían a gemir cuando los tambores avisaban que llegaba alguien a la sala. Se trataba de llantos vacíos, sin lágrimas, de hecho eran alaridos. Alguna vez hacían el ridículo: interpretaban erróneamente las indicaciones del *li sheng*⁴⁰ y lloraban cuando no había nadie en la sala, y al revés.

El papel del heredero de la rama principal y de los hijos del muerto era un puro formulismo, el *li sheng* iba repitiendo que «se dan cabezazos contra el suelo y lloran lágrimas de sangre», pero estaban detrás de la cortina sin inmutarse apenas. Cuando alguien iba a darles el pésame, se arrodillaban en la esterilla de paja y hacían algunas reverencias, pero al terminar descansaban o

charlaban.

Para Juemin y Juehui, aquellos días fueron más pesados. No pudieron ejercer su «resistencia pasiva» de siempre y tuvieron que mantener las apariencias saludando y conversando amablemente con todo el mundo. Cada vez que el *li sheng* decía «gracias en nombre de los hijos y los nietos», tenían que postrarse y hacer reverencias, pero cuando veían a los tíos y al hermano mayor con el sombrero de paja y la cinta de duelo atada a la cabeza, vestidos con los ropajes blancos y el chaleco y el cinturón de cáñamo, agachando la cabeza con gesto de dolor, se morían de risa y les parecía que estaban asistiendo a una función teatral.

Al día siguiente ya pudieron salir a la calle. Juehui fue a la redacción de la revista y regresó a casa al anochecer. Juemin aún no había vuelto. La casa estaba muy tranquila, los monjes y las plañideras ya se habían ido. En el altar frente al féretro, la cera de dos cirios goteaba por los candelabros y el incienso del pebetero se había consumido. «¿Por qué está todo así? ¿Dónde están los demás?», se preguntó. Fue al altar, arregló los candelabros y puso más incienso.

—¡No puede ser! Dividir las tierras, dividir las cosas. ¡Las antigüedades no pueden dividirse! Es incoherente dividir la familia —gritaba la voz de Keding en la habitación del abuelo—. Las antigüedades eran lo más querido del abuelo, las había reunido con mucho cariño, no podemos dispersarlas.

—A mí no me gustan estas cosas, pero si no las dividimos ahora alguien lo hará más adelante —decía Kean levantando la voz—. Tenemos que repartir equitativamente lo que era de nuestro padre.

—¡De acuerdo! Repartámoslo, mañana lo haremos. Es evidente que no pensaba quedármelo todo —concluyó Keming.

—Hermano, naturalmente que no pensabas quedártelo todo. Eres abogado y ganas lo suficiente, ¿para qué querrías todas estas cosas? —replicó Keding con frialdad.

En la habitación reinaba un gran nerviosismo, se oían también voces femeninas. Keding salió gritando, airado: —Legados, testamentos, ¡no sirven para nada! Esta manera de dividir no es justa.

Juexin se quejaba, abatido:

—Estáis dividiendo la familia. —«Y bien rápido que lo harán», pensó Juehui—. La madrastra y yo no contamos para nada. El abuelo me dejó tres mil yuanes en acciones de la empresa y los tíos no quieren saber nada de eso —dijo Juexin.

—¿Y la tía? —preguntó Juemin, que acababa de entrar en la habitación.

—La tía solo ha recibido algunas cosas y quinientos yuanes en acciones. Está nombrada en la lista de obsequios menores. En cambio, la concubina Chen ha heredado una casa, como solo la queremos los de nuestra rama, nadie reclamará por ella —dijo Juexin.

—¿Y por qué no lo haces tú? —le preguntó Juehui.

—Vuelve el tío tercero... —dijo Juexin.

La cortina se movió y Keming entró tosiendo.

FALTABAN pocos días para que Ruijue se pusiera de parto. El acontecimiento inquietaba a la concubina Chen y a las tías cuarta y quinta, así como a algunas criadas que lo comentaban a hurtadillas y en voz baja. Por fin la concubina explicó la razón del desasosiego a Keming y sus hermanos.

—Dicen que «las pérdidas de sangre traen desgracias».⁴¹ El ataúd del abuelo todavía está en casa y si la sangre de la gestante se mezcla con la del muerto podría traer desgracias. El único modo de impedirlo es trasladar a la mujer para que dé a luz fuera de casa, y si eso no es suficiente, porque la sangre pudiera encontrar el camino y volver a casa, es necesario que salga de la ciudad. Y si las puertas de la ciudad están abiertas y no pueden detener la sangre, tendrá que ir a un lugar cruzando un puente. En casa, para mayor seguridad, convendría construir una tumba para proteger provisionalmente el ataúd hasta el día del entierro definitivo. Solo así evitaremos la desgracia.

La quinta tía Shen fue la primera en aprobar la propuesta de la concubina. La cuarta tía Wang y Keding también se pusieron de su parte. Kean, Keming y la madrastra dudaban al principio, pero al final accedieron. Solo la tercera tía Zhang no dijo nada. Convencieron a Juexin de que el interés del abuelo estaba por encima de cualquier otra cosa y lo aceptó mansamente, jamás se negaba a nada. Lo encontraba poco razonable, pero prefirió acceder antes que enfrentarse a la familia. Fue a su habitación y se lo explicó a Ruijue, que no dijo nada; tan solo lloró manifestando su disconformidad, ya sabía que no tenía ninguna fuerza para

oponerse, ni Juexin para defenderla.

—Sabes que no creo en estas cosas, pero ¿qué quieres que haga? Dicen que es preferible hacerlo por si acaso —se justificó Juexin.

—No te culpo, lamento que mi madre no viva en la ciudad —dijo Ruijue sollozando—. No quiero que te acusen de falta de piedad filial.

—Jue, perdóname, soy demasiado cobarde, ni siquiera sé proteger a mi esposa como es debido. Hemos vivido tan bien estos años... Has sido tan comprensiva conmigo...

—No digas eso. —Ruijue se secó las lágrimas—. Lo entiendo. Tu pena... Ya has sufrido demasiado. Me has tratado muy bien. Solo tengo palabras de agradecimiento.

—¿Agradecimiento? ¿No me aborreces? ¿No me guardas rencor? Estás a punto de dar a luz y te mando fuera de la ciudad a un lugar solitario. Es imperdonable. ¿Qué esposa toleraría algo así? ¡Y encima estás agradecida!

Juexin se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar.

Ruijue, en cambio, ya no lloraba. Serena, se levantó y salió de la habitación sin decir nada. Al cabo de poco regresó con Haichen de la mano, seguida de Heshao. Llevó al niño ante su padre, le hizo pronunciar «papá» y que le diera un abrazo. Juexin miró los ojillos de Haichen y le besó la frente.

—La única esperanza que me queda es que Haichen no sea un hombre como yo.

Se levantó para salir de la habitación y Ruijue le preguntó preocupada: —¿Adónde vas?

—A buscar una casa fuera de la ciudad.

Juexin volvió muy tarde sin haber conseguido su propósito. Al día siguiente sí que encontró una casa: pequeña, de tres

habitaciones, con el suelo sin pavimentar, oscura y húmeda. No había encontrado nada mejor que estuviera fuera de la ciudad y fuera necesario cruzar un puente para llegar a ella. Antes de que Ruijue se trasladara allí, la concubina Chen y las esposas de los tíos fueron a echarle un vistazo y no le encontraron ningún inconveniente. Empezaron, pues, los preparativos de la mudanza. Juexin no dejó que Ruijue hiciera el equipaje y se encargó de prepararlo él mismo. La convenció para que se sentara e hizo la maleta siguiendo sus indicaciones; cuando metía en ella algo por iniciativa propia, Ruijue, aunque sabía que no lo necesitaría, le dejaba que lo hiciera. Una vez listo el equipaje, Juexin, orgulloso, dijo: —Mira qué bien que lo he hecho. Adivino todo lo que quieres.

—Sí, señor —sonrió ella—, sabes perfectamente lo que necesito. La próxima vez también te pediré que me prepares el equipaje.

—¿La próxima vez? La próxima vez me iré contigo. No pienso dejar que te vayas sola.

—Iremos a casa de mi madre y lo haremos juntos.

Juexin esbozó una sonrisa.

—Sí, iremos juntos.

Se engañaban el uno a la otra, no querían confesarse lo que pensaban de verdad. Sentían deseos de llorar y se esforzaban para esconder la pena que les embargaba. Shuhua y Shuying entraron en la habitación y al cabo de poco también llegaron Juemin y Juehui. Todos se daban cuenta de la situación; Juemin y Juehui no podían permanecer callados ante aquello. Juehui había oído hablar del asunto, pero no le había prestado demasiada atención, pues creía que se trataba de una broma, pero aquel día, cuando llegaba de la calle, Yuancheng, con el rostro más grave que de

costumbre y con expresión preocupada, le había dicho: —Tercer amo joven, ¿ya sabe que se llevan a la señora joven fuera de la ciudad?

—No puede ser, no veo por qué tiene que irse.

—El amo mayor ya lo ha dispuesto todo, quiere que Zhangsao y yo la acompañemos para asistirle. Tercer amo joven, creo que no es bueno que la señora vaya allí. ¿No sería mejor que construyeran una tumba provisional como hacen las familias ricas? No entendemos por qué el amo no lo hace. ¿No podría convencerle, a él y a la señora? —El criado, secándose las lágrimas, continuó—: Todos queremos a la señora y deseamos que esté bien. Si la señora tuviera... —No pudo terminar la frase.

—De acuerdo, voy a ver al hermano mayor. No te preocupes, a la señora joven no le ocurrirá nada —le dijo Juehui emocionado.

—Gracias, pero, por favor, no mencione mi nombre por nada del mundo —le suplicó Yuancheng.

Juehui se dirigió a toda prisa a la habitación de Juexin.

—¿Te has vuelto loco? —le interpeló, indignado—. ¿Te crees esas supercherías?

—¿Cómo quieres que me las crea? —dijo Juexin, desesperado—. ¿Cómo quieres que piense que sirven para algo? ¡Pero todos se las creen!

—¡Pues tendrías que negarte! —replicó Juehui.

—Lo que dice el hermano tercero es cierto —terció Juemin—. No te lles a la cuñada. Yo creo que si hablas con los mayores lo entenderán. También son personas razonables.

—¿Razonables, dices? Ni el tío tercero que lee tanto y que ha estudiado leyes en Japón lo es. Todos son iguales. ¿De qué servirán mis explicaciones? No quiero que me acusen de no tener piedad filial. El sufrimiento de Ruijue...

—¿Qué sufrimiento? A mí me irá muy bien trasladarme a un sitio tranquilo. Además, estaré acompañada por personas que me cuidarán. Seguro que me encontraré muy a gusto —interrumpió Ruijue con una sonrisa forzada.

—Hermano mayor, ¡has vuelto a claudicar! ¿Cómo es posible que siempre acabes sometiéndote? Ya pagaste un precio muy alto en el pasado. ¡La cuñada es importante! Todos en casa la queremos. —Juehui recordaba las palabras de Yuancheng—. Mira el hermano segundo, no quiso que decidieran por él ni que convirtieran a Qin en otra víctima, y al final lo ha logrado.

Al oírlo, Juemin no pudo evitar sonreír con orgullo.

—Hermano tercero, no tienes derecho a hablar así, no ha sido idea de tu hermano, ha sido idea mía —terció Ruijue tratando de defender a Juexin.

—No, cuñada, no es idea tuya ni del hermano mayor, es idea de ellos —dijo Juehui con el rostro encendido, y dirigiéndose a Juexin le exigió—: Hermano mayor, ¡tienes que luchar!

—Luchar, ganar... Es verdad, vosotros lo habéis conseguido. Vosotros os habéis rebelado contra todo y habéis ganado. Vosotros les ofendéis y ellos se vengan conmigo. Me odian, me critican a mis espaldas y se burlan de mí llamándome «el señor heredero de la rama principal». Vosotros os podéis rebelar, os podéis desentender de la familia, podéis marcharos... ¿Y yo? ¿Os pensáis que puedo huir? ¡Hay tantas cosas que desconocéis! No sabéis lo que he tenido que aguantar por culpa del hermano segundo. Y por el tercero, por el tema de la revista y de sus amistades. Me lo he guardado todo para mí. Solo yo sé lo que he sufrido. ¿De qué rebeldía y de qué lucha me estáis hablando? ¿A quién os pensáis que le decís estas cosas tan bonitas?

Como ya no aguantaba más, se derrumbó en la cama hecho un

mar de lágrimas. No quería que lo vieran llorar, no quería dar pena a nadie. Sentía una opresión en el pecho que le impedía respirar. Ruijue, inclinada sobre la mesa, también lloraba. Shuying y Shuhua la consolaban. Juemin se arrepentía de haber sido tan egoísta y de no haber tenido en cuenta los problemas del hermano mayor. Había sido demasiado severo con él, así que intentaba encontrar palabras para animarlo.

Sin embargo, Juehui no sentía lo mismo. Observaba a Juexin. Aunque sentía lo que acababa de decir este, no le compadecía: aún albergaba odio en su interior. Conservaba la imagen del lago, del féretro; pensaba en el presente, en el futuro... No lograba olvidar todas las cosas que habían pasado. Se indignaba cada vez que lo recordaba. Los hermanos habían recibido el mismo legado moral de los padres. Su madre les había enseñado a amar al prójimo, a ayudar, a respetar a los mayores y a ser bondadosos con los subordinados, pero en aquellos momentos, ante aquella oscura fuerza que dominaba a la familia, se le hacía difícil mantener el respeto a los mayores. Había visto cómo convertían en víctimas a personas que él apreciaba, y sabía que aún habría más. Por eso no podía sentir compasión por su hermano. Sin decir nada salió de allí, cruzándose con Hesao, que entraba con Haichen de la mano.

Volvió a su habitación y se sintió más solo que nunca. ¡Tantas lágrimas! ¡Tanto dolor! Había personas que lo único que sabían hacer era destruir su vida y la de los demás. Ese era el futuro de su hermano y el de muchos hombres como él. «¿Por qué hay tanto dolor en el mundo? ¿Cómo es posible que incluso Yuancheng entienda lo que está pasando? Sea lo que sea, yo no soy como ellos, debo hacer mi camino aunque deba pasar por encima de sus cadáveres; yo tengo que salir adelante.» Animado por este último

pensamiento, salió de casa para ir a encontrarse con sus amigos.

Juexin acompañó a Ruijue a la casa de las afueras. Fueron también la madrastra Zhou, Shuying y Shuhua, y se llevaron a Zhangsao y Yuancheng, que iban a cuidar de Ruijue. Al cabo de un rato llegaron Juemin y Qin.

A Ruijue no le gustó la casa. No se había separado de Juexin desde que se casaron y ahora estarían separados un mes, por lo menos, demasiado tiempo en aquel lugar oscuro y húmedo. No encontraba ningún consuelo al que aferrarse, pero tenía que disimular su pesar y, mientras los demás arreglaban la casa, lloraba a escondidas.

Llegó el momento de despedirse y volver a la ciudad.

—¿Por qué os vais todos? Prima Qin, hermana tercera, ¿no podéis marcharos un poco más tarde? —preguntó Ruijue, angustiada.

—Es tarde, estarán a punto de cerrar las puertas de la ciudad y hasta allí hay un buen trecho. Mañana volveré —le prometió Qin con una sonrisa.

—«Las puertas de la ciudad» —repitió maquinalmente Ruijue. Desde que las cerraran hasta el día siguiente se quedaría aislada. Si muriese, él no podría saberlo ni ir allí—. Esto es muy solitario, me da miedo. —Ruijue no pudo evitar decir lo que sentía.

—Cuñada, no sufras, mañana vendré a vivir contigo —le prometió Shuhua.

—Yo hablaré con mi madre y también vendré a hacerte compañía —añadió Shuying.

—Jue, ten un poco de paciencia. En un par de días te habrás acostumbrado. Además, tienes dos criados que te ayudarán en todo. Seguramente mañana ellas se trasladarán aquí y yo vendré a verte cada día. No te preocupes, un mes pasa volando —le decía

Juexin intentado tranquilizarla, aunque estaba muy apesadumbrado.

Ruijue los acompañó a la puerta y se quedó mirando cómo subían a los palanquines. Juexin, que ya había subido al suyo, bajó y volvió para preguntarle si quería que mañana le trajera algo.

—Tráeme a Haichen, quiero verlo. Ocúpate de él. —Y añadió —: Y no escribas a mi madre, sufriría si lo supiera.

—Le escribí anteayer. Lo hice a tus espaldas porque sabía que no querías.

—No deberías haberlo hecho. Si se entera de que ahora... —y no continuó por temor a herirle con sus palabras.

—En cualquier caso, tenía que decírselo, si ella viniera podría ocuparse de ti. —Se quedaron mirándose sin decir nada, aunque tenían mil cosas que decirse—. Me voy. Ve a descansar un rato.

Desde el palanquín en marcha aún volvió la cabeza un par de veces para mirarla.

—¡Mañana ven temprano! —gritó Ruijue mientras él se alejaba.

Esperó a que el palanquín hubiera pasado el puente y, rodeándose el voluminoso vientre con los brazos, entró despacio en la casa. Quería arreglar algunas cosas del equipaje, pero no tenía fuerzas y se echó en la cama. Notó que la criatura se movía y le pareció oír su vocecita. Se puso la mano en el vientre y dijo en voz baja: —No sufras.

Zhangsao la oyó y corrió hacia ella.

Al día siguiente, Juexin llegó muy pronto acompañado de Haichen, Shuhua se instaló en la casa y Shuying también fue, pero no para quedarse a dormir, porque sus padres no le habían dado permiso. Al cabo de un momento llegó Qin. Durante un rato el pequeño patio de la casa se llenó de risas y alboroto.

En el momento de marcharse, Haichen se puso a llorar, no quería separarse de su madre. Ruijue tuvo que engañarle para que se marchara con su padre.

—Mañana ven pronto también —le pidió a Juexin.

—Creo que no podré venir, debo atender a los albañiles que tienen que hacer la tumba del abuelo. —Pero al ver el gesto triste de su mujer rectificó—: Bueno, ya encontraré la manera de venir. Pero ¿por qué te pones así? No es bueno en tu estado. Si te encuentras mal, haz que me vengán a buscar.

—No sé por qué me pongo así. Cada vez que te marchas tengo la sensación de que no voy a volver a verte. No entiendo por qué me entra este miedo.

—¿De qué tienes miedo? Estamos cerca. Además, ahora tienes a Shuhua.

—¿En qué templo está? —preguntó de pronto Ruijue, señalando con el dedo unos tejados no muy lejos de allí—. He oído que la prima Mei descansa allí. Me gustaría ir a verla.

Juexin palideció, le tomó una mano y la apretó con fuerza.

—Jue, ¡no vayas! —suplicó. Y sin esperar su respuesta, le soltó la mano y dijo—: Debo irme —y subió al palanquín con Haichen, que no paraba de llamar a su madre.

Cuando llegó a casa, la concubina Chen fue a su encuentro.

—Amo joven mayor, ¿está bien tu esposa? —le preguntó.

—Muy bien, me ha preguntado por ti —contestó con una sonrisa forzada.

—¿Crees que pronto se pondrá de parto?

—Me temo que aún faltan unos días.

—Entendido, amo joven, pero, por favor, recuerda que no puedes entrar en la habitación de la luna.⁴²

Y se fue con un ademán altivo, dejando en el aire el hedor de

su perfume. Era la tercera vez que le decía aquello y Juexin, irritado, ni le contestó. Se quedó mirando cómo se marchaba sin oír a Haichen que, agarrado de su mano, le decía «papá».

CUATRO días más tarde, Juexin iba a ver a Ruijue, como de costumbre. Llegaba un poco más tarde de lo habitual porque se había entretenido con unos asuntos y ya eran las tres de la tarde.

Entró en la casa llamándola mientras se dirigía a su habitación, pero Zhangsao lo detuvo con gesto solemne: —Amo, ¡no puede pasar!

Dándose cuenta al acto de lo que ocurría, retrocedió unos pasos obedientemente y se quedó en silencio en medio del salón. Al cabo de un rato, nervioso, salió fuera. Escuchaba el abrir y cerrar de la puerta de la habitación de Ruijue y las voces femeninas que hablaban en voz baja. Estaba debajo de la ventana de la habitación mirando las flores del pequeño patio de la casa mientras le invadían sentimientos contradictorios: dulces y amargos, alegres y tristes, de rabia y de satisfacción. Cuatro años antes había pasado por lo mismo; esta vez, sin embargo, era diferente. En aquella ocasión, mientras esperaba impaciente, sentía una emoción intensa, con los ojos inundados por lágrimas de agradecimiento sufría por el dolor de ella y se sentía dichoso por aquello que estaba a punto de llegar.

En aquel entonces estaba cerca de ella, y al ver a su primer hijo la preocupación se transformó en alegría, y la inquietud en gozo. Todavía recordaba cómo había tomado al recién nacido de las manos de la comadrona y había besado aquella carita congestionada, jurándose quererle y sacrificarlo todo por él. Después se había acercado a su mujer, pálida y exhausta, y le había preguntado cómo se encontraba. Con las miradas radiantes

de satisfacción, se dijeron cosas que nadie podía oír. Ella contemplaba, emocionada, a la criatura: —Estoy muy bien. Míralo, ¿a que es una maravilla? Tenemos que ponerle un nombre.

Resplandecía de felicidad. Era el rostro de la madre primeriza.

Pero esta vez la oía quejarse con una voz muy débil. Las mujeres iban de un lado a otro de la habitación susurrando con tono grave. Todo era diferente a la primera vez. Una puerta los separaba y él no podía compartir su dolor. Esperaba el acontecimiento con angustia, no estaba feliz. «La he hecho sufrir», pensaba.

—Señora, ¿cómo se encuentra? —oyó que le preguntaba Zhangsao.

Y, tras un silencio amargo, sus lamentos: —¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor!

Debajo de la ventana, Juexin se estremecía oyendo aquellos lamentos. Apretaba los dientes y se llevaba las manos a la cabeza. «No puede ser su voz, ella no grita así», se decía. Pero en la habitación, a excepción de ella, ¿quién podía lamentarse? «Sin duda, es ella, ¡es Jue!»

—¡Ay!... ¡Qué dolor!... ¡Qué dolor!

Los gritos eran cada vez más fuertes, no parecían humanos. En la habitación se mezclaban los sonidos de los pasos, las voces y los objetos. Juexin se tapaba los oídos y se repetía: «Seguro que no es ella, seguro que no es Jue; ella no grita de ese modo». Como un loco, se acercó más a la ventana para ver dentro, pero estaba cerrada. Solo podía oír, no podía ver nada. Estaba desesperado.

—Señora, aguante, de aquí a un momento todo habrá terminado.

—¡Qué dolor!

—Cuñada, resiste un poco, es un dolor corto, pronto se te

pasará —decía Shuhua.

Las voces fueron ahogándose y de la habitación solo llegaban gemidos exangües.

De repente se abrió la puerta y salió Zhangsao, atribulada, que iba a la cocina a buscar un lavamanos con agua caliente. Juexin aprovechó para mirar por el resquicio de la puerta, pero solo vio unas sombras que se movían. Enseguida volvió Zhangsao y cerró la puerta.

Juexin llamó a la puerta, pero nadie contestó. Con los brazos caídos, mientras pensaba en cómo entrar, oyó de nuevo unas voces. Llamó con más fuerza.

—¿Quién es? —preguntó Zhangsao.

—¡Dejadme entrar! —gritó indignado.

Nadie contestó y la puerta no se abrió. Su mujer gritaba de dolor.

—¡Dejadme entrar! Zhangsao, ¡déjame entrar!

—Amo, ¡no puede entrar! No puedo abrirle la puerta. ¡Las señoras y la concubina Chen no lo permiten!

—Zhangsao... —dijo acercándose aún más a la puerta.

La criada daba explicaciones, pero él ya no escuchaba. Recordó los argumentos que habían esgrimido las mujeres de la casa. Se rebelaba contra todo aquello, pero no era capaz de desobedecer a Zhangsao.

—¿El amo está aquí? —preguntó la voz apagada de su mujer —. ¿Por qué no puede entrar? Zhangsao, ¡dile que venga! ¡Ay!, ¡qué dolor!

—¡Jue, ¡estoy aquí! ¡He venido! ¡Abridme la puerta! ¡Rápido! ¡Quiero verla! ¡Abrid! —Daba voces como un loco con todas sus fuerzas y golpeaba la puerta sin parar.

—Mingxuan, ¿estás aquí? No te veo... ¡Qué dolor! ¿Estás aquí?

¿Por qué no dejáis que entre?

—Jue, estoy aquí. Ya voy, yo te cuidaré. No me separaré de ti. ¡Abridme! ¡Dejadme entrar! ¿No veis cómo sufre? ¿No os da pena?

De golpe se hizo el silencio en la habitación; al cabo de unos instantes volvieron a oírse las voces. «¡Cuñada!», «¡Señora!», se oía gritar. Juexin se desesperó.

—Jue, ¡estoy aquí! ¿Me oyes?

Se oyó la voz quebrada de Ruijue.

—¡Qué dolor! Ayudadme. Mingxuan, ¿estás aquí? ¿Por qué no vienes a ayudarme?

—¡Estoy aquí! Jue, ¡te digo que estoy aquí!... ¡Dejadme entrar! Hermana tercera, tú lo comprendes, ven a abrir la puerta, ¡quiero entrar! —gritaba frenético.

El llanto inequívoco de un recién nacido irrumpió en la habitación.

—¡Gracias al cielo y a la tierra! —suspiró aliviado Juexin.

Respiró en paz; el dolor y el sufrimiento de Jue habían terminado. Se sentía dichoso. «Después de esto», pensaba, «todavía la querré más, y también a la criatura.» Lloraba de alegría.

Se oyó un grito angustiado.

—¡Cuñada! Tiene la mano fría... —Era la voz de Shuhua, que rompió en llanto.

—¡Señora! —gritó Zhangsao.

Juexin presintió lo peor, pero no se atrevía ni a pensarlo. Golpeó de nuevo la puerta, ordenando que la abrieran, pero fue inútil.

—¡Jue! ¡Abridme!

Los batientes de la puerta, indiferentes, le cerraban el paso.

No le dejaban ir a socorrerla ni verla por última vez. Hubiera querido quemarlos.

—Jue, ¡te estoy llamando!, ¿me oyes?

Era un grito de auxilio, todo lo que amaba estaba ahí dentro. Tenía que salvar aquella vida porque también era la suya. Si Jue se iba, ¿qué le quedaría?

La muerte había llegado. Finalmente alguien, quizá Zhangsao, abrió la puerta y la comadrona, con la criatura en los brazos, asomó la cabeza, diciendo: —Enhorabuena, amo joven mayor, es un varón.

Se llevó al niño y volvió a cerrar la puerta. Juexin oyó que decía: —Es una desgracia que nazca y no tenga madre...

Las palabras de la comadrona le partieron el alma. No quería a aquel niño, era su enemigo, le había arrebatado la vida a su esposa. La rabia y la tristeza se apoderaron de él. Llamó a la puerta, derrotado. Solo deseaba ir al lado de Ruijue y pedirle perdón. Algo tan estúpido como una puerta cerrada le impedía despedirse de la mujer que amaba, ni siquiera podía ir a llorar ante ella. Sin embargo, el verdadero obstáculo no era la puerta: lo que lo había separado de Jue eran las supersticiones, los ritos, las instituciones. Era el peso de todo aquello lo que le había oprimido durante todos aquellos años y se había acabado llevando la juventud, el futuro y las dos mujeres que más amaba. Habría querido liberarse de aquella carga, pero ya era demasiado tarde. Era un débil, un pusilánime. Y lloró por él mismo.

Dos palanquines se detuvieron en el patio. Eran la madrastra y otra mujer. Yuancheng corría detrás, resollando. La madrastra, al entrar en la casa y oír los llantos, palideció y le dijo a la mujer: — ¡Se ha terminado!

Vio a Juexin y le preguntó asustada:

—Mingxuan, ¿qué haces?

Juexin la miró y abrió los brazos.

—Madre... Jue, Jue...

Reconoció a la otra mujer, la saludó con una reverencia y rompió a llorar desesperado. De la habitación llegaban los llantos del recién nacido. La mujer no decía nada, lloraba en silencio y se secaba las lágrimas con el pañuelo.

Al final, Yuancheng abrió la puerta. La madrastra Zhou dejó pasar a aquella mujer diciendo: —Señora consuegra, por favor, pase, yo no puedo entrar en la habitación de la luna.

La mujer asintió con la cabeza y pasó. Una vez dentro, los llantos se volvieron más fuertes.

—Ruijue, Ruijue, ¿por qué te has ido así? No has esperado a ver a tu madre. He venido de lejos para cuidarte, tengo muchas cosas que contarte. ¡Dime algo! Ruijue, ¡vuelve! ¡Ya estás muerta! ¡Es horrible! En este lugar, tan sola. Si hubiera venido antes no habrías muerto sola... ¡Hija mía! Tu madre no perdona a tu...

Las palabras de la madre se iban clavando una a una como puñales en los corazones de la madrastra Zhou y de Juexin.

—**H**ERMANO mayor, no puedo continuar viviendo en esta casa. ¡Quiero irme!

Juehui había irrumpido en la habitación de Juexin con estas palabras. Caía la noche y la estancia estaba sumida en la penumbra. Juexin, sentado ante el escritorio, miraba una pequeña fotografía enmarcada del día de su boda. La escasa claridad le impedía verla bien, pero le daba igual: llevaba el rostro de Ruijue grabado en el corazón, aquella expresión feliz, la sonrisa dulce, la mirada vivaz, los hoyuelos en las mejillas. La voz de Juemin lo devolvió a la realidad. Levantó la cabeza y observó el gesto decidido del hermano.

—¿Quieres irte? ¿Adónde?

—A Shanghai, a Pekín, a cualquier lugar. ¡Quiero irme de casa!

Juexin no sabía qué decirle. Notaba un dolor en el pecho y se lo apretaba con las manos. Fuera, se oía el viento entre el follaje de los árboles.

—Me voy, no me importa lo que digáis, ¡me voy! —repetía obstinadamente.

Con las manos en los bolsillos, iba de un extremo al otro de la habitación, ni se le pasaba por la cabeza que había turbado el recogimiento de su hermano.

—¿Y el hermano segundo?

—No lo sé. Piensa tanto en irse como en quedarse. Me parece que al final no se marchará. Ahora tiene a Qin y no querrá irse solo. En cualquier caso, yo me voy.

—Sí, claro. Tú puedes ir a Shanghai, a Pekín o adonde te

parezca —exclamó Juexin con la voz rota. Juehui no entendió qué quería decir su hermano—. ¿Y yo qué? ¿Adónde iré yo? —continuó Juexin tapándose la cara con las manos. Juehui, que seguía dando zancadas por la habitación, lo miraba con pena—. Hermano tercero, no puedes marcharte —le dijo Juexin con tono suplicante—. Además, ya verás cómo no puedes. —Juehui seguía sin decir nada, se detuvo y lo miró—. ¡No dejarán que te vayas!

—¡Ja, ja! —Juehui se rio con frialdad—. ¡Ya lo veremos, si me voy!

—¿Y cómo lo harás? Te pondrán todo tipo de trabas. Que si el cuerpo del abuelo todavía está en casa, que si no han empezado las ofrendas, que si todavía no está enterrado... Te dirán que no puedes irte.

—¿Y qué tiene que ver que el féretro del abuelo aún esté en casa? Después de cerrarlo lo llevarán al templo... ¿Y qué problema hay que me impida irme? No me da miedo. ¡Conmigo no harán lo mismo que hicieron con la cuñada!

—No menciones a la cuñada, por favor, ¡no vuelvas a hacerlo!... Ella no volverá.

—¿Por qué sufres? Espera a que termine el duelo del abuelo y dentro de tres años podrás volver a casarte —le espetó Juehui con sarcasmo.

—No volveré a casarme nunca más. Dejaré que la madre de Ruijue se ocupe de criar a Yuner —se justificó sin fuerzas, como un viejo.

—¿Y por qué le has llevado también a Haichen?

—Haichen estará allí dos o tres meses y después volverá a casa. ¿Qué querías que hiciera aquí, sin su madre? Todo el día preguntando por ella. Cuando hayamos enterrado al abuelo, iré a buscarlo y me ocuparé de él. Es mi esperanza. No quiero perderlo.

No quiero entregarlo a otra mujer.

—Ahora piensas así, pero dentro de un tiempo cambiarás de parecer. Todos sois iguales, he visto a muchos como tú. Nuestro padre fue un ejemplo de ello: cuando murió nuestra madre, él sufrió mucho, pero no habían pasado ni dos años y ya se había vuelto a casar. Te dirán que aún eres joven, que Haichen necesita una madre que le cuide, y tú accederás.

—Podrán obligarme a hacer otras cosas, pero esta seguro que no —declaró—, y por lo que respecta a Haichen, no hay ningún problema.

—Pues yo digo lo mismo que tú —dijo Juehui poniéndose a reír.

Juexin no sabía qué contestar; después, enfadado, dijo:

—No me preocupo por ti, ¡ya veremos si te dejan ir!

—Te preocupes o no, lo que te digo es que tengas los ojos bien abiertos: ya verás cómo me las arreglo para marcharme.

—Además, no tienes dinero...

—Dinero... El dinero no es un problema. Si no me dan en casa, se lo pediré a alguien. Seguro que me iré. Tengo buenos amigos y me ayudarán.

—¿No puedes esperar? —le preguntó Juexin, descorazonado.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos años. Para entonces ya te habrás graduado. —Juexin creía que con este argumento le convencería—. Podrás ir a buscar trabajo o a continuar tus estudios, si quieres.

—¿Dos años? ¿Tanto? ¡Si ya no puedo esperar ni un segundo más! ¡Quiero irme ahora mismo!

—Dos años no es tanto. Eres un impaciente. ¿No dices siempre que hay que pensar detenidamente las cosas? Todo requiere su tiempo. ¿Qué mal hay en esperar un poco? Has aguantado

diecinueve años, ¿no puedes aguantar dos más?

—Antes no había abierto los ojos y no tenía el coraje necesario. Además, en casa aún había personas a quienes amaba. Ahora solo me quedan enemigos.

—¿Me consideras un enemigo?

Juehui lamentó haber dicho aquello.

—Hermano mayor, yo te quiero mucho, aunque estemos distanciados. Amabas a Ruijue y a Mei mucho más que yo, y no entiendo cómo has permitido que la familia decidiera por ellas, sobre todo por Ruijue. Si hubieras sido un poco valiente habrías podido salvarla. Pero ya es demasiado tarde. ¿Y todavía me hablas de ceder? ¿Todavía quieres que aprenda de ti? No vuelvas a darme esa clase de consejos si no quieres que empiece a odiarte y a considerarte mi enemigo.

—No, tú no puedes irte. —Juexin rompió a llorar—. Después lo hablaremos. Yo también tengo mis penas, pero ahora no puedo hablar. Te ayudaré siempre. Voy a hablar con ellos. Si no están de acuerdo, ya encontraremos alguna solución. Quiero ayudarte.

Los candiles ya estaban encendidos. Se miraron con indulgencia sin decirse nada. Eran hermanos a pesar de las diferencias que los separaban. Juehui deseaba con toda su alma marcharse del hogar y Juexin lamentaba la marcha de un ser querido, que lo dejaba aún más solo.

Al día siguiente por la tarde, Juexin entró en la habitación de Juehui.

—No ha ido bien —anunció Juexin, desolado—. Primero he hablado con la madrastra, que no sabe qué opinar, no aprueba que te marches pero tampoco se opone tajantemente. Ha sufrido tanto con lo de Ruijue y está tan arrepentida que solo quiere nuestro bien. Ella y mi suegra dispusieron todo lo del funeral de mi

mujer y yo no pude intervenir en nada. No pude hacer como con la prima Mei, a quien le preparé el funeral. Es lamentable, Ruijue ha muerto hace pocos días y, de la familia, excepto la madrastra y su madre, nadie ha ido a visitar su tumba, como si fuera una apestada. No puedo creer que una persona como Ruijue haya terminado así. Solo han ido a verla los criados, nadie de la familia ni de los amigos se ha dignado a ir. Cuando veo a su madre se me rompe el corazón y todo lo que dice lo interpreto como un reproche. ¡No sabe cuánto sufro!

Al oír que Juexin hablaba de la muerte de la cuñada, Juehui se mordía la lengua y apretaba los puños con fuerza. Le vino a la cabeza la imagen de un rostro dentro de un féretro, después dos más, todos ellos rostros femeninos. Fueron sumándose otros féretros: cuatro, cinco... Todos con rostros conocidos, hasta que súbitamente la imagen desapareció y delante de él solo quedó la cara demacrada y llorosa del hermano mayor.

—¡No quiero llorar más! —exclamó Juexin. Del exterior llegaba la cantinela de los monjes. Enjugándose las lágrimas, Juexin continuó—: Nos hemos desviado de tu problema. Bien, nuestra madrastra no me dijo nada más y me envió a hablar con el tercer tío. Se negó rotundamente. Me reprochó que no respetara el protocolo y me dijo que era necesario enterrar al abuelo y que hasta entonces no podrías marcharte. Todos los presentes le dieron la razón. La concubina Chen volvió a hablar de ahuyentar a los demonios y todas esas patrañas. Insinuó que tú has tenido que ver con la muerte del abuelo, nadie hace caso de lo que dice, aunque nadie se atreve a llevarle la contraria abiertamente...

—Y aunque le hicieran caso, no me importaría en absoluto —contestó Juehui, indiferente—. ¡Que vengan a decírmelo a la cara!

—¿A ti? ¡No se atreven! Volverán a decírmelo a mí. No saben

cómo tratarte. No van a permitir que te marches y maniobrarán a través de mí. Dirán que los caminos no son seguros y que puedes encontrar salteadores, que Shanghai es una ciudad corrupta, que tú solo no vas a encontrar una buena escuela y que el abuelo no lo hubiera permitido. En resumen, que lo que tú y yo podemos opinar no tiene ninguna importancia. De momento, el entierro del abuelo es solo una excusa, porque en realidad no permitirán que te marches nunca.

—¿Crees que me quedaré?

Juexin no contestó. Sabía que Juehui estaba decidido a irse y empezaba a pensar en cómo ayudarlo.

—Sería mejor esperar a que llegue la primavera.

—¡No! ¡Me voy! No haré lo que digan, no saben qué clase de persona soy. Yo soy un rebelde. —Y, acto seguido, dio un par de vueltas por la estancia repitiendo «rebelde» a voces.

Se acercó al escritorio y tomó la necrológica del abuelo, redactada por el tío tercero y escrita con la caligrafía del tío cuarto, que había traído Juexin, y exclamó enfadado: —Solo dice palabras bonitas: «Leía y estudiaba y conocía los ritos, gobernaba la casa con diligencia y prudencia». ¿Hay alguien en la familia que no conozca los ritos?

Juexin se apresuró a advertir:

—Está recién escrita, ¡no la rompas!

Juehui se rio y dejó el papel sobre la mesa.

—¿Cómo puedes pensar que iba a romperla?

—Te aconsejo que esperes al año que viene para irte —insistió Juexin.

—No. Lo haré a mi manera, no hace falta que me ayudes, ¡me voy! ¡No quiero volver a veros!

—Te he dicho que quiero ayudarte. Hasta ahora no he hecho

nada, pero ahora lo haré. Nuestro pacto sigue adelante. ¿No has dicho que pueden dejarte dinero? Pues yo también te daré, tengo un poco. Hablaremos luego, no habrá problemas.

—¿De verdad me ayudarás? —preguntó Juehui, risueño, agarrando el brazo de su hermano.

—Oigo ruido, no quiero que nos oigan. Por nada en el mundo le digas a nadie que voy a echarte una mano. Cuando te marches fingiré que no sabía nada. Puedes dejar una carta culpándome de no haberte ayudado y así no sospecharán de mí. Busquemos un sitio para ultimar los detalles, quizás en el jardín; aquí, ahora, no es prudente.

—Sí, no es el mejor sitio.

Se oyó una voz femenina que se acercaba. Entraron Juemin y Qin.

—Vuestro plan está muy bien —dijo ella.

—¡Estabais escondidos detrás de la puerta! ¿Por qué no entrabais? —los riñó Juehui.

—Solo hemos oído que hablabais en secreto y nos hemos quedado fuera como centinelas. Ha sido idea de la prima Qin —dijo Juemin mientras la miraba y se reía.

Ella se ruborizó. Juehui se quedó contemplando aquel rostro precioso y lleno de vida. Qin, al darse cuenta, lo miró confundida. Juehui le sonrió y Qin enrojeció de nuevo.

—Prima Qin, ¡deja que te mire un poco antes de que me vaya! —le dijo Juehui.

Juexin y Juehui se reían. Qin miró a Juehui como una hermana mira a su hermano pequeño. Un gesto de tristeza le recorrió el rostro, pero, recobrando al instante su alegría habitual, respondió: —Puedes mirar tanto como quieras. Y si no tienes bastante, puedo darte una fotografía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, lo has dicho tú y ellos lo han oído —dijo Juehui satisfecho—. Mañana vendré a buscarla.

—¡Pues claro que te la voy a dar! ¿Te he engañado alguna vez? Juehui buscaba argumentos para estar a la altura de la agudeza de Qin.

—Una fotografía tuya no me basta. Yo quiero una en la que salgáis tú y el hermano segundo.

Ella fingió no haber oído nada y se puso a hojear un libro de encima de la mesa.

—De acuerdo, te la enviaremos —contestó Juemin y, dirigiéndose a Juexin, dijo—: Hermano mayor, tendrías que ayudarnos un poco también a nosotros. La tía está de acuerdo con nuestro matrimonio y parece que la madrastra tampoco se va a oponer. Cuando haya pasado el duelo del abuelo, nos gustaría plantearlo, queremos que sea una ceremonia moderna.

Juexin frunció el ceño, diciendo para sus adentros: «¡Otro problema!».

—Todavía es pronto, ya hablaremos más adelante para arreglarlo.

Dijo las últimas palabras para tranquilizarlos, pero Juemin no se dejaba engañar.

—Me gustaría que vinierais a Shanghai —dijo Juehui, alegre.

—No sé, no podemos forzar a la tía a ir si no quiere. Y si vamos, será dentro de un par de años, no queremos separarnos.

—¿Cómo está el tema de los estudios de Qin?

—Cuando termine la escuela secundaria el año que viene, si puede, entrará en la nuestra y, si no, se preparará durante otros dos para entrar directamente en la Universidad de Shanghai. ¿Qué te parece, Qin? —le preguntó Juemin.

Qin asintió sin decir nada. Confiaba en Juemin y en sus planes.

Juehui los miró sonriendo. A veces envidiaba la suerte de Juemin, pero se sentía dichoso de poder marcharse solo a Shanghai y dejar atrás a la familia. Shanghai, aquella ciudad viva y desconocida, con tanta gente por descubrir y con una cultura emergente y sugestiva.

—Vayamos a hablar al jardín. Hermano segundo, Qin, venid —dijo Juexin.

Pero se oyó la voz de Yuancheng que le reclamaba.

—Hermano tercero, ve tú primero. Iré dentro de un momento. Esperadme en el Pabellón de las Fragancias del Atardecer.

Los otros tres se quedaron un rato charlando en la habitación. Qin y Juemin se marcharon y, por último, salió Juehui. En el patio vio a Juexin que hablaba con Yuancheng mientras desenrollaba uno de los dos dísticos funerarios enviados por el hermano de Ruijue desde Jiading.

Juehui se dirigió al jardín para reunirse con Qin y Juemin; cuando pasaba por la puerta de entrada al jardín oyó la voz de la vieja Huangma que lo llamaba.

—Tercer amo joven, hoy el cocinero ha preparado nidos de golondrinas, y como sé que os gustan os he reservado unos cuantos. Cuando los queráis, decídmelo y os los calentaré.

—De acuerdo, tráemelos la segunda noche —le contestó Juehui, conmovido, y, sonriéndole, entró en el jardín.

Juexin se quedó en el patio releyendo el dístico. Yuancheng también pensaba en la joven señora. Con el cuerpo inclinado, sostenía la cinta del dístico y esperaba las órdenes del amo. Finalmente, Juexin lo enrolló; ordenó a Yuancheng que lo dejara en su habitación y se marchó al jardín.

«Esta familia necesita un rebelde», se decía. «Debo ayudar al hermano tercero. Él me vengará. ¡Ya lo verán! ¡En la familia no

todos son tan cobardes como yo!»

—**C**UANDO te marches, la asociación se quedará aún más vacía. Primero Xu Qianru y ahora tú —se lamentaba Wu Jingshi en la sala de lectura—. Y encima perdemos un gran colaborador.

Juehui, que hojeaba periódicos, miró a sus amigos recordando el trabajo que habían llevado a cabo juntos y las horas compartidas. Pensó en la compañía, el apoyo y los ánimos que le habían dado; todo lo que no había encontrado en su hogar, en definitiva. Durante los últimos meses había ido cada día al local de la asociación; aquel lugar y aquellas personas se habían convertido en una parte indispensable de su vida. Jamás hubiera imaginado que acabaría separándose de ellos, pero pronto iba a dejarlos atrás para irse muy lejos. Se sentía apesadumbrado y avergonzado por abandonarlos. Cuando se hubiera marchado, la sala abriría las puertas como siempre, ellos se encontrarían allí cada día y la revista continuaría saliendo cada semana, pero él ya no participaría en todo aquello. Ya no compartiría las penas y alegrías con los amigos, ya no oiría la voz de Huang Cunren reclamándole las cuotas mensuales ni las historias que contaba Zhang Hairu. Hasta aquel momento no se dio cuenta de cuánto lamentaba aquella pérdida.

—No debería dejaros precisamente ahora que hay tanto trabajo, aunque en los últimos tiempos os he ayudado tan poco que no me echaréis demasiado en falta...

—¡Qué cosas dices! Con el panorama que tienes en casa lo mejor es que te vayas cuanto antes. Si entras en la universidad, aprenderás mucho y progresarás. En Shanghai te reencontrarás

con amigos nuestros y harás nuevas amistades, verás cosas nuevas y podrás conseguir un trabajo interesante. Allí el movimiento de la Nueva Cultura está muy activo: Shanghai es una ciudad abierta, no como este maldito lugar, donde las chicas no pueden llevar el pelo corto —dijo Huang Cunren para animarle.

—Sí, cada semana os mandaré un artículo. Sea como sea, cada semana escribiré uno —prometió Juehui, contento.

—Nosotros te escribiremos en cuanto llegues —añadió Huang Cunren.

—Claro que sí, y yo esperaré vuestras cartas con más impaciencia que vosotros las mías. Cuando os deje me sentiré muy solo, no sé si encontraré amigos tan buenos como vosotros.

—A nosotros sí que nos va a costar encontrar a un amigo como tú —le confesó riendo Huang Cunren.

—Puedo marcharme gracias a vuestra ayuda, sobre todo a la de Cunren.

Juehui lo miró emocionado y Huang Cunren, sonriendo afablemente, dijo: —¡Tonterías! ¡Eso no es nada! Tú habrías hecho lo mismo por mí. —Y le preguntó—: ¿Ya has enviado el equipaje a mi casa? ¿Falta algo?

—Ya está listo. No es que no haya nada más, es que no puedo llevármelo todo. Dejo muchos libros pero mi hermano mayor me los mandará más adelante. He tenido que andar con pies de plomo para que nadie sospechara en casa. He llevado el equipaje de madrugada a tu casa. El barco zarpa pasado mañana, ¿verdad?

—No estoy seguro del todo, tiene que confirmármelo mi pariente. Ojalá se retrasara un par de días la salida, así tendríamos más tiempo para estar juntos. Mañana queremos hacerte un banquete de despedida.

—¿Un banquete de despedida? ¡No puedo creérmelo! —dijo

Juehui sorprendido—. Con el rato que hemos compartido hoy ya me doy por satisfecho. ¿Queréis decir que es necesario celebrar un banquete?

—Claro que sí. Ya que vamos a separarnos, divirtámonos una última vez. Yo aún tengo dinero, no tendré que empeñar mi ropa —terció Zhang Huiru, y todos rompieron a reír.

—Esta vez homenajearemos a Juehui y, por lo tanto, lo pagamos entre todos —dijo Cunren.

—Entonces yo pago mi parte —concluyó Juehui.

—¡Ni hablar! —dijo Wu Jingshi.

Les interrumpió la llegada de Cheng Chi, uno de los miembros del grupo, que, jadeando y con el rostro congestionado, se disculpó: —¡Llego tarde!

—¿Y qué? Si siempre llegas tarde, por eso te llamas como te llamas⁴³ —le contestó Zhang Huiru.

Sin hacerle caso, el recién llegado se dirigió a Cunren.

—Acabo de encontrarme a tu pariente, el señor Wang, y me ha dicho que te diga que el barco zarpará mañana temprano.

—¿Cómo que mañana? —preguntó Juehui, perplejo—. ¿No habías dicho que sería pasado mañana?

—No te engaño. Lo he entendido perfectamente, ha dicho mañana temprano.

—¿Y la despedida de mañana? —preguntó decepcionado Juehui.

—Ningún problema, la haremos hoy. Como ya es tarde, vayámonos al restaurante y así podrás volver a casa pronto, si aún tienes cosas que hacer —resolvió Zhang Huiru.

—No puede ser, ¡tengo que ir a casa! —contestó, inquieto, pensando en sus dos hermanos.

—No puedes irte, no te dejamos —dijeron todos.

Viendo su gesto angustiado, Cunren preguntó a Juehui:

—¿Por qué debes volver? ¿No quieres cenar con nosotros? Es una despedida, ¡no sabemos cuándo volveremos a estar juntos!

Juehui no sabía qué decir. Zhang Huiru, con la ayuda de Zhang Huanru y Cheng Chi, empezó a desmontar el tablón que les servía de mesa. Huang Cunren ordenaba los papeles. Al ver todo aquel jaleo, Juehui no se atrevió a volver a hablar de irse y, con una sonrisa forzada, dijo: —Bien, me quedo...

Se encaminó en silencio hacia el restaurante con sus compañeros, pero por el camino fue recobrando los ánimos.

Cuando salieron del restaurante, ya era noche cerrada. La suave brisa del otoño les refrescaba los rostros congestionados. Juehui, poco abrigado, sentía un poco de frío. Estaban bajo el saliente de un tejado, viendo el ir y venir de la gente por la calle. Wu Jingshi fue el primero en marcharse. Alargó la mano a Juehui para estrechársela.

—Debo irme. Mañana no podré ir a despedirte, digámonos adiós aquí. Que tengas un buen viaje.

—Gracias.

Wu Jingshi desapareció entre los transeúntes. Poco a poco fueron yéndose los demás. Zhang Huanru también se despidió porque tenía que volver a la escuela.

—Te acompañamos a casa —propuso Zhang Huiru, con el rostro aún enrojecido y la mirada chispeante.

Juehui asintió y caminaron juntos por las bulliciosas calles. Al cabo de poco, Cheng Chi los dejó, metiéndose por un callejón. Después avanzaron por una avenida silenciosa. La tenue luz de los faroles equilibraba el color de todas las cosas. Las puertas de las casas eran manchas oscuras. Las sombras de las ramas y las hojas de las sóforas se recortaban, inmóviles, contra los muros de las

casas, como salidas del pincel del más hábil de los pintores. «¿Cómo puede estar tan tranquila la ciudad?», pensó Juehui. No le apetecía hablar. Levantó la cabeza y miró la luna llena que navegaba por el cielo azul.

—¡Qué luna! Pasado mañana será la Fiesta del Medio Otoño — exclamó Zhang Huiru. Y, dirigiéndose a Juehui, preguntó—: ¿Estás seguro de que no echarás un poco de menos todo esto?

—¿Qué puede echar de menos de aquí? Encontrará cosas mejores —se adelantó a contestar Huang Cunren.

—Las personas que más quiero están aquí, ¿cómo queréis que no os añore? —dijo Juehui pensando en ellos dos y en algunos miembros de la familia.

Finalmente, llegaron a casa de los Gao. Se despidieron y Juehui se dirigió a la habitación de Juexin, donde este y Juemin estaban charlando.

—Hermano mayor, me voy mañana por la mañana.

—¿Mañana? ¿No dijiste pasado mañana? —Juexin, pálido, se levantó de la silla de un respingo.

—Han cambiado el día de salida. Me he enterado hace un rato.

—¡No pensaba que todo sería tan rápido! Entonces, solo queda esta noche —dijo Juexin, azorado.

—Hermano mayor —dijo Juehui con la voz rota por la emoción —, yo quería volver pronto a casa, quería cenar con vosotros, pero los amigos han querido invitarme a una cena de despedida y no he podido volver hasta ahora. —Tenía un nudo en la garganta.

—Voy a decírselo a Qin, quería hablar contigo y mañana será demasiado tarde —dijo Juemin, levantándose.

Juehui lo detuvo.

—Pero ¿no sabes qué hora es? ¿Cómo quieres presentarte en su casa? ¿Y me dejas ahora?

—Si no te ve, se enfadará conmigo. Insistió mucho en que la avisara.

—Pues vayamos a verla mañana de madrugada; tendremos tiempo —le dijo Juehui para tranquilizarlo, aunque no sabía si sería posible.

—¿Tienes el equipaje preparado? —preguntó Juexin.

—Todo está listo, lo he hecho enviar. Son solo tres cosas: un jergón, un cesto y una maleta pequeña.

—¿Te llevas suficiente ropa de abrigo? Piensa que cada vez refrescará más —dijo Juexin con los ojos llorosos.

—Me llevo suficiente, no te preocupes.

—Llévate comida para el viaje. Aún nos quedan unas latas de jamón que me regalaron hace poco, ahora te las traigo.

Y, sin esperar la respuesta, Juexin salió de la habitación y volvió al cabo de un momento con cuatro latas.

—En realidad no necesito tanto, se come poco por el camino —dijo Juehui, conmovido, cuando lo vio entrar.

—Es mejor que sobre que no que falte, y aquí no las necesitamos. Por cierto, aún no hemos hablado de los gastos. Te iré enviando el dinero poco a poco a las oficinas de correos de Chungking, Hankou y Shanghai. Tienes que ir a recogerlo en persona. Lo que te he dado para mañana creo que es suficiente, pero si quieres puedo darte un poco más.

—Tengo más que suficiente. Además, tampoco es bueno llevar mucho dinero encima, aunque últimamente la ruta es muy segura.

—Sí, ahora está muy tranquila.

Después de charlar un rato los tres, Juexin le dijo cariñosamente: —Hermano tercero, vete a dormir, mañana debes levantarte muy pronto y serán muchos días de barco. Necesitas ir descansado. —Juehui no contestó y el otro continuó—: Cuando

estés solo, deberás cuidar de ti mismo. Ten cuidado con la temperatura, en eso eres muy dejado y allí no será como en casa, porque si te pones enfermo nadie cuidará de ti. —Juehui seguía sin decir nada—. Escribenos durante el viaje. Te enviaré tus libros cuando estés en Shanghai. No te preocupes por el dinero; escoge la escuela que te parezca mejor y yo te enviaré el dinero que haga falta. Tranquilo, cuenta conmigo para lo que necesites. —Juehui se sentía embargado por la tristeza—. Estarás bien. Ahora te librarás de este abismo miserable, y, en cambio, nosotros... —Juexin no pudo seguir, le flaqueaban las piernas. Alcanzó con dificultad una silla y, completamente hundido, se cubrió la cara con las manos.

—¡Hermano mayor! —exclamó Juehui con dolor.

Juexin no contestó. Juehui se le acercó y volvió a llamarlo. El otro, destapándose la cara, dijo: —Estoy bien, no me pasa nada. Ve a dormir, anda.

Juehui y Juemin salieron de la habitación.

—Quiero ir a ver a la madrastra —dijo Juehui de pronto, al ver encendida la luz de la habitación de esta.

—¿Por qué quieres verla? ¿Vas a contárselo todo? —preguntó, perplejo, Juemin.

—No, no es eso. Quiero verle la cara. Quizá sea la última vez que la vea...

—De acuerdo, pero ten cuidado y no te delates.

Juemin se dirigió a su habitación y Juehui entró en la de la madrastra Zhou. Esta, que estaba sentada charlando con Shuhua, le dijo con una sonrisa cariñosa al verle: —Hoy tampoco has venido a cenar. Te pasas el día de un lado a otro. ¿Qué haces? Ten cuidado con tu salud.

—Estoy bien, es mejor pasar el día de un lado a otro que quedarse en casa sin hacer nada.

—Tú siempre con tus argumentos —dijo la madrastra, echándose a reír—. No me extraña que murmuren sobre ti. Hoy eran los tíos cuarto y quinto con sus mujeres y la concubina Chen. Mira que eres tozudo. No obedeces a nadie y yo no sé qué hacer... Parece mentira que tú y tu hermano mayor seáis hijos de los mismos padres. Él es demasiado dócil y tú no haces caso de nadie. ¡No tenéis remedio!

Shuhua, a su lado, lo miraba riendo. A Juehui le hubiera gustado poder contarle algo. Habría querido expresarle lo que sentía por ella. Se le acercó y ella, notándolo inquieto, le preguntó: —Pero ¿qué te pasa? ¿Quieres hablarme de tu proyecto de irte a Shanghai a estudiar?

Juehui recordó la advertencia de Juemin y decidió que era mejor no decir nada. Con una media sonrisa contestó: —No me pasa nada, me voy a dormir.

Miró la cara redonda de la madrastra y después la de Shuhua. Salió de la habitación y oyó que comentaban su extraña manera de ser. «¡No volveremos a vernos! Soy un pájaro que se escapa de la jaula y ya no volverá», pensó, triste.

Entró en el salón principal y vio las figuras recortadas en papel de un Chico de Oro y una Camarera de Jade⁴⁴ sobre el altar. La bombilla eléctrica y el par de cirios apenas iluminaban la estancia. Detrás del lienzo blanco descansaba el féretro del abuelo sobre dos bancos. De la habitación de al lado llegaban las voces de la concubina Chen y la tía Wang. La tía rompió a reír; como siempre, sonaba falsa e hipócrita. Después leyó la inscripción de la tableta funeraria del abuelo: «Aquí descansa el señor Gao Dunzhai, Gran Dignatario Comisionado de la Ofrenda de la dinastía Qing». Frunció el entrecejo y se dijo: «Otra muestra de los estragos del feudalismo». Cuando se disponía a atizar el pábilo de los cirios oyó

unos pasos: era Sufu, que entraba en el salón.

—Tercer amo joven, ya me encargaré yo.

—¿Por qué no hay nadie? Las barritas de incienso también están a punto de terminarse.

—Ningún amo ha dado órdenes y todos se han ido a descansar

—dijo Sufu, intentando disculparse.

Juehui no hizo ningún comentario y salió de la sala.

JUEHUI solo durmió dos o tres horas; se despertó cuando aún era de noche y se quedó en la cama, pensando en todo lo que le esperaba aquel día, hasta que empezó a clarear.

Había llegado el momento de espabilarse. Primero tenía que ir a ver a Qin con Juemin. Juexin los acompañó hasta la mitad del camino. Las calles estaban silenciosas, los cocineros iban a comprar cargados con cestos, los campesinos entraban en la ciudad con sus mercancías y los vendedores ambulantes ofrecían comida para desayunar. El cielo estaba especialmente limpio y claro, no se veía ni una nube, los rayos del sol hacían resplandecer los muros de las casas. En las ramas de los árboles, los jilgueros daban la bienvenida al nuevo día piando sin cesar.

Los hermanos se detuvieron delante de la puerta de una casa y Juehui, conteniendo las lágrimas, dijo a Juexin: —Hermano mayor, me voy. —Y, apretándole las manos con fuerza, le dijo—: Vuelve a casa.

—Lástima que no pueda acompañarte. —Juexin lo miraba también con los ojos húmedos—. Ten cuidado por el camino y escríbenos durante el viaje.

—Me voy —repitió Juehui apretando todavía más las manos del hermano—. No te preocupes, volveremos a vernos, seguro —lo soltó bruscamente y se marchó.

Llevaba en las manos las cuatro latas de conserva. Se volvió dos o tres veces para mirar a Juexin, que seguía en el mismo sitio, agitando la mano.

Cuando llegaron a casa de la tía, los dos jóvenes se dirigieron a

la ventana de Qin y Juemin dio unos golpecitos en el cristal. Se oyeron toses y luego unos pasos que iban hacia la ventana. La cortina se descorrió y detrás del cristal apareció Qin, despeinada y con cara de sueño. Al ver la expresión de Juehui, exclamó con sorpresa: —¿Hoy?

Él asintió con la cabeza.

—Ahora.

Qin palideció. Miró detrás de ella y, en voz baja, preguntó:

—¿Tan pronto?

Juehui se acercó más al cristal para verla mejor y musitó un par de veces:

—Prima Qin.

Como si no acabara de creérselo, ella preguntó otra vez:

—¿Te marchas? —Su dulce mirada no cesaba de recorrer el rostro de Juehui como buscando algo—. Cuando llegues a Shanghai, no te olvides de mí. ¿Te acordarás? —preguntó con una sonrisa triste.

—No podré olvidarte. Pensaré muy a menudo en ti, ya sabes que sí —respondió tiernamente.

—Espera, no te vayas todavía —dijo como si hubiera recordado algo de repente, y desapareció de la ventana. Al cabo de unos segundos volvía con algo en la mano—. Quiero darte una cosa, debería habértela dado antes.

Y, a través de la ventana, le tendió una fotografía reciente de ella. Después de mirarla, Juehui levantó la cabeza, pero la cortina ya estaba echada de nuevo. Quería quedarse allí un poco más, pero su hermano le metía prisa.

—Prima Qin —volvió a decir, pero no hubo respuesta. Y, echando una última ojeada a la ventana, se marchó.

Yendo hacia el muelle, los dos hermanos hablaron de muchas

cosas. Cuando llegaron, Huang Cunren y Zhang Huiru ya hacía rato que los esperaban. Zhang Huiru, dando un golpecito amistoso en el brazo a Juehui, le dijo: —¿Por qué llegáis tan tarde? Un poco más y el barco se va sin ti.

—No podía zarpar, teníamos que esperar al señor Gao —dijo riendo un hombre de mediana edad a su lado. Era el señor Wang, el pariente comerciante de Huang Cunren.

Juehui, que ya lo conocía, le presentó a su hermano.

—Juehui, sube a revisar tu equipaje —dijo Huang Cunren. Y acompañó a los dos hermanos al barco—. He extendido tu jergón en este rincón y aquí tienes vituallas y galletas que te hemos traído Huiru y yo. —Juehui asentía con la cabeza—. El señor Wang se ocupará de cualquier cosa que necesites durante la travesía, no te preocupes por nada. Te acompañará hasta Chungking. Después el viaje será más fácil. Cuando llegues a Chungking, acuérdate de ir a ver a mi primo, él te ayudará —dijo Huang Cunren, orgulloso.

Era un barco oficial vigilado por soldados. En tierra, mucha gente se despedía de los viajeros. Se oyeron unos petardos: la salida era inminente.

—Juehui, ¡no te olvides de escribir cartas y de enviar muchos artículos! —exclamó Zhang Huiru, irrumpiendo en la cabina.

—Y escribidme a mí también —contestó Juehui riendo.

—Salid, el barco está a punto de zarpar —les dijo el señor Wang, que ya se había despedido de los suyos.

Juehui estrechó las manos de Zhang Huiru y Huang Cunren y los acompañó hasta la pasarela.

Había llegado el momento de despedirse de Juemin. Tomándole las manos, le dijo, emocionado: —Hasta la vista, hermano segundo. Cuando tengas tiempo, ve a ver a Cunren y a Huiru. Si tienes algún problema, ellos te ayudarán. —Y,

dirigiéndose a los dos amigos, les dijo—: Espero que tratéis a mi hermano tan bien como a mí, es una buena persona.

—No hace falta que nos lo digas. Ya lo conocemos. Estoy seguro de que querrá formar parte de nuestra asociación —respondió amistosamente Huang Cunren.

—Di que sí, hermano segundo.

—Juemin, serás muy bien recibido —le dijo Zhang Huiru, alargándole la mano.

—De acuerdo, acepto —dijo decidido Juemin, mientras estrechaba las manos de los compañeros de su hermano. A continuación le preguntó a Juehui—: ¿Tienes que decirme algo más? Debo bajar a tierra.

—Nada más —respondió este. Pero de pronto cambió el tono de voz y dijo—: Sí, algo más, ve a ver a Jianyun y charla un rato con él. Dile que no he tenido tiempo de ir a verle. Cuida de él, no está demasiado bien.

—Bien, iré. ¿Nada más?

—Sí, la vieja Huangma. Siento separarme de ella. Cuídala también.

—Ya lo sé. ¿Qué más?

—La prima Qin... —Juehui calló después de pronunciar su nombre, y luego añadió—: Espero que vengáis pronto a Shanghai.

—¡Que tengas un buen viaje! —exclamó Juemin y, acto seguido, bajó a tierra acompañado de Zhang Huiru y Huang Cunren.

Los tres jóvenes se quedaron en el muelle, delante del barco, mirando a Juehui y agitando los brazos. El barco empezó a moverse. Poco a poco se alejaba del puerto. Viró. Las personas que estaban en tierra cada vez se veían más pequeñas. Juehui estaba de pie en la popa de la nave mirándolos ya desde muy lejos

y le parecía que aún los veía agitar los brazos. Se le humedecieron los ojos y sacó el pañuelo para secárselos. Cuando recobró la visión, ya habían desaparecido. Su hermano y sus amigos también se quedaron en el muelle hasta que el barco no fue más que una mancha lejana en el río.

El pasado ya no era sino un sueño. Lo único que tenía delante era una gran extensión de agua donde se reflejaban sombras de montañas y árboles. Tres barqueros cantaban mientras remaban. Le invadió una sensación extraña que no sabía si era de alegría o de tristeza. Lo que sí sabía con certeza, no obstante, era que había dejado a su familia y que unas aguas verdes que fluían ininterrumpidamente lo conducían a un mundo desconocido. Ya no tenía tiempo de lamentarse de los dieciocho años anteriores. Juehui miró atrás por última vez y murmuró: «Hasta la vista», y volvió a girar la cabeza para seguir el curso imparable de las aguas del río.

Apéndices

Dedicado a una persona

(Prefacio a la primera edición)

Hace tres inviernos te envié una carta en la que te decía que proyectaba escribir una novela pero que tenía algunas reservas. Me contestaste animándome y diciéndome que me pusiera a ello enseguida y que estabas impaciente por leerla. Y me hablabas del

argumento de *David Copperfield* de Dickens, que era la obra que te gustaba más.

Tu carta estuvo más de un año en mi cajón y yo seguía sin empezar la novela. Sabía cuán ansioso estabas por leerla. Por fin, en abril del año pasado acepté la propuesta del periódico y empecé a escribirla. Esta vez no quería hacerte esperar y había decidido guardar un ejemplar de cada diario en el que salía y enviarte la colección entera. Inesperadamente, cuando la novela iba a empezar a publicarse un sábado, el domingo me llegó el telegrama en el que se me comunicaba tu muerte. ¡No pudiste leerla!

Yo había intuido tu final, pero no pensaba que sucedería tan pronto, ni creía que terminarás envenenándote, aunque hace ocho o nueve años ya había oído decir que hablabas de suicidarte.

Has vivido poco más de treinta años, has muerto joven, pero ¿qué juventud has tenido? ¡Qué tristes fueron esos treinta y pocos años de vida! Has sido una víctima innecesaria. No lo entendiste hasta el final.

Tenías un bello sueño que tú mismo destruiste, un futuro prometedor que quemaste. Durante un tiempo te forjaste unos ideales, pero después te dejaste narcotizar por las doctrinas de la reverencia y de la no resistencia. Amabas a una chica, pero permitiste que tu padre echara a suertes tu destino y te casara con otra. Quisiste a tu mujer y permitiste, sin oponerte, que diera a luz fuera de la ciudad solo porque un charlatán lo había dicho. Toda tu vida ha consistido en guardar las apariencias y dejarte llevar por los demás. Sabías que te acercabas a un abismo y al final caíste en él y te viste obligado a envenenarte. No sé exactamente si moriste para no perder la dignidad o porque no podías soportar tu miserable vida. Releo tu nota póstuma y sigo sin entenderlo. El

caso es que no solo has perdido el honor, sino que, además, has amargado la vida de tu mujer y tus hijos, y la de otra mujer (sé que había otra, me habías hablado del amor que sentías por ella).

Si pudieras volver a la vida y leer mi novela o ver la desgracia que has traído a aquellos que te quieren, quizá te decidirías a emprender un nuevo camino, pero es demasiado tarde y tu cuerpo ya está bajo tierra.

Pero ¿acaso debo odiarte porque fuiste un cobarde? No, desde luego que no. Al fin y al cabo, eres mi querido hermano mayor. Es verdad que los últimos siete u ocho años nuestras ideas nos distanciaron. Yo seguía queriéndote, aunque, poco a poco, el amor que sentía se resintió. ¡No sabes cuánto me ha hecho sufrir! Recuerdo cuando viniste a verme a Shanghai hace tres años. El día que volvías a Sichuan fui a despedirte al barco. Aquel camarote estrecho, aquel calor, no sabía qué decirte porque tenías los ojos empañados. Te tomé la mano y te dije que te cuidaras durante el viaje mientras me disponía a bajar a tierra, pero tú me retuviste. Te pregunté qué pasaba y no contestaste, volviste a entrar en el camarote para abrir la maleta. Pensé que tenías que darme algo para alguien. Me extrañó tu desmemoria. Y viniste con un disco en la mano que me diste casi llorando mientras me decías: «Llévate una canción». Era *Gracie Fields*, de Sonny Boy. Sabías que me gustaba y por eso me la regalaste. Sé que a ti también te gustaba. Te alegrabas de compartirlo conmigo, pero yo no quería que te quedaras sin él. A pesar de ello, no quise desobedecerte una vez más, ya lo había hecho muchas veces, y tomé el disco sin rechistar. Lo que sentía en aquel momento no se podía decir con palabras.

Sentado en la barca de remo, el viento y las olas del río Huangpu me hacían tambalear, veía las luces de la orilla y se me partía el alma recordando la despedida. Y mis ojos, que no lloran

casi nunca, se humedecieron. ¡Sabía que era la última vez que veía a nuestro hermano mayor! Ahora el disco permanece solitario en mi estudio, convertido, tres años después, en una víctima más del 28 de enero.⁴⁵ Las manos que me lo entregaron están bajo tierra.

Por la nota que dejaste sé que no deseabas morir, sé que dudaste mucho. Escribiste tres notas y las rompiste. Te resistías a abandonar la vida, a dejar a los seres queridos. Al final, escribiste la cuarta nota. A través de ella conocemos tu lucha encarnizada entre vivir o morir. Entre líneas puede leerse un grito a la vida, pero ya estás muerto.

Yo no deseo la muerte. Quiero vivir. Quiero escribir, quiero escribir con esta pluma lo que me parezca. Esta pluma que me regalaste hace tres años en Shanghai. Con ella he escrito todas mis obras, excepto *Destrucción*. Ella me hará recordarte en cada momento y ¡hará que vuelvas a la vida para que puedas ver cómo piso todos aquellos cadáveres!

BA JIN

Abril de 1932

A propósito de *Familia*

(Prefacio a la décima edición)

A mi primo mayor

Por favor, perdona mi largo silencio. Hace tiempo que debería haberte escrito esta carta. Quería hacerlo desde que recibí la tuya hace dos años en Tokio, pero el día a día me lo ha impedido y solo te he enviado cartas muy breves en las que nunca me he sincerado contigo ni he aclarado algunos malentendidos.

En tu carta me decías que en *Familia*, «aunque Jianyun desde

luego no soy yo, tiene algo de mí». No llegué a responderte nunca a esta cuestión y dejé que persistiera el malentendido. A menudo me venía a la cabeza la idea de explicártelo todo con detalle porque, de hecho, no solo tú sino también muchas otras personas han interpretado erróneamente la novela. Creen que *Familia* es una autobiografía, incluso algunos lectores me han escrito diciéndome que yo era Juehui. Siempre lo he negado, pero de nada ha servido y, según muchos, cuanto más lo desmentía más me descubría. Hace poco, el hermano pequeño de mi padre me escribió diciendo: «La gente dice que en *Familia* sale todo el mundo, sea bueno o malo. Quiero agradecerte sinceramente que no me hayas hecho salir...». Ya ves, incluso el tío sexto, con quien hablábamos tan a menudo, andaba equivocado. Ahora entiendo las «reprobaciones» familiares de las que hablabas en tu carta.

En su momento te contesté que no temía en absoluto «las censuras de los parientes». Sigo diciéndote lo mismo. Parte de la familia cree que la novela ha sido un instrumento de venganza. Esto demuestra que me conocen muy poco, y que no me han conocido jamás. Pertenecemos a dos mundos diferentes. No pueden entender mi obra porque su educación y su experiencia vital les tiñen la mirada, y solo piensan en encontrar su propia imagen en la novela. Ven sombras borrosas y se empeñan en querer encontrar su retrato, y si en él descubren algún rasgo que les desagrada (evidentemente, hay muchos), se enojan y dicen que los ataco. Solo tú, siempre humilde y cortés, has tenido la enorme paciencia de leer toda la novela sin hacerme el más mínimo reproche. Incluso cuando al final de la novela planeaba que «una grave tuberculosis» pusiera fin a la «miserable existencia» de Jianyun, no dijiste nada.⁴⁶ Admiro tu capacidad, pero cuando pienso en las veladas pasadas a tu lado leyendo

literatura inglesa no puedo dejar de sentir tristeza: ¡has cambiado tanto! ¿Quién hubiera dicho que las penalidades de la vida te golpearían de ese modo? En aquella época me guiabas, me descubrías lecturas nuevas, me abriste los ojos y me mostraste lo que había más allá del entorno familiar. Tu situación no era alentadora: habías perdido a tu padre cuando eras muy pequeño y creciste solo con las caricias de tu madre. Nos dábamos cuenta de que tu vida estaba llena de soledad, pero salías adelante de forma tenaz. Veíamos cómo luchabas contra las adversidades y salías airoso de ellas. Yo te veneraba, admiraba tu espíritu fuerte y valiente, que era precisamente lo que no tenían nuestros familiares. Te estoy agradecido porque fuiste la persona que más contribuyó a mi despertar intelectual. En la familia te teníamos mucha consideración y te augurábamos un brillante futuro, pero todo aquello ha quedado en nada. Una vez me escribiste diciendo que, si no fuera por tu esposa y tu madre, te suicidarías. En aquellos momentos yo vivía en una pensión de Cantón y tampoco estaba demasiado bien, no supe qué decir para animarte. Volviste a escribirme y me dijiste que «no hay nada interesante en mi vida, excepto jugar con mi hijo» y que «probablemente estoy destinado a ser un muerto viviente». No pude reprobar que te castigaras de aquel modo. Un hombre no puede asumir una culpa tan enorme, además, está el peso del destino (y cuando hablo del destino lo hago en un sentido «social», no «natural»). Tu transformación no ha sido repentina, ha sido fruto de un largo proceso. Sufriste un primer revés y luchaste. Después vino el segundo. Transigir una sola vez en tus planes es solo el principio, poco a poco vas claudicando. Tú eras un hombre con unos proyectos definidos y te fuiste dejando ganar por las circunstancias. Yo veía que, día tras día, te ibas hundiendo, ahogado por las responsabilidades. Te

recomponías una y otra vez, pero tanta veces como lo conseguías, volvías a hundirte. Sin embargo, a pesar de las palabras negativas y desesperanzadas de tu carta, Jianyun y tú sois dos personas radicalmente diferentes. Él es de naturaleza débil y cobarde. Jianyun nunca se rebela, nunca se queja, nunca piensa en luchar. Lo acepta todo mansamente. Es incluso más débil que Juexin, más falto de determinación. No tiene proyectos ni aspiraciones. Solo tiene el amor a una mujer como única guía vital. Y no solo no se atreve a contarle a la chica (Qin) sus sentimientos, sino que además observa dócilmente cómo otro hombre consigue su amor. Tú no eres este tipo de hombre. Quizás en tu vida existió una Qin, pero eres diferente, no te falta valentía, solo te faltan oportunidades. Te casaste con la mujer que decidió el casamentero de tu madre. Ahora tu esposa está muerta; tu hijo mayor ya tiene catorce años. Creo que no debería decirte todo esto, pero te escribo la carta para explicarte algunas cosas sobre *Familia*. No puedo dejar de pensar en el tiempo que pasamos juntos, recuerdo continuamente nuestra vida entonces. Los recuerdos acrecientan mi tristeza y me lastiman. Y, si bien es cierto que no puedo ayudarte, sí que quiero manifestarme contra la injusticia. ¡Tú no eres una persona como Jianyun, pero habéis tenido la misma mala suerte! ¡No es justo! ¡Quiero clamar contra esa fortuna tan adversa! No eres ni el primero ni el último que ha tenido mala suerte. Existen muchas víctimas del destino. Las que conocemos y las que no. Se han malogrado muchas vidas jóvenes, amables y prometedoras. Yo las amo y quiero combatir este injusto destino. Mis pensamientos y mi trabajo surgen de esa voluntad.

Mi intención al escribir *Familia* también era esta. En otra novela escribí: «Aquellos diez años de mi vida fueron una

pesadilla. Leía libros encuadernados con hilo, estaba en una cárcel de ritos feudales viendo personas amargadas, tristes, sin juventud ni felicidad, víctimas involuntarias, con un destino arruinado. ¡Experimenté tanto dolor!... Durante diez años sepulté con lágrimas muchos cadáveres que no habían podido evitar ser víctimas de las ideas feudales y de dos o tres personas caprichosas. Dejé atrás el hogar, como si abandonara una sombra terrorífica, sin ningún pesar...».⁴⁷

Seguro que entiendes estas palabras mucho mejor que otros. Tú sabes cuán reales son. Solo debería corregirse la última frase. En ella digo que no tengo pesar y me gustaría que así fuera, pero a menudo la razón y los sentimientos están muy alejados. Aquellas personas, aquellas vivencias y aquellos lugares se te quedan grabados profundamente y te hacen sufrir tanto que pueden dejarte una cicatriz. Yo quiero olvidarlo, siento que debo olvidarlo, pero en realidad no lo consigo. No puedo decir que no haya sentido nostalgia ni rabia. Y son estas emociones las que me han alentado a escribir la historia de una vieja familia: la historia de las alegrías y las tristezas de una familia tradicional que se hunde.

Pero hablar solo de nostalgia y de rabia no es suficiente. Quiero hablar también de algo muy importante: las convicciones. La familia tradicional está extinguiéndose. Día tras día, he ido viendo cómo se hunde. Es algo sin retorno, decidido por las circunstancias y la evolución de la sociedad. Es algo que creo (y tú lo sabes y también lo crees) y me da fuerza para reclamar la pena de muerte para una institución irracional. Quiero proclamar mi «J'accuse»⁴⁸ contra el régimen moribundo. Y no puedo olvidar que, incluso en pleno declive, sigue causando víctimas.

Por ello he escrito *Familia*, para ser el portavoz de una generación, para proclamar la injusticia que padece una cantidad

innumerable de víctimas sin nombre. Querría salvar a toda una generación de unas garras monstruosas. No estoy capacitado para semejante empresa, pero no rehuiré mi responsabilidad.

Durante tres años estuve gestando la idea de escribir *Familia*. Tuve la ocasión de publicar los dos primeros capítulos y luego los demás. Acababa de concluir el sexto cuando llegó el telegrama en el que se me comunicaba el suicidio de mi hermano mayor. Fue un golpe muy duro, pero no solo me reafirmó en la determinación de seguir escribiendo, sino que me hizo sentir que era mi obligación.

Desde el principio tenía definida a grandes rasgos la estructura de *Familia*. Empezaron a venirme a la cabeza rostros familiares, cosas que no podía olvidar y lugares donde transcurrió mi infancia. Yo no quería hablar de mi familia, ni de las personas que conozco. Tampoco quería que la novela fuera un arma para vengarme de nadie. No pretendía atacar a unas personas, sino a un sistema. Lo sabes bien. Sin embargo, de forma inesperada, fueron apareciendo en mi cabeza aquellos rostros, cosas y lugares. La primera imagen que se me apareció fue la de mi hermano. Yo dudaba. Entonces le escribí diciéndole que quizá saldría en mi novela y planteándole una serie de cuestiones. Su respuesta disipó todos mis dilemas: me animaba a escribir la novela y me aconsejaba que no me abstuviera de «que los miembros de la familia fueran sus protagonistas». Me decía que «de hecho, la historia de nuestra familia es muy representativa de la historia de un tipo de familia. Desde que leía *Nueva Juventud* he querido escribir un libro así. Ahora que tú te lo has propuesto, me gustaría que lo consiguieras y ya estoy deseando que lo termines...». Sé que las palabras de mi hermano le salían del alma y le agradezco mucho sus ánimos, pero no podía hacer lo que me decía: no quería escribir la historia de nuestra familia. Lo que yo tenía que

escribir era la historia de una familia tradicional, con sus luchas internas y sus dramas ocultos. Y quería contar el sufrimiento de los jóvenes que viven en ella. Quería escribir, en definitiva, la historia de una deserción valiente.

Al final, me puse a escribir siguiendo mi idea inicial. Deseaba que mi hermano pudiera leer la novela, pero el mismo día que se anunciaba su aparición en *Shibao* llegó aquel telegrama horrible. Aún no había enviado el manuscrito del sexto capítulo a la editorial. Lo releí. Descubrí, aterrorizado, el rostro de mi hermano. Haciendo un gran esfuerzo por borrar aquella imagen, acabé de leer el capítulo. No cabía duda, no me había equivocado en el análisis: a través de la docena de páginas del manuscrito, había intuido el inevitable desenlace. Habría podido abrirle los ojos, pero no lo hice. Era demasiado tarde. Lo lamentaré toda la vida.

Aquella noche no pude dormir. Estuve todo el rato pensando y, al final, decidí reestructurar la novela y convertir al hermano mayor en uno de los personajes principales. Él es uno de los personajes reales de *Familia*. Aun así, la desdichada historia de Juexin no es del todo verídica. De mi hermano mayor solo he retratado el carácter.

Los personajes de los tres hermanos, Juexin, Juemin y Juehui, representan tres maneras de ser diferentes y, por esta razón, sus historias son también diferentes. El carácter de Juehui es quizá bastante parecido al mío, no puedo negarlo. Por lo que respecta a las mujeres, Mei, Qin y Mingfeng, también representan tres maneras de ser distintas. En Qin puedes ver a cualquier persona, pero en Mei y Mingfeng ¿a quién ves? Desde luego, son como algunas mujeres que tú y yo hemos conocido, aunque en nuestra familia no encontrarás ninguna. Volvamos a Jianyun. ¿Crees que hay alguno en nuestra familia? No, ninguno, ipero sí en la

sociedad china!

No soy una persona fría. En mi vida ha habido amor y odio, tristeza y esperanza, y siento todo eso cuando escribo. Si no lo sintiera no podría escribir, sería un falsario; tomo la pluma no porque quiera ser autor, sino para explicar lo que he visto. Por ello, si te dijera que en *Familia* no he descargado mis sentimientos, mentiría. Últimamente he revisado la novela, he leído con detenimiento cada página, cada frase. He reconstruido en mi cabeza la historia de los personajes, las situaciones, los lugares. He desgranado todo el libro, sin dejarme ningún personaje, ninguna escena. Hasta el más mínimo detalle ha sido objeto de mi atención. He sufrido las garras diabólicas de ciertos personajes y he llorado y he reído con los jóvenes. Yo he tenido los mismos problemas que ellos. Acepto todas las acusaciones que puedan hacerme los críticos, pero no pienso hacer ninguna rectificación en la novela.

Aunque he dicho con toda sinceridad que en *Familia* no hay nada de mí, hay quien persiste en decir que estoy en la novela. En algún lugar ya dije que «jamás he entrado en el texto, a pesar de que mi sangre y mis lágrimas, el amor, el odio, la tristeza y la alegría estén en él». Cuando escribí *Familia* no utilicé a Juehui para retratarme. Es cierto que él hace muchas de las cosas que yo hice: estudia lenguas extranjeras, edita publicaciones, hace amistades. Como yo, tiene dos hermanos y sus caracteres se parecen a los de los míos. También al final abandona con pena la familia. Desde el principio dije: «De vez en cuando añado experiencias reales a mi novela, pero tan solo para hacerla más creíble. Además, ayudan a dar coherencia al libro».⁴⁹

Mi temperamento y el de Juehui quizá se parezcan mucho, pero nuestra historia fue diferente. Yo pude abandonar Chengdu

sin problemas, con mi hermano. Juehui tuvo que hacerlo solo y a escondidas. En mi vida no hubo una Mingfeng ni en aquella época busqué consuelo en el amor. Era más ambicioso que ahora. Tampoco mis aspiraciones eran, en aquel momento, tener una vida estable y una familia feliz.

En *Familia* he puesto una Mingfeng, pero no porque en casa hubiera una criada que respondiera al nombre de Zuifeng. De aquella chica solo recuerdo que un pariente lejano quiso tomarla como concubina, pero ella se negó. Aunque solo era una sirvienta, su tío era nuestro viejo criado Suzheng, y por eso gozaba de cierta libertad. Luego se casó felizmente con un hombre pobre y en casa todos aplaudimos la decisión. Rechazar a un señor por un criado no era algo fácil para una criada. No es ninguna exageración que en la novela Mingfeng se tire al lago para no hacer de concubina en casa de los Feng.

Hoy, nuestra «vieja casa» ha pasado a manos de otros. No he vuelto allí desde que me marché. No sé qué aspecto debe de tener (he oído decir que ahora es una casa para diez familias). Venías mucho a casa y sabes que en nuestro jardín no había ningún lago. El abuelo hizo tapar el pequeño estanque en el que me caí cuando tenía cuatro años para que no se cayera nadie más. Lo hizo pavimentar y quedó cubierto de musgo. A los lados, había plantados canelos y camelias. En otoño, tras una noche de viento y lluvia, los pétalos de las camelias cubrían el suelo como una arena, y un perfume dulce traído por el viento entraba en la habitación donde estudiábamos. Aquel hombre calvo que nos instruía parecía no conmovirse con las flores que se marchitaban. Nuestros corazones eran jóvenes. Cuando terminábamos de estudiar corríamos al jardín, nos levantábamos los bajos de las túnicas y los llenábamos de flores de canela que llevábamos a casa. En

primavera se abrían las flores de las camelias y, al salir de clase, íbamos a recoger pétalos del suelo, tiernos y suaves, y con ellos formábamos la palabra *primavera* en el pavimento.

Esto también forma parte de recuerdos que ya no volverán. Tú no lo viviste, pero te lo explicábamos. Aunque otros lo hagan, yo no quiero hacer revivir los viejos recuerdos. El tío sexto me escribía hace poco: «No sé si aún recuerdas (...) cuando escribíamos “primavera” en el pavimento del jardín». Sabes que el pasado deja marcas en el corazón de algunas personas. Son como una pesadilla que destroza sin piedad la vida de las almas jóvenes. A mí estuvo a punto de ocurrirme, pero mi espíritu inocente me salvó. Quiero ser dueño de mí mismo y hacer aquello que no me permitían. A veces es inevitable hacer cosas exageradas. En las publicaciones que edito, a veces he escrito artículos con argumentos que ni yo mismo entiendo.

Tal vez me preguntes por Mei y quieras que te diga quién es esa mujer digna de conmiseración. Pues en nuestra familia no existe. Sé que tú me crees y los demás no. Todos tenéis razón y nadie la tiene. He mezclado los rasgos de dos o tres personas para crearla. Que ella lleve un chaleco verde tiene su porqué. Hace mucho tiempo, cuando yo tenía ocho o nueve años, vi a una mujer como Mei. Era una parienta lejana nuestra. Acababa de morírsele el padre y pasaba un mal momento. Decía que quería hacerse monja budista. Estuvo invitada en casa unos días y luego se fue. No sé cómo acabó, ni cómo se llamaba. Debe de ser imposible saber dónde está, pero aquel chaleco verde se me quedó grabado en la cabeza.

Cuando escribía sobre Ruijue y Mingfeng lo hacía con el corazón lleno de tristeza y compasión, y quizá también de ira. Más tarde, en la novela *Primavera*, cuando describía a Shuyin, Shuzen,

Hui y Yun, me pasaba lo mismo. Estoy satisfecho de haber transmitido mis sentimientos en las novelas, y también de haber clamado contra la injusticia que se comete con las mujeres.

Tal vez otros no entenderán todo esto, pero tú sí. Cuando tenía cinco o seis años, encontré un ejemplar del *Lienu zhuan*⁵⁰ en la habitación de la hermana mayor. Estaba ilustrado: en la parte inferior aparecían los dibujos y, en la superior, el texto. A los niños les gustan los libros ilustrados. Lo hojeaba mirando los dibujos, tan bien hechos, llenos de mujeres antiguas, bellas pero con expresión triste. Algunas se cortaban las manos con navajas, otras se lanzaban al fuego, otras flotaban en el mar o se cortaban el cuello con una espada. Había una que se arrojaba desde lo alto de una torre. ¡Qué historias tan horribles! ¿Qué habían hecho para merecer todo aquello? Yo no lo entendía. Preguntaba a mis hermanas y me contestaban: «Eso es el *Lienu zhuan*». Como no me daba por satisfecho, volvía a preguntar y entonces decían: «Son los modelos para las mujeres». Pedí explicaciones a mi madre, ella sabía más cosas que mis hermanas, y me contó: «Aquella era una viuda que se cortó la mano porque un hombre se la agarró; esta es una concubina que no pudo salir del incendio del palacio porque nadie fue a rescatarla; esta es una buena hija que se arrojó al lago para buscar el cuerpo hundido de su padre». Me explicó más cosas, pero ya no las recuerdo. Por el tono de voz que empleaba parecía que envidiase a aquellas mujeres. ¿Por qué el *Lienu zhuan* era un ejemplo para las mujeres? Mi mente infantil no se creía lo que decía el libro ni las palabras de mi madre, aunque años más tarde algunos hechos me demostraron que el libro «tenía razón». Al fin y al cabo, soy un niño tozudo, no me convence «la razón» con sangre; aunque mi padre, mi madre, el abuelo y otros la defiendan, yo me rebelo y lucho contra ella. Aún

recuerdo la historia de una prima nuestra. Sus padres no permitieron que fuera a la escuela y le vendaron los pies a la fuerza. Yo oía sus gritos. Había visto otras niñas de mi edad en la misma situación.

Pero no pierdo la esperanza en Qin. Quizá sea verdad que Xu Qianru es más fuerte que ella, pero de Xu Qianru no hemos tenido un retrato lo bastante exacto en la novela. Solo deseo que Qin no nos defraude en el futuro. En las páginas de *Familia* se adivina un rayo de esperanza: *El suelo estaba empapado de la sangre y las lágrimas de aquellas mujeres, maniatadas y conducidas hasta allí para ser devoradas por bestias salvajes. Algunas todavía no estaban muertas y pedían auxilio, pero acababan muriendo. ¡Cuánto sufrimiento había en aquel camino! ¿Las chicas del presente y del futuro continuarían entregando su juventud, agotando sus lágrimas, vomitando su sangre? ¿Acaso las mujeres eran juguetes de los hombres?* Ya he escrito demasiado sobre *Familia*. Probablemente todo lo que he escrito permitirá deshacer muchos malentendidos, tuyos y de los demás. Ya no deseo decir nada más. He leído *Familia* cinco veces. He releído la novela que escribí hace cinco o seis años y he tenido la paciencia de hacer algunas modificaciones desde el principio hasta el final. No quiero reprimir mis sentimientos; quiero reír y llorar, quiero sentir rabia y alegría, pero hasta ahora no lo he sabido: la juventud es algo maravilloso.

Es cierto, debo grabarlo en mi cerebro: la juventud es algo maravilloso. Será siempre mi fuente de inspiración.

BA JIN

Febrero de 1937

Personajes principales de la obra

Chen: concubina del patriarca Gao.

Feng Leshan: amigo del patriarca Gao.

Gao: patriarca de la familia.

Gaozhong: criado de la quinta rama.

Haichen (o Haier): hijo de Juexin y, por tanto, bisnieto del patriarca Gao.

Huangma: criada de la rama principal.

Jianyun: amigo de los hermanos Jue.

Juehui (o hermano tercero): nieto de Gao, hermano de Juexin, Juemin y Shuhua. Rama principal.

Juemin (o hermano segundo): nieto de Gao, hermano de Juexin, Juehui y Shuhua. Rama principal.

Juexin (o hermano primero, o Mingxuan, o Xiner): nieto primogénito de Gao, hermano mayor de Juemin, Juehui y Shuhua. Rama principal.

Kean: cuarto hijo de Gao, padre de Juequn, Jueshi, Shufen, Juexiang y Shufang. Cuarta rama.

Keding: quinto hijo de Gao, padre de Shuzen. Quinta rama.

Keming: tercer hijo de Gao, padre de Jueying, Shuying y Jueren. Tercera rama.

Li Ruijue: esposa de Juexin. Rama principal.

Mei (o Qian Meifen): prima de Juexin, Juemin, Juehui y Shuhua.

Mingfeng: criada de la rama principal.

Qianer: criada de la cuarta rama.

Qin (o Zhang Yunhua): hija de Zhang, y prima de Juexin, Juemin, Juehui y Shuhua.

Shen: esposa de Keding. Quinta rama.

Shuhua: nieta de Gao, hermana de Juexin, Juemin y Juehui.
Rama principal.

Waner: criada de la cuarta rama.

Wang: esposa de Kean. Cuarta rama.

Xier: criada de la quinta rama.

Xu Qianru: amiga de Qin.

Yuancheng: criado de la rama principal.

Zhang: esposa de Keming. Tercera rama.

Zhang: hija del patriarca Gao, madre de Qin.

Zhou: madrastra de Juexin, Juemin, Juehui y Shuhua. Viuda del hijo mayor de Gao. Rama principal.

1La novela *Familia* se publicó como un folletín en las páginas del periódico Shibao, de Shanghai, bajo el título de *Corrientes turbulentas*. La primera entrega, de una serie de 246, apareció el 18 de abril de 1931. Dos años más tarde, en 1933, la librería Kaiming, también de Shanghai, la editó por primera vez ya con el título definitivo de *Familia*. «Corrientes turbulentas» pasó a ser el título de la trilogía que agrupa *Familia*, *Chun* («Primavera», 1938) y *Qiu* («Otoño», 1940). (N. de la T.) 2En la traducción de Louise Maude. (N. del A.)

3 Véase el drama de Romain Rolland (1866-1944) *Le Jeu de l'amour et de la mort*, sobre la revolución francesa. (N. del A.) 4 *La isla del tesoro* es una novela de aventuras del escritor inglés Robert Louis Stevenson (1850-1890). El doctor Livesey y el Perro Negro son personajes de la obra. (N. del A.) 5 *Nueva Juventud*, que llevaba el subtítulo en francés de *La Jeunesse*, fue una influyente revista revolucionaria fundada en el año 1915 en Shanghai por Chen Duxiu. Entre sus editores figuraban escritores y pensadores de la talla de Hu Shih, Li Dazhao y Lu Xun. La revista nació en uno de los momentos de máxima efervescencia intelectual de la China

moderna y fue la portavoz del Movimiento de la Nueva Cultura, que abogaba por una transformación radical de la cultura china tradicional. (N. de la T.) 6 El pueblo *xiong nu*, originario de la región de los Ordos (Asia Central), que algunos historiadores han identificado con los hunos, fue durante siglos una amenaza constante en las fronteras del imperio chino. (N. de la T.) 7 Según un viejo dicho, una de la mayores aspiraciones de las familias tradicionales era que llegasen a convivir «cinco generaciones bajo un mismo techo». (N. de la T.) 8 El *wu geng ji* era un utensilio de bambú trenzado, con un lámpara de aceite en el interior, que se utilizaba para conservar el té caliente. (N. del A.) 9 A partir de los años veinte, el *bai hua*, es decir, el chino oral, vernáculo, fue abriéndose paso en la lengua escrita en detrimento del chino literario clásico. El artículo de Hushi (1891-1962) «Sugerencias para una reforma literaria», publicado en enero de 1917 en *Nueva Juventud*, fue una de las contribuciones teóricas más decisivas en la adopción del nuevo modelo de lengua literaria. (N. de la T.) 10 El 4 de mayo de 1919, cerca de tres mil estudiantes de Pekín se manifestaron en la plaza de Tiananmen contra la debilidad del Gobierno ante la humillante situación impuesta por el tratado de Versalles, que había concedido a Japón los derechos y las posesiones alemanas en China, en vez de devolvérselos a China. El descontento social se manifestó en huelgas y protestas en las principales ciudades del país. El 4 de mayo significó el principio de un gran movimiento de renovación nacional. (N. de la T.) 11 Artículo de Liu Bannong, «La filosofía de la reverencia», en *Nueva Juventud*, volumen 5, número 5 (octubre de 1918). (N. del A.) 12 «Iván el tonto» es un relato de Tolstói (1828-1910) traducido al chino por Sun Fuyuan; véase *Nueva Ola*, volumen 2, número 5 (junio de 1920). (N. del A.) 13 *El matrimonio*, obra en un solo acto

de Hu Shih; véase *Nueva Juventud*, volumen 6, número 3 (marzo de 1919). (N. del A.) 14 *Casa de muñecas* es otro título de la obra *Nora*, del escritor noruego Ibsen (1828-1906). (N. del A.) 15 Una de las consecuencias del movimiento del 4 de mayo de 1919 fue la manifestación de un profundo sentimiento antijaponés en China por medio de todo tipo de acciones: los periódicos no aceptaban anunciantes japoneses, los comerciantes rechazaban vender productos de Japón, las tiendas japonesas eran objeto de pillaje y se llegaron a quemar públicamente productos importados del país vecino. En algunas ciudades se formaron grupos espontáneos que vigilaban que no se vendieran productos japoneses en las tiendas. (N. de la T.) 16 «La jaula estrecha» es una narración del poeta ruso Vasili Yeroshenko (1889-1952), traducida por Lu Xun, sobre la vida de un tigre de la India que vive enjaulado en un zoológico. (N. del A.) 17 La revolución de 1911 o revolución de Xinhai se inició con una revuelta militar republicana en la ciudad de Wuchang que enseguida se extendió por todo el país. La revuelta desencadenó la liquidación del imperio chino y la proclamación de la República de China (1912-1949), un periodo histórico marcado por fuertes convulsiones políticas y sociales que culminó con la proclamación de la República Popular de China por Mao Zedong. (N. de la T.) 18 *La vigilia*, de Turguénev (1818-1833), traducida por Chenying, apareció en Shanghai el mes de agosto de 1921. He adelantado diez años su fecha de publicación. (N. del A.) 19 Se trataba de un cargo funcional de la dinastía Qing, subordinado del magistrado de distrito, que se ocupaba de la policía y las prisiones. (N. del A.) 20 Para pasar al cuerpo de magistrados de distrito, los funcionarios debían ser recomendados por algún alto funcionario de la corte o bien aportar una contribución monetaria. El padre de Juexin, Gao Kewen, pasaba de *dianshi* al cuerpo de magistrados.

(*N. del A.*) 21 *Yin jian* significa «presentación al emperador». Gao Kewen, antes de formar parte del cuerpo de magistrados, tenía que ser presentado al emperador por un alto funcionario. La presentación se llevaba a cabo en grupos de diez aspirantes. Después del *yin jian* ya podían abandonar la capital a la espera de cubrir una plaza vacante. (*N. del A.*) 22 *Yan kan* significa «examen». Gao Kewen, antes de la presentación al emperador, tenía que ser examinado por un dignatario designado a tal efecto, que estudiaba su aspecto, su situación, su historial, *etc.* Si no cumplía los requisitos necesarios no podía ser presentado al emperador. (*N. del A.*) 23 El *qilin* es una bestia fantástica, un híbrido de diferentes animales, que aparece en la mitología de muchos países de Extremo Oriente. (*N. de la T.*) 24 La *mu yecha* es un personaje femenino de la mitología china parecida a una bruja. (*N. de la T.*) 25 Zaoshen (también llamado Zaojun o Zaowang) es el dios protector de la familia y del hogar. Su imagen, generalmente pintada sobre papel, se coloca en la cocina, cerca de los fogones. Pocos días antes de Año Nuevo visita al Emperador de Jade para explicarle cómo se han comportado los miembros de la familia, mientras esta quema su imagen y la sustituye por una nueva como símbolo de renovación y de buen augurio para el año que comienza. (*N. de la T.*) 26 «Flores» significa «fuegos artificiales». (*N. del A.*)

27 La Sociedad de la Alianza fue una sociedad secreta fundada en Tokio en el año 1905 por Sun Yat Sen, núcleo originario del Partido Nacionalista Chino. Se inscribe en las diferentes organizaciones antimanchúes y antimonárquicas fundadas en los últimos años de la dinastía Qing por estudiantes e intelectuales chinos emigrados a Japón. (*N. de la T.*) 28 Violín chino de dos cuerdas. (*N. de la T.*)

29 La Fiesta de los Faroles, que tiene lugar el decimoquinto día del año lunar, marca el final de las celebraciones del Año Nuevo chino. (N. de la T.) 30 Se trata de una frase mágica con poderes para ahuyentar los malos espíritus que aparece a menudo escrita en un papel o pintada en el muro en la entrada de las casas. Hace referencia a las batallas que libró Jiang Taigong (o Jiang Ziya), un general legendario, contra diferentes ejércitos de demonios. (N. de la T.) 31 Sopa de bolas de harina de arroz glutinoso, con diferentes rellenos, que se toma en la noche de la Fiesta de los Faroles. (N. de la T.) 32 *Tiezi*, tarjeta de visita de las antiguas, de color rojo. (N. del A.) 33 *Duo shen*, joven que se dedica a mofarse groseramente de las mujeres (N. del A.) 34 *Heiqi bandeng*, transcripción fonética del inglés *husband*, es decir, «marido». (N. del A.) 35 «Pequeña», es decir, concubina. (N. del A.)

36 La lectura de Jueying es del *Libro de los ritos*, la de Juequn es del *Libro de la piedad filial*, y la de Shuzhen de los *Cuatro libros para las mujeres*. (N. del A.)

37 Un *xiucai* era un individuo que había superado el examen del distrito, el primer grado del sistema de exámenes imperiales de las dos últimas dinastías. (N. de la T.) 38 Los treinta y tres, los sesenta y seis y los noventa y nueve años son edades críticas según la numerología popular china. Una de las maneras de conjurar las desgracias que pueden acarrear a las personas que los cumplen consiste en celebrar el cumpleaños con una gran fiesta. (N. de la T.) 39 *Ban ge* significa «bandoleros». (N. del A.) 40 *Li sheng* significa «maestro de ceremonias». (N. del A.) 41 Antiguamente, en las ciudades del sur existía esta superstición. Mi sobrina tuvo que nacer fuera de la ciudad. (N. del A.) 42 Es decir, la habitación de la parturienta. (N. del A.)

43 *Chi* también significa «lento», «retrasado». (N. de la T.) 44

Personajes secundarios del panteón taoísta muy queridos en la religiosidad popular. Se acostumbraban a colocar sus imágenes cerca del féretro para hacer compañía al difunto durante el velatorio. (N. de la T.) 45 En la medianoche del 28 de enero de 1932, el ejército imperial japonés atacó masivamente la ciudad de Shanghai. Este hecho marcó el principio de la llamada guerra de Shanghai de 1932 o incidente de Shanghai (28 de enero-3 de marzo de 1932), un preludio de la segunda guerra chino-japonesa (1937-1945). (N. del A.) 46 En cuanto al desenlace del personaje de Jianyun, en la primera versión de *Familia* se podía leer la siguiente frase: «Sé que está muy enfermo de tuberculosis, me da miedo que no viva mucho más» (capítulo 40). Lo he cambiado y dice: «Cuida de él, no está demasiado bien». (N. del A.) 47 Me refiero a la novela breve *En el umbral de la puerta*. (N. del A.) 48 «J'accuse» («Yo acuso») es el título de un artículo del novelista francés Zola (1840-1920). (N. del A.) 49 Véase la trilogía *Amor*. (N. del A.) 50 Clásico confuciano del siglo VII a. C. (dinastía Han), que recoge la biografía de ciento veinticinco mujeres ejemplares. Durante dos mil años sirvió de manual para la educación femenina. (N. del A.) **Colofón**

«Buscar mi felicidad en la felicidad de los otros, mi dignidad en la dignidad de los que me rodean, ser libre en la libertad de los otros, tal es todo mi credo, la aspiración de toda mi vida.»

MIJAÍL BAKUNIN

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Familia*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web
(www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroide>) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Ba Jin (1904-2005), seudónimo de Li Yaotang, nació en Chengdú en el seno de una familia acomodada controlada férreamente por su abuelo. En 1920, entró en la Escuela de Idiomas Extranjeros de Chengdú, donde aprendió inglés y francés. En 1923, marchó a Shanghai para proseguir sus estudios y escapar

del control de su familia. Al graduarse viajó a París en 1927, donde escribió su primera novela, *Destrucción*. Un año después volvió a China, donde se dedicó a traducir a Gorki y Turguénev y a escribir en varias revistas de carácter revolucionario. En 1931, Ba Jin comenzó a publicar en forma seriada la que sería su obra maestra, *Familia*, novela que, junto con Primavera (1938) y Otoño (1940), integraría la trilogía *Corrientes turbulentas*, que se erigió en símbolo de búsqueda y renovación social y personal para la juventud china y cuya influencia en las siguientes generaciones de escritores fue fundamental. Durante la Revolución Cultural, Ba Jin fue acusado de contrarrevolucionario por el gobierno y condenado a trabajos forzados. Fue rehabilitado en 1977 y posteriormente nombrado presidente de la Asociación de Escritores de China (1981) y presidente honorario de la Fundación para la Literatura China (1986). Murió en Shanghai en 2005 a la edad de 100 años. Está considerado uno de los autores más relevantes de la narrativa china del siglo XX.